LISINA CONEY



ILUSIONES FRÁGILES

HARMONY HILLS
LIBRO UNO

Lit RBA

LISINA CONEY

ILUSIONES FRÁGILES

Traducción de Lorena Castell García

RBA

Índice

1. Ivy
2. Ivy
3. Ivy
4. Ford
5. Ford
6. Ivy
7. Ford
8. Ivy
9. Ford
10. Ivy
11. Ford
12. Ivy
13. Ford
14. Ivy
15. Ivy
16. Ivy
17. Ford
18. Ivy
19. Ivy
20. Ford
21. Ivy
22. Ford
23. Ivy
24. Ford
25. Ivy
26. Ford
27. Ivy
28. Ford
29. Ivy
30. Ivy
31. Ivy
32. Ford
33. Ford
34. Ivy
Epílogo. Ivy

Agradecimientos

Título original inglés: *Fragile Hopes*.

© del texto: Lisina Coney, 2026.
© de la traducción: Lorena Castell García, 2026.
© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S. L. U., 2026.
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
rbalibros.com

Primera edición: abril de 2026.

REF.: OBEO072
ISBN: 979-13-7031-186-5

Composición digital: www.acatia.es

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

ADVERTENCIA

Quiero que disfrutes de esta historia; por eso, antes de empezar, debo avisarte de que las siguientes páginas contienen escenas de sexo explícito, lenguaje soez, incendios, la muerte (implícita) de una figura materna a causa del cáncer, referencias a la conducción bajo los efectos de las drogas, abandono familiar y un accidente de coche (implícito).

Para las mujeres que cargan con el peso del mundo:
espero que encontréis a la persona
que os haga más llevadero el camino.

1

Ivy



Todos tenemos debilidad por algo, pequeños placeres inofensivos.

Hay quienes disfrutan poniéndole nombre al coche o a la cafetera (he oído Larry en ambos casos). Otros se arriesgan a que los echen del cine porque no pueden evitar despotricar como energúmenos cuando el protagonista de la película se adentra en el siniestro sótano, cosa que me parece de lo más lógica. ¿Desde cuándo meterse en un cuartucho oscuro y sin escapatoria es la mejor forma de evitar que te asesinen? Nunca he estado en esa situación, pero... venga ya.

Y después tenemos a mi hermano, que es incapaz de comer si no está mirando la tele o algún vídeo en el móvil (hace tiempo que perdí la batalla con los adolescentes).

En cuanto a mí, tengo debilidad por las mañanas de domingo tranquilas, esas en las que despierto sin prisa y no sobresaltada por un fuerte estruendo, como hoy.

—Mierda —siseo, incorporándome de golpe.

Aferrada a mi vieja camiseta de pijama, compruebo veinte veces que estoy sola en el dormitorio mientras intento, sin éxito, recuperar el aliento.

Sé bien que todas las ventanas de casa están cerradas; me aseguro de ello cada noche. Aun así, un escalofrío recorre mis piernas desnudas y me pone los pelos de punta.

El colchón cruje cuando me estiro para coger el móvil de la mesilla de noche. Al desbloquearlo, compruebo que son las malditas seis de la mañana.

Me dejo caer en la cama con un gemido, pero enseguida me pongo en marcha: sea lo que sea que haya sido ese ruido, no me queda del todo claro que viniera de fuera.

Uf, es demasiado temprano.

Vuelvo a gemir. Empiezo a parecerme más a una osa que a una rata mojada, como Joe me llamó anoche al salir de la ducha. Perdón por andar por mi propia casa con el pelo mojado.

—¿Joe? —pregunto a la nada.

Solo se oye el zumbido de la nevera, aparte de los erráticos latidos de mi corazón, que ya podría ir bajando de revoluciones.

Teniendo en cuenta que la puerta de mi dormitorio está abierta, como siempre, y el diminuto tamaño de la casa, si mi hermano estuviera despierto, me habría oído.

—¿Por qué a mí? —me quejo mientras salgo de la cama y me pongo los calcetines para no pisar descalza el frío parqué.

Siempre me ha fascinado el hecho de que cada casa tenga su propio olor y que la gente que vive en ella no lo perciba. Aunque, ahora que lo pienso, me parece un poco injusto y... peligroso. ¿Y si mi casa apesta y yo no me he enterado?

Pero no, no apesta. Porque, en cuanto salgo del dormitorio, lo percibo.

Si los recuerdos agridulces tuvieran un olor, sería a detergente para la ropa barato, a cítricos y a madera.

Aún debo de estar medio dormida porque, por un instante, los oigo. A mi padre preparándose para ir a trabajar. A mi madre, que ha quemado una de las tortitas porque nunca consigue cogerles el punto a la primera. A Joe berreando para que lo saquemos de la cuna y nadie le hace caso.

Atisbo las sombras del pasado en las paredes. Las siento a mi alrededor.

Hace apenas unas semanas que volví a Harmony Hills, pero es como si no me hubiera marchado jamás. Como si los últimos tres años no hubieran sido más que un sueño confuso.

Me doy en el brazo contra el marco de la puerta de mi dormitorio y el dolor me devuelve a la realidad.

Mi padre... ya no está. No está, y punto.

Mi madre hace diez años que falleció.

Y puede que no sepa dónde está Joe ahora mismo, pero ya es mayorcito.

Sea lo que sea lo que me ha despertado, no parecía el ruido de un plato o un vaso al romperse. Aunque anoche le tocaba fregar a Joe y más de una vez he tenido que advertirle de lo que pasa si amontona la vajilla al tuntún... Una catástrofe; eso es lo que pasa.

Pero no hay ni rastro de él en la cocina ni tampoco en su dormitorio. La cama sigue por hacer, el ordenador está apagado para variar y, como todo adolescente, ha dejado tirados por el suelo un par de calcetines y una camiseta con pinta de apestar a sudor, no vaya a salirle urticaria si recoge sus cosas.

Tampoco lo encuentro en el único baño de la casa ni en el salón, que necesita con urgencia un lavado de cara. No es que la decoración de los noventa nos entusiasme a ninguno de los dos, pero...

«Céntrate, Ivy».

Cierto. Vayamos por partes.

Joe tiene muchas cualidades (cabe destacar su infinita paciencia y que cocina bastante bien), pero levantarse un domingo antes del mediodía no es una de ellas.

—¿Jojo? —pregunto de nuevo, más alto esta vez—. Ya vale, enano, que no tiene gracia.

Otra de sus muchas cualidades es que no le van las bromas. Sí, de vez en cuando suelta la típica chorrada de hermano pequeño, pero, para tener dieciséis años, es un cielo y no me trae de cabeza como cabría esperar.

Saca unas notas fantásticas, sus amigos son normalitos, no ha fumado ni bebido en su vida y cuando lo abrazo no me rehúye como si tuviera la peste. Siempre me ha encantado eso de él, pero lo valoro mucho más ahora que soy su tutora legal.

No es un chico difícil y desde luego ya es lo bastante mayor para comprender que ciertas bromas no tienen ni pizca de gracia, sobre todo si me hacen pensar que lo han secuestrado. Sabe que aún sigo traumatizada por aquella vez en que, con seis años, se escondió en un armario aprovechando que me había quedado dormida cuando

debía estar cuidando de él. Acabábamos de perder a nuestra madre, mi padre no levantaba cabeza y a mí, con solo dieciséis años, casi me da un infarto al no encontrarlo.

No hace falta decir que ese día acabamos llamando a la policía.

Vuelve a oírse otro ruido que me hace dar un respingo. Esta vez, sin embargo, sé que es un cortacésped.

¿Qué chalado se pone a cortar el césped a las seis de la mañana de un domingo?

Alucinando con la desfachatez de los vecinos, descorro las cortinas (debería lavarlas porque huelen a humedad) y echo un vistazo al exterior.

Allí, en el jardín contiguo, marchando cual soldado entre la niebla matutina con un cortacésped demasiado moderno para ser nuestro, veo a mi hermano.

—¿Estás de coña? —mascullo, entre aliviada y cabreada.

Abro la puerta de un tirón y me estremezco cuando el frío de septiembre me cala hasta la piel. Otoño es mi estación del año favorita, sobre todo en Vermont, por lo que no me importa que refresque. Aunque la camiseta holgada y los pantaloncitos cortos que llevo puestos no abrigan demasiado; pero no nos desviemos del tema.

Cubriéndome con mis propios brazos, trato en vano de reprimir un escalofrío y pregunto a gritos:

—¿Qué haces?

Deduzco que Joe no me ha oído por el persistente ruido del cortacésped, porque ni se inmuta.

Uf. Pues nada.

Me calzo unas botas de agua que llevan en el porche desde que me mudé y cruzo nuestra valla hasta invadir la propiedad del vecino.

Está claro que se me ha ido la olla, pero es que son las seis de la mañana de un domingo.

Desde luego, los vecinos tampoco deben de andar muy finos o ya estarían fuera, horcas en mano.

Con cuidado de no resbalar con el rocío, me acerco a Joe hasta que alcanzo a ponerle una mano en el brazo.

—¿Qué hay? —me saluda mi hermano como si nada. Si no fuera porque no me siento los brazos, le daría una colleja.

—Oye, pensaba que te habían secuestrado.

—Un tipo en una furgo blanca me ha ofrecido caramelos hace un rato, pero no tenía hambre.

Me replanteo lo de darle una colleja.

Lo fulmino con la mirada y Joe pone los ojos en blanco.

—Exagerada. Si no me he movido de aquí.

Cuento hasta tres mentalmente, buscando la poca paciencia que me queda de buena mañana. Joe me saca la lengua antes de secarse el sudor con el dorso de la mano. ¿Cuándo ha crecido tanto? Juraría que este verano apenas me llegaba al hombro, y no al revés.

—Sigo sin saber qué haces cortando el césped del vecino a las seis de la mañana. A las seis, Joe —enfatizo, mirando a mi alrededor.

La casa del vecino, una construcción de ladrillo rojo de dos plantas que se alza entre la niebla, es mucho más bonita que la nuestra, de un solo piso y cuyo revestimiento de madera está pidiendo a gritos una mano de pintura. Algo que solucionaré cuando haya ahorrado un poco; es decir, dentro de cinco años.

—¿Sabes siquiera quién vive ahí? —pregunto.

Porque yo no. El señor y la señora Harrison se mudaron a principios de año.

—Claro —responde Joe, como si fuera obvio—. ¿Has terminado de interrogarme? Tengo que acabar esto.

—¿Qué? No, no he terminado. Tengo más preguntas.

—¿Podemos seguir mientras corto el césped?

Suelto un profundo suspiro de cansancio.

—Joseph.

—La cosa se pone seria.

—Déjate de tipos en furgonetas. ¿Los marcianos te han frito el cerebro o qué? Porque mi hermano no madruga los fines de semana para cortar el césped. No corta el césped, de hecho.

—Primero: eso no es verdad. He cortado el césped de casa un par de veces este verano —dice, contando con los dedos—. Y segundo: no te tenía por una conspiranoica. ¿Tienes un blog secreto?

—Un pódcast. Responde a la pregunta.

—No me has hecho ninguna pregunta.

—¿Qué estás haciendo? —insisto, señalándolo a él, al cortacésped, al jardín y a todo lo demás.

—Tenía que hacerlo ayer y se me pasó.

«¿Que tenía que hacerlo?».

—Jojo, ve al grano si no quieres que coja una neumonía y explícame bien de qué va esto. Como si tuviera seis años, si hace falta.

Joe suspira con fuerza, como si ya estuviera cansado de la conversación. Mala suerte.

—El vecino me paga por cortarle el césped desde hace unas semanas. Pero ayer se me pasó porque volví tarde de casa de Ethan. Hicimos una ruta en bici con su padre, ¿te acuerdas? Estaba hecho polvo y me fui directo a la cama. Así que me he puesto a hacerlo ahora, antes de que el vecino vuelva a casa.

Lo miro extrañada.

—¿Llevas semanas haciéndolo?

—Sí —se limita a responder.

¿Cómo no me había enterado yo de esto? En los tres años que pasé trabajando en Nueva York, nunca perdí el contacto con mi hermano. Es lo que más quiero en el mundo y me negué a permitir que la distancia se interpusiera entre nosotros.

Nos escribíamos todos los días y hacíamos una videollamada a la semana. Cada vez que tenía un hueco, cogía el coche o un avión y me plantaba en el pueblo solo para estar con Joe; nos acercábamos al aeropuerto a ver los aviones aterrizar o jugábamos a su nuevo videojuego preferido. Me apuntaba a lo que le apeteciera.

Pero Joe jamás había mencionado a ese tipo, ni por teléfono ni en persona.

—¿Por qué no me lo habías contado? —Ignoro esta nueva punzada de dolor. En todo caso, es culpa mía por no interesarme más por su vida.

Él se encoge de hombros, ajeno a mi preocupación.

—No ha surgido el tema.

«¿Que no ha...?».

—Bueno. —Con este tira y afloja no voy a conseguir más que acabar congelada—. Dudo de que los vecinos estén encantados con tanto barullo, pero la verdad es que el cortacésped no ha sido lo que me ha despertado, sino un golpe. ¿Sabes qué ha podido ser?

Joe se rasca la nuca, justo donde termina el pelo, que tiene del mismo tono castaño que yo. Y por si eso no fuera muestra suficiente de que está nervioso, también hace un mohín.

—Sí, eh... He sido yo, perdona. Al ir a sacar el cortacésped del cobertizo, se me han caído un par de cosillas. Pero pienso dejarlo todo como estaba cuando termine —se apresura a añadir—. Ives, en serio, tengo que acabar esto antes de que el vecino vuelva a casa. No se enfadará ni nada, pero no quiero quedar mal. Me comprometí.

«¿Qué horas son estas de volver a casa? ¿Trabaja en el hospital o qué?».

En vez de eso, pregunto:

—¿Dónde está el cobertizo? Iré a comprobar los daños.

Joe señala hacia la parte trasera de la casa antes de seguir con lo suyo.

Debería volver a casa a cambiarme de ropa (o al menos a por una chaqueta), pero veo a mi hermano tan agobiado que paso.

Cruzo el jardín avanzando entre la niebla. No es por ser cotilla, pero echo un vistazo a la casa al llegar al lateral: todas las ventanas están cerradas y unas cortinas blancas me impiden fisgar en el interior.

Vaya chasco.

Veo el dichoso cobertizo nada más llegar a la parte de atrás. Es una pequeña estructura de madera bastante nueva. ¿Ya la tenían los vecinos anteriores? A través de la puerta entreabierta, creo atisbar una escalera en el suelo. La situación no es tan grave, pues.

Pero entonces abro el cobertizo de par en par y, cómo no, la escalera no es lo único que ha caído. Hay un soplahojas por el suelo junto a un cubo volcado, en el que estoy segurísima de que antes estaban los cascos que hay desparramados a su alrededor. También veo un tablón, que imagino que estaba apoyado contra la pared, y una bici infantil...

... a la que se le han salido un pedal y la rueda trasera.

«Joder, Joe».

Hago un mohín al arrodillarme en el suelo de cemento para devolver los cascos al cubo.

Cuando llega el momento de volver a apoyar el tablón en la pared, apenas me siento ya las manos, que acaban rojas y rasguñadas.

Como no tengo ni idea de dónde estaba el soplahojas antes de que Joe arrasara con todo como un torbellino, lo coloco en una balda baja que encuentro vacía con la esperanza de que el vecino no se dé cuenta del posible cambio.

Me quedo mirando la bicicleta y suelto tal suspiro que bien podría oírse en Canadá. En mi vida he arreglado un trasto de estos, así que no sé por dónde empezar a colocar la rueda ni el pedal. Tampoco he traído el móvil para buscar un tutorial.

Apoyo la bici en la pared y busco alguna herramienta en la estantería. Tiene que haber algo que me sirva para arreglarla antes de que vuelva el vecino. Digo yo que no será tan difícil.

Desesperada, cojo una llave inglesa. ¿Servirá? Yo qué voy a saber...

Es culpa mía. Debería haber estado pendiente de Joe y haberlo ayudado a cortar el césped. Para empezar, debería haber sabido que trabajaba para el vecino.

Aunque nos llevemos diez años, estamos muy unidos. Nos queremos un montón y nos cuidamos muchísimo el uno al otro. Vaya una hermana mayor que estoy hecha.

Y menuda tutora legal.

La llave inglesa se me resbala de las manos y gimo de dolor cuando me da en la rodilla. Pierdo el equilibrio y choco con la bicicleta, que se me cae encima. Qué suerte la mía.

El manillar me da de lleno en la sien y, en un primer momento, creo estar imaginándome la enorme figura que acaba de aparecer en el umbral de la puerta. No es mi hermano.

—¿Qué haces?

Una voz tan masculina y áspera tiene que ser producto del golpe que me he dado en la cabeza; no hay duda. E imagino que también el olor a humo que percibo al momento.

Parpadeo y me encuentro con un par de botas desgastadas (marrones, de estilo militar y cubiertas de barro reseco), seguidas de unas piernas larguísimas y musculosas.

El alba ilumina a contraluz la figura en el umbral y oculta su rostro. Hasta que no se me acostumbra la vista, no me doy cuenta de que se trata de un tipo descomunal con cara de malas pulgas.

Confirmado: estoy alucinando. Aunque no negaré que parece de carne y hueso; tiene el pelo corto, algo más largo por arriba, entre rubio y castaño. Como la miel.

La cabeza me da vueltas.

Barba de tres días, mirada reticente en unos ojos cuyo color no alcanzo a distinguir y una espalda tan ancha que me extraña que quepa por la puerta.

No lo había visto en mi vida, o eso creo. Me acordaría de él. No es por ser una superficial de mierda, pero es lo que hay: ¿cómo olvidar unos bíceps más grandes que mi cabeza?

Y ya que sacamos el tema, la mía da vueltas. Creo que tengo una conmoción cerebral.

—¿Qué haces? —repite, más despacio esta vez. O puede que mi cerebro ya no dé para más—. ¿Estás bien?

El inconfundible olor a humo vuelve a penetrarme los pulmones y suelto una barbaridad que achaco a mi estado:

—Apestas.

El tipo parpadea una vez y luego otra y, enseguida, añado:

—O eso o algo se quema.

Al ver que no dice ni mu, que se me trague la tierra me parece de pronto un planazo de domingo.

Con todo lo que me he esforzado para que Joe sea educado, una buena persona con todo el mundo, y resulta que ahora soy yo la que no se muerde la lengua. Menudo ejemplo estoy dando.

Transcurre una eternidad hasta que da un paso, luego otro, y levanta la bicicleta por el manillar con una de sus manazas. Lo hace parecer tan fácil que resulta insultante, como si ese trasto no hubiera estado a punto de dejarme inconsciente.

Vale, puede que esté exagerando. Es una bici infantil, no una apisonadora.

—Soy bombero.

Y yo que pensaba que no podía quedar más en ridículo.

«Bombero». Claro. Lo más parecido que se me ocurre a un superhéroe de carne y hueso es un bombero, y voy yo y le digo que apesta.

—Eso lo explica todo. —En un intento de rebajar la tensión, esbozo lo que espero que sea una sonrisa cordial. Creo que no ha funcionado, porque el tipo sigue mirándome sin inmutarse, así que vuelvo a intentarlo—: Perdona. No debería estar aquí.

Él enarca ligeramente una ceja.

—¿Qué haces aquí entonces?

Desde luego, este no es el mejor momento para fijarme en que tiene los ojos pardos.

No está siendo borde, pero tampoco muy amable que digamos. Cosa que comprendo perfectamente. Una desconocida se ha colado en su casa; no esperaba un abrazo por su parte.

Para más inri, acabo de darme cuenta de que sigo en el suelo. Pero aún hay más: se me ha subido la camiseta, la del año de la pera con el logo descolorido de una marca de refrescos en el pecho y un agujero en la axila, lo que deja a la vista mis minúsculos pantalones. Parece que vaya en bragas. Genial.

Él no ha dejado de mirarme a la cara, pero me pongo bien la camiseta antes de levantarme. Vale, confirmo que es gigantesco. Medirá un metro noventa o un metro noventa y cinco, tranquilamente. A su lado, debo de parecer liliputiense.

El bombero de nombre desconocido se aleja dando un paso atrás.

—Joe me ha contado que se le ha caído algo y he venido a echar un vistazo —le explico—. Es mi hermano. Lo siento. ¿Tú eres...?

—Vuestro vecino —sentencia, frunciendo el ceño un poco más—. ¿Joe es tu hermano?

Asiento con la cabeza. ¿Por qué tengo la boca seca?

—¿Tú eres Ivy?

—La mismita. —Sin dejar de sonreír, rezo mentalmente para que este tipo tenga la bondad de ignorar que he cometido allanamiento de morada—. La hermana de Joe.

Él asiente con gesto serio.

—¿Estás segura de que no te has hecho daño?

Por lo general, no le encuentro sentido a mentir, y mucho menos cuando alguien ha visto lo ocurrido. Por eso respondo:

—El manillar me ha golpeado en la cabeza y la llave inglesa ha tenido un encontronazo con mi rodilla, pero estoy bien.

Me mira la pierna, reticente.

—Estás sangrando.

«No me jodas». Ahora entiendo por qué me arde la piel como si alguien estuviera haciendo una barbacoa debajo.

—Me limpiaré la herida en casa. —«Ignora el dolor. No empeores las cosas»—. Siento lo de la bici.

Por la cara que ha puesto, parece que acaba de recordar que sigue cargando con ella y la apoya de nuevo en la pared.

—Ya estaba rota. Mi intención era arreglarla, pero no he tenido tiempo.

Está claro que los bomberos tienen unas jornadas de locos. No me explico cómo alguien con turnos de setenta y dos horas sigue dispuesto a ir al trabajo cada día. Ahora me siento fatal por decirle que apesta. Soy patética.

—Bueno, tampoco debería haber entrado aquí. Lo siento.

—No pasa nada. —Echa otro vistazo a mi rodilla—. Se te está poniendo muy roja.

—Tengo un botiquín en casa. Luego me curo.

De pronto comprendo por qué no deja estar el tema. Está claro que le preocupa mi herida, pero casi puedo ver el verdadero motivo dando vueltas en su mente.

Tal vez me equivoque, pero no quiero que se mortifique:

—No voy a denunciarte, ¿eh?

Por la velocidad con que se vuelve hacia mí, sé que he dado justo en el clavo.

—Podrías —dice despacio, con voz grave, como resignado al hecho de que, a partir de ahora, nos vamos a ver en los juzgados.

Si él supiera lo harta que estoy de juzgados y abogados... Aunque, de lo contrario, tampoco lo denunciaría.

—No te preocupes. Ha sido culpa mía.

—Te has hecho daño en mi propiedad.

—Propiedad en la que me he colado.

Alza ligerísimamente las cejas.

—Ya.

—Eres tú quien podría denunciarme a mí —apunto, porque soy una bocazas, y me arrepiento al momento.

Después de lo de mi padre, solo faltaría que me demandaran, con todo lo que eso supondría para Joe.

Después de lo que pasó...

Por suerte para los hermanos Farnsworth, el bombero niega con la cabeza.

—Eso no va a pasar.

No tiene oportunidad de añadir nada más, porque Joe irrumpe sin aliento en el cobertizo, con la frente perlada de sudor.

Se nos queda mirando a ambos antes de informar al hombre que tengo delante:

—Listo.

—Ya te he dicho que no pasaba nada, colega. Tengo dos días libres. Podría haberme encargado yo.

¿Colega?

Joe niega con la cabeza.

—Me comprometí. Debí hacerlo ayer.

—No tienes que cortar el césped si estás ocupado o cansado. ¿Recuerdas lo que hablamos? —le pregunta a mi hermano, como si ya hubiesen tenido esta conversación antes.

Pero ¿desde cuándo conoce Joe a este tipo?

Mi hermano se encoge de hombros.

—Vale. Paso de discutir contigo. Siempre tengo las de perder.

Por primera vez, el bombero sonríe de oreja a oreja. Y, cómo no, tiene una dentadura perfectamente blanca y recta. ¿De qué superproducción de Hollywood se habrá escapado?

—Ya verás cuando tengas mi edad. La cabezonería aumenta con los años —bromea.

—Me muero de ganas —responde Joe, tan seco como siempre, pero está sonriendo. Entonces, como si acabara de recordar que no están solos en el cobertizo, se vuelve hacia mí—. ¿Qué hay, Ives?

—¿Qué hay, enano?

—¿Estás bien? Ya le he avisado de que hemos roto algo por aquí.

—¿Hemos?

Joe hace una mueca con la cabeza gacha.

—De que yo he roto algo. Lo siento.

—Más te vale sentirlo —le advierto, aunque no hay amenaza alguna en mi voz. Enfadarme con Joe es como luchar contra las ganas de picotear durante mi turno en Sunny Stitches: una batalla perdida.

—¡Mírate la rodilla! —exclama Joe con cierta aprensión, señalando la herida que ha empezado a sangrar demasiado para mi gusto.

Cierro los ojos, pero ya es demasiado tarde... Lo he visto. He visto la piel enrojecida, las gotas de sangre. La cabeza me da vueltas y el suelo bajo mis pies parece hecho de gelatina. «Ahora no, por favor».

—Oye —me llama uno de los dos, el de la voz grave y masculina.

Abro los ojos de golpe, pero tengo la vista borrosa.

—Te has puesto pálida.

Joe corre a mi lado y me sostiene como ha hecho ya un millón de veces.

—No pasa nada —me susurra al oído—. Todo va bien. Aguanta.

A pesar de la dulzura con que habla, sus palabras son como un jarro de agua fría, lo que hace que el mareo se me pase de golpe.

Soy una exagerada. Siempre estoy llamando la atención, y encima lo he dejado en evidencia delante del tipo guay. Joder, que solo es un rasguño y tengo veintiséis años. A ver si espabilo.

—Perdón por..., por el estropicio —alcanzo a decir, ya recuperada, más o menos—. Dime qué se ha roto y te lo pagaré.

—No te preocupes —responde el bombero.

—Tranqui, Ives —interviene Joe—. Ford es un manitas. Arregla cualquier cosa que se le ponga por delante.

Pese a que sigo un poco aturdida, paso la mirada del uno al otro. Vuelvo a preguntarme cuánto hace que se conocen.

Como si me leyera la mente —estoy convencida de que existe la telepatía entre hermanos—, Joe dice:

—Ivy, te presento a nuestro vecino Ford. Me contrató para que le cortara el césped. Y, Ford, esta es mi hermana, Ivy. Puede que la hayas visto por aquí últimamente. No sabe aparcar en paralelo.

—Oye. —Le doy un pellizco en un costado y Joe se echa a reír.

—Encantado de conocerte —me saluda el bombero. Ford es un poco más serio conmigo que con mi hermano, aunque no me molesta—. Joe me ha hablado de ti.

—Hombre, eso espero. —Resoplo, sin caer en lo presuntuosa que acabo de parecer. Que se acabe ya el día, por favor—. O sea, espero que no se haya callado que tiene una hermana. Estaría feo y sería un poco raro..., ni que me estuviera buscando el FBI o algo por el estilo.

—Estás farfullando —me susurra Joe, lo bastante alto para que lo oiga el vecino.

—Sí, sí. Encantada de conocerte —le digo a Ford con una sonrisa —. A pesar de..., bueno, de las circunstancias.

Debería parar de recordarle que, si quisiera, tiene motivos de peso para denunciarme.

Asiente con brusquedad.

—No te preocupes.

Joe pasa de todo y se pone a contarle que el cortacésped hace un ruido raro, momento que aprovecho para despedirme por lo bajo y largarme. Cuando llego a casa, la niebla ya se ha disipado y los primeros rayos de sol atraviesan las nubes.

Antes de cerrar la puerta tras de mí, el viento arrastra el murmullo de sus voces y la risa de Joe. Vaya una bienvenida a Harmony Hills más rara.

2

Ivy



No he vuelto a ver al bombero en toda la semana.

Aunque lo he oído ir y venir en su *pick-up* (que no es Ford, por desgracia, porque habría sido para troncharse), solo me he asomado a echar un vistacillo un par de veces. Más que nada porque no estoy majara, aunque no he dejado de machacarme por colarme en su propiedad y, por si fuera poco, decirle que apestaba.

Si Joe llega a enterarse de esto último, no lo cuento.

Me he estado obsesionando con Ford de mala manera, cosa que achaco a mi falta de sueño y no al hecho, claro está, de que sea el tío más macizo que he conocido jamás. El problema es que tengo un millón de preocupaciones y cosas por hacer, y los hombres no son una de ellas.

Y encima voy con la hora pegada al culo.

—Que vaya bien el insti, Jojo. —Le pellizco la mejilla antes de que se baje del coche. Llevo la música a toda pastilla, porque es mi deber como hermana mayor avergonzarlo delante de sus amigos—. Avísame si te duele el cuello y quieres irte a casa, pero... solo si es cuestión de vida o muerte, por favor. No te aproveches de mí. Ahora tengo que ser una adulta responsable y no puedo malcriarte más.

—Ya no me duele —me asegura él, moviendo la cabeza para demostrármelo—. Y que sepas que no es muy responsable por tu parte que anoche cenáramos paninis precocinados cuando hay verdura en la nevera.

—Como que no te los zampaste en un visto y no visto. Si tan desesperado estás por comer verdura, esta noche cenaremos brócoli hervido.

—Oh, nutrientes, qué miedo.

Lo ignoro.

—¿Te he dado el dinero para el almuerzo?

—Que sí. ¿Ya estás senil o qué?

—Muy bien. Vas a comer brócoli hasta que te salga por las orejas.

Después de bajar del coche, se agacha para mirarme a la cara.

—Te quiero, Ives.

—Y yo a ti, Jojo. Que aprendas mucho.

—Lo intentaré.

Cierra la puerta antes de desaparecer entre la marabunta de estudiantes que corren a clase antes de que suene la campana, y yo me quedo a solas con mi música y mis pensamientos.

Contemplo el edificio del instituto, el mismo donde me gradué por los pelos hace ocho años.

Menos mal que ya no le duele el cuello y que no le ha cogido miedo al coche después de..., bueno, después de lo que pasó. Aunque quizá no debería dar saltos de alegría aún, teniendo en cuenta que solamente se atreve a subirse al mío. El fin de semana pasado prefirió coger el autobús a dejar que la madre de Ethan, que le ha hecho de chófer durante años, lo llevara en coche.

Pongo la radio a todo volumen y salgo de la zona de descarga cuando alguien me pita por detrás.

Hace tres años, dejé a Joe a cargo de mi padre para poder mudarme a Nueva York, y no pienso volver a cometer el mismo error. Tuve que marcharme por motivos de fuerza mayor (el dinero, claro), no porque me entusiasmara mi trabajo allí. Me alegro de haber vuelto a Harmony Hills, aunque las circunstancias dejen un poco que desear.

Me encamino hacia la calle mayor, decidida a centrarme únicamente en lo importante: no en mi padre ni en lo que hizo, sino en cuidar de mi hermano. Por mucho que asegure estar bien, algo me dice que no es verdad.

Aprovechando que la semana que viene empiezo en mi segundo trabajo, quizá debería mandarlo a terapia. Es un gasto que no me viene muy bien ahora mismo, pero si es lo que necesita...

Siento como si lo tuviera todo bajo control y, al mismo tiempo, que todo se me escapa, pero estoy en ello. Daría mi vida por Joe y por él fingiré que sé lo que hago hasta que así sea.

No permitiré que otro adulto vuelva a fallarle.

Encuentro aparcamiento a dos manzanas del trabajo y... Mierda. Joe tiene razón: soy pésima aparcando en paralelo. Qué le vamos a hacer.

Con la cantidad de tráfico que hay esta mañana, no me queda otra que respirar hondo y recordarme que he hecho esto un montón de veces y que solo he rallado el coche en ocho de ellas. Llevo la cuenta.

No sumo una más a la lista, de milagro. Apago la radio y cojo aire mientras recito las mismas frases motivacionales que llevo repitiéndome las últimas semanas.

«Tengo suerte de poder ser la tutora legal de Joe y de que no acabara en un centro de menores».

«Tengo suerte de haber conseguido dos trabajos en Harmony Hills tan rápido».

«Tengo suerte de poder permitirme un sitio donde vivir y un plato de comida en la mesa».

Soy muy afortunada, muchísimo, aunque no siempre me haya sentido así. Y no pienso hundirme antes de empezar el día.

Compongo la sonrisa más auténtica de la que soy capaz y salgo del coche.

Sunny Stitches es uno de los comercios más antiguos de Harmony Hills, así como uno de los pocos talleres de costura del condado.

Mi abuela, que murió hace años, era muy amiga de Fran, la dueña. Quedaban cada sábado por la noche para jugar al bingo en la biblioteca municipal e irse de copas después, ya fuera con sus amigos o con algún ligue. La abuela era un terremoto, al igual que Fran, quien me ofreció un puesto en Sunny Stitches en cuanto supo que volvía a casa.

—Me hago vieja —me dijo el día en que me contrató, de pie en el pasillo de los cereales del súper. La mejor entrevista de trabajo de mi vida—. Seguiré llevando el taller, pero mi vista y mis manos ya no son lo que eran. ¿Cómo voy a coser algo si no dejo de clavarme la

aguja cada dos por tres? El año pasado hiciste tú los disfraces de Halloween de Joe y de sus amiguitos, ¿me equivoco? Eché un ojo a las costuras por curiosidad y tienes maña. Te irá bien conmigo.

Y eso fue todo. Tampoco habría podido negarme que digamos, aunque hubiese querido.

El mes anterior pasé de tener tres cuentas de ahorro a cuatro: una para mí, otra para la escuela de pilotos de mi hermano, otra para imprevistos y la nueva para los gastos personales de Joe (mi padre había dejado vacía la anterior).

Entre médicos y abogados, no era plan de ponerse quisquillosa a la hora de buscar trabajo. Y con lo bien que cobro como costurera en Sunny Stitches, como para rechazar la oferta. Además, Fran es fantástica. A sus sesenta y pico años, me recuerda tanto a mi abuela que a veces me arrepiento de no haber salido de marcha con ellas. No me va mucho la fiesta, pero habría hecho una excepción con esas dos.

—Buenos días, Fran —la saludo por encima del tintineo de la campanilla de la puerta.

—¡Un segundito! —grita ella desde la trastienda, separada del resto del local por una gruesa cortina que hay detrás del enorme mostrador de madera.

He estado en Sunny Stitches una infinidad de veces a lo largo de los años, para comprar telas para los disfraces de Joe o parches para sus tejanos, y ya llevo un par de semanas trabajando aquí. Sin embargo, me tomo un segundo y contemplo el local.

El amarillo de las paredes queda oculto tras bobinas y más bobinas de hilo, botones de todos los colores, cremalleras y todo tipo de material de costura. Por no mencionar los rollos de tela: a lunares, floreadas, de tartán, a cuadros... La lista es interminable.

Desde que empecé, no he parado. Casi he terminado los uniformes de un equipo de gimnasia artística local y me tomé la libertad de añadir un poco más de brillibrilli en los de las más pequeñas para que reluzcan como nunca en su próxima exhibición. A la entrenadora le entusiasmó la idea.

—Disculpa, estaba hablando con mi hermana por teléfono. Ya sabes lo mucho que se enrolla —refunfuña Fran mientras sale de la

trastienda. Se pone bien las gafas—. ¿A qué viene esa sonrisa?

—Pues que sois igualitas, Fran. Tú te pasas horas dale que te pego.

Ella resopla.

—Lo que pasa es que necesita distracción, alguien con quien cotillear, porque su marido es un muermo.

—Claro.

—Bueno, vayamos al grano. —Se hace la loca porque sabe que tengo razón: a Fran le va el chismorreo tanto como a su hermana, pero ¿quién soy yo para juzgarla?—. Las niñas del equipo de gimnasia vendrán a probarse los uniformes después de clase. ¿Están listos?

—Sí. Y también los bocetos para el uniforme de la banda de música.

Le entrego mi cuaderno para que eche un vistazo. Nos pidieron unos retoques para mejorar su uniforme actual y se me han ocurrido un par de ideas. A mí no acaban de convencerme porque me parecen todas una birria, pero espero a ver qué opina Fran.

En las últimas semanas, no he estado muy inspirada que digamos, lo cual es una faena cuando mi trabajo consiste en diseñar y retocar vestuario. Fran no deja de repetirme que tengo buenas ideas y que le gustan mis bocetos, pero yo no las tengo todas conmigo. Y no porque piense que miente, sino porque creo que esto se me da fatal.

Mi madre bromeaba diciendo que nací con un lápiz en la mano. Y, al igual que ella, mis profesores de Arte insistían en que tenía talento, pero siempre he sido demasiado insegura para considerar mis dibujos poco más que mediocres. Regulares, quizá, si tengo un buen día.

Qué más da. El arte no va a darme de comer.

Me gusta trabajar en Sunny Stitches. Puede que no me chifle, ni tiene por qué. Mi prioridad es pagar las facturas, no andar persiguiendo sueños estúpidos que nunca se harán realidad.

—Son buenos. Prefiero la tercera opción —decide Fran—. Antes de ponernos con ello, envíale unas fotos a Jimmy, a ver qué le parece.

Asiento y tomo nota mental para escribir más tarde al director de la banda de música de Harmony Hills, cuando Fran me haya dado su

número.

—He dejado unos tejanos de campana en la trastienda. Hay que arreglarlos antes de las once. Aparte de eso, no tenemos nada más —me informa—. Pero antes..., para qué nos vamos a engañar, no soy persona sin un café con dónuts. ¿Con leche?

—Como siempre, Fran.

—Enseguida vuelvo.

Estoy examinando los tejanos cuando regresa con mi café con leche y un dónut cubierto de confites. Más tarde, Jimmy da el visto bueno a mi boceto y me pongo manos a la obra.

La hora de la comida pasa en un visto y no visto. Joe me envía el emoji del brócoli y, como los odia, yo le respondo con el de los guisantes.

A las cuatro, estoy cosiendo un botón a una de las chaquetas de la banda cuando suena la campanilla.

—¿A quién tenemos aquí? Hola, Lexi —oigo que dice Fran desde el otro lado de la cortina—. ¿Has venido a la prueba de vestuario?

—¡Sí! —responde, entusiasmada, una voz infantil.

Al ponerme en pie, se me escapa un gemido que refleja el dolor de mis lumbares. A veces se me olvida que, a diferencia de Joe, yo ya no tengo edad para pasarme una hora encorvada en una silla. Es lo que hay.

Estoy buscando el nombre de Lexi en el atiborrado perchero cuando Fran grita:

—¡Cielo! ¿Podrías traerme el uniforme de Lexi?

—¡Voy!

Doy con la etiqueta que buscaba y salgo de la trastienda.

—Hola, Lexi. Mira lo que tengo para ti. —Sonrío al ver a la pequeña, que no tendrá más de cinco o seis años.

Pero se me pone sonrisa de desquiciada en cuanto veo al hombre que hay junto a ella.

Nuestro vecino.

El bombero.

—Oh. Hola, Ford. —Lo saludo con la mano, quizá con demasiado entusiasmo—. Cuánto tiempo.

¿Y qué hace él? Frunce el ceño.

—¿Puedo probármelo? —pregunta Lexi, emocionada.

—Mejor esperamos a llegar a casa —responde Ford con ternura. ¿Será su padre? De ser así, entendería por qué tenía una bicicleta infantil en el cobertizo.

—Pero, tito Ford...

Ahí tengo la respuesta.

—Hay que ir al súper antes de dejarte en casa, ¿recuerdas? —Habla con paciencia y cariño.

La pequeña hace pucheros, negándose a aceptar el razonamiento de su tío, y entonces es cuando intervengo yo:

—¿Por qué no te lo pruebas en casa con un buen peinado y todos los complementos? Así verás cómo queda al completo. ¿Qué me dices?

Lexi duda un instante.

—Bueno.

—A mí me parece una buena idea —dice Fran.

No he dejado de sonreír a la pequeña cuando percibo a alguien taladrándome con la mirada. Levanto la vista y, cómo no, ahí está la incomprensible cara de malas pulgas de Ford.

¿Acaso no le pedí disculpas por colarme en su cobertizo? ¿Y no dijo que no pasaba nada?

Mentiría si dijera que no hice una idiotez. Y está en todo su derecho a molestarse conmigo. Pero ¿tiene que mirarme como si acabara de reventarle el buzón con un bate de béisbol en vez de haberlo ayudado con su sobrina?

Conozco bien la opresión que siento en el pecho. ¿Qué me importará lo que piense este tipo de mí? No debería darle más vueltas y, aun así...

Cuando era adolescente, vestía como el resto de mis compañeras y pasaba una barbaridad de tiempo maquillándome por las mañanas; todo con tal de no sentirme excluida, de que nadie me mirara y viera que no encajaba.

A mis veintiséis años, he comido tanta mierda que me niego a perder el tiempo preocupándome por lo que puedan pensar de mí. O casi siempre. Cuesta dejar las viejas costumbres.

—Listo, pues —sentencia Fran, sacándome de mis pensamientos —. Ivy, ¿te importaría meterlo en una funda?

Encantada de librarme de la mirada de reproche de Ford, huyo a la trastienda en busca de una bolsa protectora. Después, mientras Fran prepara el uniforme, me entretengo con el portátil como buena cobarde que soy para no tener que hablar con él. Total..., sería un monólogo.

—Gracias —oigo que dice Ford, pero me niego a mirarlo—. Lexi, ¿qué se dice?

—¡Gracias!

—De nada, corazón —responde Fran.

—Adiós, Lexi. —Me despido de la niña con un gesto, ignorando a propósito al hombre que la lleva de la mano.

Si tanto me joroba no caerle bien a un desconocido, que ni me paga las facturas ni aporta nada a mi vida, será porque tengo poco que hacer.

Así que me planto los auriculares y me pongo a limpiar la trastienda palmo a palmo, hasta que dejo de pensar en Ford.

3

Ivy



Con todo, esos pensamientos vuelven a tocarme la moral unas horas más tarde.

—El vecino me odia.

Joe se me queda mirando, con una galleta con pepitas de chocolate en la mano. Le caen unas migajas de la comisura de la boca sobre la mesa desportillada de la cocina y el manual de vuelo que está subrayando mientras yo dibujo. O eso intento, al menos.

—Ford no te odia.

—Ya te digo yo que sí. —No sé por qué discuto. ¿No había decidido pasar del tema?

Contemplo el cuaderno de dibujo en blanco, lo que no hace sino aumentar mi frustración.

—En vez de devolverme el saludo hoy en la mercería, se me ha quedado mirando con cara de vinagre. Ha sido de lo más incómodo y raro.

—¿Qué hacía allí? —pregunta Joe, distraído, pasando páginas de su manual.

—Ha ido con Lexi, su sobrina.

—Ah, sí, Lexi. La conozco —comenta, antes de acabarse la galleta e ir a por otra. La madre de Ethan siempre hace de más para nosotros y son un vicio.

—¿Qué sabes de él? —Para no quedar como una desquiciada, añado—: O sea, nunca me has hablado de él. ¿Cómo os conocisteis?

—Fue este verano. Yo estaba en el porche después de haber discutido con papá. Por lo de la fiesta de Logan. ¿Recuerdas que te conté que no quiso llevarme?

Me acuerdo; fue hace meses y aún me da rabia. Qué impotencia oírlo sollozar por teléfono por culpa, una vez más, del imbécil de nuestro padre. Ya sé que no se acaba el mundo por perderse una fiesta de cumpleaños, pero aquella misma semana derramó sin querer una cerveza sobre su manual de vuelo y, a pesar de lo mucho que significa para él, se negó a comprarle otro porque son demasiado caros.

—Salí fuera a despejarme —continúa Joe—. Ford acababa de mudarse. Paró con el coche en la entrada para ver si estaba bien. Dijo que era bombero, por si necesitaba ayuda. Le dije que no y se fue. Pero luego le pregunté si sabía de alguien que ofreciera curro, algo sencillo porque estaba en el instituto todavía. Me propuso que le cortara el césped, y eso fue todo.

Se me hace un nudo en el estómago que nada tiene que ver con el cascarrabias de al lado.

—Jojo, no tienes por qué trabajar. Si necesitas dinero, pídemelo. Deberías centrarte en tus estudios.

—Y lo hago —insiste él sin levantar la vista de la página, un galimatías incomprensible sobre aceleradores—. Pero tú siempre dices que pronto seré un adulto y tal, y que ya me va tocando asumir responsabilidades.

Oh, vaya, mis propias palabras usadas en mi contra.

—Es cierto —asiento—, pero me refiero a que limpies lo que ensucias, que pongas la lavadora o que aprendas a cocinar lo básico; a ese tipo de cosas. No me importa que quieras seguir cortándole el césped a los vecinos, pero no tienes por qué trabajar con dieciséis años. No mientras yo esté aquí, al menos. Quedamos en que me encargaría de pagarte la escuela de pilotos.

Sé bien lo que es madurar demasiado pronto y no tener más remedio que trabajar para sobrevivir. Me niego a que Joe pase por eso.

Siempre ha soñado con ser piloto. Al principio pensé que solo era una fase: después de los trenes y los dinosaurios, llegaban los aviones. La abuela bromeaba diciendo que lo siguiente serían los barcos, pero no fue así.

Joe empezó a buscar escuelas de pilotos a los diez años. Así fue como me enteré de lo carísimas que son, pero también de lo importante que es esto para él: no hacía más que ver vídeos sobre aviación, leer manuales técnicos y soltar datos aleatorios de camino a la escuela (así es como aprendí que el aire en la cabina de un avión es más seco que el del Sáhara).

Cuando me quedó claro que nuestro padre pasaba olímpicamente del sueño de Joe, empecé a ahorrar para la escuela de pilotos. Sigo en ello a día de hoy.

—Ya lo sé —dice con desgana, sin dejar de hojear el nuevo manual que le compré después de que nuestro padre estropeara el anterior—. Pero no voy a dejar el trabajo. Solo lo hago los fines de semana. Además, Ford le ha hablado bien de mí a su hermano y quiere contratarme también.

—Me parece bien si es lo que quieres.

—Pues sí.

—Pues vale. —Cojo otra galleta. Menos mal que soy una negada para la repostería, porque acabaríamos atiborrándonos día sí y día también—. Bueno, y ¿Ford nunca te ha comentado nada sobre mí?

—No vas a dejarlo estar, ¿verdad? —Al ver que no respondo, dice —: No, nunca me ha comentado nada sobre ti.

—Porque me odia.

Entonces sí que me mira. Con cara de fastidio, para ser exactos.

—A ti se te va la olla.

—Pero no lo has negado.

—Lo he negado nada más empezar esta conversación.

Le saco la lengua, como la adulta madura que soy.

—Lo que tú digas. ¿Siempre va por ahí con esa cara de amargado?

—Qué va. Es un poco serio, pero no un amargado. Y deja de preguntarme por él. Estás obsesionada.

—Perdone usted por ponerme un pelín obsesiva de vez en cuando. Como si, por lo general, no tuviera dos dedos de frente.

—Si tú lo dices... —musita el muy capullo. Entonces se le enciende la bombilla y propone—: ¿Por qué no le llevas unas galletas para hacer las paces?

—¿Galletas?

—A todo el mundo le gustan las galletas. Si las rechaza o te fulmina con la mirada, entonces será que tienes razón y le caes mal.

Debo de estar perdiendo la chaveta, porque no acaba de parecerme una mala idea.

Pero no las tengo todas conmigo.

—¿Sugieres que nos deshagamos de estas deliciosas galletas?

—La madre de Ethan nos trae algo casi cada semana. Prácticamente somos sus cobayas. Pero no se las lleves todas, ¿eh? Solo tres o cuatro.

—Quedaré como una tacaña.

Joe reniega.

—Pues llévale el plato entero.

—Antes muerta.

Harto ya de mí, echa la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados y yo me río por lo bajo.

—Seis.

—Vale.

Meto seis galletas en un táper de plástico. «Adiós, ricuras. Más le vale al gruñón ese apreciaros».

Me paro en el umbral de la puerta.

—En una escala del uno al diez, ¿cómo de seguro estás de que no es un psicópata?

Joe me lanza un bolígrafo que apenas logro esquivar por la risa.

Aunque se me acaba de ocurrir una idea.

—¿Y ahora qué? —pregunta Joe con recelo al verme recoger el boli y robarle uno de los pósits que usa para tomar notas del manual. Se está dejando la piel estudiando, y eso que no podrá entrar en la escuela hasta dentro de dos años. Mi pequeño empollón.

—Voy a ser una buena vecina —murmuro mientras garabateo en mayúsculas:

> *LO SIENTO (OTRA VEZ). ESPERO QUE TE GUSTEN LAS GALLETAS Y PERDONAR LAS TONTERÍAS DE LA GENTE*.

Dibujo una cara sonriente para que el mensaje funcione, y listo.

Joe suspira sacudiendo la cabeza.

Lo ignoro.

—Te quiero, Jojo. Vuelvo en cinco minutos.

—Sí, sí, yo también te quiero —rezonga él con aire cansado. No le culpo; hoy estoy espitosa.

Soy consciente de que esto es una chorrada, pero eso no me impide plantarme en casa de Ford. Lo paso fatal desde que llamo al timbre hasta que se abre la puerta, unos segundos durante los cuales no dejo de repetirme que solo estoy siendo una buena vecina.

Me da un vuelco el corazón al oír el cerrojo.

La puerta se abre como a cámara lenta y me recibe la cara de malas pulgas a la que, para mi sorpresa, ya me voy acostumbrando.

—¿Qué hay? —lo saludo en tono alegre, o eso espero.

—Hola. —Hay cierto recelo en su voz, pero al menos me ha devuelto el saludo. Punto para mí—. ¿Todo bien?

Ni corta ni perezosa, le pego un repasillo antes de responder. Tiene el pelo algo revuelto, como si acabara de levantarse de la siesta. Y, por su ropa, diría que no voy mal encaminada: lleva una camiseta que tendrá más años que yo y pantalones de chándal. De los grises, para más inri.

—Perdona que te moleste —me apresuro a decir, machacándome mentalmente por mi descaro—. No debería haber venido sin avisar. Si tienes visita...

No le veo anillo de casado ni recuerdo que llevara uno antes, aunque eso no quita que no pueda divertirse.

He empezado a ponerme colorada cuando dice:

—No te preocupes.

Esto ni confirma ni desmiente que estuviera con alguien antes de que la loca de la vecina se le presentara en casa.

«¿Y a mí qué más me da?».

Para no seguir haciendo el ridículo, le ofrezco el táper con las galletas y la nota.

—Toma. Galletas por las molestias.

Él mira el táper anonadado, como si acabara de darle un corazón humano.

—Galletas por las molestias —repite despacio.

—No las he hecho yo —aclaro por si acaso, no vaya a pensar que quiero envenenarlo—. La repostería no es mi fuerte. Ni la cocina, todo sea dicho. Joe y yo subsistimos a base de comida precocinada y...

Cierro el pico porque no sé qué hago contándole mi vida al pobre hombre.

—El caso es que la madre de un amigo de Joe nos preparó un montón de galletas y se me ha ocurrido traerte unas cuantas. Espero que no seas alérgico a algo. No llevan frutos secos.

—Gracias. —Me arrepiento de haberle escrito una nota en cuanto me coge el táper de las manos y se fija en el pósit, pero no hace ningún comentario al respecto—. Olvida lo del cobertizo. Es agua pasada.

¿Eso no me lo había dicho ya? Entonces, ¿qué estoy haciendo aquí? Unas galletas no van a hacer que le caiga bien por arte de magia. Las relaciones humanas no funcionan así.

Avergonzada, doy un paso atrás y después otro. Este sería un momento fantástico para que me tragara la tierra.

—Genial. Pues... nos vemos. Espero que te gusten las galletas.

Todo lo que recibo como respuesta es un escueto gesto con la cabeza, como para que me largue de una vez. Algo que me deja bien claro cuando cierra la puerta mientras sigo en su porche.

A este tipo le caigo fatal y pasa olímpicamente de mi cara; más me vale aceptar que nada de lo que diga o haga va a cambiar eso.

4

Ford



Galletas por las molestias.

Hay que joderse.

Tras marcharse, me quedé mirando embobado el táper con la nota lo que parecieron horas y horas, aunque en realidad apenas fueron unos segundos. Tal vez un minuto. Dos como mucho.

Hasta mi sobrina de cinco años sabe que no hay que aceptar comida de un desconocido, así que no me explico por qué motivo abrí el táper, olí las galletas y me zampé tres del tirón.

Por no mencionar que guardé la nota en un cajón de la cocina, cuando debería haberla tirado a la basura. Lo que ocurrió fue que me había pasado cuarenta y ocho horas seguidas trabajando y no me apetecía levantarme del sofá; solamente quería disfrutar de mi día libre tomando una birra mientras veía una peli.

Han pasado tres días desde aquello y sigo sin quitármelo de la cabeza. Es más, ni siquiera he oído a Ian acercarse en el trabajo cuando me pone una mano en el hombro.

—Hey, jefe. ¿Va todo bien?

Me aclaro la garganta.

—Sí. ¿Necesitas algo?

Mi padre, ahora jubilado, también era bombero. Fue una inspiración a lo largo de toda su carrera como teniente, y lo sigue siendo. Tenía una fantástica reputación y su equipo lo adoraba.

Algunos de mis hombres lo conocen, otros incluso trabajaron con él, y sé bien que todos daban por hecho que yo seguiría sus pasos cuando me uní al departamento. Pero si esperaban que organizara

barbacoas, que los invitara a tomar algo las noches de béisbol o que fuera algo más que el imbécil distante que soy, lo llevan claro.

No tengo nada en su contra; son buena gente y trabajamos bien juntos. Nos protegemos los unos a los otros. En el fondo, como bomberos, nos une un vínculo más fuerte que ningún otro.

Lo que pasa es que prefiero no mezclar el trabajo con la vida privada. Nunca fui un crío muy sociable que digamos, y la cosa no cambió con la edad. Soy amable con todo el mundo (cordial, al menos) porque paso de malos rollos; nada más. Cuanto menos me conozcan, más fácil será todo.

—Acabo de dejar los baños como los chorros del oro —dice Ian con su habitual sonrisilla—. ¿Necesitas que te eche una mano por aquí?

Las jornadas tranquilas en el parque de bomberos consisten en limpiar, dejar comida preparada y hacer ejercicio. Ser bombero en un pueblecito no resulta muy emocionante, pero no escogí este trabajo para hacerme el héroe. Haga lo que haga en cada turno, me siento orgullosísimo de mi profesión.

—Qué va. Esto ya está. —Estoy preparando suficientes espaguetis con albóndigas como para alimentar a un regimiento—. Comemos en diez minutos.

Ian coge platos para los doce que estamos hoy de turno y empieza a poner la mesa.

—Genial. Bueno, y ¿cómo estás? Lo pregunto en serio.

¿Cómo puede una pregunta tan cotidiana, dos simples palabras, revolverme por dentro de esta manera? Será que sé a qué se refiere en realidad.

—Bien —me limito a responder.

Aunque una cosa es querer mantener mi vida privada al margen y otra, lograrlo. Sobre todo en un pueblo donde todo el mundo se conoce y los rumores corren como la pólvora, que fue justo lo que ocurrió.

Ian sabe lo que pasó, al igual que todo Harmony Hills.

Que te pongan los cuernos hace que te replantees tu vida entera. En mi caso, al menos, fue así. No se trata tanto de la otra persona como de mí mismo y mi lamentable capacidad para tomar

decisiones: si me equivoco buscando pareja, mejor ni hablar de escoger carrera, casa o rumbo en la vida.

Es una putada que te la peguen. Pero que te la pegue tu mujer en la puñetera cama de la casa que compraste para los dos... eso es otro nivel.

Conocí a Jocelyn hace tres años en una boda. Era amiga de la novia. Tenía todo lo que por entonces buscaba en una mujer: era dicharachera, alegre, preciosa, con una enorme sonrisa y curvas para regalar. Y era de mi edad. De modo que la invité a cenar.

Nos prometimos un año más tarde. Llevábamos diez meses casados cuando la encontré en nuestra cama con su exmarido.

Ya sabía que había estado casada y no me importaba; todo el mundo merece una segunda oportunidad en el amor. Cuando nos conocimos, llevaba un mes divorciada y empezó conmigo por despecho. En ese sentido, fue sincera, cosa que agradecí. Pero después se enamoró de mí... supuestamente.

Porque, tras pillarla con su exmarido, me dijo que había cometido un error al dejarlo. Que quería contármelo desde hacía tiempo, que la culpa la reconcomía por dentro y sabía que estaba siendo cruel. Y, por si esto fuera poco, que me merecía algo mejor.

Si me trago el orgullo herido, en el fondo sabía que nuestro matrimonio no tenía futuro. Ahora lo veo, en las discusiones constantes y en nuestra falta de comunicación. No puedo culparla por algo que era responsabilidad de los dos. Yo vivía tras una coraza impenetrable que Jocelyn intentaba derribar a base de bombardeos. No estábamos hechos el uno para el otro, y deberíamos haberlo dejado por las buenas en lugar de conformarnos.

Nada de esto justifica que me engañara, pero ya lo he superado. Me tomé bien el divorcio, por más que evite hablar del tema.

A las dos semanas, ya había pasado página en el aspecto emocional. Respecto a lo demás, no tardé en vender la casa y seguir con mi vida, decidido a no tener ninguna relación ni, mucho menos, volver a casarme.

Ya he pasado por eso y no me interesa.

Ian es mi mano derecha. Puede que no seamos amigos fuera del trabajo, pero es un buen tipo. Aunque me saca de mis putas casillas

con tanta pregunta. Si hay días en que tengo cara de amargado, es lo que hay. Siempre y cuando mi estado de ánimo no perjudique mi rendimiento ni nuestra dinámica en el trabajo.

Después de comer, nos pasamos un rato de cháchara con las noticias locales de fondo. Estoy planteándome una segunda sesión de entrenamiento, cuando saltan las alarmas, un despliegue de sirenas y luces por toda la estación, y nos ponemos en pie de un salto.

En menos de un minuto, todos estamos listos y equipados.

Incendio en un restaurante cerca de la calle mayor. Según el aviso, tanto el personal como la clientela están fuera de peligro, pero han tenido que desalojar los edificios adyacentes porque las llamas se están propagando con rapidez.

Mi equipo es el primero en salir. Al volante, la habitual sonrisilla de Ian ha dado paso a una expresión de concentración. La misma que muestran los demás.

Cuando llegamos al departamento, por lo general como voluntario, no podemos evitar tener un subidón de adrenalina con cada aviso. Ser bomberos no es solo un trabajo; es nuestra vocación. Con el paso del tiempo y con la experiencia, sin embargo, los nervios del principio derivan en una concentración y en una impaciencia controladas. Se acabó comportarse como cachorros eufóricos.

Cuando la vida de los demás está en tus manos, no hay tiempo para tonterías.

Mascullo por lo bajo cuando llegamos a nuestro destino. Las llamas están consumiendo el restaurante desde dentro, y la cosa no pinta bien.

—Cortad la electricidad —indico a uno de mis hombres mientras el resto prepara la manguera y la espuma.

—Disculpen. Paso —oigo que dice la voz de una mujer. Me vuelvo y veo a Gloria, la dueña—. Dios mío, Ford. Qué tragedia. Las freidoras... estaban viejas y...

—No pasa nada, Gloria. Lo solucionaremos. ¿Queda alguien dentro?

Aunque ya conozco la respuesta, siento un gran alivio cuando dice:

—Solo estábamos Olivia y yo en la cocina. Después llegaron Walter y cuatro clientes. Hemos mirado en el baño antes de salir. No ha quedado nadie.

En ese momento se acerca Olivia, su sobrina.

—Hola, Ford.

—Hola —respondo distraído, supervisando a mi equipo desde la distancia.

—¿Cómo estás? Dichosos los ojos.

Me quedo de piedra al percibir su tono de voz, como si el restaurante de su familia no estuviera a punto de quedar reducido a cenizas. La miro y, efectivamente, me está sonriendo con descaro. Vaya tela.

—Déjalo trabajar, Olivia —la reprende Gloria por andar ligando conmigo mientras el negocio familiar arde a nuestra espalda.

Olivia se pone de morros y se marcha, no sin antes guiñarme un ojo por encima del hombro. De estar interesado (que no es el caso), no podría haber sido más inoportuna.

Apenas soy consciente de la muchedumbre aglomerada en la calle, con el móvil en la mano apuntando al edificio en llamas, mientras tratamos de apagar el peor incendio que he visto en mucho tiempo.

—Número uno, adelante. ¡Vamos! —grito por la radio.

He perdido la noción del tiempo y no sé cuánto tardamos en mantener las llamas a raya. Pero, una vez terminamos, la fachada verde ha quedado negra como el carbón.

—Gracias, hijo. Gracias al cielo que estáis todos bien. —Gloria, con lágrimas en los ojos, me sujeta la cara con manos temblorosas—. Es grave, ¿verdad?

Trago saliva.

—Lo siento, Gloria.

Estaba a punto de jubilarse; maldita sea. A veces la vida es una mierda como una casa. Lo sé bien.

Gloria niega con la cabeza.

—Los objetos pueden sustituirse. Lo importante es que todos estéis a salvo.

Esbozo una leve sonrisa para reconfortarla.

—Todo irá bien. Tienes el apoyo de todo el pueblo.

Y es cierto. La gente de Harmony Hills se apoya como nadie. Estoy convencido de que, en cuestión de horas, Gloria tendrá a una docena de vecinos en la puerta dispuestos a ayudar como sea, ofreciéndole comida o compañía.

—Todo irá bien —repite, con la voz cargada de esperanza.

Asiento en respuesta cuando veo algo, o a alguien más bien, con el rabillo del ojo.

La hermana de Joe, Ivy, está repartiendo botellas de agua y bolsas de papel a mi equipo. «¿Qué narices...?».

—Disculpa un segundo —le digo a Gloria, distraído.

—Oh, claro. Hasta pronto, Ford. Dale un abrazo a tu madre de mi parte.

Se me borra la sonrisa de la cara en cuanto veo que Ivy se ha puesto a hablar con Ian. Me subo por las paredes con solo ver cómo la hace reír.

Si ha venido a ligar, solamente conseguirá estorbarnos.

—¿Se puede saber qué haces? —pregunto, un poco más borde de lo que pretendía.

Ivy aparta la mirada de Ian y fija sus ojos en mí, azules y rebosantes de alegría.

—Hola, ¿eh? Fran me ha pedido que os trajera esto.

—¿Qué es?

Por la miradita que me lanza Ian, deduzco que mi pregunta ha sonado un poco impertinente, pero me da igual.

Ivy tampoco parece inmutarse, porque, sin dejar de sonreír tan campante, responde:

—Agua y dónuts, ¿qué va a ser? Ha pensado que estaríais sedientos y hambrientos después del tremendo incendio. Son de Jill's, la cafetería que hay cruzando la calle. Te los recomiendo. Toma, prueba uno. —Me ofrece una botella de agua y una bolsa de papel—. Esta vez no hay ninguna nota. Espero que no te importe.

Dejo escapar algo similar a un gruñido gutural.

—No deberías acercarte tanto al edificio. No es seguro.

—Ya habíais terminado cuando me he puesto a repartir. Tus compañeros estaban sin hacer nada, recogiendo para marcharos. Si no, no os habría interrumpido —replica ella.

—A mí me vendría de lujo un dónut —interviene Ian, con demasiado entusiasmo—. Gracias, encanto.

Antes de dejarla responder, digo:

—Dale las gracias a Fran, pero que no se repita.

Hay resquemor en su mirada.

—Tranquilo, que no pienso dedicarme a traerte la comida. Solo intentaba ser amable, pero ya lo he pillado. No volverá a pasar.

—Bien.

Estrictamente hablando, no está en peligro, o ya la habría sacado de aquí yo mismo. Pero bueno...

—Oye, sé que no me tragas —me suelta—. Y también que te estoy regalando mucha comida últimamente, pero de verdad que ha sido cosa de Fran. No mía. O sea, que he venido encantada, pero no te estoy siguiendo ni nada de eso. No tienes una acosadora por el pueblo... o tal vez sí, pero no soy yo. Por muy sospechoso que haya sonado esto, es la verdad.

Me quedo mudo. ¿Qué le ha hecho pensar que me cae mal? Ya sé que no soy la alegría de la huerta, pero no la odio ni me molesta. Lo que pasa es que me parece un poco...

—¡Jefe! —me llama uno de mis hombres por detrás, lo que me saca de mis pensamientos.

Señalo hacia ella con un dedo y recalco:

—Que no se repita.

Sin darle la oportunidad de responder, me largo con mi compañero, alejando de mi mente a Ivy y a sus inesperados dulces.

Por alguna razón, es más difícil de lo que pensaba.

5

Ford



Al cabo de dos días, estoy aparcando en frente de casa tras volver del súper, cuando veo a Joe, de pie en su jardín delantero, con los brazos en jarras y mirando la verja con una mueca.

—¿Todo bien? —le pregunto al bajarme del *pick-up*.

Me mira sorprendido, como si no me hubiese oído llegar, y me saluda con la mano.

—Hey.

Le devuelvo el saludo.

—¿Qué le pasa a la verja?

Joe es un buen chaval. Lo sé por cómo se comporta conmigo y cuando sale con sus amigos por ahí. Pese a la rebeldía que se espera a su edad, no es de los que se meten en líos; o eso me ha parecido en el poco tiempo que hace que lo conozco.

Y, en momentos como este, su reticencia a pedir ayuda es un espejo en el que me veo reflejado de joven. También me pasa con mis hermanos. Tanto Nash (el menor) como Rhys (el mayor, el padre de Lexi) y yo somos unos cabezotas de tomo y lomo.

—No cierra bien —explica, cerrando la verja para demostrármelo —. Será la humedad o algo así.

—¿Quieres que le eche un vistazo?

Vacila de nuevo.

—Tenemos algunas herramientas en casa.

—Vale.

—¿Algún consejo? Quiero arreglarlo yo.

Ah, era eso.

—Claro, colega. Deja que guarde la compra y vuelvo enseguida.

Unos minutos más tarde, Joe y yo estamos examinando la puerta de la verja. Está descolgadísima, desde luego.

—¿Serán las bisagras? ¿Es ese el problema? —pregunta.

Me limito a observar, de pie junto a él y con las manos en las caderas. Sé que ahora, al igual que antes, tampoco quiere que me inmiscuya. Que prefiere encargarse de esto él mismo y solo me necesita como apoyo moral, así que lo respeto.

—¿Qué te hace pensar eso?

Sí que es cosa de las bisagras, pero, si lo que quiere es aprender para poder solucionarlo él solo la próxima vez, conocer las causas le resultará tan importante como ver dónde está el fallo.

Joder, parezco un profesor. O mi padre.

Joe señala hacia una de las bisagras superiores.

—Tiene que ser eso. Esta bisagra se está cayendo. Y esta otra. Están sueltas.

—Vale. ¿Sabes cómo arreglarlo?

Se lo piensa un momento.

—¿Cambiándolas por unas nuevas?

—Eso es cuando están oxidadas —asiento—. Pero estas se ven bien. No hay por qué cambiarlas de momento.

Suspira aliviado.

—Vale, menos mal. A Ivy le habría dado algo. Ya tiene bastantes cosas pendientes, y hay que ahorrar.

Lo miro extrañado ante ese comentario, lo cual me hace sentir como un gilipollas.

No sé qué hago preguntándome cómo pueden ir apurados de dinero si Ivy tiene un buen trabajo y un coche decente, y Joe va por ahí tan contento con sus amigos. Además, ambos visten bien y parecen sanos.

Para empezar, yo no sé lo que es pasar dificultades. No es que fuéramos asquerosamente ricos en casa, pero a mis padres les iba bien: podían permitirse llevarnos de vacaciones cada verano, apuntarnos a los tres a algún deporte, comprarnos lo que pidiéramos por Navidad y pagarnos los estudios tanto a Rhys como a mí.

Soy un privilegiado por haber crecido entre algodones y no debería pensar que alguien está bien solo porque lo parezca. Lo sé

de buena tinta.

—Pueden ser los tornillos —señala Joe, sacándome de mis pensamientos—, que están oxidados. No estoy seguro. A ver.

Se agacha para examinar la verja con atención.

—Sí, están oxidados. Tengo que cambiarlos, ¿a que sí?

Me agacho junto a él para comprobarlo.

—Eso es, colega. Hay que cambiar los ocho. ¿Tienes de repuesto en casa?

—No, pero puedo acercarme a la ferretería. Creo que está abierta todavía. Eso no es muy caro, ¿no?

—Qué va. Seguro que vale menos de un dólar cada uno.

Joe asiente y, como todo un experto, desenrosca un tornillo oxidado con el destornillador y se lo guarda en el bolsillo.

—Así sé de cuáles necesito.

—Chico listo.

Se pone de pie y sonríe con orgullo.

—Gracias, Ford.

—No he hecho nada, chaval.

Se encoge de hombros.

—Me has dado seguridad en mí mismo.

Me río por lo bajo.

—Me alegro, pero tú solo te bastabas. Eres más que capaz.

—Supongo.

—¿No querías ser piloto? —Me lo ha comentado alguna que otra vez. Además, siempre lo veo en el porche leyendo algún tipo de manual de aviación. Cuando asiente, añado—: Hay que estar muy seguro de uno mismo para ser piloto. Mucha gente pone su vida en tus manos.

Joe recoge las herramientas y nos encaminamos hacia el porche.

—Ya, pero no me asusta volar ni estrellar el avión. Sé lo que hago.

—Eso espero. —Esbozo una sonrisilla—. Imagina que a mí me diera miedo el fuego.

Joe me devuelve la sonrisa.

—Pues vaya mierda de bombero estarías hecho.

—Correcto.

—Qué va, lo que pasa es que..., bueno, que no soy precisamente un manitas y paso de cagarla.

Me pregunto por qué su padre no les enseñó estas cosas a él y a su hermana, pero me callo: unos días antes de que apareciera Ivy, que sin duda vive aquí ahora, dejé de ver al padre y el coche del hombre aparcado en la puerta, así que algo ha debido de pasar. Y yo ahí ni pincho ni corto.

—Siempre puedes buscar un tutorial para salir de dudas —le sugiero—. Hoy en día, hay de todo en internet. Y aunque la cagaras, no pasaría nada. Así aprenderías para la próxima.

Me quedo en el jardín mientras lo veo subir los cuatro escalones del porche. La puerta chirría al abrirla y Joe deja la caja de herramientas en el suelo del pasillo antes de volverse hacia mí.

—Ya, tienes razón. Lo que pasa es que a veces...

Deja la frase a medias.

En el interior de la casa, se oye una pequeña explosión seguida del grito de una mujer, lo que despierta al bombero que llevo dentro.

—Quédate aquí —indico a Joe con voz serena pero firme, como hago en el trabajo.

Por suerte, obedece.

Es la primera vez que piso esa casa, pero no tardo mucho en encontrar la fuente de todo ese follón; más que nada porque Ivy sale del baño de golpe, trastabillando.

La sujeto antes de que vaya a parar al suelo. Está temblando, tiene el pelo empapado y los ojos desorbitados.

—¿Qué pasa? ¿Hay un incendio? —le pregunto con el mismo tono de voz que he usado con su hermano hace un instante.

—No. —Sacude la cabeza. Traga saliva—. El secador ha explotado. No puedo... No...

—Tranquila. Tu hermano está en la puerta. Ve con él mientras yo me ocupo de esto, ¿de acuerdo?

—¡Ives! —grita Joe, acercándose por detrás—. ¿Qué ha pasado?

—Os quiero fuera a los dos —le digo—. No hay nada ardiendo, pero hay algo que debo comprobar.

El aire del baño es asfixiante. Y, aunque he estado en sitios peores, abro la pequeña ventana para que se ventile.

A simple vista, el secador de pelo parece intacto, pero enseguida descubro que el motor ha petado; de ahí el olor a chamusquina. Joder, ¿Ivy estará bien?

Lo desenchufo y compruebo que, por suerte, no ha afectado a la toma de corriente. Solo para asegurarme, conecto el alisador de pelo, que funciona. El secador debía de estar averiado.

Como no sé si Ivy querrá tirarlo o arreglarlo, dejo el aparato en la mesa de la cocina y vuelvo al porche, donde encuentro a los hermanos sentados en los escalones.

Ivy me oye llegar, porque se gira antes de que yo abra la boca. La luz de la tarde intensifica la palidez de su piel.

—¿Ha ardido el cuarto de baño?

—Creo que ya lo sabrías si así fuera.

—Si te soy sincera, ahora mismo tengo tal caos mental que no estoy segura de nada.

Se me escapa una sonrisa antes de fijarme en que tiene un pequeño corte en la sien.

—Estás sangrando.

—¿Cómo? —Joe se pone en pie de un salto para examinar el corte. Se pone tenso, al igual que aquel día en el cobertizo—. No es nada, Ives; solo un rasguño.

Ella se toca la cabeza con una mano temblorosa.

—¿Estoy sangrando?

—Pero no es nada —insiste su hermano rápidamente.

No se me escapa el ligero tambaleo de su cuerpo, ante el cual Joe se apresura a sujetarla. En mi mente saltan todas las alarmas.

—¿Te estás mareando? —le pregunta Joe.

—Ajá.

—Vale.

Joe, con la calma del que lo ha hecho otras veces, ayuda a Ivy a tumbarse en el suelo de madera. Le dobla las rodillas y le aparta mechones de pelo húmedo de la cara.

—No pasa nada. Estoy aquí —la tranquiliza.

Eso es cuanto necesitaba para dejar que se le cierren los ojos. La cabeza le cae a un lado, señal de que se ha desmayado, y se me hiela la sangre.

—¿Llamo a la ambulancia? —pregunto a Joe, movido por unos nervios que sé bien que no ayudan.

Él niega con la cabeza.

—Le pasa a veces. Es normal.

—Desmayarse a menudo no tiene nada de normal, colega.

—Sufre de... No me acuerdo, tiene un nombre raro. Es algo como sin..., sinco...

—¿Síncope vasovagal?

—¡Eso! —exclama, y vuelve a mirar a Ivy. Sigue inconsciente—. Es genético. A mamá y a la abuela les pasaba. ¿Sabes lo que es?

—Me suena.

—Se desmaya si le duele algo —empieza a explicar—, si hace demasiado calor, si ve sangre o si está muy muy agobiada. Es como si su cuerpo se apagara. A veces logra controlarlo, como el otro día en el cobertizo, cuando se hizo una herida en la rodilla, pero suele acabar perdiendo el conocimiento. Lo bueno es que siempre se da cuenta y se tumba a tiempo. Le dura cosa de un minuto.

—¿Estás seguro de que se encuentra bien? —insisto, porque desmayarse no es moco de pavo, joder.

—Sí. Fue al médico en Nueva York el año pasado, después de desmayarse en la oficina, y está bien. No es grave. Bueno, supongo que solo si se abriera la cabeza, pero nunca le ha pasado.

Por mucho que crea a Joe, pienso informarme bien sobre eso del síncope vasovagal.

Por cierto, ¿Nueva York? ¿Ahí es donde vivía antes de mudarse a Harmony Hills?

Tal como ha dicho Joe, Ivy recupera la conciencia en cosa de un minuto. Suelta un leve gruñido, seguramente a causa del malestar, al tratar de incorporarse. Joe se planta junto a ella en un santiamén para ayudarla a sentarse.

—Traeré un poco de agua con los electrolitos que te gustan —le dice.

—Yo me encargo de ella —lo tranquilizo, y hay un entendimiento tácito entre ambos. Joe desaparece dentro de la casa y me agacho junto a Ivy—. ¿Cómo estás?

Ella se queja antes de volverse hacia mí. En esta postura, tiene la cabeza casi pegada a la mía y... ¿Se me acaba de encoger el puto estómago?

—¿Qué haces tú aquí? —me pregunta, como si estuviera achispada.

—Estaba ayudando a Joe en el jardín cuando te hemos oído gritar.

Ivy hace una mueca y vuelve a cerrar los ojos.

—Qué humillante.

—Oye, estas cosas pasan.

—Dígame, doctor, ¿ha sobrevivido el secador?

Una sonrisa socarrona asoma a mis labios.

—Me temo que no.

En ese momento, aparece Joe con un vaso de agua en una mano.

—Bébete esto, que ahora vuelvo.

Desaparece una vez más en un visto y no visto. Ivy se termina el vaso entero y dice:

—Gracias por, eh..., echar una mano. Me muero de vergüenza.

—No tienes por qué.

Me ignora.

—Puedes irte si quieres. No es la primera vez que me pasa. Si desmayarse fuera un deporte olímpico, yo sería medalla de oro. Estoy bien, en serio.

—No pienso largarme hasta que te hayas recuperado.

Por la forma en que se muerde el labio inferior, sé que quiere responder, pero no lo hace. Aparto la mirada de su boca y pregunto, para romper el silencio:

—Así que síncope vasovagal, ¿eh?

Ivy me mira extrañada.

—Me sorprende que sepas lo que es. Mucha de la gente que conozco no tiene ni idea.

—Leí sobre el tema de pasada durante la instrucción. Y también me lo ha contado Joe.

—Pues lo heredé de mi madre. Yupi. —Gime al cambiar de postura —. Más que grave es un incordio.

—Eso ha dicho tu hermano. ¿Te pasa a menudo?

—Qué va. Una o dos veces al año. Esta ha sido la primera del año. Los médicos dicen que no hay ningún daño cerebral.

—¿No puedes evitarlo? Me refiero al mareo.

Cuando Ivy se encoge de hombros, me doy cuenta de lo cerca que estamos. No es que me moleste tener su brazo pegado al mío. Y ella tampoco hace nada para apartarlo.

—A veces, si consigo mantenerme hidratada y no me olvido de comer. Pero, incluso así, como pase algo grave...

Hace ver que se desmaya y la sujeto por instinto, pasándole un brazo por los hombros.

—Tranqui, que es broma. Era para darle dramatismo.

Gruño.

—Se supone que las bromas hacen gracia.

—Nunca hacen gracia si eres un muermo.

Paso por alto el comentario y me fijo en el leve rasguño de su sien.

—Aparte de este corte de aquí, ¿te has hecho daño en algún otro sitio con el secador?

Se lleva los dedos (acabo de ver que tiene las uñas pintadas de un rosa pálido) a la herida.

—Creo que no. ¿Es profundo? Sé sincero. Diría que puedo soportarlo, pero está claro que es mentira.

—No es nada. Puedo limpiártelo si quieres.

Enarca una ceja.

—Pero ¿tú eres bombero o médico?

—Tengo formación sanitaria.

—Además, pensaba que no te caía bien.

Vaya, directa al grano. Aunque, por lo poco que he visto de ella hasta ahora, no me sorprende: Ivy no me parece alguien que se muerda la lengua.

Me aclaro la garganta.

—Yo nunca he dicho que me caigas mal.

—A veces, sobran las palabras.

Joder, pues vale.

—Pues no es así —insisto, porque es verdad: no me cae mal.

—Entonces, ¿por qué cada vez que hablamos me tratas como si en otra vida hubiera lanzado una maldición sobre toda tu familia?

¿Cómo narices respondo a eso sin quedar en ridículo ni como un gilipollas?

Mi boca está tan seca que tengo que volver a carraspear. Y como lo mío nunca ha sido andarme con rodeos, voy directo al grano. Si piensa que soy un capullo, es lo que hay. Su reacción no es cosa mía.

—Pensaba que me estabas tirando los tejos, sin más.

Ivy me mira boquiabierta.

—Ya estoy —anuncia Joe justo en ese momento—. He ido a por las nueces que tanto te gustan. Es posible que me llevara la bolsa a mi cuarto hace unos días y que me las olvidara en el escritorio. Perdona, Ives. Te compraré más.

—Da gracias que estoy bajo mínimos, porque, si no, te mataría. —Ivy coge la bolsa de nueces, se lleva una a la boca y pone cara de asco.

Joe hace un mohín.

—Te he avisado. Pero te encuentras mejor, ¿a que sí?

—Sí. ¿Me echas una mano?

Joe la ayuda a ponerse en pie sin esfuerzo. Cuando estoy seguro de que puede mantener el equilibrio, la imito.

—Yo voy a ir tirando —comento, cuando la mirada de Ivy, que hace que me cague vivo, me deja claro que tenemos una conversación pendiente.

—Gracias por echarme un cable con la puerta —dice Joe.

Su hermana lo mira extrañada.

—¿Qué puerta?

—La de la verja. No cierra bien y hay que cambiar los tornillos de las bisagras, pero yo me encargo —le explica Joe—. Ahora iré a la ferretería.

—¿Has terminado los deberes? Y ¿qué pasa con el examen de Historia del jueves?

—Podría enumerar las causas y consecuencias de la Guerra Fría hasta en sueños.

Ivy se muerde el interior de la mejilla.

—Vale. Te daré algo de suelto.

—Tengo. —Joe sonríe satisfecho y señala hacia mí con la cabeza—. Ahora soy un hombre de negocios.

—¿Quieres que te lleve? —me ofrezco, lo que atrae la mirada de ambos—. Necesito un par de cosas para arreglar el cortacésped. Hace un ruido raro.

—Tranqui. Cogeré la bici —responde Joe, con una sonrisa que no acaba de reflejarse en su mirada.

Prefiero no insistir, así que asiento.

—Hasta luego, Ives. Vuelvo en menos de una hora. —Se despide de mí con la mano mientras baja del porche—. Gracias por la ayuda.

—No hay de qué, colega.

Dicho esto, echa a pedalear y me deja a solas con su hermana y una conversación que preferiría evitar.

Como suponía, Ivy va directa al grano en cuanto Joe desaparece calle abajo.

—¿Estás de coña? —escupe, aunque no parece enfadada; más bien ligeramente ofendida—. ¿Pensaste que te estaba tirando los tejos? ¿En serio? Un momento... ¿Fue por la carita sonriente en el pósit? Me he perdido.

—Yo no he dicho eso. No te estaba acusando de ligar conmigo —empiezo a decir, sin saber muy bien cómo continuar. ¿En qué momento se me ha ocurrido abrir la boca?

—Pues lo parecía.

—Verás... —Respiro hondo por la nariz y me lanzo a contárselo tal cual, porque no hay explicación más sencilla que la verdad—. Me divorcié hará cosa de un año y no estoy por la labor de conocer a nadie.

—No veo qué tiene que ver eso conmigo.

Voy a quedar como un capullo de manual.

—Desde que me divorcié, no..., eh, no paro de quitarme a las mujeres de encima. Algunas son muy insistentes. Y, antes de que digas nada, sí, sé que parezco un creído de campeonato.

Ivy se encoge de hombros.

—No me pareces un creído; de verdad. Me alegro por ti.

—Esa es la cuestión, que no es algo bueno. Paso de recibir ese tipo de atención a estas alturas de la vida. Me incomoda —apunto—. Me he comportado como un gilipollas porque deduje que me estabas tirando la caña y quería pararte los pies. Ahora comprendo que no fue muy maduro por mi parte y te pido perdón.

—¿Fue por las galletas? —sigue barruntando ella, como si estuviera a punto de resolver un enigma.

—Las galletas, la nota, el modo en que me hablas... No sé. Supongo que todo un poco. Ahora sé que eres maja, sin más, y que eso no implica que vayas buscando tema. Ya lo sé. No era una excusa.

—Mira, lo entiendo —reconoce—. Pero, tranquilo, que no te estaba tirando la caña. Para nada. No tengo pareja ni quiero. Solo estaba siendo una buena vecina.

—Lo sé. Perdóname.

—Vale.

—Vale. —Carraspeo—. ¿Qué te parecería si empezamos de cero y dejamos atrás nuestra primera impresión?

Solo con mirarla, sé que le ha venido a la mente el follón en el cobertizo.

—Me parecería bien. —Me tiende la mano y sonríe—. ¿Buen rollo, pues?

Percibo su calor al estrecharle la mano, que es mucho más menuda que la mía.

—Claro. Para cualquier cosa que necesitéis tú o Joe, ya sabéis dónde encontrarme.

—Pero no vayas a pensar que quiero llevarte a la cama, ¿eh?

Sacudo la cabeza, con un atisbo de sonrisa en los labios.

—Me lo merecía.

—Ya lo creo.

Al cabo de unas horas, después de repasar y repasar mentalmente la conversación con Ivy, me doy cuenta de lo mucho que me afectó el divorcio.

Puede que no sea tan dicharachero como Nash, pero tampoco soy un capullo como Rhys. Siempre he sido el más discreto de los tres, ni de coña alguien que se crece dándose aires de antipático.

Esto no puede seguir así. Yo no puedo seguir así. Y si me toca compensarle el mal rato a Ivy, que así sea.

6

Ivy



Una de las cosas que más echaba de menos de la vida en el pueblo es que aquí hacemos una fiesta de todo. Literalmente.

En Harmony Hills, celebramos la Feria de la Zanahoria, el Festival de Esculturas de Hielo, el Certamen de Lanzamiento de Calabaza, el Fin de Semana en Trineo... Y la lista sigue y sigue.

Nadie sabe cómo surgió la mitad de estas celebraciones, pero tampoco nos quejamos. Toda excusa es buena para divertirse en comunidad, y este fin de semana no será distinto.

El primer día de otoño, los comercios locales de Harmony Hills atestan la plaza con su feria. Los puestos de comida y los tenderetes que salpican los jardines circundantes son un hervidero de gente mientras los participantes nos preparamos para el comienzo del festival, que comienza por la tarde.

Siempre me ha encantado la sutileza con que llega el otoño: las hojas forman un manto sobre la hierba y los bancos de madera, los días se acortan y el aire refresca.

El viento trae el murmullo del agua de la fuente que preside la plaza. Hace buen tiempo, huele a sidra y dudo que haya ningún otro lugar como Harmony Hills.

Me alegro de haber vuelto.

—Cuidado, no te hagas daño —me pide Fran por quinta vez en los dos minutos que llevo montando la carpa de nuestro puesto.

Sunny Stitches, como el resto de los comercios locales, participa en el festival. Fran y yo nos hemos pasado las dos últimas semanas cosiendo monerías para la ocasión: *tote bags* con diseños otoñales,

monederitos con cremallera, peluches y hasta unos gorros de lana ideales para pasar el invierno en Vermont.

—Calma, Fran —la tranquilizo.

Su cara es la viva imagen del escepticismo, incluso cuando termino de asentar la estructura y extiendo el tenderete como si nada, y sin hacerme un solo rasguño.

—Listo. ¿Ves? Hasta un niño, uno con una fuerza sobrehumana y buena coordinación, podría haberlo hecho.

Fran hace oídos sordos a mi broma.

—Tú ten cuidado. No me apetece tener que llevarte al hospital.

—Pues vaya. Habría sido una anécdota para troncharse.

Pone cara de exasperación, pero de buen rollo. La verdad es que no me molesta que se preocupe tanto. Yo soy igualita con Joe, así que la entiendo.

Saco los productos de las cajas y los voy colocando sobre la mesa según me indica Fran. No me importa hacer todo el trabajo, pero, en cuanto me noto aturdida, hago una pausa para beber agua.

Bromas aparte, a mí tampoco me apetece acabar en Urgencias.

Fran me sustituye mientras descanso, no vaya a perder el conocimiento otra vez. Por si desmayarme en público no fuera ya lo bastante humillante, tenía que pasarme delante del vecino que pensó que estaba ligando con él cuando nos conocimos. Qué mal.

Suerte que aclaramos la situación como dos buenos adultos. Sigo pensando que hay que ser tonto para creer que le estaba tirando los trastos cuando solo estaba siendo amable, pero me alegro de que hayamos podido empezar desde cero.

Ayer nos cruzamos cuando yo salía hacia el súper y Ford volvía a casa. Nos saludamos con la mano, él además sonrió, y cada uno se fue por su lado. Paso a paso.

—Ha quedado bonito, ¿no te parece? —pregunta Fran, echándose hacia atrás para admirar nuestro puesto, toda una exhibición de guirnaldas de luces y banderines de colores.

—Te apuesto una galleta de chocolate de Jill’s a que lo vendemos todo.

—Que sean una galleta y un café.

—Trato hecho.

Nos sonreímos con complicidad cuando noto el móvil vibrando en el bolsillo. Joe ha quedado con Ethan y varios amigos, pero le he pedido que me llamara si querían coger las bicis para salir del pueblo.

Aunque no es Joe quien llama.

—Tengo que contestar —le digo a Fran, distraída releyendo el nombre en la pantalla cada dos segundos por si me engañara la vista.

Ella asiente y me alejo hacia el césped, donde respondo con dedos temblorosos.

—Esto es una llamada a cobro revertido de la prisión de Burlington —anuncia una voz robótica—. Todas las llamadas de los presos serán grabadas. Si acepta las condiciones, diga «acepto», por favor.

A pesar de que se me ha quedado la garganta como el desierto de Atacama, logro responder con un lánguido «acepto».

La máquina emite un pitido, dos, tres, antes de que el auricular me devuelva una voz que conozco bien.

—¿Ivy?

Trago saliva.

—Hola, papá.

—¿Cómo estás? —pregunta con prudencia; no sé si serán imaginaciones mías—. ¿Y tu hermano?

—Estamos bien.

Cualquiera que no me conozca pensará que soy la peor hija del mundo, haciendo gala de las mismas habilidades comunicativas que Ford antes de nuestra charla, mientras mi pobre padre me llama desde la cárcel para hablar conmigo.

Pero me da igual. Joe no ha aceptado ninguna de sus llamadas; no quiere hablar con él, y no seré yo quien tienda ningún puente entre los dos. Mi hermano ya es mayorcito para decidir qué tipo de relación quiere mantener con el hombre que tanto daño le ha hecho. El mismo que no le ha pedido perdón ni una sola vez, ni siquiera por aquello que lo llevó a la cárcel.

—¿Cómo estás tú? —pregunto para romper el silencio.

—Digamos que no es como estar de vacaciones, hija. Con suerte, no tardaré en salir. Soy optimista.

Mi primera reacción es resoplar, pero me contengo. No sé en qué mundo vive para pensar que se librará de pasar unos años entre rejas después de atropellar a un policía estando bajo los efectos de las drogas y luego darse a la fuga, y todo con mi hermano en el maldito coche. Paso de preguntar.

Hablé con su abogado y cree que le caerán, como mínimo, cuatro o cinco años más. Mi padre puede ser todo lo optimista que le dé la gana, pero la vida tiene sus propios planes.

A mí solo me interesa que tanto Joe como el agente al que atropelló estén bien. Si llega a pasar algo peor...

No. No quiero ni pensarlo.

—¿Vendréis a la audiencia? —me pregunta al ver que no digo nada.

—Joe tiene clase. —«Y no quiero que vea cómo te enchironan, entre otras cosas, por intento de homicidio»—. Y yo trabajo.

Tomo la calle mayor para apartarme del gentío que ha empezado a acumularse en la plaza, rezando para que no se me engarroten los dedos de la fuerza con que estoy agarrando el móvil.

—Que falte. Tú puedes pedirte un día personal o algo así —insiste.

—No vamos a ir, papá —digo con firmeza, más harta con cada segundo que pasa.

—Bueno, como veas —musita.

No soporto que me afecte la desilusión en su tono de voz, pero no pienso disculparme ni retractarme. Seré fuerte, al menos por Joe.

—Por cierto, me llamó la tía Sherry.

Ya estamos todos.

—Qué bien —digo en tono cansino, aunque mi corazón esté intentando batir el récord olímpico de salto de altura.

La tía Sherry. Su hermana mayor, la misma que se hizo un hueco entre la *jet set* de Boston al casarse con un ricachón y amenazó con quitarme la custodia de Joe después de que encerraran a mi padre porque, según ella, no estoy «capacitada» para hacerme cargo; lo cual resulta irónico viniendo de una mujer a la que vemos una vez cada cinco años y que apenas nos conoce.

No consiguió hacerse con la custodia solo porque Joe era lo bastante mayor como para decidir con quién quedarse. Además,

según la fiscalía, soy una tutora legal más que capaz.

Con todo, que llamara a mi padre no tiene por qué afectarnos en nada. Es su hermana; tal vez quisiera echarle un cable o pagarle las multas.

—Me dijo que se pasaría un día de estos por Harmony Hills para haceros una visita —añade.

No me jodas.

—Tiene muchas ganas de veros —reitera.

Uy, sí, segurísimo. En mis veintiséis años, no la he visto poner un pie en el pueblo. Eso sí, no se ha cortado a la hora de hacer comentarios como que «es un zulo dejado de la mano de Dios» o que los hoteles y las cabañas de la zona son demasiado vulgares para alguien como ella.

—¿Te dijo cuándo tenía pensado venir? —pregunto, no porque me muera de ganas, sino para estar mentalizada.

No descartaría que se presentara en el momento más inoportuno y se pusiera a criticar la casa donde vivimos (admito que necesita algunos retoques, pero no se cae a trozos), mis trabajos, la comida de la nevera o cómo estoy educando a Joe.

Antes de que mi madre nos dejara, íbamos cada verano a Boston a visitar a la tía Sherry. Tenía una finca enorme que parecía sacada de una revista de diseño de interiores y me encantaba su piscina. Lo que no me hacía ninguna gracia eran sus pullas acerca de mi peso y de mis malas notas o que dijera que sería una fracasada por no tener claro si iría a la universidad.

Yo tenía trece años.

—Ni idea, porque llamaba desde París.

Vaya por Dios...

—¿Está Joe por ahí? ¿Puedo hablar con él?

—Ya hemos hablado de esto, papá. Si quieres hablar con Joe, tienes que llamarlo a él. No está aquí, de todos modos.

—Ya lo he llamado —replica.

—Pues te toca aceptar que quizá no quiere hablar contigo aún.

—Por eso te lo digo, para que lo convenzas.

—A mí no me metas.

—Ivy...

—Tengo que dejarte —lo interrumpo, harta ya—. Cuídate, papá. Hasta pronto.

Se hace un silencio y después se corta la llamada.

«Respira hondo, Ivy». Creo que esto ya no ayuda; por mis pulsaciones, parece que estuviera huyendo de un oso en vez de haber estado hablando con mi padre. Me duelen los nudillos de agarrar el móvil con tanta fuerza y me pitan los oídos. «¿Por qué tiene que pasarnos esto a nosotros?».

—¡Ivy!

Estaba tan absorta en la llamada que ni me he enterado de que he llegado al final de la calle mayor. Y allí mismo, en la acera de enfrente, está Ford saludándome con la mano.

Va vestido con el uniforme, aunque sin el chaquetón ni el casco. Los tirantes del pantalón penden de sus fuertes hombros y lleva una camiseta azul marino con el logo del cuerpo de bomberos. Intento con todas mis fuerzas no fijarme en el tamaño de sus bíceps, pero fracaso estrepitosamente. Será que la llamada de mi padre me ha dejado espesa.

Dejando de lado mi reacción al verlo, le devuelvo el saludo.

Ford le dice algo a otro de los bomberos que hay junto al camión y cruza la calle.

—Hey. ¿Va todo bien? —pregunta.

—Sí, todo bien.

Acabamos de empezar a llevarnos bien; no voy a contarle al pobre de buenas a primeras todos mis problemas familiares.

—¿Fran y tú participáis en el mercado? —Parece interesado de veras. O puede que solo esté haciendo el esfuerzo. Sea como sea, me alegro de que haya dejado de rehuirme.

—Sí. Si te mueres por comprar un peluche con forma de zorro, ya sabes.

—Pues a Lexi le encantaría —dice.

Ahora que menciona a su sobrina...

—¿Cómo fue la exhibición? ¿Bien?

—Ya lo creo. No pude ir porque estaba trabajando, pero mi hermano me mandó fotos y vídeos. Recuérdame que te los enseñe; me he dejado el móvil en el camión.

—No se me olvidará. Y ¿qué hacéis vosotros en el festival?

—Nunca pasa nada en estos sitios, pero vete a saber con tanto puesto de comida. Además, el cuerpo de bomberos participa en la recaudación de fondos para Gloria.

El restaurante que ardió hace poco, me acuerdo. Joe se pirraba por sus sándwiches de pollo y se llevó un chasco al enterarse del incendio. Al igual que yo; Gloria es un encanto. Ella y Fran son amigas de toda la vida, así que Sunny Stitches también participa en la recaudación de fondos.

—¿Otra vez vendiendo calendarios de bomberos macizos? —digo bromeando. Y entonces caigo en la cuenta—. No estoy diciendo que estés macizo —añado rápidamente.

Siendo objetiva, la verdad es que lo está.

—No te rayes. Es agua pasada —dice con calma.

Vaya. No sé por qué me sorprende que haya cumplido su palabra, pero se agradece. Al menos lo nuestro ya no es un monólogo.

—Nada de calendarios este año. —Finge un escalofrío, pero su cara de vergüenza ajena parece bastante auténtica—. Se acabó esa mierda. Esta vez vendemos artículos como sudaderas, camisetas, gorras y demás.

—Mola. Luego me paso a echar un vistazo.

—Por favor. No puedo volver a posar con el culo al aire delante de una cámara y acabar en las neveras de todo el pueblo.

—¿Te asusta que a las señoras se les caiga la baba con tu foto?

—No te rías. —Vuelve a fingir un escalofrío—. Si veo a tu hermano por ahí, le daré pasta para que nos compre algo. Perderé lo que me queda de dignidad si no agotamos todos los artículos.

Ya que está de buenas y ahora somos amigos, aprovecho para sacar un tema al que llevo un tiempo dándole vueltas.

—Hablando de mi hermano... No tenía ni idea de que le pagabas por cortarte el césped.

—Te juro que no lo estoy explotando —dice—. Quería sacarse un dinerillo y lo ayudé encantado. Hace un buen trabajo.

—Es que... Bueno, no quiero que descuide los estudios. Eso es todo —admito, para serle sincera.

Ford observa mi expresión.

—Lo entiendo. Cuando tenía su edad, trabajé repartiendo periódicos. No era nada del otro mundo, pero me hacía sentir útil.

—Pero ¿cuántos años tienes? En Harmony Hills no se reparte el periódico desde hace medio siglo.

Sus labios forman una sonrisa socarrona.

—Igual te estás pasando. Tengo treinta y cinco años. ¿Qué pasa, parezco mayor?

—Octogenario, por lo menos.

Me da un vuelco el corazón cuando vuelvo a notar que me vibra el móvil. Esta vez, sin embargo, es Joe, que quiere saber dónde estoy.

—Tengo que volver —le digo a Ford, señalando con el pulgar hacia la plaza que está a mi espalda. Él sigue sonriendo—. ¿Nos vemos luego?

Asiente con la cabeza.

—Claro. Pásalo bien.

—Igualmente. Espero que no se queme nada.

—Esperemos que no, pero aquí estaré si pasa algo.

La confianza en sí mismo que transmite me dispara las pulsaciones, y esta vez por motivos que más me vale cortar por lo sano.

¿A quién no le gusta un hombre con uniforme y seguro de sí mismo? Entre Ford y yo no hay más que buen rollo. Solo somos vecinos y así seguirá siendo.

7

Ford



Al caer la noche, cuando ya solo permanecen abiertos los puestos de comida, la plaza se ilumina con la luz de las farolas y las guirnaldas. Hay quienes hacen cola para comer algo caliente, mientras que otros se reúnen alrededor de los juegos de feria junto a la fuente.

—No cambiaría mi trabajo por nada del mundo —comenta Ian, contemplando a la muchedumbre con los brazos cruzados—, pero me está dando tal FOMO que me iría a la feria de cabeza.

Fear of missing out o, lo que es lo mismo, miedo a perderse los planes. No es que esté anticuado, como sugirió Ivy, pero no soy capaz de seguirle el ritmo a la jerga juvenil. A veces, tengo la sensación de que mis compañeros más jóvenes hablan en otro idioma.

Lo cierto es que estoy de acuerdo con Ian. Ser bombero es algo que llevo en la sangre, pero nuestro trabajo a menudo hace que nos perdamos la diversión, como los festivales, los cumpleaños, los viajes o los planes improvisados. Y aunque no me va mucho la fiesta, reconozco que me apuntaría a la feria.

—Piensa que libras la semana que viene —le digo para animarlo.

Su suspiro, sin embargo, no podría ser más exagerado.

—Ahora mismo, eso es lo único que me mantiene cuerdo, tío. Eso y la morenaza con la que hablabas antes. Es la que nos regaló los dónuts el otro día, ¿verdad?

—Se llama Ivy. —Puede que haya sonado un poco seco, pero no es ninguna «morenaza», joder. Me da igual que sea guapa. El caso es que tiene nombre.

—¿De qué la conoces?

—Somos vecinos. —Lo miro de reojo—. ¿Por qué?

—¿Qué parte de «morenaza» no has pillado?

He pillado lo suficiente, hostia.

—¿Y?

Ian es un buen tipo, pero también le van las tías más que a un tonto un lápiz. Tenso, me cruzo de brazos, repitiéndome sin parar que solo estoy siendo sobreprotector porque Ivy me dijo que no busca pareja. Y que estoy haciendo lo correcto al defenderla.

—Pues que está como un tren —aclara Ian.

—¡Tito Ford!

Me doy la vuelta justo a tiempo para sujetar a Lexi, que se ha lanzado a mis brazos como un torpedo. Por suerte para mí, la sonrisa de mi sobrina borra de mi mente la conversación con Ian.

—Hola, señorita. ¿Has venido a la feria o a ver a tu tío favorito?

—Las dos cosas. —Me estruja la cara entre sus manos. Le huelen a queso—. Papi me dejará comer helado en la feria, pero solo uno pequeño. Así de chiquitito.

Junta los dedos en el gesto más adorable que he visto en mi vida. Veo a Rhys, con su habitual cara de caballo, unos pasos por detrás.

—¿De qué sabor te lo vas a pedir? —le pregunto a la niña antes de darle un beso en la frente.

—Creo que de chocolate, pero con pepitas.

—Qué rico.

—¿¡A que sí!?

—Con cuidado, bichito —le advierte mi hermano cuando la niña se me lanza al cuello en un abrazo.

—Eso, con cuidado, princesa, que casi me tiras al suelo y ya me estoy haciendo mayor. Pregúntaselo a tu padre, que está hecho un vejestorio gruñón.

Rhys me fulmina con la mirada. Sonrío.

Da igual cuántos años pasen: mis hermanos y yo somos incapaces de comportarnos como adultos cuando nos juntamos. Podemos querernos con locura, apoyarnos siempre en los momentos más duros, pero jamás dejaremos de molestarnos entre nosotros.

Rhys, como siempre, pasa de mí.

—¿Has visto a Nash?

—Me ha escrito esta mañana y no creo que se pase por aquí. Van hasta arriba en el resort.

Hace unos años, nadie habría dicho que, de los tres hermanos Hayes, Nash sería el que acabaría tomando las riendas del negocio familiar.

No le gustaba estudiar, estaba más por el deporte y las chicas que por los libros, y durante un tiempo se juntó con gente que dejaba mucho que desear. Por eso nos quedamos todos de piedra cuando nuestra tía se jubiló y Nash la sustituyó como gerente del Harmony Grove, un complejo de cabañas que, desde hace décadas, lleva mi familia. No era que lo creyéramos incapaz, sino que nunca pensamos que le interesara.

Tres años después, el Harmony Grove va viento en popa. Nash reformó las cabañas y renovó tanto la decoración del edificio principal como la experiencia gastronómica del restaurante. Está claro que fue todo un éxito: tienen lista de espera de un año.

Vuelvo a dejar a Lexi en el suelo, que corre a saludar a Ian y al resto del equipo.

—¿Cómo va? —le pregunto a Rhys en voz baja.

No necesito especificar a qué me refiero. Como tampoco hace falta más que verle la cara para saber que no quiere hablar del tema, al igual que yo de mi divorcio.

Mala suerte.

Somos hermanos; miramos el uno por el otro. Y eso implica abrirse, algo que a Rhys se le ha dado siempre tirando a mal.

—Poco a poco —dice.

A diferencia de mí, Rhys no ha estado casado. Y, a diferencia de mi ex, Talia no le puso los cuernos.

Tras romper y volver una y otra vez durante años, ella y mi hermano tuvieron a Lexi. Intentaron por todos los medios ser una familia, pero el amor es algo que no puede forzarse. Tras una eternidad conviviendo más como compañeros de piso que otra cosa, hace unos meses se separaron definitivamente sin malos rollos y vendieron la casa.

No todo el mundo tiene por qué acabar tirándose los trastos a la cabeza, como en mi caso, así que me alegro por él. Aunque, sobre

todo, me alegro de que Lexi lo esté llevando bien. No he pasado por eso, pero dudo que sea muy agradable ver cómo tus padres se desprecian.

—¿Qué pasa con la custodia? —La última vez que hablamos, el acuerdo seguía en manos de los abogados.

—Compartida. Una semana con cada uno. —Rhys no aparta la vista de Lexi, que se prueba el casco de Ian entre risotadas—. Me jode no poder verla más que dos semanas al mes.

—A Talia no le importará que pases a verla cuando la tenga ella. Ni al revés.

Nunca me ha parecido rencorosa y Rhys tampoco me ha dicho que lo fuera.

—Los abogados nos han recomendado respetar el tiempo de cada uno —explica—. Ya nos acostumbraremos. Es lo mejor para todos.

Le aprieto el hombro en un gesto cariñoso.

—Aparte de eso, ¿cómo lo llevas?

No espero que entre en detalles. En cuanto a hablar de sentimientos y temas personales, Nash es el más efusivo de los tres. En mi caso, depende de cómo me pilles, mientras que, con Rhys, más te vale esperar sentado.

—Cuando no tengo a Lexi me paso el día trabajando —responde. Lo suponía: al igual que yo llevo en la sangre lo de ser bombero, trabajar de ayudante del sheriff ha sido siempre su vocación.

—¡Papi! Ian dice que han puesto los caballitos en la plaza. —Lexi corre junto a mi hermano y se pone a dar brincos mientras le tira de la manga—. Vamos, vamos.

Su mera presencia llena de luz la mirada de Rhys, que le aprieta las coletas con amor.

—Pues habrá que ir. Despídete de tu tío y de sus amigos.

Poco después, tras ayudar a un anciano al que se le había enganchado el bastón en una rejilla del alcantarillado —es curioso que esto mismo haya pasado cuatro veces este año—, me ofrezco a invitar al resto del equipo a perritos calientes y refrescos. Pero unos se han traído la cena de casa y otros no tienen hambre, así que al final acabo yendo solo.

Antes de nada, me paso por el tenderete del cuerpo de bomberos. Llego justo a tiempo para preguntarles cómo ha ido.

—Bah. Podría haber ido mejor —me informa la madre de Ian, quien se encarga, junto a otros voluntarios, de las ventas.

Todo mi gozo en un pozo.

—Por favor, Shauna, dime que no hay que volver a los calendarios.

Iba en serio cuando le he dicho a Ivy que no podía más con esto. Todo lo que recaudamos es para las organizaciones benéficas locales, de ahí que no quiera negarme a participar en nada, por mucho que me disguste. Y necesitaba con todas mis fuerzas que lo de hoy se vendiera bien.

—Ya se verá. —Me lanza una mirada de advertencia mientras termina de recoger sus cosas—. Yo de ti, me iría haciendo a la idea.

No me fastidies.

Me despido de Shauna y, sintiéndome mucho menos optimista que hacía solo cinco minutos, me pongo en la larga cola del puesto de perritos.

—¡Ahí va! ¿Ford?

Me suena esa voz, de modo que me doy la vuelta y me encuentro con una amiga de mi ex, la misma amiga que corrió a ofrecerme «consuelo» en cuanto me divorcié.

Hablar con ella me apetece tanto como clavarme un cuchillo en la rodilla, pero soy una persona educada, así que la saludo con una sonrisa cordial.

—Hola, Tina.

Ella sonríe con dulzura y se pasa la lengua por el labio inferior.

—Qué bien te sienta ese uniforme. ¿Trabajas esta noche?

Me gustaría responderle «qué va, lo que pasa es que me gusta ponérmelo porque sí», pero no soy un gilipollas. Y, como tampoco quiero darle coba, me limito a responder:

—Sí.

Aunque me replanteara volver al mercado, ni de coña saldría con la amiga de mi ex. No me llama mucho una persona que se me echó encima cuando Jocelyn y yo aún seguíamos legalmente casados.

—Cuánto tiempo sin verte —dice. No sé si es que no pilla las indirectas o es que pasa de todo. Insistente es, eso no se lo negaré

—. Tenemos que ponernos al día. ¿Qué me dices de un café o una copa cuando salga de la oficina?

¿Y ahora qué le digo yo? ¿Que no me interesa? Sí, sería la verdad, pero me quedo mudo solo de recordar a mi madre apuntándome con un dedo y amenazándome con que más me valía responder con educación.

No quiero ser maleducado ni disgustar a Tina, por mucho que me incomode.

—Estoy bastante ocupado últimamente —respondo, como un gallina.

Se le borra la sonrisa.

—Ah, bueno, no pasa nada. También podemos quedar un día que tengas libre. Toma, apúntate mi número.

Mi estrategia no ha funcionado.

—Hey, Ford.

No esperaba oír a Joe, y mucho menos encontrármelo justo detrás de mí con tres perritos calientes en la mano. Me da uno y añade:

—Toma.

Cuando veo que abre los ojos exageradamente, comprendo lo que está haciendo.

—Perdona, Tina, tengo que irme —me despido rápidamente mientras corro tras Joe.

Me echa un vistazo por encima del hombro con una sonrisa en la mirada.

—Tendrías que haberte visto la cara.

No sé si reírme o llorar.

—¿Tanto se me notaba?

—Sí. ¿De qué estabais hablando?

Cojo los cinco pavos con que iba a pagar el perrito caliente y se los meto en el bolsillo de la chaqueta.

—Solo tonteaba conmigo. Gracias por el perrito y por salvarme el culo, colega.

—No hay de qué. Como no sabía qué pedir, te he pillado el que me gusta a mí.

—Está bien. De lujo, de verdad. Te lo agradezco.

—¿La conocías?

La gente se aparta a nuestro paso. No tengo ni idea de adónde vamos, pero, con tal de librarme de ciertas atenciones, lo sigo sin rechistar.

—Más o menos. Es (o era, no estoy seguro) amiga de mi exmujer.

—¿Estabas casado? —pregunta sorprendido.

—Sí, pero no duramos mucho.

—¿Qué pasó?

No puedo evitar sonreír ante la soltura con que pregunta. En ese sentido, me recuerda a Ivy. Y aunque no me guste hablar del divorcio, no me importa contárselo.

—Me engañó. —Joe se queda ojiplático, así que me apresuro a añadir—: No es para tanto. O sea, fue una putada, pero ya lo he superado. Tampoco es que tuviéramos una relación muy sana.

—Y ¿no es un poco raro que su amiga estuviera ligando contigo hace un momento?

—Qué me vas a contar...

—No me aclaro con esto del amor —musita.

—Pues ya somos dos.

Acabamos junto a la fuente, no muy lejos de los puestos de la feria. Como iluminada por un cartel con luces de neón, distingo a Ivy de inmediato sentada en un banco de madera. Levanta la vista del móvil al oír pasos y me mira sorprendida al verme allí.

—Hola, otra vez. ¿Ya te han soltado?

Levanto el perrito caliente.

—Pausa para cenar. Tengo unos diez minutos, si no pasa nada.

—Pues esperemos que nos dejen hacer la digestión tranquilos. ¿Te sientas con nosotros?

Joe se sienta junto a ella y yo al lado de él.

—¿Cómo va la feria?

La pregunta iba dirigida a ambos, pero es Ivy quien responde.

—Nosotras lo hemos vendido casi todo. Ah, y os he comprado una sudadera para que no te dé un ataque por lo de los calendarios. Qué bonito que este año estéis ayudando al orfanato.

—¿Qué calendarios? —pregunta Joe. Le cae una miga de pan en la chaqueta y se la come.

—Los calendarios de bomberos —responde Ivy.

—¿No los has visto nunca? —pregunto al chaval.

—No.

—Pues que así siga.

La risilla de Ivy me atraviesa el pecho.

—Tuvieron que posar medio desnudos, Jojo —le explica.

Su hermano arruga la nariz.

—No quiero seguir hablando de esto.

—Lo secundo. —Le doy un codazo cariñoso en el costado—. ¿Tú qué tal? ¿Lo estás pasando bien?

—Sí. Mis colegas y yo hemos jugado con las pistolas de agua y Bradley ha ganado un oso de peluche.

—Le he dicho que cenara con ellos, pero... —interviene Ivy, dándole un bocado a su perrito caliente.

—Ya quedaré con ellos más tarde. Apenas te he visto en todo el día.

—Vaya, vaya. Alguien tiene hermanitis aguda —se burla ella.

Joe pone los ojos en blanco mientras se termina el perrito caliente. Come más rápido que yo, que ya es decir.

—No eres el centro del mundo. He tenido que salvar a Ford de una plasta.

Ivy abre los ojos como platos.

—¿A qué te refieres con «una plasta»?

Mientras él se explica, yo termino el perrito caliente y me limpio tanto las manos como las comisuras de la boca con una servilleta de papel que Joe ha cogido en el puesto de comida.

—Una amiga de su ex estaba ligando con él, y Ford no sabía dónde meterse. Qué risa, Ives, tendrías que haberle visto la cara...

Estoy convencido de que yo no estaba tan desencajado como imita Joe, pero al menos hace que Ivy se ría.

—Yo estaba por delante en la cola, así que le he pillado un perrito para que pudiera huir.

—Pero qué atento y perspicaz es mi niño.

Ivy le pellizca la mejilla y Joe le da un empujón. Ella le asegura que es en broma, pero no hay más que ver el orgullo en la mirada de él. Es adorable.

«Pero ¿qué acabo de...?».

—Estoy criando a todo un caballero. Merezco una medalla.

—Una medalla a la hermana más pelma, desde luego —masculla Joe. Su relación me recuerda muchísimo a la que tengo con mis hermanos.

Ivy lo ignora y me dice:

—Así que es cierto que las mujeres se te echan encima.

Le lanzo una mirada escéptica.

—¿Por qué iba a mentir al respecto?

—¿Para hacerte el chulo? ¿Porque tienes la autoestima por los suelos por culpa del divorcio? Yo qué sé. La gente miente porque sí sin parar.

—Ya, pues no era mentira. Por desgracia.

—¿Cuántas novias has tenido? O ¿cuántas veces has estado casado? —interviene Joe.

—Eso no se pregunta, Jojo. Es personal.

—No pasa nada —admito. No sé por qué, pero no me cuesta tanto abrirme con ellos como con otra gente—. Solo me he casado una vez y duró menos de un año. Antes de eso, tuve dos relaciones serias.

—Yo nunca he tenido novia —deja caer Joe.

Ivy se vuelve hacia él.

—¿Qué fue de esa chica...? Julie, ¿no? ¿No ibas a pedirle salir?

—Eso hice, pero me dijo que solo le gustaba como amigo. —Joe se encoge de hombros como si nada—. Da igual. Prefiero centrarme en mi carrera.

Ivy y yo intercambiamos una mirada divertida.

—Bueno, ha sido un placer, pero tengo que volver —digo, recogiendo las servilletas y papeles de los perritos de los tres antes de ponerme en pie—. Gracias por la compañía.

Ivy sonríe de oreja a oreja, tan auténtica como siempre. ¿Cómo se me pudo pasar por la cabeza que estaba ligando conmigo? Ella es así, desenfadada, buena, alegría pura.

—Nos vemos, vecino.

Joe se despide con la mano.

—Adiós, Ford.

Cuando me alejo, me parece que el viento arrastra la voz de Ivy:

—¿Qué le estaba diciendo la mujer esa?

8

Ivy



La última vez que empecé un nuevo trabajo, antes de Sunny Stitches, tuve tal ansiedad que sentía el estómago en un puño y unas náuseas brutales. No fue divertido.

También era mi primer trabajo como adulta, y en Manhattan nada menos. Yo, que venía de un pueblecito al oeste de Vermont, trabajando en el Departamento de Marketing de una de las empresas de informática más importantes del país. De pronto, pasé de servir mesas en un tugurio a trabajar en un rascacielos de oficinas donde tenía café gratis.

Fue bonito mientras duró, pero enseguida comprendí cuánta razón tiene el dicho: Nueva York no es para débiles y, por lo tanto, no era para mí. Aun así, mi propósito allí era ahorrar todo lo posible para la escuela de pilotos de Joe, y no pensaba dejar el trabajo solo porque la vida en la ciudad no fuera conmigo. No podía permitirme excusas.

Después entré en Sunny Stitches. Y, aunque al principio tuve serias dudas porque no quería decepcionar a la mejor amiga de mi abuela, no me puse nerviosa en mi primer día.

A diferencia de hoy.

Entre mis ahorros y lo que gano con Fran, tengo de sobra para pagar las facturas, el súper, la ropa e incluso para consentir a Joe con algún que otro videojuego. Nos va bien.

El problema es la escuela.

No, no es que sea un problema. No es eso. Es el sueño de Joe, y hace años juré que haría cuanto estuviera en mi mano para que se hiciera realidad.

Se merece llevar una buena vida, disfrutar de todas las oportunidades que yo no tuve. Joe es un trozo de pan, inteligente y divertido. Si no entra en esa escuela, se perderá un piloto de la hostia y me niego a permitir que eso pase. Aunque para pagarle los estudios tenga que buscarme dos, tres o cuatro trabajos.

De ahí que esté hecha un flan. No puedo cagarla.

El Harmony Grove, el complejo de cabañas del pueblo, parece sacado de una revista chic de decoración de interiores. Ya lo conocía, ni que viviera en una cueva, pero jamás lo había visto en persona.

El edificio principal es como una casita en el bosque, pero de dos plantas, descomunal. Tiene un porche cubierto, donde algunos huéspedes leen sentados a la mesa con un café, consultan un mapa o posan para una foto.

En el interior, todo, excepto la chimenea, que es de piedra, está revestido de madera. Unos ventanales con vistas a las montañas dominan la sala de espera, con sus mullidos sofás y las mesitas a rebosar de panfletos de actividades. Sobre mi cabeza, la enorme lámpara de araña confiere calidez y elegancia al hotel.

Hay un hombre sentado tras el mostrador de recepción. Lleva escrito el nombre «Mitchell» en una placa y «No me toques las narices» en la cara. Lo respeto.

—Hola. —Sonrío, sin dejarme amedrentar por su cara de aburrimiento—. Soy Ivy, la nueva limpiadora del spa.

El tipo escribe algo en el ordenador.

—Sí, lo sé.

Lo miro confundida.

—Ah, ¿sí?

Mitchell ni se inmuta.

—Recuerdo tu cara de la entrevista.

—Qué memoria. —Yo ni me acuerdo de cómo se apellidaban mis compañeros de trabajo en Nueva York—. Bueno, ¿adónde voy?

Señala hacia los mullidos sillones de la sala de espera.

—Allí.

—Genial. Gracias, Mitchell.

Él responde con un gruñido antes de volver al ordenador.

De pie frente a los ventanales, me embarga la calma por unos instantes al ver el sol ponerse tras las colinas. Si entorno los ojos, alcanzo a ver Harmony Hills a lo lejos.

Acabo de llegar, pero tengo claro que el Harmony Grove es uno de los lugares más bonitos y plácidos que he visto en mi vida.

—Hola. Ivy, ¿verdad?

Doy media vuelta y veo a un hombre de unos treinta y poco sonriéndome con calidez. Esa media melena, la gorra de béisbol hacia atrás...; lo reconozco de la web del resort.

Es Nash, el dueño.

—¡Sí! La misma. Hola. —Le tiendo una mano, rezando para que no esté muy sudada—. Encantada de conocerlo, señor.

Él me la estrecha con firmeza.

—Nada de «señor», por favor, que me hace sentir un viejales.

Le devuelvo la sonrisa.

—Hecho.

—Soy Nash Hayes, el gerente del resort. Por lo general, soy yo quien se encarga de las entrevistas, pero estaba fuera cuando viniste. Lo siento. Sí que le he echado un vistazo a tu currículum y estoy encantado de tenerte con nosotros. Aquí hay buen ambiente, ya lo verás.

—Es un lugar precioso —le digo con sinceridad—. Ha sido renovado hace poco, ¿verdad? Vi algo en el telediario.

Nash asiente.

—Renovamos la decoración de las cabañas e hicimos algún retoque en el menú del restaurante. Espero que para bien. ¿Lista para una visita completa?

En los minutos siguientes, descubro dos cosas.

La primera es que el Harmony Grove es mi nuevo sitio preferido. El edificio principal alberga un restaurante inmenso con bufé de desayuno, un spa con sala de masajes y piscina tanto exterior como interior. Quiero vivir aquí.

Y la segunda es que me gusta Nash. No en plan «hace que se me caigan las bragas», sino más bien en plan «cuando sea mayor, quiero ser como él».

A diferencia de mi jefe en Nueva York, Nash es agradable y trata a sus empleados como seres humanos, como iguales. Se nota por la forma en que saluda a todos al pasar, en que habla del resort como si fuera el niño de sus ojos y en que siempre tiene una sonrisa en la cara.

Este trabajo me da buena espina.

—Te encargarás de limpiar el spa cuando cierre, a las ocho —me explica al entrar en su despacho, una pequeña sala junto al restaurante. Al igual que el resto del lugar, también parece una cabaña, con muebles de madera y cuadros de paisajes decorando las paredes. Deja la puerta abierta y se apoya en el escritorio; yo me quedo de pie—. Como estarás sola, te llevará unas cuatro horas. ¿Cómo lo ves?

—Fantástico. —Ya sabía en qué consistía el puesto cuando vine a la entrevista. Además, no me importa trabajar sola; me vendrá bien un poco de introspección, para variar.

Por más que solo sea un empleo a media jornada, pagan bien y eso es muchísimo mejor que nada.

—Confieso que no tengo ni idea de cómo limpiar un spa —dice Nash con una sonrisa apocada—, pero te presentaré a Diana antes de que empieces. Es la supervisora del personal de limpieza y te dirá qué hacer. También te dará el uniforme. Solo es una camiseta. Veo que ya vas de negro. Fantástico. Has venido preparada.

Cuando me dieron el trabajo, en el correo electrónico pedían que me pusiera pantalones negros de cualquier tipo (por suerte para mí, puedo llevar mis adoradas mallas) y calzado cómodo. Y eso he hecho.

Sonrío de oreja a oreja.

—Siempre.

—Mientras hayas terminado a medianoche, puedes hacer tantos descansos como quieras, ya sea para comer algo o ir al baño. —¿Cómo se las apaña para transmitir firmeza y ser tan cercano a la vez? Debe de ser un talento especial—. ¿Alguna pregunta? ¿Algo que te preocupe? Tú dirás.

Dudo si contarle que a veces me desmayo, pero descarto la idea. Tras mi episodio en la oficina este mismo año, mi anterior jefe

amenazó con echarme si no «aprendía a controlar mi propio cuerpo».

«Que te jodan, Lowell».

Por mucho que Nash me haya caído bien, paso de meter la pata el primer día. ¿Y si en realidad es un gilipollas y me echa por un problema de salud que, además, no suele ser fácil de explicar? Me sorprende que Ford lo conociera.

—De momento, nada. Gracias por darme esta oportunidad. Estoy deseando empezar.

—Es un placer tenerte en el equipo, Ivy. Deja que te presente a Diana para que podáis poneros manos a la obra. Ella estará contigo hasta que le pilles el ritmo a esto —me explica—, pero, si necesitaras cualquier cosa, ya sabes dónde encontrarme.

Las cuatro horas siguientes pasan en un abrir y cerrar de ojos. Diana, que rondará la edad de Fran, tiene la paciencia de una santa, porque me he apuntado cada producto y tarea para no tener que andar molestándola cada dos segundos si me olvido de algo.

—Molesta cuanto necesites, que para eso estoy —reitera—. Ven, que te enseño el spa.

No es muy grande, así que puedo limpiarlo yo sola sin problemas. Diana me explica todas mis funciones (cambiar las toallas, recoger la basura que haya quedado, desinfectar todas las superficies, aspirar, fregar, etcétera), entre las cuales no entra el jacuzzi, porque de eso se encarga un equipo especializado.

A pesar de que son más de las doce cuando cojo el coche y de que no puedo con mi alma, estoy tan contenta que no quepo en mí.

Me siento satisfecha y productiva, más cerca de poder pagar la matrícula de la escuela de pilotos.

La vida me sonríe por fin.

En cuanto abro la puerta de casa y oigo hablar a Joe (gritar, para ser precisos) en mitad de la noche, me queda claro que hay alguien que aún no se ha ido a la cama.

Que alguien a quien le toca madrugar mañana está jugando con el ordenador. Otra vez.

—¡No, no, no! Mierda. No lo he visto venir —grita.

Tras cerrar la puerta con llave, dejo la mochila en el sofá y voy directamente a su habitación. Entre que está de espaldas a mí, clicando con el ratón sin parar, y el follón que se oye a través de sus auriculares, sé que no me ha oído llegar. Apoyada en el umbral de la puerta, enciendo la luz para ver cómo salta de la silla.

—La hostia, qué susto —escupe, quitándose los cascos.

—Si fuera un asesino, ya estarías muerto.

Se masajea el pecho, justo donde el corazón.

—Y si yo tuviera ruedas, sería una bici.

—A mí no me vaciles, mocoso. Deberías estar durmiendo. —Me cruzo de brazos para darme aires, pero estoy tan hecha polvo que ni enfadarme puedo. No me siento ni las plantas de los pies.

—Ya, ya. Un segundo. —Vuelve a ponerse los auriculares, hace un par de clics y le dice a alguien por el micro—: Tengo que irme. Ivy acaba de llegar. Sí. Hasta mañana.

—¿Ethan?

—Y Bradley —asiente, estirando los brazos por encima de la cabeza.

—Otros dos mocosos que ya deberían estar soñando con los angelitos. Sabes que en seis horas tienes que ponerte en marcha, ¿no?

—No soy un crío. Puedo acostarme tarde —replica Joe, que en cosa de cinco segundos ya está frotándose los ojos y bostezando. Sonríe avergonzado al ver mi cara de discrepancia—. Solamente quería esperarte, para saber que habías llegado bien a casa.

Joder. Sabe cómo tocarme la fibra. Aun así, tengo que ser una adulta responsable y asegurarme de que duerme ocho horas diarias.

—Te he dicho que te dejaría una nota en la mesita de noche para que la vieras por la mañana.

—No pasa nada. No estoy cansado.

No sé de dónde sacan los adolescentes la fuerza para discutir tanto.

Mejor lo dejamos por ahora.

—¿Has cenado?

—Sí, un bocadillo. En la cocina te he dejado uno de pavo con mayonesa, queso y lechuga. Y sin tomate, como buen hermano que

soy.

Esto es un soborno en toda regla, y lo sé. No es muy sutil, que digamos. Y yo soy una tutora legal de pena, porque le funciona.

Me acerco a Joe y me lo como a besos; tiene la cara sudada y la aparta un par de veces.

—¿Quién es el mejor hermanito del mundo?

Joe refunfuña.

—¿Soy un perro o qué?

—Los perros son mejores que la mayoría de la gente, así que, yo de ti, me lo tomaría como un cumplido.

Le doy un último besazo en la frente antes de alborotarle el pelo, que ya tiene demasiado largo, y dejar de torturarlo.

—Dúchate antes de ir a clase mañana, que te cantan los sobacos.

Responde con su habitual cara de exasperación.

—¿Qué tal el curro?

Como no puedo más con mi vida, me siento en su cama..., junto al montón de ropa limpia que él ya debería haber guardado en el armario, pero no tengo fuerzas para echarle la bronca.

—El resort es espectacular. Todo está revestido de madera de la buena, con techos altos, un restaurante lujoso... —Sé que no seré capaz de levantarme, pero me tumbo sobre el montón de ropa, que por suerte huele a detergente y no a sudor, y estiro las piernas—. Y es bastante relajante limpiar el spa. Es una sala pequeña y estoy sola, así que me he puesto un pódcast mientras trabajaba. No me siento los pies, pero el trabajo no está nada mal.

Me asusto al ver la cara que pone.

—¿Qué pasa, Jojo?

Si algo tenemos mi hermano y yo es que no hay secretos entre nosotros. Sea lo que sea lo que sentimos o nos preocupa, nos lo contamos. Sin juzgarnos.

Además, somos como un libro abierto; no podríamos disimular ni aunque quisiéramos.

—Va. —Cojo una almohada y se la tiro. Él la atrapa al vuelo y se la pone en el regazo—. Cuenta.

Me rompe el corazón cuando agacha la mirada y dice:

—Es que no quiero que te deslomes por mi culpa.

Todavía no me hago a la idea de que Joe es un adolescente. No porque sea inmaduro, que no es el caso, sino porque sigo viéndolo como a un bebé. Mi bebé, el mismo que me vomitó en la camiseta de ABBA y me enseñó lo que es el amor incondicional.

Pero lo cierto es que ya no es ningún crío. Es consciente de las circunstancias de nuestro padre y de nuestra situación económica. Y por mucho que quiera evitar agobiarlo con todo eso, porque es un crío y no debería preocuparse de cosas como esas, es más listo y perspicaz que yo a su edad.

—Joe —empiezo a decir, escogiendo mis palabras con tiento porque necesito que me comprenda—, hago esto por los dos, ¿vale? Solo será por un tiempo, para poder levantar cabeza tras lo de papá.

—Porque la escuela de pilotos vale un dineral, querrás decir.

Lo peor de todo es que no lo dice enfadado, sino con resignación. Puedo con un adolescente respondón, pero verlo triste... me parte el alma.

Se le ve tan hundido que, en contra de lo que me pide el cuerpo, me pongo en pie de un salto.

Le toco el hombro.

—A ver, la escuela de pilotos es cara, para qué vamos a engañarnos. Pero ¿sabes qué pasa?

Joe no responde.

—Que vas a ir sí o sí —le aseguro, no hay peros que valgan—. Ya sabes que estoy ahorrando para la matrícula. Entre eso y las becas que hemos estado mirando, ya lo tenemos. Tú confía en mí y preocúpate solamente de sacar buenas notas. Eso es todo lo que te pido.

—No puedo evitar preocuparme —replica mirándome fijamente a los ojos, tan azules como los míos—. Cuesta muchísimo conseguir esas becas. No podemos contar con ellas. Te estás deslomando sin necesidad. Podría buscarme un trabajo.

—De eso nada. Ya hemos hablado del tema.

—No tengo por qué suspender —insiste.

—Ya le cortas el césped a Ford y ahora también a su hermano. Con eso tienes de sobra para salir con tus amigos, cosa que ayuda más de lo que crees. Hemos hablado de esto un millón de veces y

no pienso bajarme del burro. Ya tienes trabajo y consiste en sacar buenas notas. Porque, sin eso, no hay escuela de pilotos. Deja que yo me ocupe del resto, ¿quieres? Que para eso soy la adulta aquí.

—Es que... no estoy haciendo nada. Me siento como un parásito —dice, y se me cae el alma a los pies—. No quería contártelo porque sabía que te disgustarías.

Y así es, pero intento disimularlo dándole un apretón en el hombro con una sonrisa reconfortante.

—No eres ningún parásito, Jojo. Eres un crío, y los críos no deberían trabajar. Estamos bien, te lo prometo. No te mentiría si las cosas fueran mal.

—Pero la factura del hospital...

—Ya estoy en ello. —Nos ha dejado la cuenta de ahorros tiritando, pero recuperaré el dinero en un periquete. Aunque para eso haga falta que me busque un tercer trabajo—. Me ayudas más de lo que tú crees.

—¿Cómo? —pregunta, escéptico.

Empiezo a enumerar, ayudándome con los dedos:

—Recoges en casa (menos tu cuarto, que está hecho una pocilga), no me das malas contestaciones ni te metes en líos, no tomas drogas ni te emborrachas, sacas buenas notas... Puede que te parezcan tonterías, pero estás evitando que me dé un infarto con veintiséis años.

Esto le arranca una leve sonrisa.

—Supongo.

—No necesito que trabajes; tan solo que sigas siendo el mejor hermano del mundo. ¿Puedes hacer eso por mí?

Cuando asiente, vuelvo a alborotarle el pelo y bostezo, muerta de sueño.

Entonces recuerdo que se me había pasado contarle una cosa.

—Ya que estamos hablando de cosas serias —empiezo, entre arrepentida y satisfecha de no habérselo contado antes. Se lo estaba pasando tan bien en la feria que no quise cortarle el rollo—. Me llamó papá.

Joe se pone rígido.

—¿Qué quería?

—Saber cómo andamos. Solo le dije que estamos bien.

—Vale.

—Ya mismo es la audiencia —digo, pero no que me pidió que fuéramos. Al ver que no responde ni pregunta nada, añado—: Y puede que la tía Sherry se pase por aquí.

Eso sí que lo hace saltar.

—¿Qué? ¿Aquí? ¿Para qué?

—Sí, aquí —digo con un suspiro de cansancio—. Yo qué sé para qué. Es probable que me quiera provocar ese infarto del que hemos hablado. Hay que estar preparados.

Joe asiente, tan serio que, a pesar de las circunstancias, hace que se me escape la risa.

—Limpiaré el polvo cada día por si acaso.

Le pellizco en la mejilla.

—Eso me parece fantástico. Buenas noches, Jojo. Y vete a la cama; se acabaron los videojuegos por hoy.

—Sí, señora. Buenas noches.

Salgo al pasillo arrastrando los pies.

—Te quiero, mocoso.

—Te quiero, Ives.



No sé qué hago aquí en lugar de dormir, teniendo en cuenta que la alarma sonará en cinco horas. Pero después de darme una ducha, ponerme un pijama limpio y engullir el bocata que me ha dejado Joe, se me ha pasado el sueño.

Con cuidado de no despertarlo (por sus suaves ronquidos, sé que ya se ha quedado frito), enciendo la luz del porche y me siento en las escaleras con mi cuaderno y una manta sobre los hombros.

No hace frío. Apenas sopla una ligera brisa, las nubes dejan ver las estrellas y el universo se me antoja infinito.

Las páginas en blanco parecen burlarse de mí, como si no dibujara más que basura.

¿Cuándo fue la última vez que pasé una noche garabateando sin más? Me encantaban esos momentos. Después de cenar, mi madre se sentaba en la cama junto a mí y soltaba cualquier cosa que se le pasara por la cabeza para que yo la dibujara.

Un loro con un gorrito de fiesta.

Una vaquera a lomos de un caballito de mar.

Joe, de bebé, en un cochecito colina abajo.

Era el mejor momento del día. Nada más que mi madre junto a mí y un cuaderno lleno de posibilidades.

Pero mi madre nos dejó, llevándose consigo todo atisbo de talento que hubiera en mí.

Al acordarme de ella, me pongo a hojear el cuaderno para no echarme a llorar. Las primeras páginas no están en blanco. Las ilustraciones del Central Park, los típicos edificios de Brooklyn y el quiosco de Bryant Park donde siempre me detenía antes de pasarme horas sentada en el parque llenan las páginas de una vida que ya ha quedado atrás.

—No es tan difícil —me digo a mí misma, cogiendo el lápiz con fuerza.

Pero mi perfeccionismo, la duda o lo que sea pueden conmigo y me bloqueo nada más apoyar el lápiz en el papel.

El sonido de un coche llegando a la casa de Ford me saca de mis pensamientos. Para el motor, abre la puerta y dice:

—¿Ivy?

9

Ford



Madrugue o no, a las diez de la noche suelo estar durmiendo, una capacidad infravalorada y que he perfeccionado desde que soy bombero. Por triste que parezca, no tengo mucha vida social aparte del trabajo y la familia. Además, siempre intento acostarme pronto porque salgo agotado del trabajo y mi cuerpo ya no aguanta hasta las tantas.

Por este motivo estoy que me caigo de sueño en mi día libre mientras aparco delante de casa. Me he pasado cuatro horas en el cumpleaños de Ian y ya no podía más. Ni los bares, ni el alcohol, ni la música a toda pastilla van conmigo ya. Me da igual si eso me convierte en un muermo de manual.

Este muermazo está deseando darse una ducha y meterse en la cama. Pero no es eso lo que hago. Porque, en cuanto aparco, veo a Ivy sentada en las escaleras de su porche.

—¿Ivy? —la llamo al salir, extrañado.

Ella me saluda con la mano y una sonrisa, tan cansada como yo me siento.

Me acerco a la valla que separa su casa de la mía.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. Es que no tenía sueño.

A pesar de haber estado fantaseando con mi cama no hace ni un minuto, le pregunto:

—¿Quieres compañía?

No creo que quiera. Puede que llevemos unas semanas conociéndonos mejor, pero soy un tío mayor y aburrido, por lo que entendería que prefiera estar sola.

Para mi sorpresa, responde:

—Claro, si no tienes nada mejor que hacer. Pareces tan hecho polvo como yo y donde cabe uno...

Se me escapa la risa, aliviado al ver que no pierde ni un ápice de su sentido del humor a pesar de lo cansada que parece. Joe ha debido de cambiar las bisagras porque, al cruzar al jardín delantero, la puerta se cierra sin problemas.

—Bueno —empieza a decir Ivy desde el porche cuando me detengo al pie de las escaleras con las manos en los bolsillos—. Veo que no has puesto la casa a la venta ni te has cambiado el nombre, así que deduzco que no habrá más calendarios de bomberos macizos.

—Tengo las maletas hechas por si acaso.

Se lleva una mano al corazón.

—Juro solemnemente boicotearlos si llegaran a publicarse.

—Te tomo la palabra. —Me fijo en el cuaderno que tiene sobre el regazo—. ¿Eres escritora?

Ivy sigue mi mirada.

—Qué va. Solo estaba, eh, tratando de dibujar.

—¿Tratando?

—La parte de mi cerebro que debería ayudarme con ello está en huelga.

—Ah, estás bloqueada.

Me acerco unos pasos y me apoyo en el poste que hay junto al pie de la escalera.

—Eso es quedarse corto —musita y, por su cara de resignación, sé que no busca que la compadezca.

—Entonces, ¿no has dibujado nada?

Encoge un hombro.

—Alguna cosilla, pero nada que valga la pena.

—Lo dudo mucho.

Me lanza una miradita.

—Tú lo que quieres es que te lo enseñe.

Sonrío con descaro.

—¿Tan obvio es?

—Ven a sentarte, anda. Pero... no te rías. No estoy pasando por mi mejor momento; no creo que pueda soportar las críticas.

La madera cruje bajo mi peso al sentarme junto a Ivy, y la suave manta sobre sus hombros me roza el brazo.

—No tienes por qué enseñármelos si no quieres —digo. Me muero de ganas de ver sus dibujos, pero prefiero no incomodarla.

Como respuesta, se limita a suspirar con fuerza y a abrir el cuaderno por la primera página. Me lo tiende en silencio.

Me quedo a cuadros conforme voy hojeando las páginas. Hay bocetos a lápiz, algunos a color, la mayoría en blanco y negro, pero todos con un nivel de detalle y sombreado que parecen auténticas fotografías. Retratos, edificios, naturaleza..., cada dibujo es más impresionante que el anterior.

—¿Los has hecho tú? —Sé que es una pregunta estúpida, pero... la hostia. ¿Cómo puede alguien con tanto talento no trabajar como ilustradora?

—Sí —responde quedamente, arrebujándose en la manta.

—Ivy, son brutales.

—No están mal.

—Están muy bien —insisto, pasando a una página con un primer plano de una rosa tan realista que sobrecoge. Se la enseño, como si no la hubiera visto nunca—. No me vengas con que esto no está mal.

—Podría estar mejor —dice, y señala algunas hojas—. Tendría que haberlas pulido un poquito más.

—Sé que eres perfeccionista, pero no me creo que esto te parezca malo.

Deja escapar un profundo suspiro y la manta se desliza por el hombro más cercano a mí.

—No espero cumplidos, que quede claro. Es que yo me fijo en cosas que los demás no ven. Como en todos esos detallitos, algunos bastante obvios, que hay que mejorar. Tú no los ves porque no conoces a las personas de los retratos, pero nunca logré reproducir la nariz de mis antiguos compañeros de trabajo y era desesperante. Aunque eso no..., no viene a cuento.

Cierro el cuaderno.

—¿Qué ocurre?

Ivy presiona los ojos con las palmas de las manos.

—Es que... no consigo dibujar nada. Llevo semanas sin hacerlo y, cada vez que lo intento, me bloqueo. Ya me había pasado antes, pero no así. No sé.

—No sé cómo funciona esto del arte, pero ¿no te iría bien dibujar cualquier cosa? Aunque sea una porquería y no se lo enseñes a nadie jamás. Solo para volver a coger práctica.

Inquieta, Ivy se pone a juguetear con un hilo de la manta.

—Lo he intentado, pero... no puedo. Da igual; ya se me pasará.

Tal vez debería callarme, dejarla en paz. Pero entonces vuelvo a mirarla de reojo. Veo el desánimo en Ivy, siempre tan dicharachera y con una sonrisa en la cara, y me entran unas ganas irracionales de protegerla.

Con suavidad, le quito el lápiz de las manos y apoyo la espalda en la viga que hay detrás de mí. Paso la mirada de Ivy al papel una vez, luego otra y empiezo a dibujar.

—¿Qué haces? —Noto el recelo en su voz.

—Shhh. Genio en acción.

Su risilla despierta algo en mí que no acaba de desagradarme.

Cosa de un minuto más tarde, me toca la rodilla con un dedo.

—¿Has terminado ya?

—Un segundo —digo con un dedo en el aire—. Vale. ¿Lista para la gran revelación?

—Asustada, más bien.

Está sonriendo, justo lo que yo quería.

—Comprensible. ¿Lista?

—Siempre.

En cuanto le muestro el cuaderno, estalla en carcajadas.

—Madre mía, Ford —resuella, con lágrimas en los ojos—. ¿Esa cosa soy yo?

—No me digas que no te gusta —digo, haciéndome el indignado.

Ivy coge el cuaderno y sus dedos rozan los míos. Se me corta la respiración durante un segundo que se me antoja una eternidad. «¿Qué coño acaba de pasar?».

—Me encanta. Ya sé dónde voy a colgarlo —dice, examinando mi pésimo intento de retratarla.

—Ni siquiera lo he hecho mal a propósito. Soy un artista de mierda —confieso—. Pero ahí tienes un original de Ford Hayes. En unas décadas, eso valdrá su peso en oro.

—O sea, ¿medio centavo?

Pego la lengua a la cara interna de la mejilla e intento aguantarme la risa ante la pullita.

—Gracias. Necesitaba reírme —dice, ahora con suavidad—. Y por quedarte un rato conmigo.

Asiento despacio.

—Si no es mucho preguntar, ¿por qué no trabajas como ilustradora o algo por el estilo?

—Cuesta ganarse la vida con el arte —responde, con la mirada perdida en el jardín—. Es un oficio durísimo. Antes dibujaba para alguna que otra campaña del Departamento de Marketing en la empresa de informática para la que trabajaba en Manhattan, pero supongo que eso no cuenta.

Cuando se desmayó, Joe comentó algo sobre Nueva York. Aquel día no quise meterme donde no me llamaban, pero Ivy me lo está poniendo en bandeja.

—¿Vivías allí?

—Estuve tres años.

—¿Te gustaba?

—No estaba mal. De adolescente soñaba con irme a vivir allí, pero la realidad es muy distinta... Ojo, la ciudad es una pasada, pero yo no terminaba de encajar. Como si no fuera para mí.

—Oye, no hay nada de malo en eso. Las grandes ciudades no son para todo el mundo. Yo las rehúyo. ¿Por eso te largaste de allí, porque no estabas a gusto?

Se pone rígida; es un gesto sutil, pero me doy cuenta. Percibo en ella más de lo que debería.

—Tampoco es que estuviera deprimida —empieza a decir con cautela—, pero... no. Volví al pueblo porque mi padre tuvo un accidente de coche y tuve que encargarme de Joe.

«Mierda».

—¿Tu padre está...?

—Vivito y coleando —aclara—. Está... Está en la cárcel.

«Joder».

—No tenemos por qué hablar de ello —digo al percibir su incomodidad.

Ivy se me queda mirando y asiente levemente.

—Gracias. Tal vez..., tal vez en otro momento.

Esto quiere decir que es la tutora legal de Joe, lo cual explicaría por qué va tan agobiada con el dinero, como dijo su hermano.

Ivy echa otro vistazo a mi dibujo y una tenue sonrisa asoma a sus labios.

—Debería ir entrando, pero esto es de lo mejorcito que he visto en mucho tiempo. En serio.

Me río por lo bajo.

—No sé si alegrarme por la parte que me toca o sentirme mal por ti.

—Las dos cosas, claro. Gracias por la compañía. Ha sido agradable.

—Me gusta estar contigo —suelto sin pensar.

Ivy enarca una ceja con expresión divertida.

—¿Ya no crees que te esté tirando los tejos?

Tuerzo el gesto.

—No me vaciles.

—No puedo evitarlo. Forma parte de mí.

Niego con la cabeza, sonriendo. Me he dado cuenta de que suelo pasarlo bien con ella.

—Buenas noches, Ivy.

—Que duermas bien, Picasso.

La fulmino con la mirada y ella se echa a reír, un sonido que me acompaña hasta que me quedo dormido.

Así es como sé que me he metido en un berenjenal de la hostia.

10

Ivy



—Va a aterrizar otro.

Miro al cielo con los ojos entornados, pero no veo más que nubarrones.

—No me creo que veas nada a simple vista.

Joe, de pie junto a la enorme valla que separa la pista de aterrizaje del aparcamiento, se encoge de hombros.

—Será que te estás haciendo vieja.

Tiene suerte de que esté en contra de ensuciar las calles, porque se merece que le tire una patata frita en toda la cara por ese comentario. Además, me gustan demasiado las de sabor a barbacoa como para desperdiciar ninguna. En vez de eso, opto por actuar con madurez y vuelvo a reclinarme en la silla plegable sin hacerle caso. Por mucho que bromee con el tema, mi madre no tuvo el privilegio de envejecer. No lo esperado, al menos. Así que no me molestan las arrugas, ni las canas ni la vista cansada.

Joe toquetea el móvil y el trípode que ha traído para la ocasión, listo para captar el aterrizaje. Lo único que sé sobre aviones es que la comida que sirven en ellos está muy salada y que vuelan aunque pesen mil toneladas, pero el de hoy es uno de los planes que más echaba de menos.

Avistamiento de aviones con una silla plegable, algo de picoteo y la cara de felicidad de Joe cada vez que los graba aterrizando o despegando.

—Es un CRJ-701ER —recita de memoria mi friki preferido. Me río por lo bajo al verlo escudriñando el cielo con los ojos entornados y los brazos en jarras—. ¿De qué te ríes?

—Pareces un padre en el partido de béisbol de sus hijos. Oye, ¿cómo puedes saber qué avión es con solo mirarlo?

Señala hacia un avión que está acercándose al aeropuerto y que ahora sí veo.

—Por la cola y los motores.

—Ah, claro.

—Es uno pequeño, de línea regional —explica, sin despegar la vista del cielo—. ¿Puedes buscar de dónde viene?

Siempre que nos acercamos al mirador de aviones que hay junto al aeropuerto hacemos lo mismo: charlamos, picoteamos algo, esperamos a que lleguen los aviones y Joe los graba mientras yo busco todos los datos en internet para que él los incluya en sus vídeos después.

—Newark. —Leo la información en mi pantalla—. Oye, este es el que yo cogía cuando vivía allí.

—Puede —musita distraídamente mientras coloca el móvil en el trípode—. Les cambian la ruta cada dos por tres.

Me meto otra patata frita en la boca.

—Cortarrollos.

—Empiezo a grabar.

Esa es su forma de pedirme educadamente que cierre el pico. Como no añade música a sus vídeos, tenemos que quedarnos callados para que se oigan los motores. Al parecer, eso es lo más.

Dejo las patatas fritas, me embadurno los dedos grasientos con gel desinfectante y echo un vistazo al cuaderno que sobresale de mi bolso. En el pasado, solía dibujar mientras Joe grababa los aviones, pero ahora...

No pierdo nada por probar, ¿no?

Siento algo muy parecido a la añoranza al abrir el cuaderno justo por el retrato que Ford hizo de mí. Hace poco más de dos semanas que estuvimos sentados en el porche y nos hemos ido viendo entretanto. Joe le ha cortado el césped, lo saludé en el súper de pasada (él estaba pagando cuando yo entraba) y vi el camión de bomberos frente a Sunny Stitches hace un par de días, cuando saltó la alarma de incendios en un edificio contiguo.

Por eso no entiendo a qué viene esta morriña...

El inconfundible estruendo de un avión aterrizando aleja mis desvaríos acerca de Ford y paso la página.

Da igual que ya no pueda dibujar por placer. O sea, preferiría que no fuera así, pero al menos puedo hacer bocetos para Fran. Mientras pueda ir pagando las facturas, me vale.

El CRJ no sé cuántos aterriza en un extremo de la pista entre el humo de las ruedas. Joe lo sigue con su móvil y este bloqueo artístico tan gratuito queda relegado al fondo de mi mente.

Es absurdo lo orgullosa que estoy de Joe por perseguir su sueño, ya sea leyendo manuales de aviación, probando simuladores de vuelo o subiendo vídeos a internet.

No sé ni cuándo ni dónde será, pero no pienso perderme el primer vuelo comercial que pilote, llorando a moco tendido y dejándolo en ridículo en su nuevo puesto de trabajo como buena hermana mayor.

—Creo que ha quedado bien —dice Joe, con una sonrisilla asomando a la comisura de sus labios mientras saca el móvil del trípode para comprobar la toma.

—Bien hecho, Jojo. ¿Cuándo llega el siguiente avión?

—En un cuarto de hora sale uno hacia Chicago. Después podremos irnos. Ya tengo vídeos de sobra.

—¿Seguro?

Aunque lleve tantas capas como una cebolla, ya he empezado a notar fresco y parece que va a caer una buena, pero Joe disfruta tanto observando aviones que no quiero cortarle el rollo. Los domingos son mi único día libre, el único día en que podemos venir.

—Sí, tranqui. ¿Me pasas las patatas?

Veinte minutos después, ya lo tenemos todo en el coche, listos para volver a casa. Al igual que en el trayecto al aeropuerto, tardamos un pelín más de lo habitual en llegar a Harmony Hills. Si Joe se ha dado cuenta de que voy muy por debajo del límite de velocidad, no dice nada. No he querido presionarlo para que hable sobre la fobia a los coches que desarrolló tras el accidente, y me pregunto si no será contraproducente.

Sigo dándole vueltas al tema cuando llegamos a casa, casi una hora más tarde, motivo por el cual no me fijo en la calle hasta que Joe me lo señala.

—¿Ford está de celebración o algo? —pregunta—. ¿Qué hace tanto coche delante de su casa?

Vuelvo la cabeza para ver de qué habla.

—Solo están su camioneta y un par de coches más. No son tantos.

—¿Y? Nunca tiene visita.

¿Nunca? ¿Eso significa que nunca...?

No, paso de pensar en eso.

—Serás cotilla —lo increpo mientras aparco delante de casa, aunque mentiría si dijera que no siento curiosidad.

Joe sale disparado en cuanto apago el motor. Sin cerrar la puerta siquiera, bosteza y estira los brazos sobre su cabeza... con la mirada clavada en el jardín de Ford.

—Qué poco disimulado.

—¿Quién dice que estoy disimulando? Quiero saber qué hace. Sale humo del patio trasero y... —hace una pausa para oler el aire—... huele a carne.

—Misterio resuelto, pues. Estará de barbacoa. —Bajo del coche y también estiro los brazos—. ¿No tienes un vídeo que editar, fisgón?

—Sí. Quiero subirlo esta noche.

Su canal sobre aviación está teniendo éxito, por eso está deseando colgar vídeos nuevos. Esto se traduce en más salidas juntos al aeropuerto, otro motivo por el que me alegro de haber vuelto.

—Pues andando. Ya saco yo lo del coche.

—¿Segura?

Estoy a punto de decirle que sí, porque haría lo que fuera por mantener viva la alegría que brilla en sus ojos, cuando alguien exclama:

—¡Hey, chicos!

Ford nos saluda desde el patio trasero, con una camiseta negra que deja muy claro cómo se gana la vida.

«Deja de mirarle los bíceps, pervertida».

Joe le devuelve el saludo a Ford, que se ha acercado hasta la valla que separa nuestras casas.

—Estoy haciendo hamburguesas a la parrilla con mis hermanos y mi sobrina. ¿Os apuntáis? Hay de sobra para todos.

No sé por qué, pero aún no concibo que este hombre tan amable y atento sea el mismo gruñón de hace un tiempo.

—Antes tengo algo que hacer, pero voy para allá en cuanto estén las hamburguesas —dice Joe.

—Trato hecho, colega. ¿Ivy?

—Vale. Suena bien. —Me digo a mí misma que solo he aceptado porque no tengo ganas de ponerme a hacer la cena, pero es una mentira como una casa—. Dame cinco minutos, que tengo que sacar unas cosas del coche.

—No hay prisa.

En cuanto Ford está lo bastante lejos, Joe suelta:

—¿Te mola o qué pasa?

Ignoro cómo me retumba el corazón en el pecho.

—¿A qué viene esa pregunta?

Rezo por no haberme puesto como un tomate cuando Joe me lanza una mirada inquisitiva.

—Te gusta.

—Me cae bien. Se porta bien con nosotros.

—Es más que eso, y lo sabes. Te has puesto roja.

Apenas alcanzo a oír mi propia voz por encima de los latidos de mi corazón.

—No me he puesto roja. A ti se te va la pinza.

Poco a poco, se le dibuja una sonrisa en la cara que no me gusta ni un pelo.

—Ivy está pillada —canturrea.

—No estoy pillada por Ford. No seas crío.

Es verdad que es atento, y dispuesto, y un buen tipo que me sigue el rollo sin cortarse. Y sí, también está de buen ver, pero eso no significa nada. Solo estoy siendo... objetiva.

—Lo que tú digas. A mí ni me va ni me viene —se da por vencido Joe, con las manos en alto y todo—. Entonces, ¿cenamos con él?

Me encojo de hombros, no tan campante como pretendía parecer.

—¿Rechazar comida casera gratis? Ni loca.

—Tú sigue autoconvenciéndote. —Me lanza una miradita mientras abre el maletero y saca las dos sillas plegables que he dicho que

llevaría yo—. Voy a guardar esto en casa. Iré para allí en cuanto termine de editar el vídeo.

—Puedo hacerlo yo —insisto.

—¿El qué? ¿Guardar las sillas en casa o admitir que te mola el vecino?

Le hago una peineta y él me responde con una sonrisa burlona.

El ruido de los aviones ha debido de trastocarle el cerebro, porque no estoy pillada por ningún bomberito macizorro. Ni en broma. Estoy a gusto con él, sí, pero porque somos amigos.

La cuestión es: si Joe cree que me gusta Ford, ¿pensará lo mismo Ford? ¿Y si vuelve a distanciarse?

Respiro hondo por la nariz y me encamino hacia el jardín contiguo mientras Joe desaparece dentro de casa. Me comeré una buena hamburguesa, lo pasaré bien y volveré a casa sin haber echado por tierra nuestra reciente amistad.

Porque no estoy pillada por Ford. Mi hermano solo me está vacilando.

11

Ford



—Como no dejes de mirar la casa de los vecinos, vas a incendiar la tuya jodidamente rápido.

Nash está apoyado en el porche, con una cerveza en la mano y una sonrisa burlona. Por millonésima vez en mi vida, lo ignoro.

—¿Hay algo que quieras compartir con el resto de la clase? —pregunta el pelma de mi hermano menor, ajustándose la gorra hacia atrás. Su pelo está pasando por ese momento incómodo en que no está tan corto como el mío, pero tampoco le llega a los hombros. Estoy seguro de que mi madre pondría el grito en el cielo si lo viera; lleva años tratando de convencerlo para que se lo rape.

Me centro en los tomates que tengo en la parrilla, no vaya a ser que alguno se haga más de la cuenta.

—¿De qué coño hablas? —cedo al fin.

Nash no es de los que se andan por las ramas.

—¿Qué te pasa con los vecinos?

—¿Qué vecinos?

Pongo los tomates en un plato antes de que se chamusquen.

—No apartas la vista de esa casa y casi se te calcinan los tomates. Vaya un bombero estás hecho.

—He venido cansado del trabajo —digo, lo que no es mentira del todo.

Hemos recibido un aviso a las dos de la madrugada porque una pareja con una bebé se había quedado encerrada en el ascensor. Los tres estaban bien, pero el niño se había puesto enfermo y lo llevaban al hospital. Las cosas se complican cuando hay críos de por medio.

Justo entonces, mi sobrina suelta un chillido.

—¡A que no me pillas!

Me río al ver a Rhys salir corriendo tras la ladronzuela de pega. En cuanto supo que su padre trabaja para el sheriff, toda su obsesión ha sido jugar a polis y ladrones.

—Sí, pero aquí hay gato encerrado. —Nash me mira con recelo—. Me lo habría tragado si no fuera porque no paras de mirar hacia allí. El trabajo no pinta nada en esto, así que voy a darte una segunda oportunidad. Uno, dos y... ¡busca otra excusa!

—Mamá y papá tendrían que haberte dejado en el contenedor donde te encontraron.

Con una sonrisa taimada, da un sorbo a su cerveza.

—Eso me da a entender que he dado con algo y no te ha gustado.

—¿De qué estáis hablando? —nos interrumpe nuestro hermano mayor, subiendo las escaleras que dan al porche donde tengo la barbacoa.

Lexi, que ha cambiado a su padre por un *hula hoop*, sigue correteando por el jardín.

—Ford oculta algo sobre los vecinos.

—¿Cuáles?

Nash señala hacia la casa que tiene detrás.

Intervengo antes de que la cosa se desmadre:

—Rhys, ¿conoces a Joe? Es el chaval que te corta el césped. También se encarga del mío.

—Sería raro si no lo conociera —tercia, tan encantador como siempre.

—Vive en esa casa con su hermana —aclaro.

—¿Hermana? La cosa se pone interesante.

—Es un buen chaval —comenta Rhys, sin hacer caso de Nash—. ¿Qué le pasa? ¿Se ha metido en algún lío o qué?

—Tranquilo. No le ha pasado nada —respondo.

—¿Entonces?

—A Ford casi se le quema la cena porque no para de mirar hacia esa casa —dice Nash.

—No se me han quemado los tomates —replico.

—Casi.

—Pero ¿ha pasado algo o no? —pregunta Rhys, con la impaciencia propia del ayudante del sheriff.

Apenas he terminado de decir que no, cuando nos saluda una voz familiar.

—¡Hola!

Los tres nos volvemos a la vez y Nash suelta un comentario que ignoro:

—Ah, ahora lo entiendo.

A pesar de nuestras miradas, Ivy no deja de sonreír mientras se acerca.

—He traído unos brownies de postre. Tienen nueces, eso sí, pero puedo quitárselas si alguno de vosotros es alérgico. Sin compromiso. Los he comprado en el súper porque soy una negada para la repostería.

—Oye, tú eres Ivy.

Vuelvo la cabeza hacia Nash, y más confundido al ver lo parada que se ha quedado Ivy.

—Ah, hola —dice con timidez.

¿Se conocen? Y ¿por qué me he puesto...?

«No estoy celoso. Menuda gilipollez».

Antes de que yo pierda los papeles, Nash se apresura a aclarar:

—Ha empezado a trabajar en el Harmony Grove hace poco.

¿No trabajaba en Sunny Stitches? Estoy convencido de que la vi tras el mostrador hace nada.

—¿Qué haces tú por aquí? —pregunta Ivy, paseando la mirada entre Nash y yo.

Él, tan pancho como siempre, me señala con un gesto de la cabeza.

—Es mi hermano. Los dos lo son.

—Ah, no lo sabía. Obviamente. —Deja escapar una risilla nerviosa y se dirige a Rhys—: Hola, soy Ivy. Tú debes de ser el padre de Lexi.

Él asiente.

—Rhys. Encantado. Está en el jardín, por si quieres ir a verla.

—Me encantaría —responde Ivy, visiblemente más relajada—. ¿Le gustan los brownies?

—Solo hasta que se empacha.

Ivy sonríe.

—Pues mejor los dejo por aquí. Saludo a Lexi y no os molesto más.

—¿No te quedas? —le pregunto.

Veo la sonrisilla de Nash con el rabillo del ojo y me entran ganas de borrársela de la cara de un puñetazo.

Ivy también se queda mirando a mi hermano, pero por un motivo del todo distinto y que tanto él como yo captamos al instante.

—Por mí no te preocupes —le asegura enseguida—. Mis empleados me invitan a sus bodas, fiestas de nacimiento, cumpleaños... Por mí, quédate. En serio. No hay problema. Apenas hemos tenido tiempo para charlar. ¿Estás a gusto en el Harmony Grove? ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

Aunque hay días en que me gustaría arrancarle la cabeza, tengo que admitir que Nash es un jefe cojonudo. Es verdad que tiene tan buena relación con sus empleados que suelen invitarlo a las celebraciones familiares y nunca se sienten incómodos en su presencia. Lo he visto con mis propios ojos.

Ivy pasea la mirada entre los tres.

—Pues me..., me encantaría quedarme, si os parece bien. Esas hamburguesas huelen que alimentan.

—Quédate —digo con una apacible sonrisa.

Ella me la devuelve durante más rato de lo habitual antes de volverse hacia Nash.

—Me encanta el trabajo. De veras. Es relajante. Me gusta limpiar a solas.

—Me alegra saberlo, Ivy. Si alguna vez necesitas algo, ya sabes dónde estoy.

Ella asiente con la cabeza.

—Gracias, pero por el momento no tengo queja.

—¡Hola!

Oímos la vocecilla de Lexi al acercarse. Llega con una coleta deshecha, la frente cubierta de sudor y una sonrisa tan radiante como de costumbre. Sujeta el *hula hoop* con una mano pringosa.

—Hola, Lexi. —Ivy se agacha frente a ella y le muestra la bandeja de brownies—. Los he traído de postre. ¿Te gustan?

La pequeña de cinco años asiente entusiasmada.

—Me chiflan los brownies, porque me chifla el chocolate. Papi, ¿puedo comerme uno?

—Después de la hamburguesa, bichito —responde Rhys con una dulzura que solo emplea con su hija.

—Vale —acepta ella. Se pasa el *hula hoop* por la cabeza y le dice a Ivy—: Mira lo que hago.

Me paso un buen rato mirando a Ivy de reojo mientras Lexi le enseña a usar el *hula hoop* e ignorando de paso a Nash cada vez que intenta apartarme de la barbacoa porque dice que estoy en las nubes.

¿Y qué si la risa de Ivy es contagiosa? ¿Y qué si la envidia aparece de la nada y me reconcome por dentro cuando se pone a jugar a fútbol con Rhys y Lexi? Puedo hacer varias cosas a la vez.

Al poco de mandar a Nash dentro a preparar la ensalada, llega Joe.

—¿Subes vídeos a internet? —le pregunto, después de que me haya contado que ha salido con Ivy a grabar aviones.

Refresco en mano, me ayuda con los panecillos.

—Sí, pero por gusto. No me pagan ni nada.

—Está muy bien hacer algo que te guste, sin más.

—Ya, supongo. Me encanta editar los vídeos y leer los comentarios.

—Eso es lo que importa.

Está repartiendo lonchas de queso sobre las hamburguesas (el doble en las nuestras) cuando pregunta:

—¿Sabes si alguno de tus compañeros de la estación de bomberos necesita que le corten el césped?

Percibo cierto atisbo de desesperación en su voz. Como cuando Nash le preguntó a nuestros padres si podía ir con sus amigos al pueblo de al lado, aun sabiendo que no tenía edad suficiente.

—No sabría decirte. —Al observarlo con atención, recuerdo que a Ivy le preocupaba que se distrajera con el trabajo.

—No pasa nada. Era solo por curiosidad.

No sé qué hacer. Sus circunstancias no son cosa mía, pero, por otra parte, Ivy y Joe me caen bien. Tal vez sea mi instinto de

bombero, esa necesidad visceral de proteger y salvar a todo el mundo, lo que me lleva a preguntar:

—¿Va todo bien? —pregunto en voz baja, a pesar de que no hay nadie cerca—. Puedes contarme lo que sea.

Joe se muerde los carrillos. No tiene por qué darme explicaciones ni aceptar mi ayuda si no quiere. No pretendo atosigarlo, solo hacerle saber que puede contar conmigo. Que, aparte de su hermana, hay otro adulto al que le importa.

Nash nos interrumpe dando voces:

—¡Vosotros dos! ¿Está hecha la cena? Nos morimos de hambre.

—¡Tito Ford, tengo hambre! —lo secunda Lexi.

Le doy una palmada en el hombro a Joe y lo dejo estar por ahora.

—Vamos, colega. Ayúdame a llevar esto a la mesa antes de que se pongan en modo caníbal.



Rhys es el primero en marcharse, al cabo de un par de horas, con Lexi dormida en sus brazos. Deja que se canse en el jardín, que coma hasta tener el estómago lleno y caerá frita más pronto que tarde. Nunca falla.

Nash se queda un ratito más a charlar con Joe sobre aviones. Uno de sus empleados pilota un Cessna 172 y el chaval tiene un montón de preguntas. Antes de que se vaya a terminar de editar su vídeo, mi hermano promete presentar a los dos frikis de la aviación.

Él se va poco después de eso. Estoy limpiando la cocina cuando oigo que dice desde la terraza:

—Entonces, ¿estás contenta en el Harmony Grove? ¿Lo prometes?

Ivy deja escapar una suave risita que hace que me estremezca de los pies a la cabeza.

—Lo prometo. Ha sido un placer pasar el rato contigo. Y gracias por ofrecerte a presentarle a tu amigo a Joe. No conoce a ningún piloto.

—Es un buen chaval. Si quiere trabajo para el verano, que me avise.

Una vez que Nash se ha marchado, Ivy entra en la cocina con la ensaladera vacía.

—No hace falta que me ayudes —le aseguro—. Mañana tengo el día libre, así que no tengo que preocuparme si me acuesto tarde. Vete a casa y descansa.

Ella pasa olímpicamente de mí.

—Tú friegas los platos y yo los enjuago.

—Ivy...

—Hacía tiempo que no probaba la comida casera. Nada que valiera la pena, vaya. Joe y yo nos alimentamos a base de ultracongelados y bocatas fríos, así que esto es lo menos que puedo hacer.

Sin esperar a que responda, cierra la puerta de la terraza y deja la ensaladera en el fregadero.

Estamos tan cerca el uno del otro que mi brazo roza el suyo al frotar los platos. No sé por qué me afecta tanto nuestra diferencia de altura (soy un tío grande, así que todos suelen ser más bajitos que yo), pero no dejo de imaginarme cargándomela al hombro como si nada mientras Ivy me pega en la espalda desternillándose de risa para que vuelva a dejarla en el suelo.

«Pero ¿qué coño estoy diciendo?».

—Así que ultracongelados. —Mi voz suena más ronca de lo habitual y me aclaro la garganta—. ¿No sabéis cocinar ninguno de los dos?

Nuestros dedos se rozan cuando le paso el plato de princesas de Lexi.

—Yo soy una negada. A Joe se le da bastante bien, pero apenas sabe cocinar nada. Nadie nos enseñó ni nosotros nos molestamos en aprender, así que... —explica, ajena por completo a la descarga eléctrica que acabo de sentir—. Vivir en la ciudad tampoco mejoró mis dotes culinarias. No tenía ni cocina.

Eso me sorprende.

—¿A qué te refieres con que no tenías cocina?

Sé que hay gente en Nueva York que paga una fortuna por vivir en una caja de zapatos, pero jamás he oído hablar de un piso sin cocina. ¿Acaso es legal?

—Era una habitación, más que un apartamento en sí. Una cosa rara —dice, en voz queda.

—¿Como un estudio?

¿Acaba de estremecerse?

—No, era una habitación. —Hace una pausa para enjuagar el vaso de Lexi, a juego con el plato de princesas—. Vivía en un edificio donde cada apartamento tenía el tamaño de un dormitorio. Había un pequeño lavabo, una neverita y un hueco para un microondas o lo que fuera. Pero no había cocina. Comía en el trabajo o me compraba algo en una tiendecita que había al final de la calle. Por eso sigo sin saber cocinar a día de hoy.

—Espera un momento. ¿Y el baño?

Ivy me mira avergonzada.

—Era comunitario.

—Estás de coña.

Se encoge de hombros, sin dejar de enjuagar los platos.

—No es para tanto. Hay gente que no tiene dónde caerse muerta, así que no iba a quejarme por tener que compartir el baño. No soy tiquismiquis.

Yo compartía el cuarto de baño con los guarros de mis hermanos; no quiero ni imaginarme cómo sería compartirlo con completos desconocidos. Llamadme tiquismiquis.

—Puede que me esté metiendo donde no me llaman. No respondas si no quieres —empiezo a decir—, pero ¿cuánto cobrabas? O sea, sé que vivir en la ciudad es caro, pero lo que me cuentas es...

—¿Pasarse? —apunta, con una sonrisa que no se refleja en sus ojos—. Me pagaban bien. Podía permitirme algo mejor, pero mi prioridad era ahorrar. Si ahorraba más de mil dólares al mes compartiendo el cuarto de baño y renunciando a tener cocina, pues compartía cuarto de baño y renunciaba a tener cocina.

—Joder, Ivy —mascullo, imaginándome de todo. Y nada bueno.

Me da un empujoncito en el brazo.

—Estaba acostumbrada a compartir el cuarto de baño en casa, así que no fue para tanto. ¿A qué viene esa cara?

¿Cómo le explicas a alguien que te gustaría volver atrás en el tiempo para darle un apartamento decente, con cocina y un puñetero cuarto de baño, porque se merece eso y más?

—Hiciste lo que tocaba y te admiro por ello, pero creo que mereces mucho más que eso —digo, decidido a ser sincero—. Entiendo lo de no tener cocina, pero compartir el baño con unos desconocidos que dudo que fueran muy pulcros... No sé. Igual soy yo el maniático.

Ivy se humedece los labios, pensativa, y sigo el movimiento de su lengua con la mirada.

—No fue para tanto —responde en voz tan baja que no sé ni si ella misma se lo cree—. Mi propósito en la ciudad era trabajar hasta tener la cuenta de ahorros a reventar, y eso hice. El sacrificio valió la pena.

Tengo tantas ganas de abrazarla ahora mismo que me pongo a frotar los platos como un poseso.

—¿Ahorrabas para Joe?

—Sigo en ello. Para la escuela de pilotos, más que nada. ¿Sabes lo cara que es? Dudo de que pudiera pagar la matrícula vendiendo un riñón.

—Por el tráfico de órganos sí que no paso, Ivy.

Su risa calma algo dentro de mí.

—No estoy tan loca; te lo prometo.

Le lanzo una miradita de reojo y ella se ríe por lo bajo con un sonido tan encantador que parece increíble.

—Pienso tenerte vigilada a partir de ahora —digo medio en broma.

—Pues te vas a aburrir como una ostra, porque no hago más que trabajar y estar en casa repantingada en el sofá.

—Hablando de eso —dejo caer, locuaz como nunca. No sé qué tiene Ivy que no me callo ni debajo del agua—. No sabía que trabajabas para Nash. ¿Qué pasa con Fran?

Enjuaga el último plato.

—Ahí sigo. En Sunny Stitches trabajo cinco días a la semana a jornada completa y en el Harmony Grove, de ocho a doce de la noche seis días a la semana. Lo tengo bien montado.

Teniendo en cuenta que mis turnos suelen ser de cuarenta y ocho horas, no soy quién para hablar.

—No soy imparcial, pero Nash es un buen jefe. —Cierro el grifo y cojo dos paños de cocina para secarnos las manos—. Iba en serio cuando te ha dicho que hables con él si necesitas cualquier cosa.

—Lo sé. Parece que estáis muy unidos. ¿Tú eres el mayor? —pregunta, secándose las manos.

—El mayor es Rhys. Yo soy el mediano y Nash, el pequeño —le explico—. Y sí, estamos muy unidos. Todos tenemos nuestras cosas, pero siempre nos hemos llevado bien.

Ivy enarca una ceja con expresión divertida.

—Tengo curiosidad por saber qué cosas tienes tú.

—Que soy el más normal de los tres.

—No me digas —bromea, dejando el paño sobre la encimera.

—¿No me crees?

—No sé. Rhys me ha parecido bastante serio y Nash es...

—Un espíritu libre.

—Jovial.

—¿Así es como lo dice la juventud ahora?

Me da un empujoncito en el brazo que me eriza el vello.

—Ya sé qué cosas tienes tú.

—Sorpréndeme.

—Haces dibujos feos.

—¿Acabas de menospreciar mis dotes artísticas?

—Pero feos para bien.

Niego con la cabeza, encantado con sus pullitas.

—Haré ver que me lo creo.

—Mejor, porque es verdad —dice con una sonrisa desenfadada—. Debería ir tirando. Gracias por invitarnos a cenar. Me lo he pasado bien.

¿Por qué cojones me decepciona que quiera irse?

—Vale. —Me aclaro la garganta, confundido. No sé a qué viene esta reacción. Me gusta estar solo; no necesito estar rodeado de gente. Y, últimamente, mucho menos de mujeres—. Gracias por echarme un cable con los platos. Te acompaño a casa.

—No me perderé.

—¿Y?

Ivy suspira con fuerza, pero es evidente que no le molesta.

—Vale. Acompáñame los cincuenta pasos que hay de tu casa a la mía.

—Con mucho gusto.

Cuando vuelvo a casa, ahora vacía, el silencio se me hace insoportable por primera vez desde que me mudé.

12

Ivy



Dos días después, me estoy poniendo las zapatillas antes de irme a trabajar al Harmony Grove cuando suena el timbre seguido de tres fuertes golpes en la puerta.

—¿Quién es? —pregunta Joe, sobresaltado, saliendo de su habitación, donde estaba estudiando para el examen de geografía de mañana.

Termino de calzarme.

—Yo abro. Quédate ahí.

—Espera, que voy a por el bate de béisbol.

Sea quien sea la persona del otro lado de la puerta, vuelve a llamar en cuanto Joe sale de su cuarto, bate en mano. Ethan se lo dejó el verano pasado y aún no se lo ha devuelto. Aunque, ahora mismo, su memoria de pez nos viene de perlas.

Se me dispara el pulso con el siguiente golpe en la puerta. No he oído ningún coche acercarse, y Ford no llamaría así ni de coña, así que ¿quién...?

—Sé que estáis ahí dentro. ¡No tengo todo el día!

«Vaya putada».

Mi hermano y yo nos miramos con cara de susto, y sé que él también ha reconocido la dueña de esa voz.

La tía Sherry.

Es culpa mía. Entre un trabajo y otro, la constante preocupación por Joe y que he empezado a sentir cierto afecto por Ford, me había olvidado por completo del mismísimo demonio.

—Corre a ordenar tu cuarto si no lo has hecho ya —le mando a Joe en un susurro.

Él asiente escuetamente con la cabeza y vuelve a desaparecer en su habitación, dejándome a solas con ella.

«Allá vamos».

Justo al otro lado de la puerta está mi tormento particular, ni más ni menos que la mujer que trató de arrebatarme a Joe hace apenas unos meses.

—¿Por qué has tardado tanto? —La tía Sherry no se anda con rodeos, y, sin esperar a que la haga pasar, arrasa conmigo al meterse en casa. Olfatea el aire y su cara de asco habitual se deforma en una mueca—. ¿A qué huele? ¿No te enseñó tu madre que una mujer debe tener la casa siempre limpia para que no apeste a fritanga?

Estoy convencida de que tengo un tic en el ojo derecho.

—Yo también me alegro de verte, tía Sherry.

Me da tal repaso de arriba abajo que, por unos segundos, me deja la autoestima por los suelos.

—Te dije hace años que te vistieras como Dios manda, no con esos *leggings* o como se llamen. Al menos has adelgazado un poco desde la última vez que nos vimos. Ya era hora.

Ni me molesto en responder. A palabras necias, oídos sordos.

La observo mientras, con cara de desaprobación, examina la casa. Ronda los sesenta y cinco años, pero aparenta diez menos como poco (tal vez sea cuestión de genética, pero sobre todo de los carísimos tratamientos estéticos que se hace). Sin embargo, aunque viste bien, la ropa la hace parecer mayor: lleva taconcitos bajos y una falda de lana por debajo de las rodillas con una americana a juego. Por su aspecto, estoy convencida de que el conjunto vale más que mi coche.

Creo que nunca la he visto sin su impecable media melena, alisada hasta la saciedad. Ni un huracán la despeinaría, lo cual es admirable.

—¿Y tu hermano? —pregunta. Tiene una postura rara, con las manos a la altura del pecho como si no quisiera tocar el aire de la casa.

En ese momento, Joe sale de su habitación con una sonrisa tan falsa en la cara que tengo que aguantarme la risa. Algo nada fácil cuando veo que se ha cambiado el chándal y la vieja camiseta que

llevaba por una limpia de color blanco y unos tejanos que yo ni recordaba que tuviera.

—Hola, tía Sherry.

Como si se extinguiera de pronto la maldad en su corazón, se le ilumina la cara con la sonrisa más sincera que le he visto en mucho tiempo.

—Oh, Joseph, mírate. —Se pone de puntillas y le estruja la cara. Cruzamos una mirada: yo burlona y Joe de fastidio. No soporta que le toquen la cara y mucho menos que lo llamen por su nombre completo—. Estás hecho todo un hombretón. Me recuerdas tantísimo a John.

Joe se estremece casi imperceptiblemente cuando menciona a nuestro padre.

—Gracias, tía Sherry —balbucea, con la boca apretujada entre sus manos.

Me cruzo de brazos para protegerme de la conversación que se avecina.

—Bueno, ¿qué te trae por aquí?

La tía Sherry deja estar a Joe y se vuelve hacia mí, con la misma cara de perro que pone cada vez que me habla. Ya no me lo tomo como algo personal. Cuanta más tirria me tenga, mejor para mí; así me dejará en paz.

—He venido a visitar a mi prima, que vive en Stowe, y se me ha ocurrido aprovechar para acercarme a veros. No me quedaré mucho.

¿Es alivio lo que siento?

—Pero quería cenar con vosotros. Los tres juntos. Tengo al chófer esperando fuera, así que vamos.

Mi hermano me lanza una mirada de pánico.

—Tía Sherry —digo con calma, a sabiendas de que se pone rabiosa cuando no se sale con la suya—, nosotros hemos cenado hace un rato. Yo entro a trabajar en menos de una hora y Joe tiene que estudiar para un examen superimportante, así que no podremos salir a cenar. Lo siento.

No lo siento, pero me da que ya se lo huele.

Por su cara de indignada, cualquiera diría que acabo de burlarme del horrendo bolso de piel de cocodrilo que lleva colgado del brazo.

—¿Qué clase de mujer entra a trabajar a las ocho de la noche?

Me preparo para la pulla que sé que soltará en cuanto responda.

—Limpio el spa de un resort que hay en el pueblo.

Hace unos aspavientos con las manos, como si no le interesara el tema lo más mínimo. Ni yo tampoco.

—¿Ves? Eso es lo que pasa cuando te digo que estudies Derecho y no me haces caso —me repite por enésima vez—. Pues nada, tú sigue limpiando spas si eso es lo que te motiva en la vida.

Después de haberme visto obligada a visitar a la tía Sherry de vez en cuando a lo largo de los años, sus palabras me entran por un oído y me salen por el otro.

Cada una es como es. Yo soy una adicta al trabajo de veintiséis años que sobrevive al día a día a base de sarcasmo, y ella es una mojigata que se casó con un millonario y ahora es una viuda rica. Tiene una manera anticuada de ver las cosas y no se lo reprocho. Qué más da lo que opine alguien que no forma parte de nuestra vida.

Aun así, sus palabras logran desgarrar la frágil convicción que mantiene mis inseguridades a raya y me ayuda a salir adelante.

Me gusta trabajar en Sunny Stitches y en el Harmony Grove. Puede que no sean los trabajos de mis sueños, pero lo que me encantaría hacer... Eso es literalmente inalcanzable para mí; llevo meses sin dibujar nada de nada. Y, además, no da para pagar las facturas. La vida de una artista bohemia no es algo que pueda permitirme, ni ahora ni nunca. Joe depende de mí.

—Ivy se desloma en los trabajos y se le dan de maravilla —me defiende Joe, tan ofendido que siento ganas de llorar.

Nuestra tía se vuelve hacia él. No le veo la cara, pero se le suaviza muchísimo la voz.

—¿A qué te refieres, Joseph? ¿Es que tiene más de uno?

—Tengo dos empleos —respondo por él, con la cabeza bien alta. No pienso dejar que nadie me ningunee por cómo he decidido vivir, y mucho menos una mujer que nunca nos ha querido como debería hacerlo alguien de la familia—. Trabajo en un taller de costura local, además de en el resort. De hecho, tengo que prepararme para mi turno y Joe tiene que estudiar, así que si no te importa...

—Pues hablaremos aquí —me interrumpe, dirigiéndose a la cocina —. ¿Hay café, al menos, en esta casa?

—No tomamos café. —Se me está acabando la paciencia con cada minuto que pasa—. Tía Sherry...

—Con agua bastará, pues. Iré al grano. Tengo cosas que hacer.

Joe y yo intercambiamos una mirada, esta vez de exasperación.

—Marchando un vaso de agua. Joe, ¿agua?

—No, gracias.

Se sienta junto a ella mientras le sirvo un vaso de agua a nuestra encantadora invitada y luego tomo asiento entre los dos. Me sorprende que beba un sorbo sin poner cara de asco.

—He hablado con vuestro padre por teléfono hace poco —dice, dejando el vaso de agua en la mesa, que sin duda está demasiado vieja y desgastada para su gusto. Por suerte, no hace ningún comentario al respecto—. También he hablado con su abogado y hemos decidido que tanto sus multas como el resto de los gastos legales corran de mi cuenta. No hace falta que me deis las gracias.

Tampoco íbamos a hacerlo. Nuestro padre está donde está por culpa de su mala cabeza, y no va a perjudicarnos más de lo que ya lo ha hecho.

—Supongo que ya sabéis que lo han condenado a cinco años de prisión —continúa, decepcionada. Algo me dice que no es solo por la sentencia en sí, sino porque tampoco aprueba las decisiones que lo llevaron a la cárcel. Debe de ser lo único en lo que coincidimos—. ¿Os lo ha dicho?

Asiento. Se lo conté a Joe, pero no soltó prenda entonces ni su expresión deja entrever nada hoy. «Y el premio a la mejor cara de póquer es para...».

La tía Sherry entrelaza sus impolutas manos sobre la mesa y se dirige a Joe:

—Me ha contado que quieres ser piloto, Joseph. ¿Es eso cierto?

Me da un vuelco el estómago. ¿A qué viene esa pregunta?

Joe asiente y ella sonríe.

—Eso sí que es un trabajo como Dios manda. Los pilotos cobran un buen sueldo, como bien sabrás.

—El sueldo está bien, pero yo lo que quiero es estudiar aviación y cómo funcionan los aviones. También me gusta viajar —rechista Joe, lo que me llena de orgullo.

No ha salido jamás de Nueva Inglaterra. Si alguien merece recorrer el mundo, ese es él. Ya lo creo.

—Sí, sí, eso es muy inspirador, pero el dinero es lo que mueve el mundo. A tu edad ya deberías saberlo —replica la tía Sherry, descubriendo su verdadero yo delante de Joe—. Y precisamente de dinero quería hablar con vosotros. Joseph, imagino que estarás al tanto de cuánto cuesta la escuela de pilotos. Desde luego, demasiado para que la pague tu hermana.

—Lo tenemos todo pensado —se me adelanta Joe.

—¿En qué habéis pensado?

—Hay una escuela de aviación en Vermont que hace un curso para pilotos comerciales. Empezaré por ahí cuando termine el instituto. Ya estoy estudiando para sacarme la licencia. También hemos estado mirando becas.

—Y nos hemos planteado pedir un préstamo —añado.

Lo último que quiero es meterme en préstamos, pero es mejor eso que nada. Durante los tres años que pasé en Nueva York, conseguí ahorrar lo bastante para la licencia de piloto privado, pero no me llega para pagar todo lo que cuesta la escuela de pilotos.

—Eso no será necesario —dice la tía Sherry como si nada.

Joe frunce el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy dispuesta a correr con todos los gastos de la escuela de pilotos y cualquier cosa que necesites para tus estudios.

Ahora sí que tengo un mal presentimiento, y se me hiela la sangre.

Joe, a mi lado, se ha quedado inmóvil. Parece que haya dejado hasta de respirar.

—¿Harías eso? —pregunta con una voz que es apenas un susurro.

—Pues claro que sí. Tu educación es una cuestión importantísima para mí y la aviación es una carrera respetable. —Me lanza una miradita antes de apartarla de nuevo y me preparo para el golpe—.

Ya que tu hermana ha demostrado ser insolvente, por mucho que trabaje, estaré encantada de correr con los gastos.

Su puñalada no es nada comparada con el dolor que me provoca ver la cara de ilusión de Joe.

—Con una sola condición —continúa ella—. Que te vengas a vivir conmigo a Boston.

—¿Qué? —suelto sin pensar.

«Quiere quitarme a Joe».

—Pero si aún no he terminado el instituto —apunta él, paseando la mirada nervioso entre la tía Sherry y yo.

—Te cambiaríamos a un instituto privado, por supuesto —explica —. La Academia Winthrop es la mejor del Estado. La carrera de aviación requiere mucho esfuerzo y tienes que estar preparado. No creerás que puedes recibir una educación de calidad en un pueblucho de Vermont, ¿no? ¿Qué mejor que estudiar en el instituto más prestigioso de Boston? También eso correría de mi cuenta.

Yo la mato.

Y la remato, por si acaso.

Con un gesto de lo más condescendiente, la tía Sherry le da una palmadita en la mano a Joe.

—Piénsatelo, Joseph. No tienes por qué responder ahora mismo, pero mi oferta seguirá en pie hasta Navidad. Cuanto antes te decidas, antes podrás ponerte al día con el resto de tus compañeros de la Academia Winthrop. Soy muy amiga de la mujer del director y me ha dicho que tienes una plaza asegurada, siempre y cuando tomes la decisión correcta respecto a tu futuro.

Con cada palabra, la desesperación amenaza con asfixiarme. Pero es mucho más duro ver que Joe lo está considerando.

—Piénsatelo. —Se levanta de la silla ante nuestra mirada de incredulidad—. Ya tienes mi número. Llámame cuando hayas tomado una decisión.

—No tengo tu número —dice Joe en voz queda.

Como esperaba, la tía Sherry me fulmina con la mirada.

—Tu hermana sí. Si no sé nada de ti en Navidad, vendré a conocer tu respuesta en persona. Y ahora, si me disculpáis, el chófer me espera.

Coge su bolso (ni me había fijado en que lo había colgado del respaldo de la silla) y me da dos besos al aire sin mirarme siquiera. Tras estrujarle las mejillas a Joe una vez más, dice:

—Ya hablaremos.

Y, tal como ha llegado, se larga.

La casa queda sumida en un silencio más bien incómodo. No nos movemos de la mesa, anonadados por lo que acaba de pasar.

Yo soy la primera en hablar.

—Si quieres mudarte con ella...

—No quiero ir con ella a ningún sitio —me interrumpe Joe.

—Podemos discutirlo —insisto—. Te prometo que no me enfadaré si quieres irte a Boston. Sé lo mucho que significa para ti la escuela de pilotos. Y tú eres lo más importante para mí, ya lo sabes, así que si lo mejor es que...

—¿Y tú crees que lo mejor para mí es irme a vivir con la tía Sherry y que me meta en un instituto para niños pijos?

—Joe...

Arrastra la silla al ponerse en pie.

—Voy a que me dé el aire.

Yo también me levanto.

—Entiendo que estés disgustado, pero no puedes largarte así como así. Las cosas no funcionan de esa manera.

—No sé cómo funciona nada —me suelta, con el ceño fruncido.

Respiro hondo por la nariz, cabreada con la tía Sherry por meterse en casa y estropearnos la noche con diez minutos de conversación.

—¿A qué viene tanta prisa de repente? —le pregunto con calma.

Joe se pasa una mano por el pelo, tan oscuro como el mío.

—Me apetece estar solo.

—En nada me iré a trabajar y podrás estar solo.

—Necesito que me dé el aire. Solamente voy a por la bici.

—Tienes que estudiar para mañana —le recuerdo.

—Ya lo he hecho. Estaba repasando cuando ha llegado la tía Sherry.

—Vale —me doy por vencida, para no agobiarlo—. Pero no salgas del pueblo y envíame un mensaje cuando estés en casa. No te pases de las nueve, ¿vale? Mañana tienes examen.

—Lo sé —refunfuña antes de dirigirse a la puerta.

—¡Te quiero! —le digo a voces.

—Yo también te quiero.

Cuando sale de casa, vuelvo a respirar hondo y me recuerdo a mí misma que no tengo tiempo para llorar: me toca trabajar y, como no me espabile, llegaré tarde.

¿Y qué si la tía Sherry quiere quitarme a Joe? ¿Y qué si en un momento me ha hecho sentir la tutora más inepta que mi hermano podría tener?

Haré lo que sea mejor para Joe. Como siempre. Poco puedo decir si quiere irse a Boston y que la tía Sherry le pague la escuela. Por más que me destroce el corazón, respetaré lo que decida.

13

Ford



El agua caliente de la ducha se lleva el sudor de mi cuerpo y la tensión de mis hombros.

Hoy he tenido un día de mierda. Ha empezado bastante insulso, con el aviso de que había un árbol caído en medio de una carretera a las afueras de Harmony Hills. No ha habido heridos ni daños materiales.

A la hora de la comida, nos han vuelto a llamar. Esta vez por un accidente de coche. El conductor había chocado contra el quitamiedos tras esquivar a un mapache.

Su mujer, embarazada, iba en el asiento del acompañante.

Ninguno ha resultado herido de gravedad, y después he llamado al hospital para asegurarme de que tanto ella como el bebé estaban bien, pero sigo con mal cuerpo a pesar de que han pasado horas.

Desde luego, lo peor de ser bombero son las emergencias donde hay niños implicados. Mis ganas de ayudar se multiplican, pero también el riesgo. Por más que nos hayamos preparado para este tipo de situaciones, no son del gusto de ninguno de nosotros.

No puedo evitar pensar en Lexi. Si algo le pasara... No quiero ni imaginármelo. No tendría problemas en cargarme a cualquier desgraciado con tal de mantener a mi sobrina sana y salva.

«Y, aun así, no quieres tener hijos conmigo. Te lo repito, Ford, algún día te arrepentirás. Ya lo verás».

Las palabras de mi ex asoman a mis pensamientos mientras el agua me corre por la piel. Siguen escociendo, aunque no tanto como antes. Y no es por ella; lo que me jode es haber estado tan ciego para no ver las señales que tenía delante de mis narices.

Cuando empezamos a salir, le dejé muy claro lo que buscaba en una relación. Quería casarme, pero no tener hijos.

No soy de esos que no soportan a los niños (los críos son la leche; no hay más que ver a Lexi), pero nunca he querido ser padre. Ni sé cómo explicarlo ni viene al caso; no querer tener hijos es motivo suficiente para no tenerlos.

Personalmente, considero injusto traer una criatura al mundo si ambas partes no están seguras al cien por cien, así que fue un alivio saber que Jocelyn pensaba igual. Que no se veía embarazada, ni como madre en general, y que se alegraba de haber encontrado a un hombre con su mismo parecer. Y la cosa quedó ahí.

Tras un mes de casados, sin embargo, volvió a sacar el tema.

—¿No te gustaría tener un pequeño Ford? —preguntó, con una ilusión que me destrozó.

—Ya hemos hablado de eso. Quedamos en que nada de hijos. ¿Has cambiado de opinión? Porque yo no, así que si eso es lo que quieres...

—No voy a divorciarme, Ford. Acabamos de casarnos. ¿Qué dirían mis padres?

—Qué más da lo que diga nadie —repliqué—. No quiero tener hijos, no quiero ser padre. Si tú quieres ser madre, no soy quién para quitarte la ilusión. Tampoco quiero divorciarme, pero si tanto te importa...

—No seas tonto. Claro que no. Lo que pasa es que me va a venir la regla y estoy hasta arriba de hormonas. En realidad no quiero ser madre.

Cada dos por tres volvíamos a tener discusiones similares, en las que Jocelyn salía con el mismo cuento: que lo decía porque una de sus amigas se había quedado embarazada o porque había visto un bebé monísimo en alguna tienda, o porque las hormonas habían vuelto a la carga..., pero que no quería ser madre. Qué va.

El problema de creerte las promesas de los demás es que no son más que eso: palabras vacías que no siempre se cumplen.

Y unos meses más tarde, cuando la pillé en la cama con su ex, me lo echó en cara.

—¡Esto no habría pasado si te hubieras comportado como un auténtico marido! —me gritó cuando le entregué los papeles del divorcio—. No quisiste darme hijos. Hay que ser desalmado para hacerle eso a tu familia. ¿Qué esperabas? ¿Que hiciera lo que tú querías?

No me molesté en responder y tampoco tengo intención de perder el tiempo dándole más vueltas.

Como siempre, dejo la ropa interior, la camiseta y los pantalones del uniforme preparados junto a la ducha por si acaso surgiera una emergencia mientras tanto, me visto y salgo del cuarto de baño en un segundo.

Nash siempre dice que el trabajo de bombero sería un sinvivir para él, que no podría ir ni al baño, sabiendo que en cualquier momento puede haber una emergencia. Y yo siempre le respondo lo mismo: que, al final, te acabas acostumbrando a vivir en tensión. Eso me pasa a mí.

Veo a Ian y a otros dos compañeros en el gimnasio cuando voy a comprobar que los camiones están a punto. No es que desconfíe de mi equipo, pero mi padre me contó que nunca lo había pasado tan mal en el trabajo como aquel día en que se averió el camión en plena emergencia. Aquello se me quedó grabado y ahora me obsesiona que nos pase a nosotros.

Las puertas del garaje están cerradas, pero veo el exterior a través de las ventanas. La estación de bomberos se encuentra en las afueras de Harmony Hills, una zona más bien poco concurrida. A un lado, hay una tienda de bricolaje y, enfrente, nada. Si a eso le sumamos que está anocheciendo, me sorprende ver una figura solitaria allí fuera.

Es un chaval en bicicleta. No va montado en ella, sino que la lleva sujeta por el manillar. A pesar de la oscuridad, las luces de la estación me dan una visión clara de quién se trata.

—¡Joe! —lo llamo, tras abrir las puertas del garaje. Él se vuelve hacia mí, sorprendido—. ¿Todo bien, colega?

Es un día entre semana. ¿Por qué no está en casa? ¿Qué hace con la bicicleta a estas horas?

En vez de responderme o hacerme un gesto con los pulgares, se acerca.

—¿Todo bien? —repito cuando llega a mi altura.

—Sí, todo bien —responde cabizbajo, sin su habitual alegría.

Como Ivy, es incapaz de disimular el desánimo, así que insisto.

—¿Le ha pasado algo a la bicicleta?

—Qué va. Ya no me apetecía ir montado en ella.

Se hace el silencio, pero no es incómodo. Mi experiencia con adolescentes es casi nula, pero si algo he aprendido con los simulacros de incendios que solemos hacer en institutos, es que son testarudos. Ya podemos insistir, que no soltarán prenda si no quieren. Por eso decido no presionarlo.

Y funciona.

—Estaba cabreado y necesitaba calmarme —dice al cabo.

—¿Quieres hablar de ello?

Se encoge de hombros.

—No sé.

—¿Te ha pasado algo en clase?

—No, pero tiene algo que ver con eso. Más o menos.

—¿Es por las notas?

Sé que tanto él como Ivy se las toman muy en serio. Pero Joe niega con la cabeza.

—No es eso.

—Vale.

Sé que le cuesta expresarse. No solo conmigo, sino con todos, porque él es así. A veces me recuerda a Rhys.

—Nuestra tía ha estado de visita —logra decir, sin despegar la vista del suelo mientras patea uno de los pedales—. Pero no la tragamos. No hace más que criticarnos y se cree mejor que nosotros porque tiene dinero.

Se me ponen los pelos de punta.

—¿Se ha pasado con tu hermana?

Cuando levanta la vista hacia mí, hay algo en su mirada que no logro identificar.

—Sí, pero no es eso. O sea, sí, se ha metido con ella, pero no me he cabreado por eso. Ivy pasa de su cara. El problema es... Nuestra

tía se ha ofrecido a pagarme la escuela de pilotos. Todo. Pero, como parte del trato, tendría que mudarme a Boston e ir a un instituto privado.

Se activa en mí el instinto protector. Teniendo en cuenta lo unidos que están y que Ivy se está matando a trabajar para pagarle los estudios a Joe, el ofrecimiento de la tía debe de haberles sentado como una patada en el estómago.

—¿Ivy te ha pedido que te vayas con tu tía? —pregunto, tratando de centrarme en la conversación por Joe, porque me cae bien y quiero ayudarlo, en vez de pensar en las ganas que tengo de saber si Ivy está bien.

—Me ha dicho que no pasaba nada si quiero irme.

—Y eso te ha molestado —digo en voz alta en cuanto lo comprendo.

—No me he cabreado con ella, pero... —Respira hondo y, por un instante, parece mayor de dieciséis años. Como si cargara con el peso del mundo entero—. Pero quizá quiere que me vaya con la tía Sherry para poder, ya sabes, vivir tranquila. La escuela de pilotos cuesta una pasta.

—Dudo mucho que Ivy piense así —le digo de corazón—. Además, no tendría mucho sentido que quisiera que te fueras a vivir con un familiar al que no aguantáis ninguno de los dos, ¿no crees?

—Es que no sé qué hacer.

—¿Tú quieres irte a Boston?

Joe se lo piensa, pero al final niega con la cabeza.

—No, pero mi tía tiene razón: Ivy no podría pagarme la carrera ni aunque se buscara otro trabajo más. Es demasiado cara. Por aquí no pagan mucho. ¿Sabías que la escuela cuesta como cien mil dólares?

«Hostia puta».

—Tu hermana está ahorrando —le recuerdo, aunque seguro que ya está al tanto—. ¿No puedes pedir alguna beca?

Joe ignora mi pregunta.

—¿Tú qué harías en mi lugar? Dime la verdad.

—No lo sé, colega. Mis padres me pagaron la escuela de bomberos, pero no era ni la mitad de cara que la de pilotos. Supongo que me buscaría algún trabajo e intentaría ahorrar; algo

así. Aunque tu hermana quiere que te centres en tus estudios y eso es genial.

Suspira.

—Ya lo sé.

Le doy un apretón en el hombro con una mano. Yo mido un metro noventa y juraría que Joe está más alto desde que terminó el verano. Debe de medir casi metro ochenta.

—Si necesitas hablar, aquí me tienes, ¿vale? No molestas —le aseguro—. Date un tiempo para pensártelo. No pasa nada por estar cabreado o hecho un lío, pero no hay que dejarse llevar por emociones pasajeras a la hora de tomar decisiones importantes.

Asiente con la cabeza escuetamente, pero convencido.

—Tiene sentido. Gracias.

—De nada, colega. ¿Estás mejor?

—Sí.

—Vale. Ten cuidado al volver a casa, ¿me oyes? No vayas por la carretera. Mejor avísame cuando llegues. Déjame tu móvil, que te apunto mi número.

Harmony Hills es un lugar seguro, pero a veces hay accidentes. Lo sé bien.

Cuando Joe se marcha, me quedo unos minutos mirando el móvil y no me tranquilizo hasta que me avisa de que ha llegado a casa sano y salvo.

Después escribo a Nash para pedirle que se lo diga a Ivy.

Apenas hace unos días que no la veo, pero se me han hecho eternos. Será mejor no darle demasiadas vueltas al asunto.

14

Ivy



A nuestra familia nunca le ha sobrado el dinero. Aparte de la tía Sherry, que rondaba la veintena cuando se casó con el heredero de una lucrativa destilería de whisky, el resto no hemos conocido el lujo.

De pequeña, me entregaba por completo cuando jugaba en la calle, por lo que no era raro verme con la ropa desgarrada. En vez de comprarme unos pantalones nuevos que volvería a romper a los dos días, mi madre se pasaba por Sunny Stitches a por algún parche con forma de flor, dinosaurio o corazón con el que arreglarme la ropa. Sé que lo hacía para ahorrar, pero, por entonces, a mí esos parches me parecían lo más.

Siento que cierro una etapa mientras coso de buena mañana un parche en forma de gato en unos tejanos infantiles, y en Sunny Stitches nada menos.

Al preparar la máquina de coser, se me forma un nudo en la garganta. Después de diez años, he aprendido a vivir sin mi madre. El dolor de su muerte sigue presente, y mucho, pero ella querría que Joe y yo fuéramos felices, aunque no esté aquí para verlo.

Me escuecen los ojos. La echo de menos a diario y, aun así, no recuerdo la última vez que lloré, ni por ella ni por nada, así que tomo una bocanada de aire y me trago las lágrimas. La regla debe de estar al caer.

Coser el roto de los tejanos sin llorar me hace sentir como una campeona, pero entonces Fran entra de golpe en la trastienda y doy un bote en la silla.

—Ostras, Fran. Casi me da un infarto —jadeo, quitándome los auriculares.

—Perdona, cielo. Ford pregunta por ti.

Parpadeo.

—¿Ford? ¿Mi vecino?

—¿Ese bombero tan guapetón? No sé si es tu vecino.

—Fran —le advierto—. No digas esas cosas, que te va a oír.

—¿Que no diga qué? ¿Guapetón? Mira qué colorada te has puesto.

—No es verdad —replico, notando cómo me arden las puñeteras mejillas.

—Si yo tuviera tu edad, no me lo pensaba dos veces. Échale un buen polvo, tú que puedes —me suelta la muy bruta de mi jefa y mejor amiga de mi abuela.

—Esta conversación se acabó —zanjo al pasar, rezando para que Ford no haya oído una sola palabra.

«Échale un buen polvo». Claro. Mejor dos.

Aunque Ford me hubiera dado la más mínima señal de estar buscando pareja, dudo mucho que quisiera montárselo precisamente conmigo. Pasó por completo de mi cara cuando pensó que le estaba tirando los tejos; si eso no significa que no le intereso, que me lo expliquen.

Además, ¿qué hago pensando en eso? Ford es atractivo; alto, musculoso, de rasgos toscos pero guapo, con manos fuertes... Eso no hay quien lo niegue. Pero no estoy pillada por él, como sugirió mi propio hermano. Ni que fuera un delito pensar que está bueno.

Dejo a un lado las palabras de Fran mientras salgo de la trastienda. Y, como suponía, veo a Ford al otro lado del mostrador.

—¿Qué hay, vecino?

Siento vergüenza ajena en cuanto las palabras salen de mi boca. Puede que haya sido mala idea fingir desparpajo cuando me arde la cara como las llamas a las que él se enfrenta, pero ¿qué iba a hacer? ¿Ponerme a tartamudear como una desesperada solo porque Fran ha soltado un disparate?

Por su sonrisa, no parece que haya escuchado nuestra conversación. O eso o no le ha molestado.

—No mucho. He venido a preguntarte si quieres que comamos juntos.

¿Por qué narices se me ha puesto el corazón a mil por hora como si fuera una adolescente revolucionada?

—Me gustaría hablar de negocios, si te va bien. Yo invito —aclara.

Pues claro que quería hablar de algo así. ¿Qué esperaba?

—Vaya, ahora me pica la curiosidad. Salgo en una hora y media. Podemos...

—Anda, mujer. Vete ya —me interrumpe Fran, que acaba de aparecer detrás de mí. Nos lanza unas miraditas a Ford y a mí que no sé cómo tomarme—. No hay mucha faena, de todos modos. Ve con tu cita a comer.

Pongo cara de póquer como si me fuera la vida en ello, tratando de no reaccionar ante la palabra «cita». Lo último que quiero es que Ford vuelva a cerrarse en banda.

Pero parece la mar de tranquilo cuando me pregunta:

—¿Te gusta la cafetería Jill's? Mi hermano y sus colegas de la oficina del sheriff son adictos al burrito con ensalada César que preparan.

¿Quiero ir a comer con Ford? Pues claro.

¿Estoy segura de que no quedaré en ridículo durante la comida, teniendo en cuenta que aún debo de seguir como un tomate por culpa de Fran y que no tengo ni idea de qué querrá hablar? Pues...

—Si estás ocupada o no te apetece, puedes decírmelo —se apresura a añadir, supongo que al ver que tardo tanto en responder —. Sin compromiso.

—Sí que me apetece. Perdona, hoy estoy un poco distraída —le aseguro—. Si a Fran le parece bien, podemos irnos.

—Sí, sí. Me parece fantástico. Pasadlo bien —dice ella, haciendo aspavientos para que me vaya.

Apenas nos lleva unos minutos cruzar la calle hasta Jill's y sentarnos a una mesa junto a las ventanas. Mientras pedimos, intento no darle mayor importancia al roce de nuestras rodillas bajo la minúscula mesa o a lo que pensará la gente al vernos juntos.

—Bueno... —empiezo a decir, tratando de mantener la compostura. No hay razón para volverse loca—. Así que de negocios, ¿eh? Supongo que no esperarás que me ponga un uniforme y me meta en un edificio en llamas.

—Si lo que quieres es que me dé un infarto, entonces adelante.

«Solo lo ha dicho para quedar bien».

—Pero no, no me refería a ese tipo de negocios. Gracias —le dice a la camarera cuando nos deja una jarra de agua con dos vasos. Ford me sirve a mí primero.

—Gracias. —No soporto parecer tan cohibida y me aclaro la garganta—. Tengo curiosidad.

Él esboza una sonrisa incómoda que me pilla desprevenida.

—No sé si querrás hacerlo.

—Tú dirás.

Planta las dos manos sobre la mesa y tengo que esforzarme para no pensar en lo grandes que son, ásperas a causa de un oficio tan sacrificado, tan fuertes que podría levantarme del suelo casi sin inmutarse.

Fracaso estrepitosamente.

—¿Te acuerdas de los calendarios de bomberos? —pregunta.

—Cómo olvidarlos.

—Ja. —Se recuesta en el asiento con aire desenfadado, con una mano sobre la mesa y la otra en el regazo—. Pues acabamos de recibir el informe de ventas y las cosas no iban tan mal desde hacía mucho tiempo. Me temo que con las camisetas y las sudaderas no salen los números. Quieren que volvamos a los calendarios sugerentes. Deja de reírte.

—No me estoy riendo —miento, con una sonrisa que no me cabe en la cara.

Ford me apunta con un dedo con gesto amenazante y casi no puedo aguantarme la risa.

—Tengo una propuesta que hacerte.

Su tono de voz es tan serio que me quita la sonrisa de la cara.

La camarera nos trae los burritos con ensalada César, pero ninguno de los dos toca el suyo. Ford me mira con tal intensidad que no sé dónde meterme.

—He hablado con mis compañeros y el equipo de ventas y les he propuesto una alternativa a los calendarios: bomberos sexis, pero ilustrados.

Oh.

¡Oh!

Tengo la garganta como el papel de lija.

—Ford...

—Y se me ocurrió que tú podrías encargarte de hacer las doce ilustraciones —termina de decir, justo como suponía.

He debido de quedarme más seria que un muerto, porque me da un golpecito con la rodilla por debajo de la mesa.

—¿Qué me dices?

—¿Quieres que retrate a bomberos medio desnudos para un calendario?

—Visto así, suena un poco raro, pero sí.

—No sé, Ford.

Se inclina sobre la mesa.

—Ivy, he visto tus dibujos y son impresionantes. Sería un honor para nosotros que ilustraras el calendario, y no lo digo solo porque no quiera volver a posar desnudo delante de una cámara. Tienes un talento fuera de serie.

¿Nos estamos quedando sin oxígeno por aquí o es cosa mía?

—Cobrarías por tu trabajo, claro está. No es ningún voluntariado; mereces una remuneración —añade.

Me sudan las manos, que retuerzo en el regazo nerviosa.

—¿Cuál es el problema? —pregunta con dulzura.

—Hace meses que no consigo dibujar nada y vas tú y me pides que os haga todo un calendario. Es que... No sé. Me agobio solo de pensar que debería tenerlo listo pronto para que podáis venderlo en diciembre.

—Lo entiendo. Tienes razón. Ha sido muy precipitado y te pido perdón. No nos habíamos decidido hasta ahora —apunta—. Puedes negarte. No quiero incomodarte ni que te sientas presionada. Pensé en ti porque eres una artista de la hostia y sabía que harías un trabajo fenomenal. Bueno, y porque no quiero tener que posar, tampoco voy a mentirte, pero lo haré si no me queda otra.

Lo único que no me creo es la parte de que soy una artista «de la hostia», porque no es verdad; solo soy del montón. Por suerte o por desgracia, los elogios de la gente no me suben el ánimo. Tengo que

estar convencida de lo que hago o nada me hará cambiar de opinión.

—¿Para cuándo necesitaríais las ilustraciones? —pregunto, en lugar de dejarme llevar por el miedo y, como mi mente suplica, darle las gracias por pensar en mí pero rechazar su oferta.

—La primera semana de diciembre, como muy tarde.

Estamos a finales de octubre, así que es viable. Antes era capaz de rematar un retrato en unas pocas horas. No creo que ahora llegue a ese nivel, pero...

—Necesitaríamos el retrato de doce bomberos distintos. Ya sabes, medio desnudos. A color, con poses diferentes y tal —dice—. Sé que, entre un trabajo y otro, vas hasta arriba, así que no tienes por qué aceptar; en serio.

¿De verdad me lo estoy planteando? No podré echarme atrás si al final me arrepiento.

Contemplo mi burrito como si tuviera las respuestas a todas mis preguntas.

Pongamos que acepto y me contratan para el calendario. ¿Y si no les gusta como queda? ¿Y si no consigo superar ese miedo que me impide coger un lápiz?

—No tienes por qué responder ahora mismo —dice Ford, con más empatía de la que merezco. ¿Por qué no puedo tomar decisiones como una persona adulta?—. Venga, vamos a hincarle el diente a esto. No sé tú, pero yo me muero de hambre.

—Vale. Lo haré.

Ford se queda petrificado, sosteniendo el burrito en el aire. Y no lo culpo: yo tampoco doy crédito a lo que acabo de decir.

Despacio, deja el burrito en el plato.

—¿Estás segura?

Asiento, levemente pero asiento.

—No puedo prometeros que salga bien.

—Todos fliparán.

—Ya veremos.

Vuelve a darme con la rodilla por debajo de la mesa.

—Yo confío en ti.

Sigo dando vueltas a esas cuatro palabras después de la comida, de mis respectivos turnos en Sunny Stitches y en el Harmony Grove, y a medianoche, cuando llego a casa.

«Yo confío en ti».

¿Qué necesitaré yo para confiar en mí misma?

15

Ivy



Un milagro. A estas alturas, eso es lo que haría falta para recuperar la confianza en mí misma.

Ha pasado casi una semana desde que acepté ilustrar el calendario del cuerpo de bomberos de Harmony Hills y todavía no he hecho nada. Cero patatero. Si antes me sentía como una fracasada, lo de ahora no tiene nombre.

Por si verle las orejas al lobo no fuera suficiente, he oído a la gente del pueblo (los clientes de Sunny Stitches, mis compañeros del Harmony Grove e incluso en el supermercado) cuchicheando sobre el nuevo calendario, y todo el mundo parece opinar que no hay nada como unos buenos abdominales de carne y hueso, así que no sé por qué me molesto.

Cómo voy a ponerle ganas si todavía no lo he empezado y ya lo están criticando.

El silencio en casa me abruma más que de costumbre mientras, cruzada de piernas en el sofá, golpeteo con el lápiz digital sobre mi tableta, la misma que no encendía desde que me mudé de Nueva York. Haga lo que haga, sin embargo, en la pantalla no aparece ningún bombero macizorro por arte de magia. Vaya.

Joe se ha ido a pasar la noche a casa de Ethan, a jugar a videojuegos y a atiborrarse de pizza casera, así que no puedo utilizarlo para procrastinar. De verdad, es como si el universo me la tuviera jurada.

Respiro hondo por la nariz. Inhalo y exhalo. Y otra vez.

—Vamos allá. Músculos y abdominales. No es tan difícil —musito para mí, ojeando el correo electrónico de Ford por enésima vez.

Me envió las fotos de los expedientes de todos para que pudiera hacer una caricatura fiel de cada uno. La idea es que sean reconocibles sin que les toque posar medio en pelotas.

Aparte de a Ford, conozco a Ian (el ligón) y a otro hombre cuyo hijo estoy segura de que va al mismo instituto que Joe. A nadie más. Aunque no tengo por qué conocerlos para dibujarlos y sé que solamente estoy dando largas al asunto al tratar de recordar si los he visto por el pueblo.

Según el móvil, he perdido casi una hora entera comiéndome el coco en vez de ponerme manos a la obra.

Mordisqueo el lápiz. Ya no puedo echarme atrás. Y no solo porque me hayan pagado por adelantado, sino también porque me niego a tirar la toalla.

En un arrebato fruto de la desesperación, cojo la tableta y el móvil por si Joe me llamara y salgo de casa. Poco después, llamo al timbre de la casa de Ford.

—Ivy, hola. ¿Todo bien? —pregunta perplejo tras abrir la puerta.

—Esto es culpa tuya —le suelto, claramente perturbada.

Que conste que lleva puesto el chándal gris otra vez.

Su perplejidad da paso a la diversión.

—Ah, ¿sí?

Abre la puerta un poco más, invitándome a entrar. Veo unas escaleras de madera justo delante, una cocina moderna a la derecha y el salón a la izquierda.

Ford cierra la puerta.

—Y ¿de qué tengo la culpa exactamente?

—Me comiste la oreja para que dibujara a hombres medio desnudos.

—¿Y...?

—No puedo hacerlo.

No sé por qué me parece tan sensual la naturalidad con que se apoya en la puerta.

—¿Por? ¿Nunca has visto a un hombre medio desnudo?

Lo fulmino con la mirada, pero, viendo cómo se ríe y que me estoy poniendo roja, no creo que resulte muy intimidante.

—Vamos, enséñame lo que has hecho hasta ahora —dice—. Seguro que es genial.

Desbloqueo la tableta y le muestro una pantalla en blanco.

—¿No has hecho nada?

—Nada de nada.

—Vale. Reunión. —Es tan alto que casi tengo que desnucarme para mirarlo cuando se acerca a mí—. He visto tus retratos y sé que puedes hacerlo. ¿Qué pasa por esa cabecita tuya?

Con sus largos dedos, me da unos golpecitos en la frente que me hacen estremecer de los pies a la cabeza.

—Pues varias cosas. —Prefiero ser sincera que ponerme a pensar en lo que acaba de hacerme sentir—. Primero, mi inspiración sigue de vacaciones y no tiene pensado volver. Segundo, nunca he dibujado a un hombre medio desnudo e imagino que me pone un poco nerviosa. Ni siquiera sé por dónde empezar. ¿Y si me salen raros y a todo el mundo le parecen una basura? Ya me habéis pagado, vamos justos de tiempo y sé que no quieres posar para ningún calendario más, y me agobio. Para colmo, se ha corrido la voz por el pueblo y resulta que a la gente no le van los calendarios ilustrados. Parece que solo quieren ver carne. Así que...

Se ha quedado tan callado tras mi rabieta que temo haberme pasado. Pero sé que me ha estado escuchando porque no ha dejado de mirarme a los ojos ni un segundo.

—Vale —dice despacio—. ¿Qué te parece si seguimos hablando en el sofá? Puedo traerte un café, si te apetece.

«El sofá. Su sofá. Haz como si nada».

—Vale, sí. —Carraspeo, con las manos cada vez más sudadas—. Pero no tomo café porque luego estoy que me subo por las paredes. Me vale con agua.

—Pues agua. Espérame en el salón. ¿Tienes hambre?

—Me vendría bien picar algo.

—Tengo patatas fritas y palomitas.

—Me valen.

Ni corta ni perezosa (porque soy así, qué le vamos a hacer), me entretengo fisgoneando en el salón mientras él trastea en la cocina.

Tiene una tele gigantesca colgada en una pared de color crema, delante de un sofá esquinero. Están dando una película de acción que no conozco, una donde un tipo corre como un poseso sobre un tren en marcha. Pero ¿en qué cabeza cabe algo así?

Hay una estantería empotrada junto a la tele llena de fotografías familiares; veo a sus hermanos, a Lexi y a dos personas más mayores que imagino que serán sus padres. Salen en algún lago o en la playa, en la nieve o en lo que parece un jardín particular, y todos sonríen. Bueno, todos menos Rhys. Ahora que lo conozco un poco más, no me parece raro. Es más serio que sus hermanos, pero no lo veo como algo malo.

Sin venir a cuento, me percato de que no hay ninguna otra mujer en las fotos aparte de su madre. Aunque a mí la vida amorosa de Ford ni me va ni me viene.

Hay una alfombra mullida bajo el sofá y la mesita de café. La decoración es sencilla, pero todo combina y resulta acogedor.

—Aquí tienes el agua. —Ford aparece poco después de sentarme en el sofá, con un vaso de agua y un bol que deja sobre la mesa—. Y las palomitas. Ahora vuelvo con las patatas.

—Gracias —digo, algo cortada al darme cuenta de que me he plantado en su casa para despotricar y arrasar con su comida. Supongo que por eso, cuando vuelve con una taza en una mano y una bolsa de patatas de sabor barbacoa (mis preferidas) en la otra, le suelto—: Siento haberme presentado sin avisar. Puedes echarme cuando quieras. No me lo tomaré a mal.

Primero el cobertizo y ahora su casa. ¿Puedo dejar de cometer allanamiento de morada?

—No pienso echarte. Tampoco estaba haciendo nada productivo. Prefiero pasar el rato contigo —dice, y apaga la tele, ajeno a las mariposas que acaban de echar a volar en mi estómago. «Mierda, mierda, mierda»—. Así que es un coñazo dibujar hombres medio desnudos, ¿eh?

—No te rías de mí. Estoy pasando por una crisis existencial.

Se pone muy serio cuando dice:

—Jamás me reiría de ti. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

—Podrías enseñarme la foto que te hicieron para el calendario. La de verdad. Ya sabes, para inspirarme —digo medio en broma.

Casi le da algo.

—Ni de coña.

—¿Por qué no?

—Es una horterada y debería haberla quemado en su momento. No sé por qué no lo he hecho aún.

—Venga, no seas muermo. Enséñame la foto que tiene a medio Harmony Hills escandalizado.

—Ni lo sueñes.

Echo la cabeza hacia atrás con un quejido.

—Vale. Pues que me den, supongo.

—Víctima. Dime qué puedo hacer para ayudarte sin tener que enseñarte la foto.

—No creo que puedas hacer nada. Es el miedo lo que me paraliza —admito, cada vez más avergonzada por haberle estropeado la noche por la cara.

—¿Cuándo fue la última vez que dibujaste por placer?

Frunzo los labios, tratando de hacer memoria.

—Fue con uno de los dibujos que te enseñé el otro día. El edificio de ladrillos de Brooklyn. Lo hice un par de semanas antes de mudarme a Harmony Hills.

Uno de los muchos domingos que pasaba con Alma, una amiga del trabajo. Los recuerdo como si estuviera allí: probábamos una cafetería u otra de la zona, charlábamos un rato y yo me ponía a dibujar mientras ella leía. Dos introvertidas disfrutando de la vida.

—No soy terapeuta, pero ¿podría ser que el estrés de la mudanza te haya provocado ese bloqueo? ¿Qué opinas?

Asiento porque ha dado en el clavo.

—Podemos hablar de ello, si quieres —propone, chocando su pierna con la mía.

No me salen las palabras, y no porque no quiera hablar de mi bloqueo artístico. Ojalá fuera por eso. Lo que pasa es que estoy intentando con todas mis fuerzas mantener a raya las mariposas de mi estómago, cuando el muy traidor de mi cerebro me recuerda la pregunta de Joe.

«¿Te mola o qué pasa?».

No consigo esbozar una negativa. Yo solo quiero ver en Ford a un buen vecino, un amigo inesperado que cuide de mi hermano y de mí. Es un buen hombre y solo deseo su amistad. Así debería ser.

Prefiero no pensar en cómo me enciende cuando se acerca a mí o me toca, o cuando me mira como está haciendo ahora mismo.

Esto me supera. Lo último que necesito es colarme por un tío al que no le intereso, ni como pareja ni para un rollo.

—Tierra llamando a Ivy. —Ford sacude una mano delante de mi cara—. Podemos ver una peli o algo así. Pasar el rato sin más. No tenemos por qué hablar.

Niego con la cabeza, cojo el vaso de agua y me lo bebo de un trago, haciendo tiempo para recuperarme.

—Estoy bien —le aseguro, aun sabiendo que no es verdad. Pero no es culpa suya, como tampoco lo es que hoy tenga el cerebro atrofiado—. Lo que has dicho sobre el estrés encaja. Estoy cansada del trabajo. Y también creo que me bloqueo porque... Te conté que mi padre está en la cárcel, ¿verdad?

Asiente.

Por un momento, mis pensamientos acerca de Ford dan paso a la cruda realidad, que me persigue allá donde voy y haga lo que haga.

Cojo aire por la nariz, jugueteando con el lápiz digital.

—Tuvo un accidente de coche porque conducía..., conducía un poco tocado.

—¿Estaba enfermo? —pregunta con aspecto confundido.

—No. —Trago saliva. «Respira hondo»—. Iba colocado. Y cuando la policía lo paró, se llevó a un agente por delante. El hombre está bien, por suerte, pero mi padre acabó en la cárcel por... por intento de homicidio.

Ford contiene el aliento.

—Joder, Ivy. Lo siento muchísimo.

Sacudo la cabeza y rezo para que no me tiemblen las manos. Es la primera vez que hablo del tema con alguien que no sea abogado o asistente social. Ni siquiera con Joe he tenido una conversación seria sobre aquel día.

—No lo sientas. —Mala suerte si ha sonado cruel. Después de lo que hizo, mi padre no merece compasión alguna—. Nadie lo obligó a hacer nada. Ni siquiera cuando se subió al coche con...

No puedo decirlo.

Joder, no puedo.

Las manos de Ford sobre las mías hacen que pare de mover el lápiz.

—Sea lo que sea lo que pasó, Joe y tú estáis bien —dice con dulzura—. Estás haciendo un trabajo estupendo con él.

Empieza a escocerme la nariz.

—La mayor parte del tiempo no tengo ni idea de lo que hago.

—Eso les pasa a todos los padres. A Rhys también. Puede que no seas la madre de Joe, pero es como si lo fueras. Es un buen chaval y lo estás haciendo fenomenal.

Me quita el lápiz de las manos al apartarse y dejo escapar un suspiro entrecortado.

—Nuestra madre murió hace diez años —digo con voz queda—. Era una madre fantástica. Intento ser como ella, pero a veces me siento como si... No sé. Como si todo fueran trabas.

—Siento lo de tu madre. No lo sabía. —Ford busca mi mirada—. Si te sirve de consuelo, creo que estaría orgullosísima de ti.

—Para. —Con la manga de la sudadera, me enjugo las lágrimas que han empezado a derramarse por mis mejillas en contra de mi voluntad—. No seas tan bueno conmigo.

—Solo digo lo que pienso —responde en voz baja.

Sorbo por la nariz.

—Vale. Ya estoy bien. Dejemos el lloriqueo por hoy.

—Qué más da, si te ayuda. Puedes contarme lo que sea. ¿Estás mejor?

Me tomo unos segundos para considerar mis emociones. No me he quitado todo el peso de encima, pero, ahora que hemos hablado, sí que se me hace más llevadero. Asiento.

—¿Te apetece ver una peli, pues? —pregunta.

Para mi sorpresa, niego con la cabeza.

—No. Quiero darle una oportunidad a los hombres medio en pelotas.

Ford me mira burlón, enarcando una ceja.

—Darle una oportunidad a dibujarlos —matizo, aunque, por su sonrisa de picardía, sé de sobra que lo había entendido—. Me quedan doce ilustraciones, así que al lío.

—Me parece bien. ¿Necesitas algo? ¿Más agua? ¿Una mantita?

—No, pero gracias. Bueno, a no ser que tengas un agua mágica que devuelva la inspiración. En ese caso, me tomaré un baño.

Ford vuelve a chocar su rodilla con la mía y me devuelve el lápiz.

—Tú puedes, Ivy; no te hace falta ninguna pócima mágica. Ya lo verás.

Pero lo cierto es que no lo veo.

Porque me paso media hora borrando como una obsesa cada birria que dibujo, mientras Ford no despega la vista de la pantalla de su móvil.

Echo la cabeza hacia atrás con un gruñido.

—Esto es absurdo. No puedo.

Deja el móvil a un lado.

—¿Nada?

—No quiero dejaros tirados —le digo, frotándome el cansancio de los ojos—. Sé que contáis conmigo y me lo tomo en serio. Te juro que no estoy exagerando porque disfrute haciéndome la víctima.

—Ya lo sé.

—Es que... no puedo dibujar nada. Quiero gritar y llorar y estampar cosas contra la pared.

Ford permanece en silencio unos instantes. Imagino que va a echarme de casa (bastante tiempo le he robado ya), pero luego dice:

—Espera aquí.

Sale del salón.

Y vuelve con un palo de escoba.

—Ford, ¿qué...?

Cierro el pico. O, más bien, debería decir que me quedo muda, porque casi se me desencaja la mandíbula al ver a Ford quitarse la sudadera y plantarse delante de mí con su pantalón gris de chándal y una camiseta sin mangas.

«Hostiahostiahostia...».

De milagro, consigo ignorar el hecho de que está como un tren y, en vez de eso, preguntarme qué hace delante de la tele con un palo de escoba.

—Úsame como inspiración —me suelta Ford, el hombre por el que ya no me cabe la menor duda de que estoy pilladísima, posando con un palo de escoba entre las manos—. Imagina que es un hacha.

Ahora sí que estoy acabada.

Consigo cerrar la boca e intento aparentar normalidad cuando digo:

—No tienes por qué hacer esto, de verdad.

—Venga. Dibújame como a un bombero sexi.

Jamás superaré esto.

Incapaz de aguantar un segundo más, me tapo la cara con las manos y estallo en una carcajada.

—¿Qué? ¿Tan patético es? —Se ríe por lo bajo—. A tomar por culo. Voy a darlo todo. ¿Por qué no me añades unas llamas por detrás para darme un rollo macarra?

—Estás loco —me río contra mis manos.

—Venga, Ivy. Tenemos trabajo. Hazme parecer un macizorro para la gente de Harmony Hills. Hay que vender calendarios.

Esto es demasiado. Él es demasiado. Pero más me vale aprovecharlo.

Sin dejar de reírme, abro una página en blanco y empiezo a esbozar su figura a grandes rasgos.

—No te olvides de las llamas. Algo me dice que serán clave.

Sé que solamente está haciendo el tonto como último recurso, para que deje de darle vueltas al coco y despertar una chispa de inspiración en mí. ¿Y lo peor?

Que funciona.

16

Ivy



La vida puede cambiar en un segundo. Eso lo sé bien. Y, en mi caso, suele ser para mal.

Despertarme con los sollozos de mi madre la noche en que le contó a mi padre que estaba enferma.

Amanecer en una habitación de hospital, menos de un año después, con el llanto desgarrador de mi padre porque mi madre ya no estaba con nosotros.

Verme obligada a dejar mi vida en la ciudad cuando me llamaron para avisarme de que iban a meter a mi padre en la cárcel y de que los servicios sociales querían llevarse a mi hermano.

Estoy convencida de que no todo son penas en la vida, pero, caray, no me vendría mal un respiro de vez en cuando. Porque, considerando mi historial, a veces la esperanza se parece más a una ilusión.

Aunque, todo sea dicho, se me hace raro no sentir el habitual peso en el pecho, poder respirar con normalidad por fin.

Lo conseguí. Lo conseguí de veras. En menos de dos semanas, hice doce ilustraciones nada desdeñables de bomberos medio desnudos.

La madre de Ian, que se encarga de las ventas, no creía que el calendario fuera a venderse bien, pero le gustó cómo había quedado. Estaba encantada. Y lo más importante es que yo también.

Contra todo pronóstico, salí de mi bloqueo artístico. Y solo hizo falta que Ford posara durante una hora con su pantalón gris de chándal y una camiseta que dejaban poco a la imaginación.

Eso no significa que le haya dejado ver su dibujo, claro está. No me apetecía demasiado que viera lo mucho que me había recreado en sus abdominales, así que me las ingenié para que esperase a que se imprimiera el calendario. Le dije que así sería más emocionante. Él no se tragó ni una palabra, pero tampoco insistió.

Ahora mismo, mientras ficho para mi turno en el Harmony Grove, siento que la vida me sonríe.

—Te veo contenta, Ivy —dice Nash cuando me cruzo con él y Diana de camino al spa—. Ford me ha contado que el calendario está casi listo. Traeremos algunos para nuestros huéspedes.

Me río.

—No pegan mucho en un sitio tan refinado, ¿no crees?

—Bah. Hay que apoyar a la comunidad.

—¿Qué calendarios? —pregunta Diana—. ¿Los de los bomberos?

—Sí. Eh... —«Con la cabeza bien alta, Ivy»—. Este año los he ilustrado yo. Me hace ilusión.

—Yo no los he visto aún, pero Ford habla maravillas de sus dibujos —le dice Nash a Diana. Se me hace raro que Ford le hable a sus hermanos de mí, pero no me incomoda; más bien lo contrario—. Seguro que han quedado estupendos.

—Es una idea original —asiente Diana, con una discreta sonrisa y poca convicción—. En Harmony Hills siempre ha habido calendarios de bomberos de carne y hueso.

—Los tiempos cambian, Di —apunta Nash—. Las sesiones de fotos cuestan un dineral y al cuerpo de bomberos le conviene invertirlo en otras cosas.

—Lo que tú digas —dice Diana sonriendo.

Es evidente que es una de las muchas personas que no aprueban un calendario ilustrado, pero ¿qué le voy a hacer? No fue idea mía.

—Habrá que conservar los antiguos calendarios como reliquias —comenta Nash de pasada, sin ojeriza y sin imponer su opinión. Conforme pasa el tiempo, es algo que valoro cada vez más en él—. A algunos de los chicos les incomodaban. A mí esta me parece una buena alternativa.

No me sorprende que Ford y otros se sientan así. Yo nunca me he sentido como un pedazo de carne hasta ese nivel, pero imagino que

debe de ser denigrante.

Diana niega con la cabeza.

—Vuestra generación se está cargando todo lo que valía la pena.

Intento no tomármelo a pecho. Tiene todo el derecho a opinar, claro está. Y aunque me parezca de mal gusto criticar algo que no ha visto todavía (y delante de la autora, nada menos), no vale la pena entrar al trapo.

—Y lo hacemos con orgullo —sentencia Nash, jovial.

Diana niega con la cabeza, pero sonríe. Me he dado cuenta de que es imposible discutir con Nash.

Yo también sonrío, más que nada por educación.

—Nos vemos después, chicos. El spa me espera.

—Que vaya bien, Ivy —se despide Nash.

Diana me devuelve la sonrisa sin añadir una palabra y me encamino hacia el spa, mentalizándome para lo que he venido a hacer, que no es discutir con una compañera de trabajo.

Una vez que preparo todos los productos de limpieza que suelo usar, saco el móvil del bolsillo. Hace unos días, descubrí un pódcast sobre historias paranormales que me tiene enganchada. Me pone toda paranoica cuando estoy en el aparcamiento a oscuras, pero vale la pena.

Al desbloquear el móvil, sin embargo, me aparece una notificación. Es un correo electrónico de uno de los profesores de Joe.

> De: Grimes
> Para: Ivy Farnsworth
>
> Buenas tardes, señorita Farnsworth:
>
> Le pido disculpas por escribir tan tarde.
>
> Soy el señor Grimes, profesor de Física de Joe; encantado de saludarla. Creo que todavía no nos conocemos en persona.
>
> Por desgracia, le escribo debido al bajo rendimiento que su hermano ha mostrado en las últimas semanas. Siempre ha sido un estudiante ejemplar, pero suspendió el examen de la semana pasada y ha entregado un trabajo fuera de plazo.

He hablado con algunos de sus profesores y coinciden conmigo en que Joe parece distraído en clase. Desconozco, sin embargo, si ha bajado el rendimiento en otras asignaturas. Si ningún otro compañero se ha puesto en contacto con usted, dudo que haya motivo para alarmarse por el momento.

Dicho esto, me gustaría reunirme con usted lo antes posible. ¿Le iría bien mañana a las dos de la tarde?

Joe es un magnífico estudiante y sé cuánto desea ser piloto. Quiero pensar que esto no es más que un bache, pero he de serle sincero: a menos que se ponga las pilas, no creo que tenga muchas posibilidades en la carrera de aviación. Después de todo, la Física es una asignatura clave en dicha profesión.

Le agradecería que me confirmara la reunión de mañana a la mayor brevedad posible.

Un cordial saludo,

Grimes

Se me nubla la vista y la cabeza me da vueltas. Por un instante, creo que voy a desmayarme.

Debo de haberlo leído mal. Es imposible que mi hermano, que siempre ha sacado sobresalientes, haya suspendido un examen y entregado un trabajo fuera de plazo.

Joe no ha suspendido un solo examen en su vida. Es imposible.

Releo el correo una, dos, tres veces, pero sigue poniendo lo mismo. Además, es de una dirección de correo oficial y sé que su profesor de Física se llama Grimes (conozco el nombre de todos sus profesores), por lo que no se trata de ninguna broma.

Tras respirar hondo para calmarme, sin conseguirlo, respondo confirmando la hora y dándole las gracias al profesor por mantenerme al tanto.

Joe suspendió un examen la semana pasada y no me lo contó.

Me siento traicionada, pero me obligo a ignorar la punzada de dolor y a concentrarme en el trabajo. Un trabajo que más me vale terminar en cuatro horas si no quiero que me pongan de patitas en la calle.

Hago todo lo posible por centrarme en el presente, por pensar solo en productos de limpieza y en las historias paranormales que narra la locutora del pódcast. Lo llevo bastante bien; es lo bueno de ser un hacha disociando.

No le pregunto a Joe por el correo del señor Grimes porque no quiero tener esta conversación por teléfono. Cuando regreso a casa ya está frito, así que le dejo una nota diciéndole que he llegado bien y me meto en la cama.

Duermo fatal. Y por la mañana la cosa no mejora.

—¡Jojo! —lo llamo desde la cocina mientras termino de prepararle unas tostadas. Yo sigo con un nudo en el estómago desde ayer y no tengo hambre.

—¿Qué? —Se oye una cremallera y Joe sale de su cuarto poco después, con la pesada mochila colgada de un hombro. La deja en el recibidor y me roba una tostada del plato—. ¿Cómo fue el curro anoche?

—Bien. De hecho...

—El otro día me encontré a Nash en el súper —me interrumpe, masticando con la boca abierta. «Oh, Joe»—. Me dijo que, si quería, podía meterme en el Harmony Grove este verano. No especificó el tipo de trabajo, pero creo que...

—Joe, tenemos que hablar.

No tengo mucho tacto, ya lo sé, pero no puedo seguir postergándolo y, en cinco minutos, salimos para el instituto.

Despacio, deja la tostada en el plato.

—Vale...

Parece desconcertado, cosa que no entiendo. ¿En serio no tiene ni la más mínima idea de lo que quiero hablar?

—El señor Grimes me envió un correo ayer. Quiere que nos reunamos —digo, mirándolo detenidamente. Se le descompone el rostro y a mí, el estómago—. Ya sabes por qué, ¿no es así?

Traga saliva.

—Lo siento. Debí contártelo.

—¿Qué exactamente?

Joe ni se inmuta.

—Que suspendí el examen de Física del otro día.

—Joe —me quejo—. Nunca habías suspendido un examen. ¿Qué está pasando?

Se encoge de hombros, con una expresión de puro agotamiento. ¿Cómo no me había fijado en sus ojeras hasta ahora? ¿Qué clase de hermana soy? ¿Qué clase de tutora soy?

—Solamente estoy cansado —se explica—. ¿La he liado? ¿Voy a suspender el semestre?

Dejo escapar un fuerte suspiro y me cruzo de brazos.

—Dudo mucho que no apruebes un semestre por suspender un solo examen, pero no lo sé, Joe. El señor Grimes me escribió porque está preocupado, y no es el único. Hay más profesores que te ven distraído en clase y el señor Grimes dijo que entregaste un trabajo fuera de plazo.

—Eso fue porque confundí las fechas —se defiende.

—Lo entiendo, Jojo. Todos cometemos errores. Pero, si tus profesores están preocupados, será por algo. ¿Duermes bien?

—Supongo —musita, sin despegar la vista de sus zapatillas deportivas—. Pero no volverá a ocurrir; te lo prometo.

—No me contaste lo del examen.

Claro que quiero que saque buenas notas, pero no se acaba el mundo por entregar tarde un trabajo o no aprobar un examen. Lo que me preocupa de verdad es que me mintiera. Que se callara el suspenso cuando siempre nos lo contamos todo, sea lo que sea.

—No quería que te rayaras. Ya tienes bastante con lo tuyo y solo ha sido un examen —dice—. Lo siento, Ives. Fue una semana dura y no estudié lo suficiente, pero no volverá a pasar. Créeme.

—Te creo, pero voy a reunirme con el señor Grimes de todos modos. Me pidió que fuera hoy al instituto.

—Vale —responde con cautela—. ¿Qué decía el correo?

Opto por ser sincera, aunque dudo que quiera saberlo realmente.

—Que eres un buen estudiante, pero que, como no espabiles, podrían no aceptarte en la escuela de pilotos.

No soporto hacerle daño, pero hacerse mayor implica aceptar las consecuencias de nuestros actos, cosa que con dieciséis años ya debería saber.

—No volverá a pasar —repite, con aspecto hundido—. Quiero entrar en la escuela de pilotos.

—Ya lo sé, y lo conseguirás —le aseguro, porque no puedo permitir que se desmorone ahora. No quiero que termine así por esta situación—. Un mal resultado no te define. Como tampoco determina tu futuro como piloto. Mientras no vuelva a pasar, no hay problema. Pero hinca bien los codos la próxima vez, sobre todo en Física, para subir nota. Y haz el favor de hablar conmigo cuando te pase algo o estés rayado. Soy tu hermana y te quiero. No estoy aquí solamente para alimentarte y quejarme de lo mal que hueles, ¿me oyes? Puedes contarme lo que sea.

Lo agarro del brazo y le doy un apretón cariñoso.

—¿Cómo estás?

Se encoge de hombros.

—Hecho polvo por haberte defraudado.

—Es agua pasada, ¿vale? Centrémonos en el futuro. ¿Tienes más exámenes esta semana?

—No, pero tengo un trabajo de Lengua para el viernes.

Estamos a martes, así que hay tiempo de sobra.

—El de Shakespeare, ¿no? ¿Cómo lo llevas?

—Me quedan las conclusiones y repasar. Lo entregaré a tiempo; te lo prometo.

—Que ya lo sé, mocoso. —Vuelvo a achucharlo—. Venga, termínate el desayuno. No quiero que vayas a clase con el estómago vacío.

17

Ford



Una de las cosas más gratificantes de mi trabajo, aparte de lo obvio, es la Semana de la Prevención de Incendios. La tradición de ir por las escuelas dando charlas a los chavales sobre nuestra profesión empezó por la época en que mi padre entró en el cuerpo y, como bombero, estoy encantado de seguirla.

Sobre todo si así puedo ver a Lexi presumiendo en clase de su tío el bombero. «Chúpate esa, Nash».

Pero mi sobrina no es la única cara familiar que veo esta semana.

Joe está de pie junto a sus amigos, a quienes me suena haber visto por el pueblo, mientras mi equipo intenta que un grupo de adolescentes preste atención durante tres cuartos de hora. No se les ve muy aburridos, y menos durante las demostraciones en el patio.

Tras el simulacro de incendios de rigor, vuelvo a ver a Joe entre la multitud que espera fuera. Pero en vez de estar de cháchara con sus amigos o pendiente del móvil, lee un cuaderno mientras se mordisquea la uña del pulgar.

—Hey, colega —lo saludo ante la atenta mirada de sus amigos. Tal vez no debería haberme acercado, pero no veo a ningún profesor con cara de vinagre—. ¿Cómo va eso?

Joe levanta la vista del cuaderno, lleno de fórmulas matemáticas que me suenan a chino, y esboza una sonrisa que no se refleja en su mirada.

—Hey, Ford. Bien. ¿Y tú?

—Como siempre. ¿Os han gustado la charla y la demostración? Espero no haberos dado mucho la lata.

—Qué va, ha sido interesante —dice, y suena sincero.

—Ya ves, ha molado —interviene uno de sus amigos (Ethan, si la memoria no me falla)—. Creo que me meteré a bombero cuando sea mayor.

Eso me arranca una sonrisa.

—Es una buena carrera. Pásate por la estación si tienes cualquier duda.

Asiente entusiasmado.

Antes de que pueda añadir una palabra, una chica que debe de rondar su edad pregunta:

—¿No te da miedo meterte en edificios en llamas? ¿Qué pasa si no puedes salir?

—Hombre, siempre existe esa posibilidad. —Observo cómo se dibuja el horror en su rostro—. Pero juramos proteger a la comunidad, tanto a la gente que conocemos como a la que no, y nos lo tomamos muy en serio. Contamos con varios protocolos para no ponernos en peligro y entrenamos a diario para estar listos en caso de emergencia. Hay que ser muy disciplinado para ser bombero.

—Yo no podría —musita la chica.

—Yo sí —apunta Ethan—. Pero mi madre no me dejaría.

Sonrío para mí porque sé muy bien lo que eso significa.

—A mi madre tampoco le hacía mucha gracia que me hiciera bombero. Le daba igual que mi padre lo fuera antes de jubilarse; no quería que yo siguiera sus pasos. Estaremos encantados de recibir también a tus padres en la estación y de responder a todas sus preguntas.

—Gracias —dice Ethan—. Por cierto, ¿de qué conoces a Joe?

—Somos vecinos.

Cuando echo un vistazo al susodicho, veo que sigue con los ojos clavados en su cuaderno, ajeno a nuestra conversación.

—Está estudiando como un loco —me cuenta Ethan por lo bajo—. No para ni para comer. Eso es pasarse.

—¿Es época de exámenes?

—Qué va. Se le ha ido la olla.

No sé si se le ha ido la olla, pero sí que parece cansado. No hay más que ver las ojeras que tiene, por no mencionar que apenas se

relaciona con nadie. Él no es así. Puede que sea reservado, pero no es tímido ni introvertido. Algo le pasa.

Estoy supervisando a mi equipo mientras recogen todas las cosas antes de volver a la estación, cuando me parece ver una cara conocida salir por la puerta principal.

Si Joe parece cansado, Ivy tiene pinta de estar hecha polvo.

Lleva el pelo recogido en una coleta algo desecha. El bolso no para de resbalarle por el hombro y, en lugar de mostrar su expresión desenvuelta de siempre, está seria.

¿Qué hará aquí?

—Nos vemos, chicos —digo a los chavales. Joe está en su mundo, pero añado—: Cuídate, colega.

Levanta la cabeza y esboza una leve sonrisa.

—Sí, tú también.

Alcanzo a Ivy en el aparcamiento.

—¡Ivy! —la llamo. Se da la vuelta con los ojos como platos y compongo una sonrisilla—. ¿No has visto el camión en la entrada?

—¿El camión de bomberos? Sí, pero no he pensado que estuvieras por aquí. Hoy estoy un poco dispersa —dice en tono distraído mientras busca algo en su bolso—. ¿Cómo estás? Cuánto tiempo sin verte.

Cuatro días, pero para nada llevo la cuenta.

—Bien. Es la Semana de la Prevención de Incendios. Acabo de estar con Joe. —Al ver que se limita a asentir y sacar las llaves del coche, no aguanto más—: ¿Va todo bien? Se os ve cansados.

Ivy me mira a los ojos.

—¿Joe parece cansado?

—No tanto como tú, pero sí. —A pesar de estar haciéndome el gracioso, Ivy no sonríe. Apenas se inmuta—. Ethan dice que no para de estudiar, incluso a la hora de la comida. Y ahora te encuentro a ti aquí. ¿Qué me estoy perdiendo?

Tal vez debería mandarme a paseo, pero, en lugar de eso, sacude la cabeza y deja escapar un profundo suspiro de cansancio. Ahora que me fijo, está más pálida que de costumbre.

—He tenido una reunión con uno de los profesores de Joe.

Hago una mueca.

—Suena mal.

—Sí. Suspendió un examen, entregó un trabajo fuera de plazo y se pasa las clases pensando en las musarañas.

—¿Estamos hablando del mismo Joe? —Porque es el adolescente más responsable que he conocido en mi vida y eso no parece propio de él.

—Por desgracia. El profesor ha dicho que estará pendiente de él y le he asegurado que solo ha sido algo puntual, un bache, pero ¿y si me equivoco? Sueña con entrar en la escuela de pilotos, Ford. ¿Debería castigarlo por haber sacado una mala nota? Esto se me da fatal. Solo tengo veintiséis años y...

—Oye. —La sujeto por los hombros para que vuelva a poner los pies en la tierra—. Lo estás haciendo fenomenal, Ivy. Nada de esto es culpa tuya. Los adolescentes son complicados. Lo que pasa es que criar a Joe ha sido fácil hasta este momento y ahora las cosas se han torcido un poco... como es normal, porque tiene dieciséis años. Pero estoy convencido de que solo es un bache, como has dicho.

—¿Y si no? —Me destroza verla tan preocupada—. ¿Y si todo se viene abajo?

—Eso no va a pasar —le aseguro—. No soy adivino, pero tengo buen olfato. Y algo me dice que Joe ha aprendido la lección y que todo saldrá bien.

Ivy cierra los ojos y me aparto de ella para darle espacio. Cuando vuelve a abrirlos, la preocupación no ha desaparecido de su mirada. Las ganas de estrecharla entre mis brazos me están matando.

Una cosa es cierta: con solo veintiséis años, es demasiado joven para hacerse cargo de un adolescente por sí sola. No es ninguna cría, pero se enfrenta a una de las etapas más complicadas de la vida de una persona, y sin ayuda.

No sé qué implica que yo quiera ayudarla. Que no quiera que pase por esto ella sola.

—Estaremos bien —dice al cabo, con un profundo suspiro y una expresión neutra. Una máscara—. Perdona por el rollo. Seguro que tienes cosas más importantes de las que preocuparte que de tus vecinos.

—Tú nunca molestas, Ivy, y Joe tampoco. Quítatelo de la cabeza de una vez. —Enfatizo mis palabras dándole un toque en la frente, lo que le arranca una sonrisa. Es breve, pero algo es algo—. ¿Me enseñas mi dibujo para el calendario?

Eso sí que la hace reír.

—Buen intento, pero no. Aún no me he mentalizado para morir de vergüenza.

—¿Por qué? ¿Por dibujar cuatro abdominales? —le digo para chincharla.

—Por dibujar los tuyos. —Sus mejillas arden tanto como yo por dentro—. No pienso enseñarte nada. Para cuando compres el calendario y lo veas, habré huido del país y tendré una nueva identidad.

—Eres de lo que no hay, Ivy. —Niego con la cabeza, satisfecho al ver que ha recuperado el sentido del humor—. Tengo que volver, pero ya sabes dónde encontrarme si necesitas desahogarte un poco más.

Asiente con timidez.

—Gracias.

Con un aleteo desconcertante en el estómago, la observo dirigirse al coche. ¿Por qué me atrae tanto? ¿Por qué tengo tantas ganas de protegerla, de cerciorarme de que tanto ella como su hermano están bien en todo momento?

Joe me recuerda a mis hermanos y a mí cuando teníamos su edad. Éramos unos críos que soñaban a lo grande... y contábamos con la ayuda para hacer realidad nuestros sueños. Él cuenta con Ivy, que se está dejando la piel por él, pero no tienen a nadie más y no debería ser así. No me parece justo.

Respecto a Ivy...

Hay que joderse. Fui yo quien la evitaba al principio porque no quería saber nada de mujeres tras el divorcio. Pero ¿ahora? Empiezo a preguntarme si no fue un error. Debo de haber perdido la cabeza porque, aunque ya no creo en el matrimonio, la cara de Ivy es lo primero que me viene a la mente cuando pienso en bodas.

Dudo que ella sienta algo por mí. Bastante tiene ya.

Y yo no puedo haberme colado por ella. Eso no entraba en mis planes.

Lo que necesito es reflexionar, pasar tiempo a solas y averiguar qué quiero en la vida.

Para empezar, no complicármela. Así que el amor queda descartado.



Son las siete de la tarde cuando llego a casa y me meto en la ducha, después de haber ido a tomar un helado con Lexi. Nos hemos pasado por el Harmony Grove a ver a Nash, que ha abandonado sus obligaciones para jugar a las casitas en cuanto nos hemos presentado allí.

Hoy, en teoría, libraba (la Semana de la Prevención de Incendios es voluntaria) y mañana también, pero no me importa haber tenido un día movidito. La visita al instituto de Joe ha sido productiva y siempre me alegra ver a mi sobrina.

A las siete y media suena mi móvil. Qué raro.

Básicamente, las únicas personas que tienen mi número son mis padres, mis hermanos y mis compañeros de trabajo. A estos últimos, además, les asigné un tono de llamada especial; por eso sé que no es una emergencia laboral.

Sin embargo, en cuanto veo quién llama, sé que ha pasado algo terrible.

—¿Joe? ¿Qué ocurre? —pregunto, con el corazón retumbándome en el pecho.

—Ford —dice jadeando, con tanta urgencia que salto del sofá, me calzo y cojo las llaves—. Es Ivy. Está muy mal.

Gracias a mi entrenamiento como bombero, respondo con más calma de la que siento.

—¿Estáis en casa?

Pero, como se trata de Ivy, parece que vaya a darme un puto infarto solo de pensar que está en peligro.

—Sí. Está enferma, Ford. No sé qué hacer.

—Voy para allá. ¿Necesita una ambulancia?

—Creo que no, pero no estoy seguro.

—Vale. Voy para allá —repito—. Llego en un minuto. Cuelgo.

—Vale.

Sin molestarme en llamar, abro la puerta de un empujón y me encuentro con que el salón y la cocina están desiertos.

—¿Joe? —pregunto alzando la voz.

—¡En el baño! —grita como respuesta.

A pesar de todas las atrocidades que he llegado a ver como bombero, casi se me para el corazón al ver a Ivy encogida sobre el inodoro, vomitando mientras Joe le sujeta el pelo.

A pesar de estar histérico, pongo cara de tener las cosas bajo control. Joe confía en mí para que me ocupe de la situación. Por eso me ha llamado, y no pienso defraudarlo. Y menos cuando se trata de Ivy.

Me agacho junto a ella y le pongo una mano en la espalda.

—Yo me encargo. Ve a por un vaso de agua.

Joe duda un momento y luego asiente. Sujeto la larga melena de Ivy con una mano, como estaba haciendo el chico. Ella gime de agotamiento.

—Shh. No pasa nada, *tesoro*. —La palabra se escapa de mis labios sin querer—. Échalo todo, ¿vale? Estoy aquí.

Esta mañana estaba bien cuando la he visto. Sí que estaba un poco más pálida de lo habitual y parecía cansada, pero no enferma. ¿Qué habrá pasado? ¿Habrá comido algo que le haya sentado mal?

Vuelve a gemir. Alarga una mano detrás de mí, lo que me saca de mis pensamientos.

—¿Qué necesitas? —Miro a mi alrededor—. ¿Una toalla?

Ivy asiente débilmente y le paso la toalla que hay colgada en la ducha, que usa para limpiarse la boca. En silencio y con el pelo todavía en mi mano, tira de la cadena.

—Bebe un poco, Ives —dice Joe, que le ha traído un vaso de agua. Se lo acerca a los labios y ella hace una mueca.

—No quiero vomitar otra vez —balbucea con un gruñido, sin apenas abrir los ojos.

—Te prometo que no lo harás. Solo es agua —le aseguro, desplazando la mano de su pelo a sus hombros para sujetarla. Sentados sobre las baldosas, Ivy apoya el cuerpo en mí. Joe me da el vaso de agua—. Bebe, anda. Te sentirás mejor.

No soporto verla sufrir, pero el agua le irá bien. La deshidratación solo agravaría su estado; si se encontrara mejor, estaría de acuerdo conmigo.

—Un sorbito y ya está —digo, acercándole con cuidado el vaso a los labios. Ivy tan solo cierra los ojos con un gemido y entonces le pregunto a Joe—: ¿Cuánto rato lleva vomitando?

—No lo sé, pero un buen rato. Pensaba que se le pasaría, pero...

—¿Ha comido algo que haya podido sentarle mal?

—Creo que no. Esta mañana no ha desayunado y estaba bien. A ver, parecía un poco cansada, pero ya está. —Joe se muerde el labio inferior y baja la voz—. No estará embarazada, ¿no?

Ahora soy yo quien tiene náuseas.

Embarazada. La palabra queda suspendida en el aire y hace que me hierva la sangre. Porque me entran ganas de reventar cabezas solamente de imaginar que algún capullo haya dejado preñada a Ivy.

Deja caer la cabeza sobre mi pecho y siento el calor de su cuerpo atravesarme la piel.

—No estoy embarazada —refunfuña.

Dejo a un lado la opresión que siento en el pecho y me centro en lo que importa ahora mismo. Ya tendré tiempo de analizar mi reacción más tarde.

—Vamos, bebe —insisto—. Solo un sorbito y te llevo al sofá. Luego podrás quedarte ahí toda la noche si quieres.

—Tengo que ir a trabajar —balbucea, con los ojos aún cerrados.

—No, no tienes que ir a trabajar. Llamaré a mi hermano y le diré que estás enferma.

—Pero...

—Ivy, por favor —la interrumpe Joe, rayando en la desesperación —. No puedes ir a trabajar en este estado. Nash lo entenderá. No se acaba el mundo.

Las palabras de su hermano han debido de calar porque, al momento, se da por vencida y da un sorbo.

Una vez que ha terminado, le estoy devolviendo el vaso a Joe cuando Ivy pone una mano sobre la mía y contengo la respiración. Me siento ridículo en cuanto comprendo que solo se estaba apoyando en mí para incorporarse.

—Deja que te lleve al sofá —digo, porque al parecer me encanta torturarme.

—Cama —musita—. Mi cama.

En mi oficio, a menudo he tenido que llevar a gente en brazos: hombres, mujeres y niños. Mi única preocupación en esos momentos era ponerlos a salvo enseguida.

Ivy, sin embargo, despierta en mí un instinto protector como nunca. Salvaje, primitivo e inoportuno. Aunque su cuerpo y el mío encajen de maravilla y me sienta invencible por el solo hecho de que confíe en que velaré por ella estando indefensa, más me vale echar el freno si no quiero estrellarme.

Cuando Joe abre la puerta de su dormitorio, percibo el inconfundible olor a sábanas limpias. El lugar está impoluto. No esperaba menos. Aparte de una cama que ocupa casi toda la estancia, no hay más muebles que un escritorio y una cajonera. Unas cortinas blancas tapan las vistas al jardín trasero y hacen juego con la colcha, que tiene un estampado de flores azuladas y pájaros.

Es acogedor. Le pega.

Emite un gruñido cuando la dejo sobre la cama, y Joe corre a arroparla.

—Ahora te traemos más agua y la medicación —le digo con dulzura. No sé si tendrán algo en el botiquín, pero seguro que yo sí.

—Ford —susurra Joe, indeciso, a mi espalda.

Señalo hacia el salón con la barbilla, indicándole que me espere allí.

—Da un grito si nos necesitas —le digo a Ivy, pasándole un mechón de pelo suelto por detrás de la oreja—. O escríbenos. De todos modos, iremos pasando cada poco a ver cómo estás.

—¿Te quedas? —pregunta, en un hilo de voz.

—Pues claro que me quedo. También llamaré a Nash. Tú descansa, ¿vale? No te preocupes por nada.

Sus dedos rozan los míos y se le cierran los ojos.

—Gracias, Ford.

Cuando salgo del dormitorio, Joe me está esperando en la cocina, paseando de aquí para allá sin dejar de morderse la uña del pulgar.

—Se pondrá bien —lo tranquilizo sin alzar la voz—. Seguramente ha cogido un virus.

Él asiente, aunque no parece muy convencido.

—¿Qué tiene que tomarse?

—¿Puedo ver qué medicamentos tenéis?

En cuanto encuentro lo que buscaba, lo dejo en la encimera de la cocina junto a un vaso de agua para llevárselo al dormitorio más tarde.

—Ford... —farfulla Joe, acercándose a mí—. Tengo que salir.

Lo miro extrañado.

—¿Ahora?

—Sí. Suspendí Física y, como a Ethan se le da tan bien, estoy estudiando con él. Tenemos otro examen la semana que viene —me explica.

—Vale. Ve a estudiar. Yo me quedo.

—¿En serio?

Asiento. Tenía pensado quedarme aunque Joe no se fuera. ¿Cómo iba a dejar a un adolescente al cuidado de una persona enferma?

—¿Ford?

—Dime, colega.

—¿Te gusta mi hermana?

Se hace el silencio entre nosotros y mi corazón da un salto mortal de la hostia.

Me lo quedo mirando. Él contiene una sonrisilla.

—¿No tienes que estudiar para un examen?

Su sonrisa se ensancha.

—Lo suponía.

—No sé de qué hablas.

Niega con la cabeza, sonriendo ya de oreja a oreja.

—Por mí no habría problema..., que lo sepas.

Ni hace falta que dé más explicaciones ni yo respondo. En el silencio que se ha hecho entre los dos, le cuento todo aquello que no me atrevo a confesar en voz alta.

—Ve informándome —dice, con el puño en el aire.
Se lo choco.
—Avísame cuando llegues allí y cuando vuelvas a casa —le pido.
—Vale.
Cuando se va, todavía no se le ha borrado la sonrisilla de la cara.
¿Y yo? Yo estoy bien jodido.

18

Ivy



Todo está a oscuras cuando abro los ojos. Grogui y desorientada, me devano los sesos tratando de averiguar por qué me siento como si me hubiera pasado una apisonadora por encima. Entonces recuerdo cada detalle de lo ocurrido y gruño tan fuerte contra la almohada que me retumba la cabeza.

Parece ser que no tengo bastante con desmayarme delante de Ford; también tenía que vomitar en su cara.

—¿Ivy?

Como si el universo se burlara de mí, Ford aparece en el umbral de la puerta.

—¿Estás bien?

Me muero de vergüenza y, a pesar de que todo me duele demasiado como para moverme, quiero echar a correr.

—Mejor —opto por responder, ya que, al menos, se me han pasado las náuseas. Ya puedo darme con un canto en los dientes.

La habitación parece menguar cuando Ford entra. Trae un vaso de agua en la mano, lo que me recuerda que me ha estado sujetando el pelo en el cuarto de baño.

Tengo la garganta tan seca que casi le arranco el vaso de las manos.

Cuando me lo da, doy el trago más largo de la historia.

—¿Cuánto rato llevo durmiendo?

—Cosa de una hora nada más. Joe se ha ido a casa de Ethan a estudiar. Me ha avisado hace un rato de que había llegado. ¿Te parece bien?

Asiento, sin saber cómo tomarme que se escriba con Joe o que me haya quedado a solas con Ford en casa estando enferma. Lo que tengo claro es que no me incomoda, lo cual solo puede significar que estoy de mierda hasta las orejas.

—En una escala del uno al diez, ¿cómo te ves para ir al hospital?

—Menos uno —respondo con sinceridad, dejando el vaso vacío en la mesita de noche—. Aún tengo el estómago un poco revuelto, pero ya no me encuentro tan mal.

—Pero ¿crees que deberíamos ir al médico? —insiste.

—Eres como una mamá gallina.

Me lanza una mirada impasible.

—Solo es un virus —lo tranquilizo.

—¿Estás segura? —Vacila—. Joe ha dicho antes que...

Se me suben los colores, y no por la fiebre precisamente.

—No estoy embarazada.

—Hum.

Voy a tener que decirlo, ¿no?

—Hace dos años que no estoy con un tío. Imagino que sabes de dónde vienen los niños, ¿no?

—Vale —responde nervioso, evitando mirarme a la cara. Qué mono. Una pena que no haya luz para ver si se ha puesto rojo—. Nada de embarazo, entonces. Bien. Es decir, a menos que fuera lo que buscabas. Yo qué sé. Tal vez tú quieras... ¿Sabes qué? Que mejor me callo.

Pues sí que está como un flan.

Esbozo una sonrisilla mientras estiro los brazos por encima de la cabeza.

—No quiero ser madre, así que son buenas noticias.

Se cruza de brazos. Es puro músculo.

—¿No quieres tener hijos?

Enarco una ceja.

—¿A qué viene tanta sorpresa?

—¿Puedo sentarme?

Doy unas palmaditas sobre el colchón y me incorporo con cuidado hasta apoyarme en el cabecero. Cruzo las piernas bajo las sábanas y trato de mantener la compostura. Las mariposas de mi estómago

están revolucionadas porque Ford se ha sentado en mi cama, y preferiría que no se me notara.

—No te estaba juzgando. Yo tampoco quiero críos. —Está inclinado hacia delante, con las piernas separadas y los antebrazos sobre las rodillas. Se le ve relajado y me mira con la serenidad propia de alguien que tiene todo el tiempo del mundo—. Me has pillado por sorpresa porque no conozco a mucha gente que piense así. Todos mis colegas son padres o quieren serlo. Rhys tiene a Lexi. Nash no tiene hijos, pero le gustaría. Algún día, cuando se canse de estar soltero.

Cierto aire de intimidad impregna el ambiente. Supongo que por eso hablo con voz más queda de lo habitual.

—¿Hay algún motivo por el que no quieras ser padre? Te lo pregunto solamente por cotillear.

Él no responde de inmediato, como si lo estuviera sopesando. El silencio entre los dos jamás resulta incómodo, así que no me importa.

—Los críos son la leche. No creo que sean un estorbo ni un incordio —se explica—. Me encanta estar con Lexi. Si algo les pasara a sus padres, yo me ocuparía de ella sin pensármelo dos veces, como hiciste tú con Joe. Pero nunca he querido ser padre. No sé por qué. Tal vez sea porque tengo un trabajo muy exigente o porque sé lo que es tener un padre bombero, o simplemente porque nunca he soñado con ello.

—¿Tu padre era bombero?

—Sí. Ya está jubilado, pero mi madre lo pasó mal. Mis hermanos y yo también, porque no lo veíamos demasiado. Tampoco mola saber que tu padre entra en edificios en llamas y que quizá algún día no vuelva a casa.

—Ya me imagino. —Hasta a mí me pone los pelos de punta que Ford lo haga, y eso que ni somos pareja. No sé por qué me preocupa tanto, pero bueno.

Deja escapar un profundo suspiro.

—Pero ni siquiera es por eso. Porque si de verdad quisiera ser padre, me plantearía cambiar de profesión. O intentaría compaginarlo, como hizo mi padre.

—No quieres tener hijos, sin más, y esa es una razón tan válida como cualquier otra —le aseguro, para que no se sienta mal—. No tienes que justificarte.

Ford asiente, absorto en sus pensamientos, y luego pregunta:

—Y tú, ¿qué? ¿Por qué no quieres tú?

Me abrazo las rodillas, indecisa. No es que no confíe en Ford, sino que nunca lo había dicho en voz alta. Y cada vez que pronuncio las palabras en la intimidad de mi mente, oigo una vocecilla que me tacha de egoísta y egocéntrica.

—Nunca he... —De repente me sudan las manos por los nervios, pero sigo adelante. Porque estoy hablando con Ford y, si me encuentro más a gusto con él de lo que lo he estado jamás con cualquier otro hombre, por algo será—. De pequeña, yo no soñaba con bodas y bebés. Tan solo quería ser feliz, dedicarme a lo que me apasionaba y compartir mi vida con alguien que me quisiera.

»Llevo años cuidando de mi hermano, incluso antes de que me concedieran su custodia. Mi madre estaba enferma y mi padre trabajaba muchísimo, de modo que Joe y yo pasábamos mucho tiempo con la abuela. Y aunque no dejaba de ser una adulta, estaba un poco pachucha, así que me tocaba a mí ocuparme de Joe. Sé que suena fatal; la abuela nos quería muchísimo e hizo todo lo que pudo. Nosotros la adorábamos.

—No te martirices. Hiciste lo que tocaba. —Me da un apretón en la rodilla, por encima de las sábanas, para animarme—. Sigue.

—Mi madre murió cuando yo tenía dieciséis años y Joe, seis. Cáncer. Mi padre lo pasó fatal. No hablaba de ello, pero yo se lo notaba. —Al recordar aquellos años, un suspiro entrecortado escapa de mis labios—. Entonces empecé a trabajar para ayudar en casa con Joe y las facturas, al tiempo que me las apañaba para graduarme en el instituto. Después, solo por tener algún título más, fui a clases nocturnas de Marketing. Perdí el contacto con todos mis amigos porque se fueron a la universidad, salían de fiesta o hacían cosas que a mí me quedaban lejos, porque no me sobraban ni el tiempo ni el dinero. Pero no me arrepiento de nada. A ver, no fue un camino de rosas, pero no iba a permitir que a Joe le faltara de nada.

Su expresión deja vislumbrar algo que no alcanzo a identificar.

—¿Por eso no quieres que Joe trabaje? —pregunta.

Bingo, ha dado en el clavo.

—Sé lo que es tener que trabajar siendo tan joven, sobre todo cuando es por necesidad. Te absorbe y descuidas todo lo demás, incluido a ti mismo —digo—. Joe merece una vida mejor, Ford. Merece tener una adolescencia normal, estudiar aviación y ser un piloto cojonudo. Pero si se pone a trabajar ahora porque me ve apurada, como me pasó a mí con mi padre, todo se irá a la mierda. Desperdiciará su vida y sus sueños tratando de ayudarme.

Ford empieza a trazar suaves círculos sobre mi rodilla con el pulgar. A pesar de la gruesa colcha, sus caricias hacen que me arda la piel.

—Por eso no quiero tener hijos. Casi he sido una segunda madre para Joe y ahora soy su tutora legal. Tal vez quede como una mala persona, pero no me apetece volver a pasar por eso. Quiero a Joe y pienso dárselo todo, siempre. Pero me da repelús solo de pensar en llevar en el vientre durante nueve meses a una criatura de la cual seré responsable hasta que me muera. Me siento atrapada. Algún día me gustaría ser la dueña de mi vida y, si tengo hijos, no lo lograré jamás. Es una experiencia preciosa, pero solo si es lo que buscas...

—Y ¿por eso crees que eres egoísta? —pregunta en voz queda.

Asiento levemente.

—Pues no lo eres, Ivy. Ni lo más mínimo. —Vuelve a darme un apretón en la rodilla—. Estoy alucinando contigo; lo sabes, ¿no?

Sus palabras me dejan de piedra y contengo la respiración.

—La vida ha sido injusta contigo, pero no dudes jamás de que eres lo mejor que le ha pasado a Joe —dice, y me derrumbo—. Eres la hostia de inteligente, una artista como la copa de un pino y siempre tienes una sonrisa para los demás. Yo te admiro muchísimo. Entiendo que debas mirar por Joe, pero ¿cuándo te va a entrar en la cabeza que también tienes que pensar en ti?

Sacudo la cabeza, con la mirada perdida en el escaso espacio entre los dos.

—Lo haré cuando Joe entre en la escuela de pilotos.

—¿Por qué no ahora?

—Porque tengo obligaciones y no puedo distraerme. No puedo. —Con la respiración entrecortada, vuelvo a mirarlo—. Perdona, no pretendía darte la lata.

—No te disculpes. Me gusta escucharte. Me gusta estar contigo.

Sonrío, a pesar de que el corazón casi se me sale por la boca.

—¿Aunque haya echado hasta la primera papilla?

—Sí, incluso así.

—Fíjate. Quién te ha visto y quién te ve —bromeo, un poco más tranquila ahora—. De pensar que estaba ligando contigo a aguantar mis lloriqueos encantado. Cómo cambian las cosas.

Ford se ríe por lo bajo.

—Bueno, ya que nos estamos desahogando...

Le doy un empujoncito en el muslo, animándolo a continuar.

Se pasa una mano por el pelo.

—Sabes que estuve casado, ¿verdad?

—Sí, me lo contaste.

Si al recordarlo siento una chispita de celos, es cosa mía y de nadie más.

—Nos divorciamos porque la pillé en la cama con su ex. En nuestra cama. Después me tachó de ser un mal marido por no querer tener hijos. Lo raro es que le dejé las cosas claras desde el principio y ella siempre dijo que no quería ser madre. Supongo que cambió de opinión y, al ver que yo no..., parece ser que no le quedó otra que pegármela.

Me quedo patitiesa.

—¿Estás de broma?

Cuando Ford niega con la cabeza, estoy que echo humo. Yo le diría cuatro cosas a esa...

—Es agua pasada —me asegura, al ver mi cara de rabia—. Ni la echo de menos ni quiero volver con ella. En absoluto. De todos modos, nunca estuvimos bien; discutíamos mucho. No éramos compatibles.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos? —pregunto, aunque no tengo claro si quiero saber la respuesta. Hablar sobre la vida romántica de Ford me ha devuelto las náuseas.

—Once meses casados y un año de novios, así que unos dos años en total —aclara.

—Gracias por contármelo —digo—. Espero que se haya largado de Harmony Hills, porque tal vez se encuentre las ruedas reventadas.

—Para el carro, loca. —Se ríe por lo bajo y junta el pulgar con el dedo índice—: Eres así de pequeñaja.

Lo fulmino con la mirada.

—Sé dónde vives.

—Qué miedo.

—Deberías tenérmelo. —Niega con la cabeza y le dedico una sonrisa traviesa—. Pues espero que sepas que no fue culpa tuya que te engañara ni de tu decisión de no tener hijos. Lo que pasa es que era una egoísta de mierda. No te machaques.

—No lo hago —responde—. Pero gracias por decirlo. Significa mucho para mí. Aunque siempre me lo repita a mí mismo, se agradece oírlo de boca de otros.

—Si quieres que te lo repita cada día, dímelo.

Ford se ríe por lo bajo.

—Eres de lo que no hay, Ivy.

Cruzamos una mirada, pero esta vez es... diferente. Familiar, pero no del todo. Porque nunca se me había cortado el aliento al mirarlo; no de esta manera. ¿Está más cerca de mí que antes?

No va a besarme. No me jodas, que acabo de vomitar. Y aunque no lo hubiera hecho, si yo no le gusto.

Carraspeo. Si me he puesto roja, espero que lo achaque a la fiebre.

—Oye, ¿te ha dicho Joe cuándo volvería?

—No, pero puedo escribirle o llamarle si quieres.

—Tranquilo. Si está con Ethan, estará bien. —Desvío la mirada hacia el portátil, que no recordaba haber dejado sobre la cómoda. Antes era de Joe, hasta que el verano pasado sus amigos le regalaron un ordenador *gamer* por su cumpleaños—. ¿Quieres irte a casa o tienes algo que hacer?

—Ni una cosa ni la otra —responde con firmeza—. Me quedaré hasta que Joe vuelva.

—No necesito niñera.

—Suerte que lo has dicho, porque estaba a punto de llamar a una.

Pongo los ojos en blanco como respuesta.

—¿Una peli, pues? Prometo no vomitarte encima.

—Joder, con las ganas que tenía... —bromea él con cara de póquer—. Vale. ¿Vamos al sofá?

—Estoy muy cansada para salir de la cama. ¿Me acercas el portátil, porfa? —Señalo hacia la cómoda—. Está ahí.

Nos pasamos los cinco minutos siguientes discutiendo qué película de superhéroes ha sido la más infravalorada durante la última década y, al final, acabamos decidiéndonos por una comedia romántica de principios del 2000 que Ford no ha visto.

Le doy al play y se sienta en el extremo opuesto de la cama, literalmente en el borde. No es que se lo esté mirando, pero juraría que tiene medio culo fuera.

—Puedes tumbarte si quieres, ¿eh? —Palmeo un lado del colchón. La cama es lo bastante grande para que quepamos los dos sin tocarnos—. Me pone nerviosa verte ahí sentado de esa manera.

Me mira con recelo.

—¿Estás segura?

Me limito a responder dando otra palmadita en el colchón.

Sin añadir palabra, se descalza y se acomoda en la cama, a cierta distancia de mí. Se tumba bocarriba y descansa una mano sobre el vientre mientras mira la película, como debería estar haciendo yo.

Solo que, entre las palpitaciones de mi corazón y el calor que emana de su cuerpo, no consigo concentrarme.

El mismo calor que me envolvía hace un rato de camino a mi dormitorio. Puede que estuviera fuera de mí, pero eso no quita que quiera más. Que lo ansíe.

Como tampoco quita que lo haya oído llamarme «tesoro» mientras me sujetaba el pelo en el lavabo. Si no me lo he imaginado, claro.

Da igual. Para él nunca seré nada más que esa vecina medio chalada a la que ve como a una amiga. Y debería conformarme con eso.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta al rato de estar viendo la película.

—Mejor. Mañana estaré como nueva —digo en voz baja—. Este virus no va a poder conmigo.

Se queda en silencio. Después dice:

—Ivy.

—¿Hum?

—¿Puedo ser sincero?

Despacio, vuelvo la cabeza hacia él y lo encuentro mirándome.

—Me das miedo, pero vale.

—No creo que hayas cogido ningún virus —dice con cautela—. A ver, podría ser. No soy médico. Pero, cuando éramos pequeños, mi madre se ponía enferma cada dos por tres por culpa del estrés.

Antes de que termine la frase, ya estoy negando con la cabeza.

—Escúchame —insiste—. Estás pasando un período muy duro desde que tu tía le pidió a Joe que se fuera a vivir con ella...

Pongo la película en pausa.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Tu hermano me lo contó —dice con parsimonia—. Lo vi en la estación de bomberos con la bici y parecía agobiado. Le pregunté si estaba bien y entonces se desahogó.

Siento una punzada en el pecho que me revuelve por dentro, y no son náuseas. Tampoco es por Ford; no son más que mis inseguridades haciendo acto de presencia.

—He dicho algo que no debía, ¿verdad? —pregunta al verme tan callada.

—No es eso. —Suspiro, dudando hasta dónde contarle.

Aprieto los labios en una delgada línea. ¿Qué pasa si me odia por esto?

Se pone de lado en la cama para mirarme de frente y aguarda sin pronunciar palabra. Y es precisamente eso, su forma de alentarme en silencio, lo que me hace comprender lo absurda que estoy siendo.

Se trata de Ford. Él me apoya.

—Te preocupas un montón por Joe y eso significa muchísimo para él. Y para mí. De verdad —empiezo a decir, midiendo bien mis palabras—. Lo que pasa es que... No sé. Desde que nos conocemos, no has hecho más que socorrerme. Primero me desmayo, después

me da una crisis existencial en el porche, ahora vomito..., y tú siempre estás ahí.

—Ivy...

—Déjame terminar, por favor. —Exhalo un suspiro entrecortado y Ford asiente—. Voy a quedar como una desagradecida, pero tengo la impresión de que te damos lástima. Como si te sintieras obligado a estar pendiente de nosotros porque tengo veintiséis años y soy la única responsable de Joe. No lo sé. Puede que solo sean imaginaciones mías. Llevo tanto tiempo sacándome las castañas del fuego a mí misma que se me hace raro pedir ayuda.

Me esperaba cualquier respuesta menos la que me da:

—Tienes razón.

Lo miro extrañada.

—Ah, ¿sí?

—Mi madre siempre ha dicho que tengo complejo de salvador, o algo así —asiente—. Dice que somos todos iguales: mis hermanos, mi padre y yo. Lo cual explicaría el porqué de nuestra profesión. Mi padre y yo somos bomberos, Rhys es la mano derecha del sheriff y Nash siempre ha sido muy sobreprotector. Así que, sí, tienes razón. Perdona por meterme donde no me llaman.

Parpadeo.

—¿Alguna vez te han dicho lo perceptivo que eres?

Suelta una risotada.

—No, pero te agradezco el cumplido. Me alegro de que los años de terapia hayan servido para algo.

Tal vez yo también debería probar. Y a Joe no le vendrían mal unas sesiones.

—Tienes un pasado, lo entiendo —continúa—. Y no, no has quedado como una desagradecida. Estás en todo tu derecho de sentirte así. ¿Queréis que os deje en paz de ahora en adelante?

—No es eso —digo, repasando el estampado de flores de la colcha —. No quiero que nos dejes en paz. Yo te considero un amigo.

—Vale, porque yo también te considero una amiga a ti —apunta.

—Lo que pasa es que me sabe mal andar metiéndote siempre en follones. Estoy convencida de que tenías mejores cosas que hacer esta noche que venir a sujetarme el pelo mientras vomitaba.

—Pues no.

Me lo quedo mirando.

—No —repite—. Ven aquí.

Me da un vuelco el corazón cuando entiendo que con «aquí» se refiere a sus brazos.

Con las pulsaciones a mil por hora y sin sacarme de la cabeza que estamos en la cama, recorro la distancia entre los dos. Ford me abraza por la cintura y me atrae hacia él. Apoyo la cabeza en su hombro y aspiro el aroma a limpio de su piel hasta que mis nervios van desapareciendo muy poco a poco.

Como no me suelte, me quedaré frita aquí mismo, entre sus brazos.

—Nunca me has metido en ningún follón porque ni tú ni Joe sois así —dice con suavidad, arrullándome con su voz—. Y tampoco me dais lástima. Me preocupo por vosotros, que es distinto. Por los dos. Pero si eso te incomoda, mantendré las distancias..., a menos que estés realmente en peligro. En ese caso, nada de lo que digas o hagas podrá apartarme de ti. ¿Trato hecho?

¿De dónde ha salido este hombre? Debo de estar soñando.

Cierro los ojos y lo estrecho con más fuerza.

—Trato hecho.

—Pero, como amigo y sufridor recalcitrante —añade—, iba en serio cuando decía que tienes que mirar por ti.

Lleno los pulmones de aire.

—Creo que no sé hacer eso.

—¿Te doy ideas?

—Hum...

—Ven conmigo a tomar algo el domingo —propone, y mi corazón pega tal salto que estoy convencida de que lo ha notado—. Los domingos libras, ¿no?

Tengo la boca seca.

—Sí.

—Bien. Pues ven a distraerte conmigo un rato. A algunos de mis compañeros les gusta la noche de trivia que organizan los domingos en el bar. Yo nunca voy porque soy más casero, pero tal vez nos echemos unas risas si participamos juntos.

—No recuerdo la última vez que puse un pie en un bar —digo, más para mí que para él—. Soy patética.

—No, solo eres una adicta al trabajo. ¿Te apuntas, entonces?

Me aparto de él lo justo para mirarlo a la cara. Pero mis ojos me traicionan y me recreo una eternidad en su boca. El calor se acumula en mi interior y me pregunto cómo puedo estar pensando en lanzarme cuando Ford no ha hecho otra cosa que ser un buen amigo.

Me obligo a levantar la vista y encuentro sus ojos clavados en mis labios. Una brevísima mirada suya, deliberadamente lenta, y se me dispara el pulso, que retumba al ritmo de un secreto que mi corazón se niega a admitir.

—Me apunto —susurro.

—Bien —dice, con voz áspera—. ¿Terminamos de ver la película?

Asiento y vuelvo enseguida a mi lado de la cama, manteniendo las distancias a pesar de que sigo sintiendo su calor pegado a mi piel. Cada vez que se mueve, el corazón me traiciona, desbocado por algo tan inocente como su olor.

Una vez que mi hermano ya está en casa y Ford se ha ido, meto las manos debajo de la almohada para dejar de buscar el vacío que ha dejado tras de sí. Temo no ser capaz de volver a dormir en ese lado de la cama.

Antes de quedarme dormida, me repito mentalmente, como un mantra a la desesperada: «Ni ahora ni nunca. Quítatelo de la cabeza».

No funciona.

19

Ivy



El domingo no tengo la cabeza más que para dos cosas.

La primera es que Ford me abrazó. En mi cama. Allí estaba yo, apretujada contra su pecho mientras me decía cuánto le importamos Joe y yo. No lo soñé.

Cuando mi hermano volvió a casa, poco después de medianoche, vio a Ford echado en mi cama y no sabía dónde meterse (y eso que ni siquiera nos tocábamos), momento que aproveché para abroncarlo por la hora de llegada. Tenía clase al día siguiente.

Si no fui hecha un basilisco a pedirle explicaciones a la madre de Ethan por haberlos dejado hasta tan tarde un día de diario, fue por porque Joe sacó un notable alto en el examen de Física del viernes. Bache superado, por lo que se ve.

La segunda cosa que no me he quitado de la cabeza en toda la semana son las palabras de Ford.

«¿Cuándo te va a entrar en la cabeza que también tienes que pensar en ti?».

No es por ponerme melodramática, pero pensar en mí no es algo a lo que esté acostumbrada. Antes de Joe, creo que yo era lo único que unía a mis padres (resulta que empeñarse en seguir casados por el bien de los hijos acaba siendo peor que el divorcio en sí), después nació mi hermano y no he hecho más que desvivirme por él desde entonces. Y con mucho gusto.

Daría mi vida por Joe sin pensármelo. Y, en cierto modo, supongo que eso es lo que he estado haciendo. Sin la parte trágica.

Como le dije a Ford, no recuerdo la última vez que salí a tomar algo. Imagino que sería en Nueva York, y ya ha llovido mucho desde

entonces. Como nunca me ha ido mucho la fiesta, no es algo que me raye, pero entiendo a qué se refería.

Me he olvidado de mí misma. ¿Cuándo fue la última vez que quedé con algún amigo?

«Amigos».

De adolescente, cuando tuve que ponerme a trabajar para ayudar a mi padre tras la muerte de mi madre, mi grupo de amigos me dejó de lado. Nunca disponía de tiempo libre y, a pesar de tener su misma edad, me consideraban «demasiado madura». Después de aquello, ni me molesté en conocer a gente nueva.

A ver, quiero pensar que soy una buena persona. Soy maja y atenta. Pero nunca he dado prioridad a lo de hacer amigos, y tal vez haya llegado el momento de cambiar eso.

Caray, ¿desde cuándo no hablo con Alma? Desde que me mudé a Harmony Hills, como poco.

Congenié con Alma en mi primer día de trabajo en la ciudad. Era una chica tímida, un año menor que yo, y jamás rechistaba al asqueroso del jefe (era su ayudante). Tal vez sea cosa de hermanas mayores, pero con ella me salía la vena protectora.

Alma disfrutaba estando en silencio; no necesitaba parlotear sin parar, cosa que me gustaba de ella. Nos gustaban las mismas comedias románticas y ambas soñábamos con comprar una mansión victoriana en el bosque (que estuviera encantada) para reformarla. Pasábamos juntas cada minuto que Lowell la dejaba salir de su despacho para ir a comer: ella leyendo y yo, dibujando.

Como tuve que marcharme de la ciudad de repente, no llegamos a despedirnos como es debido. Durante estos meses, mi nueva vida me ha tenido tan absorbida que apenas he pensado en ella. Qué asco que doy.

Antes de que se me vuelva a pasar, busco su nombre en mis contactos y le envío un mensaje.

Hola, Alma! Perdona por desaparecer. Esto está siendo de locos. Pero Joe está genial y yo voy

tirando (ha sonado fatal  estoy bien). Qué tal tú? Cómo va por la oficina? Si te apetece, cuando puedas hacemos una videollamada, que tengo ganas de ponernos al día. De nuevo, siento no haberte dicho nada hasta ahora. Espero que vaya todo bien 

Listo. Enviado.

Con un profundo suspiro, lanzo el móvil sobre el colchón y centro mi atención en mi actual quebradero de cabeza.

No sé qué ponerme esta noche.

Ford me ha dicho que me recogería a las seis y media. Faltan cinco minutos y ya me he cambiado cuatro veces de ropa, como una desquiciada. No tenemos una cita. No entiendo a qué viene tanta indecisión de pronto por cuatro trapos.

—¿Todavía estás así?

Doy un bote al oír a Joe a mi espalda. Hace unas horas que hemos vuelto de grabar aviones y daba por hecho que seguiría encerrado en su cuarto, editando. Además de nuestro parecido físico, ambos también necesitamos estar a solas para recargar las pilas.

Se ha puesto un pantalón de chándal y la camiseta que le regalé el año pasado, que para verano le quedará ya por encima del ombligo. Qué pena ver lo rápido que crece.

—Sí. ¿Cómo está quedando el vídeo?

—No lo he editado todavía. Me he estado viciando con un videojuego de carreras con Bradley y su primo. Es un novato, pero me divierto. —Joe se hunde en mi cama sin el menor miramiento—. Bueno, ¿qué te vas a poner para tu cita con Ford?

Casi me atraganto.

—No es una cita.

—Y yo soy un holograma y en realidad no estoy en este dormitorio. —Pone los ojos en blanco—. No entiendo por qué no admites que te mola.

—¿Quieres hablar de eso? Porque me juego lo que quieras a que a ti te mola alguien y no quieres que tu hermana se entere. Venga, cuéntame.

Joe gruñe.

—Soy un niño. No se le hacen estas cosas a los críos.

—Un niñato, eso es lo que eres.

—Paso de ti. —Se levanta de la cama y mete la cabeza en mi armario—. ¿Qué te parece esto?

Coge una blusa blanca que ni recordaba que tenía. No me la pongo desde que puse un pie en la oficina de Manhattan; como si esa vida perteneciera a otra persona.

Sacudo la cabeza.

—Eso es pasarse. Vamos al bar. Además, ¿desde cuándo te interesa la moda?

Soy yo quien le sigue comprando la ropa porque se niega a ir de tiendas. Y encima le gusta ropa de lo más sosa y aburrida.

—Oye, tengo buen gusto. Que lo sepas.

—Qué va. Si pudieras, irías en chándal y sudadera a tu propia boda. Lo más fino que te he visto ponerte han sido unos tejanos.

—Tejanos. Buena idea. —Coge unos tejanos negros que me sentaban bastante bien la última vez que me los puse, hace seiscientos años o así—. ¿Y estos? No, espera. Ya sé.

Antes de que pueda abrir la boca, vuelve a guardarlos y coge otra percha.

—Ponte esto. Hazme caso.

Me quedo mirando el vestido que acaba de darme. Debía de estar al fondo del armario porque me había olvidado por completo de que existía siquiera. Que conste que no es práctico para el día a día: con estampado de flores rosas sobre fondo negro, cae fluido por encima de las rodillas. Es ideal para el otoño por ser de manga larga y tiene un escote en pico un pelín más pronunciado que el resto de mi ropa.

¿Para ir al bar? Es mono. Muy mono.

—Tienes que reconocer que tengo buen ojo —fanfarronea.

—Pues sí, la verdad. —A mí no se me habría ocurrido ponerme algo así esta noche, pero me ha convencido—. Tendré que dejar que mi hermano adolescente sea mi asesor de imagen. Vaya tela.

—Ni que los adolescentes fuéramos tontos —dice riéndose.

—No he dicho que seas tonto, pero sí un poco tocapelotas a veces. —Lo echo del dormitorio—. Venga, largo. Tengo que cambiarme. Ford llegará en...

Justo a tiempo, llaman al timbre.

—Voy —dice Joe, la mar de emocionado—. Me siento como un padre en la noche del baile de su hija.

—Largo. —Lo empujo por la puerta.

Joe carraspea y pone voz grave.

—No me gusta que salgas con ese macarra del instituto, cielito...

—Adiós.

Le cierro la puerta en las narices y lo oigo carcajearse al otro lado. Negando con la cabeza, respiro hondo y trato de olvidar su comentario sobre mi cita con Ford. Tengo que encontrar unas medias negras, y rapidito.

Y, como las paredes de esta casa son de papel, me entero de su conversación después de que lo haga pasar.

—No volváis tarde —le dice Joe, todavía con voz de padre.

Voy a matarlo.

—No, señor —responde Ford muy serio, siguiéndole el rollo.

—Tengo un bate de béisbol y no dudaré en usarlo.

—Lo comprendo, señor.

Vaya par de payasos.

—Bueno, ¿qué plan tenéis para esta noche? —pregunta Joe, de nuevo con su voz normal—. Ivy me ha comentado algo sobre un concurso.

Encuentro las medias, que por suerte no tienen ninguna carrera, y me las pongo. Y ahora ¿dónde he metido las botas?

—Vamos a la trivia que organizan en Denny’s, junto a la farmacia de toda la vida. ¿Sabes dónde digo?

—Sí.

—Comeremos algo, quizá nos tomemos una copa y para casa. No es nada del otro mundo —explica Ford—. Te diría que vinieras, pero es para mayores de edad. Lo siento, colega.

—Da igual. Jugaré en el ordenador con mis amigos y cenaré paninis y helado, así que no estaré tan mal.

—Pinta bien. Pero, para la próxima, podemos hacer algo los tres juntos.

Me da un vuelco el corazón. Más me vale cuidarme de fantasear con un mundo donde el dinero no es un problema, donde mi tía no quiere arrebatarme a Joe y donde tengo la libertad para admitir que...

Que tal vez estoy coladita por Ford.

Que tal vez me gusta un poquitín de nada.

Hala, ya lo he dicho. Hay que ver lo madura que soy admitiendo lo que siento y tal.

Me pongo unas botas negras y una chaqueta, me saco el pelo de dentro para que me caiga en ondas por la espalda (nunca me peino; me lo dejo al natural) y cuento mentalmente hasta tres..., hasta tres cosas que no he de olvidar:

«Esto no es una cita».

«Solo hemos quedado como amigos».

«Solo porque esté colada por Ford no significa que yo le guste a él».

Bien. Dejemos mis esperanzas donde estaban: por los suelos.

—Hola, Ford. Ya estoy lista —digo entrando en la cocina.

Se queda boquiabierto cuando me ve, pero no le doy muchas vueltas. Es la primera vez que me ve vestida así, por lo que es normal que haya reaccionado de esa manera.

—Hola. —Sonríe con la misma dulzura de siempre—. Estás fantástica.

«Esto no es una cita. Esto no es una cita. Esto no es una cita».

—Tú también —respondo, en un intento de aparentar mi desparpajo habitual.

Pero no es mentira; los tejanos y la chaqueta marrón resaltan los reflejos rubios de su pelo, que suele parecer más castaño. Nada de lo que lleva puesto disimula que está más fuerte que un roble, ni el hecho de que es el tío más macizo que he visto en mi vida.

Joe se aclara la garganta.

—No diría que no a unas alitas de pollo picantes.

—Alitas. S-sí, claro —balbuceo, volviendo a la realidad.

—De las picantes —repite Joe.

—Picantes. Oído. —Aunque no sé si es verdad, porque ahora mismo mi cerebro va a marchas forzadas.

Esto pinta mal. Pinta muy mal.

—¿Lista? —pregunta Ford—. Podemos ir en mi coche.

—Sí, vale. —Le aprieto el brazo a Joe al pasar, rezando para recuperar la compostura—. Pórtate bien y no te pases con el helado o te dolerá la barriga; te lo digo por experiencia. Te quiero.

—Yo también. Pasadlo bien y no te olvides de las alitas.

—No. —Lo intentaré, al menos—. Hasta luego, mocoso.

—Adiós, Ives. Adiós, Ford.

Se despide con un gesto de la mano.

—Nos vemos, colega. No volveremos tarde.

Joe se encierra en su habitación y Ford me sigue hasta la puerta. Sentir su presencia detrás de mí, sabiendo que vamos a tomar algo los dos solos, no contribuye mucho que digamos a mi fachada de persona normal. Pero yo puedo con esto.

Mis sentimientos no son correspondidos, pero soy una mujer adulta y lo superaré en menos que canta un gallo. Tal vez salir con él me ayude a ver que no podemos ser más que amigos. Tengo que intentarlo.



Mi fachada de persona normal se desmorona en cuanto entramos en el bar y Ford me pone una mano en la parte baja de la espalda para guiarme a través de la multitud.

Con lo que me había esforzado... En el coche hemos discutido sobre música country (a él le gusta, a mí no me va mucho) y solo me he fijado en sus enormes manos sobre el volante un par de veces. Todo iba bien.

Pero se me ha acelerado el corazón con su gesto protector.

«Estoy falta de cariño. Nada más».

Después de que Ford nos apunte al concurso y de pedir unas cervezas, nos sentamos a una de las mesas reservadas para la trivia y esperamos a que lleguen el resto de los participantes. El tipo de la

barra nos ha explicado que hay seis personas por equipo, que se hace una ronda de veinte preguntas y que el premio consiste en un cupón de treinta dólares, a gastar en el bar, para cada miembro del equipo ganador. Parece divertido.

Ford da un sorbo a su cerveza antes de dejarla sobre la mesa con un golpe. Me mira fijamente.

—¿Lista para el concurso?

Despego la etiqueta húmeda de mi botellín.

—Pues claro, pero te advierto de que quizá sea malísima. No era una lumbrera en el instituto.

No me preocupa demasiado quedar en ridículo delante de Ford (después del lamentable estado en que me ha visto este hombre, es demasiado tarde para eso), pero no me vendría mal que las alitas para Joe me salieran gratis.

Por debajo de la mesa, su rodilla choca con la mía y la deja ahí. Yo tampoco la aparto.

—Es solo para echar unas risas. No creo que sean preguntas difíciles —me anima.

—¿Sacabas buenas notas en el instituto?

—Notables, sobre todo. No lo habría conseguido de no ser porque mi madre se sentaba con nosotros cuando hacíamos los deberes. Para ayudarnos.

—¿Tienes buena relación con tus padres?

—Sí, los tres. Me refiero a mis hermanos y a mí.

Más que sentir pena o envidia por no haber vivido eso, me alegro por él. Todo el mundo merece una familia que lo apoye.

—Cuando se jubilaron, mis padres se compraron una casa en Deerfield Beach para huir del frío. Les encanta la zona. Pasamos buenos veranos en familia por allí cuando mis hermanos y yo éramos adolescentes, así que guardamos un buen recuerdo. Ahora viven allí con mi tía y mi tío, pero solemos vernos a menudo por videollamada.

—Qué hay, gente.

Me vuelvo al oír una voz vagamente familiar. Se me pone cara de sorpresa al ver a Ian apoyado en el borde de nuestra mesa con una sonrisa.

—Ah, hola. —Le devuelvo la sonrisa—. ¿Tú también participas?

—Ya lo creo. —Señala a los dos hombres que hay charlando a su espalda—. ¿Os importa si nos unimos? A no ser que ya tengáis equipo.

—Claro, adelante —digo.

Mientras Ian toma asiento junto a mí, Ford lo saluda con un gesto de la cabeza.

—Vaya, vaya, vaya. Mirad a quién tenemos aquí —bromea Ian, contemplando al hombre cuya rodilla sigue pegada a la mía—. ¿El jefe en la trivia? Jamás pensé que viviría para ver esto.

¿Ford acaba de gruñir?

—No te acostumbres.

A pesar del tono seco de Ford, Ian no ha dejado de sonreír.

—Me conformaré. Me alegra verte, jefe. Creo que no conocéis a mis colegas.

Ian nos presenta a Rob y Mack, dos amigos del instituto. Ford tampoco los conocía, lo que me lleva a preguntarme si Ian es amigo suyo o un simple compañero de trabajo.

Los otros dos siguen con su cháchara cuando Ian se dirige a mí:

—Oye, Ivy, no se te ve el pelo por Harmony Hills. Aparte del día en que se incendió el restaurante y nos trajiste dónuts. ¿Eres de por aquí?

—Sí, pero llevo tres años viviendo fuera. Por eso no me tenías fichada.

—Ah, guay. ¿Dónde vivías?

Me tiro un rato hablándole de la época que pasé en Nueva York y respondiendo a sus preguntas sobre cómo es vivir en una de las ciudades más frenéticas del mundo. Está ensimismado con nuestra conversación, se le nota en la cara y eso me gusta. A diferencia del cascarrabias que tengo al lado, que no ha dicho ni mu desde que Ian y sus amigos se nos han unido.

El camarero se sube a un pequeño escenario y da unos golpecitos al micro.

—Muy buenas, familia. Vamos a empezar con la trivia. ¿Estáis preparados para darle un poco al coco?

Nuestros compañeros de equipo aplauden antes de dar un trago a sus copas. Animado, Ian hasta me guiña un ojo.

—¿Lista para darles una paliza, Ivy? —me pregunta.

Al final, lo pasamos bien. Tanto yo como los chicos sabemos algunas de las respuestas, pero no tantas como para ganar el premio. La verdad es que no me importa, porque Ian y sus colegas se pasan casi todo el concurso contando chistes o metiéndose entre sí, lo que me divierte más que ninguna otra cosa.

—Os juro que no se les puede sacar de casa —nos dice Ian a Ford y a mí cuando uno de sus colegas (Mack, creo) se atraganta con la cerveza al reírse de las chorradas del otro—. Me sabe mal que no hayamos ganado. Creo que ha sido por nuestra culpa. Aquí el menda estuvo a punto de dejar el instituto.

Le hago un gesto con la mano.

—No pasa nada. Tampoco esperábamos ganar, pero me lo he pasado bien.

Ian esboza una sonrisilla.

—Eso es lo que cuenta.

Le devuelvo la sonrisa y miro de reojo a Ford, que lleva toda la noche muy callado.

—Oye, gruñón. ¿Estás bien? —le pregunto.

—Sí —responde, tan locuaz como el Ford de hace meses, que estaba dispuesto a ignorarme. Me vengo un poco abajo ante ese cambio de actitud—. ¿Y tú?

—Yo estoy bien —digo despacio, y bajo la voz—. ¿Te pasa algo?

—No. —Y eso es todo. Seco, cortante y borde como el que más. ¿Qué narices está pasando?—. ¿Nos vamos?

Está rarísimo y no tengo ni idea del motivo. ¿Por qué se comporta como si proponerme este plan hubiera sido una cagada monumental cuando fue idea suya?

—Ford, ¿he hecho algo mal? —pregunto en un susurro, para que Ian y sus amigos no me oigan.

—Qué va.

Qué va. Vale.

Harta ya, por decirlo suavemente, de que se comporte como un crío sin venir a cuento, cojo mi bolso.

—Voy a pedir las alitas de pollo para Joe y nos vamos si quieres. No tardo.

Lo dejo con la palabra en la boca cuando me levanto de mi asiento y voy derecha hacia la barra, donde el mismo tipo que presentaba la trivia prepara mi pedido mientras yo le doy vueltas a la cabeza.

No sé para qué he venido. Podría haberme pasado el día libre en casa tan tranquila. Ahora estoy en un bar con un estúpido vestido, aguantando malas caras porque se arrepiente de haber quedado conmigo.

No hacía falta que fuera tan borde, pero bueno. Si quiere estar de morros, no seré yo quien le tire de la lengua.

—¿Va todo bien?

Al principio no reconozco la voz de Ian y doy un bote al percibir una figura alta junto a mí en la barra. Es un poquito más bajo que Ford y, aun así, me sobrepasa bastante.

«No pienses más en Ford».

Dejo escapar una risilla nerviosa.

—Qué susto me has dado.

—Perdona. Se te veía pensativa.

—Sí, eh... —Suspiro, rascándome una ceja—. Será que estoy un poco cansada. No salgo mucho.

Acabo de quedar como una tía superguay.

—Espero que, al menos, te lo hayas pasado bien esta noche. —Esboza una sonrisa de picardía—. Si vas a pedirte otra cerveza, deja que te invite.

—Solo he pedido algo de picoteo para mi hermano. Pero gracias.

Ian, con las manos en los bolsillos, asiente con la cabeza y se queda callado. Su silencio parece anunciar una pregunta que probablemente lleva queriendo hacerme toda la noche, y no me equivoco.

—Perdona si me estoy pasando, pero ¿puedo invitarte a tomar un café mañana?

Me consta que Ian ha sido excesivamente atento conmigo; esta noche y cada vez que nos hemos visto. Pero pensaba que el tonteo era parte de su carácter, no que yo, en concreto, le gustara.

Está claro que me equivocaba.

Sopeso mi respuesta. Me lo he pasado bien con él esta noche y parece inofensivo, pero...

«Pero ¿qué?».

Con el rabillo del ojo, veo a Ford acercarse. Prácticamente hecho un basilisco.

¿A qué estoy esperando? ¿A él? Venga ya. Me dejó clarísimo que no busca pareja después del divorcio, me hizo el vacío cuando nos conocimos y ahora ha vuelto a las andadas.

Quizás haya tenido la mala suerte de colarme por él, pero eso no quita que pueda olvidarlo. Además, ¿no dijo que yo debía empezar a pensar en mí?

—Claro —respondo a Ian cuando Ford llega a la barra—. Me encantaría. Salgo a las cinco de trabajar.

—Pues a las cinco —sentencia Ian—. ¿Te gusta Jill's o prefieres algo más emocionante?

—Con los cruasanes de mantequilla que preparan, tendremos emoción por un tubo.

—Genial. Pues hasta mañana a las cinco, Ivy. —Desvía la mirada hacia Ford—. Nos vemos el martes, jefe.

Cuando Ian se va, el camarero me trae una bolsa de plástico con las alitas. Huelen tan bien que me ruge el estómago, y eso que no tengo hambre.

—¿Listo? —pregunto a Ford, que sigue sin abrir la boca.

—¿Tienes una cita? —es cuanto responde, con la voz algo extraña y apocada.

—Yo no lo llamaría así. —O tal vez sí. He perdido práctica—. Puede ser.

—No lo conoces.

Frunzo el ceño.

—¿A Ian? Trabaja contigo.

—Eso no significa que lo conozcas.

—¿Es un asesino en serie?

—No.

—¿Se dedica a la trata de personas?

—Ivy...

—En serio, Ford, no pasa nada. Puede que no lo conozca a fondo, pero para eso están las citas. —Pago las alitas de pollo y me dirijo hacia la salida, seguida de Ford. Una ráfaga de viento frío me da en la cara al instante y me echa el pelo hacia atrás—. Además, estaremos en un sitio público, en Jill's. Ya lo has oído.

—Sí, ya lo he oído. —Abre el coche y nos subimos. Cuando al fin se sienta al volante, dice—: No es un mal tipo.

—Se te ve convencidísimo. —No pretendía ser impertinente, pero me lo ha puesto a huevo con esa actitud tan rara y estoica. Pensaba que ya lo habíamos superado.

—Pues no lo es —insiste, poniendo el coche en marcha—. Es un picaflor como una casa, pero es inofensivo. Me alegro de que salgas y conozcas a gente nueva.

—Hum...

—A mí sus amigos me han caído como el culo, pero bueno —añade, y no respondo.

Está actuando como aquel día en el cobertizo, cuando nos conocimos, y no pienso tolerarlo. Yo también puedo comportarme como una cría, si quiere jugar a eso.

Permanecemos callados todo el trayecto hasta casa. Me bajo del coche en cuanto aparca.

—Buenas noches —me despido brevemente—. Gracias por la cerveza y por invitarme a la trivia.

—Ivy...

No me vuelvo.

Y esa noche duermo fatal.

20

Ford



La he cagado. Y mucho.

Después de lo que pasé con mi ex, renuncié al amor. Decidí que el esfuerzo que requiere no vale la pena, y menos cuando tengo un trabajo que da sentido a mi vida y una familia que me quiere con locura.

¿Qué más puedo necesitar?

Lo tenía todo planeado. Ser bombero hasta jubilarme y, después, gastarme todos los ahorros en Lexi y los futuros hijos de Nash, porque para eso está el dinero, para cuidar a tus seres queridos. Pensaba vender la casa, comprarme una cabaña junto al lago y unirme a algún club de pesca. Dedicar el tiempo que no tengo ahora a la lectura.

Había planificado al dedillo cómo pasaría el resto de mis días.

Pero entonces apareció ella, maldita sea.

Ivy Farnsworth, con esos ojos como zafiros que dicen lo que su boca calla. Con cuyos labios he fantaseado tantas veces que he perdido la puta cuenta. Con esa risa que quiero oír cada día de mi puñetera vida.

El modo en que se muerde la cara interna del carrillo cuando piensa o no le salen las palabras. El hecho de que jamás sale de casa sin decirle a su hermano que le quiere. Su obstinado optimismo, a pesar de las trabas que le ha puesto la vida.

Le hablé de mi complejo de salvador. Lo que no le dije es que, cuando se trata de ella, mi instinto supera a la razón.

Las ganas que tengo de estar con ella no son normales. Quiero saber cómo le ha ido el día, que se desahogue conmigo, celebrar sus

logros. Protegerla de lo malo y hacerle ver que se merece todo lo bueno.

Me estoy enamorando de Ivy y eso es lo último que necesito ahora mismo.

¿Y qué hago yo en vez de alejar esos sentimientos, como debería haber hecho desde un principio? Me porto como un capullo cuando Ian le pide una cita y luego encima la animo a salir con él, cuando lo último que quiero es verla con otro.

Seré un cabrón egoísta, pero ¿qué otra cosa puedo hacer sino apechugar? Ivy se merece algo mejor que un divorciado resentido que prefirió renunciar al amor a jugársela y volver a intentarlo.

Dejo de autocompadecerme al oír unos golpes en la puerta.

También dejo de mirar el reloj cada cinco minutos. Hace casi media hora que ella está con Ian, que me cae bastante bien, pero hoy le partiría la cara solo porque sí.

Los golpes en la puerta cobran fuerza y voy a abrir, extrañado. ¿Y si es ella? ¿Y si le ha pasado algo? Confío en Ian, pero como le haya dicho o hecho algo, juro que...

Abro la puerta de un tirón y me encuentro al más joven de los Farnsworth con el puño en el aire, listo para volver a llamar.

—¿Joe?

—¿Cómo que Ivy tenía una cita?

Está cabreado; de eso no me cabe la menor duda.

—¿No te lo dijo? —Qué raro, porque Ivy se lo cuenta todo.

—Me ha escrito mientras estaba en clase. ¿Conoces a ese tío? ¿Cómo se llama?

—Ian. Trabaja conmigo —respondo, observando cómo sus rasgos juveniles pasan del desconcierto a la rabia—. La ha invitado a tomar un café. Han quedado en Jill's.

—Lo sé. —Me sorprende la furia con que me mira—. Pero ¿por qué?

—No te sigo, colega.

—¿Qué hace mi hermana saliendo con otro tío en vez de contigo?

Al ver que no respondo, porque dudo de que sea capaz de articular una sola palabra, Joe resopla.

—No me chupo el dedo.

Se me ha quedado la boca seca y trago saliva.

—¿De qué estás hablando?

—Me caes bien, Ford, y preferiría no tener que darte una paliza. Pero lo haré como no me digas qué hace mi hermana con ese tipo si en realidad te gusta. Porque te gusta.

¿Voy a tener esta conversación con el hermano de Ivy, un chaval de dieciséis años, cuando ni yo mismo acepto mis sentimientos? Eso parece.

—Joe. —Pronuncio su nombre con un suspiro—. Las cosas son complicadas. Tu hermana...

—Mi hermana es tonta. Y tú también.

Dicho esto, se da media vuelta y baja las escaleras del porche.

—¿Adónde vas? —grito.

Me mira por encima del hombro, todavía con mala cara.

—Mi hermana no va a quedar con ningún tío al que apenas conoce solo porque seáis un par de imbéciles. No quiero que le hagan daño; ya ha sufrido bastante.

Una mezcla de orgullo y preocupación se agita dentro de mí.

—Es bueno que te preocupes por ella, pero no puedes impedirle que tenga una cita, Joe. Es una mujer adulta.

No me hace caso.

—¿Vienes o no?

Me cruzo de brazos.

—No pienso estropearle la cita a Ivy.



Diez minutos después, corro tras él de camino a la cafetería a estropearle la cita a Ivy porque se me ha ido definitivamente la pinza.

Joe entra hecho una furia y, sin pedir nada, se sienta a tres mesas de su hermana e Ian. Jill se lo queda mirando desde la barra, pero al final lo ignora.

Me sienta como un puñetazo en el estómago ver a Ivy, con una taza caliente entre las manos, sonriendo a otro hombre.

La cosa no hace más que empeorar cuando ella repara en mí y, unos segundos después, en Joe.

Si esto me parecía un disparate hace diez minutos, ahora tengo claro que ha sido la peor idea que he tenido en mi vida.

Tengo treinta y cinco años. ¿Qué coño hago saboteando la cita de nadie? Una cosa es el instinto protector de un hermano, pero ¿cuál es mi excusa?

La culpa me reconcome por dentro mientras me acerco a la mesa de Joe.

—Creo que deberíamos irnos, colega.

Él ni siquiera me mira.

—Aquí estamos bien.

Antes de que pueda arreglarlo, decirle que su hermana merece algo de intimidad y que nos estamos comportando como dos críos, la oigo llamarnos:

—Hey, chicos.

Su sonrisa no se refleja en su mirada.

—Qué coincidencia —añade, con los dientes apretados.

Estamos jodidos.

Ian me mira risueño, ajeno a la cara de malas pulgas de Joe, que parece a punto de saltarle a la yugular.

—Bueno, ha sido un placer, Ivy —dice Ian mientras nosotros, con la antena puesta, vigilamos cada uno de sus movimientos—. ¿Nos vemos otro día en la trivia?

—No lo dudes —responde ella, con una convicción que parece sincera.

Ian asiente y, sin despedirse con un abrazo, un beso o cualquier otro gesto con el que habría firmado su sentencia de muerte, se marcha. No sin antes guiñarme un ojo al pasar, no sé a santo de qué.

Cosa que da igual en cuanto Ivy centra toda su atención en nosotros.

La cálida sonrisa que tenía con Ian ha desaparecido de su cara. A pesar de estar rodeados de gente en la cafetería, su cambio de expresión hace que me sienta como si fuéramos las tres únicas personas en todo Harmony Hills, y no en el buen sentido.

La temperatura cae en picado cuando Ivy cierra los ojos y respira hondo por la nariz, como para mantener la calma. Puede que Joe y yo seamos más altos e imponentes que ella, con esa cara de no haber roto un plato en su vida, pero en estos momentos nada de eso importa.

Estamos bien jodidos.

—Me voy a casa —sentencia, y se dirige a Joe—: Tú y yo tenemos una conversación pendiente.

Él asiente, tragando saliva visiblemente.

Espero a que me diga algo a mí, que la he defraudado o lo que sea. En lugar de eso, Ivy me sostiene la mirada durante un segundo que se me hace eterno y, sin mediar palabra, se dirige hacia la salida rozándome al pasar.

Joe se estremece con el tintineo de la campanilla al cerrarse la puerta.

—Tenías razón.

—No me digas, colega. —Me paso una mano por la cara. Ya no tengo la edad ni las energías para esto—. Démosle algo de tiempo. No vayamos a empeorar las cosas.

—Yo solo... —dice titubeando. Sacude la cabeza—. Ha sido una gilipollez. Debería haberte hecho caso.

—No hemos estado muy finos, pero te perdonará.

—No sé en qué estaba pensando —continúa Joe, como si no me escuchara—. Es que me ha dicho que tenía una cita y yo no sabía quién era el tío ese. ¿Y si era un asesino en serie? ¿Y si le hacía algo?

—Es muy respetable que te preocupes por tu hermana —le aseguro, para que le quede claro. No quiero ni imaginar cómo nos comportaríamos mis hermanos y yo si tuviéramos una hermana y hubiera quedado con un tío—. Y ya verás como lo entiende cuando se lo expliques. Pero no hemos respetado su intimidad. Ha sido un error presentarnos aquí como dos energúmenos.

Lo que no tengo tan claro es si entenderá lo que estaba haciendo yo aquí. Joe es un adolescente, y a veces los adolescentes se dejan llevar por el momento, pero se supone que las personas adultas tenemos dos dedos de frente.

—Está cabreada contigo —dice, con la desilusión en la mirada.

—Eso es cosa mía. No te preocupes.

—¿Y si la he cagado? Tú también le gustas, ¿sabes? No me lo ha dicho, pero es bastante obvio.

—Joe...

Niega con la cabeza.

—Da igual. Vosotros haced las paces. Yo debería meterme en mis propios asuntos. Vámonos a casa.

Le compro un dónut con confite antes de salir, pero creo que ni con eso consigo animarlo. Pasamos la mayor parte del trayecto en silencio y, tras despedirnos, Joe dice que va a hacer los deberes para que Ivy no se cabree todavía más.

En cuanto a mí, sus palabras no se me van de la cabeza en todo el día.

«¿Qué hace mi hermana saliendo con otro tío en vez de contigo?».

No lo sé. No lo sé, joder. Y puede que vaya siendo hora de hacer algo al respecto.

21

Ivy



Que me haya presentado a trabajar en el Harmony Grove con un calcetín azul y el otro naranja, cosa por la que Nash me ha preguntado, dice mucho de mi estado anímico.

Estoy cabreada, tengo la cabeza en las nubes y no veo a qué vienen estas ganas de llorar. Probablemente sea por la rabia, digo yo.

Mientras compruebo por tercera vez que he dejado el spa como los chorros del oro (no me extrañaría que se me hubiera pasado reponer los jabones o rellenar los frascos de aceite de masaje), rememoro la conversación que he tenido con Joe antes de marcharme a trabajar.

—Ha sido una estupidez y lo siento —ha dicho, con ojitos de cordero degollado. Pero conozco a mi hermano y sé que tanto sus palabras como su actitud eran sinceras—. Estaba preocupado por ti, y ya está. No quería que te secuestraran o algo así.

—Ay, Jojo. —Quería abrazarlo, pero no lo he hecho, consciente de que esta vez me tocaba ser estricta con él. No podía darle a entender que soy incapaz de cuidar de mí misma o que necesito que me vigilen. Tiene que vivir su vida, no preocuparse por mí—. Lo comprendo. De verdad, ¿vale? La próxima vez te enviaré mi ubicación en directo. Pero no hace falta que te desvivas por mí. Harmony Hills es un sitio seguro. Además, ya conocía a Ian; trabaja con Ford.

Joe se ha encogido de hombros, golpeteando su libreta con el bolígrafo.

—Ya lo sé. No volverá a pasar.

Después, como siempre antes de irme a trabajar, le he dado un abrazo y le he dicho que lo quiero. También le he prometido que no estoy enfadada con él; lo que debe hacer es confiar en mí y respetar mis límites.

En cuanto a Ford...

Me quito los auriculares, cierro la aplicación del móvil donde escucho pódcast y me lo guardo todo en el bolso.

No consigo encajar las piezas del rompecabezas por más vueltas que le dé. No tiene sentido.

Primero me dice que yo debería mirar más por mí. Después me invita a salir y pasa de mí casi toda la noche. Me huelo que su cambio de actitud se debió a Ian y a sus amigos, pero podría habérmelo dicho. Para eso tiene boca, para usarla.

Luego, no sé a santo de qué, se presenta con mi hermano en la cafetería mientras yo estaba con Ian. Una cosa es que Joe estuviera con la mosca detrás de la oreja, pero Ford es un hombre hecho y derecho. Uno que, por cierto, prometió darme un poco de espacio. Bravo por él.

Me subo la cremallera del plumífero antes de salir al frío de la noche. Ford será todo lo tonto que quiera, pero yo me llevo la palma: no estaría dándole tantas vueltas al asunto si no fuera porque estoy coladita por él.

No quiero reconocerlo, pero lo cierto es que me molestó mucho cuando dijo que se alegraba de que tuviera una cita. Porque eso significa que no le intereso lo más mínimo, y la verdad duele.

No, eso es quedarse corta. Estoy destrozada. He estado con el corazón en un puño desde que pasó, y me da rabia.

Lo que siento por él es cada vez más fuerte, más real. No contaba con nada de esto. Mi plan era deslomarme a trabajar hasta ahorrar lo suficiente para poder mandar a Joe a la escuela de pilotos sin ayuda de mi tía; eso es todo.

Y ahora...

Me quedo de piedra en cuanto llego al aparcamiento.

Hay alguien alto y fuerte esperando junto a mi coche. Una persona a la que reconocería en cualquier parte.

Ford me mira a los ojos y maldigo para mis adentros cuando se me acelera el corazón.

En parte sigo resentida, molesta con él por comportarse como un crío y confundirme, más de lo que ya lo estoy, diciendo una cosa y haciendo otra. A pesar de todo, no soporto estar enfadada con las personas que me importan.

—Es más de medianoche —digo impasible, con la piel de gallina, y no a causa del frío—. ¿No trabajas mañana o qué?

—Eso me da igual ahora mismo.

Un suspiro entrecortado.

—Ford.

—Perdóname —dice, dando un paso adelante, pero manteniendo la distancia entre los dos—. No sé qué me pasa.

Un escalofrío me recorre la espalda y él se da cuenta, siempre tan perceptivo conmigo.

—¿Podemos hablar en mi coche? No quiero que te resfríes.

Cómo no, siempre mirando por mí. Y, cómo no, yo tan loca por él.

«No. Solo quiere hablar sin que cojas una neumonía, como haría cualquier ser humano con corazón».

Demasiado cansada para discutir y, al mismo tiempo, intrigada por lo que tenga que decirme, lo sigo hasta el asiento trasero de su coche. Ha aparcado junto al mío.

Apenas me siento las manos cuando se sube tras de mí y cierra la puerta.

—Perdóname —repite, volviéndose hacia mí—. Me he comportado como un crío. Siento haberte avergonzado delante de Ian.

—Sí que has sido un crío —digo, mirándolo a los ojos, sin andarme con rodeos—. Joe me ha dicho que fue idea suya, pero no me explico qué pintabas tú ahí cuando me animaste a salir con Ian.

Ford se estremece ante mis palabras.

—Sí que lo hice.

—Alto y claro.

Se pasa una mano por la cara en un gesto de agotamiento.

—Tengo algo que contarte.

—¿Qué?

—Me puse celoso.

Siento un nudo en la garganta y no me salen las palabras. Ni falta que hace, porque él continúa hablando.

—Te vi reírte con Ian, pasándolo bien, y no pude soportarlo —dice en tono sombrío, con la mirada perdida en el espacio entre los dos —. Fue inmaduro por mi parte y tienes toda la razón. Me avergüenzo muchísimo y siento haberte estropeado la cita.

La razón choca de frente con el corazón. Una quiere que me sincere de una vez por todas y asuma las consecuencias, mientras que el otro quiere protegerme. Para que Ford no pueda hacerme daño con su rechazo.

Pero entonces caigo en la cuenta de que tenía razón: nunca miro por mí. No me la juego. No lucho por aquello que me hace feliz. Por quien me hace feliz.

Tengo al hombre con quien quiero estar justo delante de mí y me daba demasiado miedo decírselo.

—Has sido un idiota, pero no me has estropeado nada. —La voz me sale ronca, como si hiciera tiempo que no hablo. Ford clava esos ojos oscuros en los míos—. Ian es un chico estupendo, pero no quiero quedar más con él.

—¿No?

—No sería justo, cuando me gusta otra persona.

Ford cierra los ojos.

—Ivy...

—Nada más conocernos, le dije que apestaba —continúo, casi sin aliento. Tengo la impresión de que nos estamos quedando sin oxígeno en el coche—. No le caí muy bien al principio porque pensó que le estaba tirando los tejos. No era así, pero, unas semanas más tarde, empecé..., empecé a sentir algo. No tenía muy claro el qué, solo que estaba a gusto. Que estoy a gusto con él. El problema es que no busca pareja. Salió escaldado de su última relación y no quiere volver a intentarlo, cosa que entiendo. Iba a callarme todo esto por respeto a él, y también porque me destrozaría que me rechazara. Pero luego va y me dice que se puso celoso al verme con otro y yo ya no sé qué pensar.

Ford compone una media sonrisa.

—Parece un capullo.

—A veces lo es, pero no está mal.

Ford respira hondo por la nariz.

—Es algo pasajero. Estamos hechos un lío porque pasamos un montón de tiempo juntos. Se nos pasará.

Ignoro la punzada de desilusión. Después de todo, eso mismo es lo que me digo a mí misma.

—Sí, es algo pasajero —repito—. Lo nuestro no funcionaría.

—Exacto. —Se aclara la garganta—. Yo no busco pareja y tú tienes cosas más importantes entre manos.

—Sí. —En el fondo sé que estoy mintiendo, que los dos estamos mintiendo—. Me alegro de que nos hayamos abierto, aunque sea un poco incómodo. Ya sabes, la comunicación lo es todo.

—Sí, yo también me alegro.

Entonces, ¿por qué ninguno de los dos parece alegrarse realmente?

—Debería irme a casa, es tarde —digo tras un silencio.

—Sí, claro. —Ford se rasca la nuca—. Todo bien, ¿entonces? De verdad, siento haberme portado como un imbécil. No volverá a pasar.

—Todo bien —le aseguro.

El ambiente en el asiento trasero de su coche no es tenso. En absoluto. Tan solo es... distinto. Como si nos encontráramos por primera vez en esta situación y ninguno de los dos supiera qué hacer después.

—Las cosas no tienen por qué ser incómodas —susurro, rompiendo el silencio.

—No lo serán —dice, pero no me está mirando.

Devastada por enésima vez hoy, echo un último vistazo a Ford y abro la puerta del coche. El viento gélido se cuela por el resquicio durante un par de segundos, justo antes de que alargue un brazo y cierre la puerta.

Me vuelvo hacia él.

—¿Ford?

Jamás me había mirado así. Como si en mí hubiera encontrado las respuestas a unas preguntas que no ha pronunciado en voz alta.

Me pone una mano en la mejilla y me acaricia la comisura de los labios con el pulgar. Yo contengo la respiración, sin apartar la vista de su boca.

—Me estoy volviendo loco. —Percibo en su voz el mismo calor que siento entre las piernas—. No puedo dejar de pensar en ti.

—Pues habrá que hacer algo —digo, más ronca que hace unos segundos—. Porque yo tampoco puedo dejar de pensar en ti.

—¿No?

Sin añadir una palabra, rozo mi nariz con la suya a modo de respuesta. Él me toca el labio inferior con el pulgar y, si yo tuviera lo que hay que tener, iría a por todas y se lo lamería.

—Solo esta vez —susurro.

—Solo esta vez —repite.

—Para que se nos pase la tontería.

Nos arrimamos el uno al otro, las ventanas empañadas de una tensión expectante.

Ford vacila un instante que se alarga y se alarga en el tiempo. Tal vez al darse cuenta del disparate que estamos cometiendo. De que no deberíamos...

—Ven aquí —masculla acercando mi boca a la suya.

Me besa con ansia. Con la misma desesperación que siento yo.

Entrelaza su lengua con la mía y me pego a él hasta que casi me levanto del asiento. Tanteo su impresionante torso con las manos hasta dar con el cuello de su chaqueta, la misma que llevaba la noche de la trivia, y lo acerco a mí.

En un instante, me agarra por la cintura con ambas manos y, sin el más mínimo esfuerzo, me sienta a horcajadas sobre su regazo. Sus piernas, robustas y atléticas, me ponen a mil. Todo él.

Me besa en el cuello, acariciándome con la lengua hasta ponerme la piel de gallina. Un gemido como ningún otro que haya escapado de mis labios hace que Ford me agarre con más ímpetu.

—Joder, Ivy —dice en tono áspero, pegado a mi garganta—. Me moría por esto.

Vuelvo a estremecerme al oír sus palabras.

—Y yo.

—¿Sí? —Se recoloca en el asiento, su imponente paquete pegado a mi entrepierna.

Aferrada a su cuello, apenas consigo emitir más que un gruñido de impaciencia a modo de respuesta antes de lanzarme a su boca una vez más.

Ya me habían besado, pero nunca de este modo. La lengua de Ford se entrelaza con la mía y me lleva al borde de la locura, a suplicar más. Sabe a menta. El olor a limpio de su colonia y su peso bajo mi cuerpo encienden todos mis sentidos.

Apenas me reconozco, cegada por el deseo, rogándole en silencio que me tumbe aquí mismo y haga con mi cuerpo lo que le plazca hasta agotarme.

Como dotadas de voluntad propia, mis caderas se contonean sobre su paquete, duro contra la tela de mis mallas.

—Ivy —gime, tan afectado que me quedo inmóvil. Me aprieta las caderas—. No. No pares.

—Pero...

—Córrete, preciosa. Úsame para correrte.

Menos mal que estamos a oscuras porque, de lo contrario, vería que me he puesto como un tomate. Nadie me había hablado así jamás.

Trago saliva.

—¿Y tú?

Aparta una mano de mis caderas para tomarme la cara.

—Joder, Ivy, tú siempre pensando en los demás. Te admiro por ello, pero ahora mismo quiero que pienses solo en ti. Úsame.

Siento que no me cabe el corazón en el pecho y el calor entre mis piernas se hace insoportable, tanto que vuelvo a besarlo para no soltar alguna estupidez como que no quiero que esto pase una única vez.

Por suerte, Ford se las apaña para borrar todo pensamiento de mi mente con un solo envite de caderas. Ya sea por su tamaño, porque parece invencible, o por lo bueno que es conmigo (o todo a la vez), me siento a salvo con él. Dejarme llevar es lo más fácil que he hecho jamás.

Empiezo a contonearme sobre su paquete sin ningún pudor, jadeando, más cachonda que nunca.

—Eso es —me anima, guiando mis caderas por detrás con ambas manos, como si mi cuerpo le perteneciera—. Córrete para mí.

Estallo como un volcán en erupción. Todo, desde sus palabras y sus manos sobre mi cuerpo hasta el hecho de que nos estemos enrollando en el asiento trasero de su coche después de que haya confesado sentir algo por mí, me vuelve loca.

Un grito gutural se escapa de mis labios en cuanto llego al orgasmo. Ford lo sofoca besándome en la boca despacio, con ternura, mientras me deshago de placer una y otra vez. No quiero que esto termine.

Al cabo de lo que igual podría ser un minuto que diez más tarde, me hundo entre sus brazos con un suspiro. Ford suelta una risa por lo bajo que me sacude entera.

—¿Ha estado bien? —pregunta, abrazándome.

No me había percatado de lo mucho que ansiaba estar entre sus brazos hasta que me acaricia la espalda con ambas manos.

—¿Tú qué crees? —digo casi sin aliento, con la cara hundida en su cuello, y se echa a reír de nuevo.

—Solo quería asegurarme.

Me da un besito en el hombro y entonces vuelvo a notarlo: sigue empalmado, y mucho.

—Ford... —¿Cómo le digo esto sin morirme de vergüenza?—. Lo, eh..., lo tuyo...

—No te preocupes por eso —me tranquiliza, pasándome un mechón de pelo suelto por detrás de la oreja con dulzura—. Lo solucionaré más tarde.

Me enciendo de nuevo al comprender lo que eso significa, pero aparto esa imagen de mi mente. Por muy excitante que sea visualizar a Ford masturbándose pensando en mí en la ducha o bajo las sábanas, esto no volverá a pasar. Ese ha sido el acuerdo.

No quiere que esto vaya a más, y debo respetarlo. Probablemente sea lo mejor.

Buscando una distracción, me río al ver que tiene el pelo alborotado.

—¿Te ríes de mí? —me recrimina, con un destello juguetón en la mirada.

Me hace cosquillas en un costado y trato de bajarme de su regazo con un gritito, pero él me retiene para que no me mueva. No sé por qué eso me pone tanto.

—Estás todo despeinado —digo y, armándome de valor, le atuso el pelo con los dedos.

Acabo de magrearme con él hasta correrme, sin desnudarme, ¿y ahora me da corte arreglarle el pelo? Soy patética.

—Listo. Tan remilgado como siempre —digo cuando termino.

—No he sido remilgado en mi vida, encanto, pero gracias por el piropo.

¿Cuántas veces me he puesto roja desde que me he subido al coche? ¿Mil?

—Bueno... —empiezo a decir, sin saber dónde meter las manos—. Debería..., debería irme. Esta vez en serio. Es tarde.

—Te acompaño al coche.

—Vale.

Enarca una ceja, extrañado.

—¿Cómo? ¿No vas a despotricar por tratar de ayudarte?

—Estoy demasiado relajada como para pelearme con nadie ahora mismo.

Ford suelta una risotada, auténtica y ruidosa.

—Lo tomaré como un cumplido.

—Lo era.

Antes de bajarme de su regazo por primera y última vez, me da otro apretón en las caderas.

—No le des muchas vueltas a lo que acaba de pasar. Hemos pasado un buen rato.

Eso me sienta como una puñalada, pero hago como si nada.

—Ya.

Posa la vista tan brevemente sobre mis labios que creo haberlo imaginado. Yo misma soy incapaz de apartar la mirada de sus bonitos rasgos, empeñada en memorizar este preciso instante, tan cerca de mí, con sus manos sobre mi cuerpo. Después me bajo de su regazo, salgo del coche y, a regañadientes, regreso a la realidad.

No ha sido más que un rollo esporádico. Para saber qué se siente al caer en la tentación. Me niego a seguir colada por Ford mientras él pasa página.

«Un buen rato». Eso ha sido todo.

22

Ford



No me cuesta reconocer que tengo defectos a punta de pala: soy cabezota, demasiado estoico a veces, hermético con la mayoría de la gente... Pero lo que no soy es mentiroso.

Aun así, esta semana no he hecho más que mentir.

A mí mismo. Y descaradamente.

Porque una sola vez no ha sido suficiente, no. Ni por asomo. Hay que ser ingenuo para tragarse algo así.

Haga lo que haga, no me quito a Ivy de la cabeza. Ya puedo machacarme en el gimnasio del trabajo, ayudar a Rhys a vaciar el sótano, tomar unas birras con Nash para desconectar o darme tres duchas frías al día para bajar el calentón, que ella sigue ocupando todos mis pensamientos, reclamando toda mi atención.

Cuando me acerqué al Harmony Grove para hablar con ella al salir de su trabajo, no esperaba que acabáramos en el asiento trasero de mi coche. Y aunque no me quejo, mi única intención era pedirle perdón. No soporto verla dolida o molesta, y mucho menos si es por mi culpa.

Pero, cuando hizo ademán de largarse, algo despertó en mi interior. Mentiría si dijera que actué por impulso, porque lo que siento por Ivy lleva ya un tiempo cociéndose. He perdido la cuenta de las veces que he querido besarla en las últimas semanas, de lo mucho que necesito volver a hacerlo.

—Buenos días, jefe —me saluda Ian al entrar en la cocina de la estación, sonriendo de oreja a oreja—. Adivina qué.

Le lanzo una miradita.

—No sé si me atrevo.

Él se ríe, pero yo hablo muy en serio. La última vez que me hizo esa misma pregunta, tuve que aguantar que me contara con pelos y señales el trío que se había montado la noche anterior.

—Te prometo que te va a gustar.

—¿Qué pasa?

Ian sonríe con picardía.

—Ya han salido los calendarios.

Me da un vuelco el corazón.

—¿Los has visto?

—Ya lo creo.

Por la cara que pone, está claro que algo se me escapa y no sé cómo tomármelo.

—Solo te diré una cosa: son brutales —añade, enfatizando cada sílaba—. Tienes que verlos. Ivy es una artista de la hostia. Van a empezar a venderlos en el Festival de la Cerveza, pero puedo pedirle a mi madre que me envíe una foto para que veas uno.

—No —respondo—. Ya los veré.

Con ella. Ivy no ha dicho en ningún momento que quiera hacerlo (más bien al contrario, ya que se pone como un tomate cada vez que saco el tema), pero sería muy especial que me enseñara ella misma las ilustraciones.

—Tío —continúa Ian—, reconozco que no las tenía todas conmigo con eso del calendario ilustrado, pero me da buena espina. A ver, la verdad es que salgo cañón.

Me cuesta guardarle rencor por haber quedado con Ivy cuando es obvio que no son más que amigos. Ella misma lo dijo.

Además, yo soy el que hizo que ella llegara al orgasmo la otra noche.

—Sabía que lo bordaría —digo con orgullo—. ¿Qué opinan los demás?

Ian da un sorbo a su primer café de la mañana. Yo aún no he tocado el mío.

—A mi madre le parecen llamativos y realistas. Pero, como la gente va diciendo que prefiere las fotos de carne y hueso..., todavía hay quien no está muy convencido.

Estoy que echo humo. Y no porque tal vez me vuelva a tocar posar medio desnudo el año que viene (ese es el menor de mis problemas ahora mismo), sino porque no me gusta que desprecien el trabajo de Ivy sin haberle dado antes una oportunidad. ¿Cómo puede la gente criticar algo inofensivo si no lo ha visto siquiera?

Las siguientes veinticuatro horas pasan sin pena ni gloria. Recibimos un aviso por un gato atrapado en lo alto de un árbol (los estereotipos se cumplen a veces) y otro del pueblo vecino, donde un niño había metido la cabeza en una barandilla y no podía sacarla. Tanto el gato como el crío están bien.

Al día siguiente, tras salir del trabajo, me doy una ducha en casa y me echo una buena siesta antes de pasarme horas armándome de valor para ir a ver a Ivy.

Un viernes a las seis y aquí estoy yo, perdiendo el tiempo cuando ella entra a trabajar donde Nash en apenas un par de horas.

No pasa nada. No nos pasa nada. Nos hemos visto esta semana, más bien de pasada, y todo parecía como siempre. Nadie a simple vista diría que hace apenas unos días la tenía sentada a horcajadas sobre mí, estremeciéndose de placer.

No sabría decir si eso me molesta o me tranquiliza.

Lo importante es que no me rehúye. Dijimos que las cosas seguirían como siempre entre los dos y Ivy ha mantenido su palabra.

A diferencia de mí, que llevo un cuarto de hora dando vueltas por la cocina como un adolescente a punto de invitar a la chica que le gusta al baile de graduación.

Con el rabillo del ojo, percibo un movimiento al otro lado de la ventana. Ethan sube las escaleras del porche vecino. Unos minutos más tarde, él y Joe salen en dirección al pueblo. El coche de su hermana sigue aparcado en la entrada, así que debe de estar en casa.

Me repito mentalmente que soy más que capaz de tener una conversación normal con ella después de lo que pasó. Cojo las llaves y salgo por la puerta antes de que me arrepienta.

—¡Está abierta! —Oigo a Ivy gritar cuando llamo a la puerta de su casa.

Respiro hondo antes de entrar y me quedo de piedra ante la imagen que me espera dentro.

—Me da miedo preguntarte por qué estás haciendo equilibrio en lo alto de una escalera.

Ivy me echa un vistazo por encima del hombro, con una expresión traviesa y una brocha en la mano.

—¿Te gusta este color?

Me acerco a ella, más que para ver mejor el color, porque me pongo de los nervios solo de imaginar que pueda caerse.

—Nunca he visto una cocina de color verde —digo, mirándola con los brazos en jarras.

—Es verde aceituna.

—Ah, claro. Eso lo cambia todo.

Ivy pone los ojos en blanco y sigue pintando los armarios superiores.

—Joe no estaba muy convencido al principio, pero ahora le gusta.

—Queda bien con los azulejos blancos. —Olisqueo el aire—. ¿Por qué no huele a pintura?

—Es inodora. ¿A que mola? Y ya verás cuando ponga los tiradores dorados en los armarios. —Hace el gesto de chuparse los dedos con la mano libre—. Voy a dejar la casa moderna y monísima en un periquete.

Me fijo bien en el lugar como si lo viera por primera vez. Es cierto que la cocina se ve más moderna que el salón, al otro lado del pasillo, que parece de los noventa.

—¿No te gusta la casa como está? —pregunto, lleno de curiosidad.

—Mi padre no era muy manitas que digamos —responde escuetamente—. La casa era de mis abuelos, así que ya era vieja cuando mi madre la heredó. Hacía tiempo que necesitaba un lavado de cara.

—¿La casa es de tu madre, entonces?

—Mi madre nos la dejó a Joe y a mí en su testamento, pero no pudimos hacer uso de ella hasta los veinticinco años. Como yo ya tengo veintiséis, es mía por ahora. Yo administro la parte que le toca a Joe. Pago las facturas, vaya. La casa en sí ya está pagada.

—Pero tu padre vivía aquí antes —comento, algo perdido.

—Ya no. —Por la dureza de su voz, sé que es un tema delicado para ella—. Vivía aquí cuando éramos una familia, pero tendrá que buscarse otro sitio cuando salga de la cárcel.

Sujeto la escalerilla para que deje de temblar cada vez que Ivy se mueve. El dorso de mi mano le roza la pierna mientras pinta.

—Joe merece un sitio bonito donde vivir —añade—. No nos sobra el dinero, pero puedo adecentarlo. Aunque tarde un poco más.

—Tú también mereces un sitio bonito donde vivir —le digo, contemplando lo guapa que es aunque no me esté mirando—. Tengo mano con la carpintería y puedo cargar peso, así que podría echarte un cable. Mi padre también podría ayudar cuando se pase por aquí en primavera, por si hiciera falta otro par de manos. Se aficionó a la carpintería después de jubilarse. Se le da muchísimo mejor que a mí.

En vez de discutir, como esperaba que hiciera, me dedica una sonrisa tímida.

—Vale.

—¿Me engañan mis oídos o acabas de aceptar ayuda?

La risilla que deja escapar se me clava en el corazón.

—Alguien me dijo que debería pensar más en mí y eso hago.

—Debe de ser una persona muy sabia. Y sexy, seguramente.

—Ambas cosas, no lo dudes.

La sonrisa que intercambiamos se tambalea entre nuestra dinámica habitual y quienes fuimos en el asiento trasero de mi coche.

—Hablando del tema —empiezo a decir, sujetándole el bote de pintura una vez que ha terminado con la puerta del armario—, me he enterado de que ya han salido los calendarios.

Ivy se pone roja como un tomate.

—¿En serio?

—Ian quería enseñármelos, pero le he dicho que no. —La ayudo a bajar de la escalera—. Porque quería que lo hicieras tú en persona.

—¿Has esperado a que bajara de la escalera para que no me lanzara desde lo alto?

—Tal vez. Si te sirve de consuelo, a Ian y a su madre les han encantado.

—Ya, bueno.

Antes de que añada una palabra más, le limpio con el pulgar la mancha de pintura que tiene en la barbilla. Ella se pone aún más roja y a mí se me acelera el pulso con el roce de su piel.

Ivy se aclara la garganta.

—No estoy preparada para morir de vergüenza.

—Después de lo que pasó en mi coche, dudo que la vergüenza vaya a ser un problema.

—Directo al grano.

—¿Por qué no? Es la verdad. Lo pasamos bien. Podemos hablar de ello.

Deja escapar un profundo suspiro.

—Imagino que es absurdo que me ponga así por las ilustraciones, como si no fueras a verlas en algún momento.

—Entiendo que estés nerviosa. No es absurdo; tan solo te da reparo.

—¿Por qué me comprendes tan bien?

—Tengo un doctorado en Ivylogía.

Sacude la cabeza, sonriendo.

—Bueno. Espera aquí, que voy a por la tableta.

Vuelve al cabo de un momento, con la vista clavada en la pantalla y las mejillas aún sonrojadas.

—Lo estoy pasando fatal, que lo sepas —musita, tocando la pantalla—. Te doy permiso para que me digas alguna mentira piadosa si no te gusta.

—Jamás te mentiría. Y dudo mucho de que hagas algo que no me guste. ¿Estamos?

Me mira a los ojos, indecisa.

—Estamos.

—¿Cierro los ojos para que sea más emocionante?

Ivy resopla.

—Si quieres...

Cierro los ojos, porque sé que un poco de humor aligerará el ánimo. Es más, cuando se ríe por lo bajo, siento un alivio inmenso.

—Vamos allá. —No la veo, pero la oigo respirar hondo—. A la de tres. Una, dos y... tres.

Al abrir los ojos, una réplica de mí mismo me devuelve la mirada.

Decir que estoy alucinando sería quedarse corto. Contemplo el tono rubio oscuro de mi pelo, mi barba de tres días, mis rasgos faciales. Si me mirara en el espejo, no vería la diferencia.

El resto del dibujo es igual de espectacular: llevo puesto el pantalón del uniforme, los tirantes sobre mi pecho desnudo con los músculos relucientes por el sudor y, en las manos, el hacha que empezó siendo un palo de escoba.

Y a mi espalda, tal como le pedí medio en broma, unas llamas enormes me dan un auténtico aspecto de tipo duro.

—Estás muy callado —comenta.

Su nerviosismo me saca de mis pensamientos.

—Es que no doy crédito a lo que veo, Ivy —digo bajo su atenta mirada—. ¿Cómo has podido dibujarme así posando con un palo de escoba en el salón?

La perplejidad de su expresión da paso a la inseguridad.

—¿De verdad te gusta o lo dices por decir?

—Me gusta tanto que lo colgaría en casa si no fuera porque quedaría como un creído.

—Las visitas se extrañarían, desde luego.

—Sí que colgaría la casa de piedra que vi dibujada en tu cuaderno. ¿Me venderías una copia o algo por el estilo?

Ivy me mira pasmada.

—¿En serio?

—Creo que quedaría genial en el salón. —Vuelvo a mirar la ilustración que hizo de mí y añado—: Y deberías publicar tus dibujos en internet. Seguro que tendrías un montón de seguidores.

—No sé yo... —dice dudando—. Joe me dijo lo mismo hace años, pero las redes sociales no son lo mío.

—Pues yo creo que podrías ganarte la vida con esto —sentencio.

—Me da a mí que te has venido arriba conmigo.

—Sí que me he venido arriba contigo. —Su mirada va a parar a mi boca antes de volver a mis ojos y tengo que contenerme para no atraerla hacia mí. «Quedamos en que esto no volvería a pasar. No tenemos una relación»—. Pero lo digo en serio. Si no creyera que tienes talento, no habría abierto la boca. Y a ti te sale el talento por las orejas. No pierdes nada, Ivy. Prueba, a ver cómo te va.

Pasa la vista por la pantalla de la tableta, contemplando su ilustración.

—Agradezco tus palabras, pero sigo pensando que no eres objetivo. Además, algo me dice que no todo el pueblo estará tan contento con las ilustraciones. Ya lo verás.

—Qué más da lo que opinen los demás —digo—. O lo que opine yo. Soy tu amigo, y quiero que seas feliz y que estés orgullosa de tus dibujos. Te lo mereces.

La palabra *amigo* me deja un regusto amargo. Aunque es cierto que la considero una amiga, guardo en secreto el deseo de que sea algo más.

—Me lo pensaré. —Bloquea la tableta y la deja sobre la encimera de la cocina—. Bueno, ¿qué planes tienes para hoy?

—Aparte de incordiarte hasta que me enseñaras la ilustración, ninguno. ¿Tú seguirás pintando los armarios?

—Sí. Esa era mi idea.

—¿Tienes otra brocha?

Ivy me mira extrañada.

—¿Por qué?

—Porque me apetece dar rienda suelta al Miguel Ángel que llevo dentro.

—No te ofendas, pero creo que Miguel Ángel sabría diferenciar el verde del verde aceituna.

Le doy un pellizco en un costado sin pensar y Ivy suelta un gritito.

—Serás capullo.

En vez de salir corriendo, me devuelve el pellizco. Su risa lo llena todo de una alegría cálida y la agarro de la muñeca para atraerla hacia mí.

Ruborizada, Ivy alza la vista lo justo para mirarme a los ojos y casi se me para el corazón. Después se ríe con suavidad y me abraza por la cintura. El mundo desaparece a nuestro alrededor cuando noto el peso de su cuerpo contra el mío, su respiración pausada. Y cuando apoya la cabeza en mi pecho, no puedo evitar pensar lo bien que encaja ahí.

—¿Sabías que me encanta abrazarte? —digo bajito.

—Pues habrá que hacerlo más a menudo —responde ella, con la voz amortiguada.

—Estaría bien.

Estoy a punto de cometer un disparate, como darle un beso en la coronilla, cuando se aparta. Sonriendo, coge una brocha y me la da.

—Veamos de qué eres capaz, Miguel Ángel de marca blanca.

La fulmino con la mirada mientras sufro el vacío que ha dejado entre mis brazos. Esto es absurdo.

—A ti te voy a dar marca blanca.

23

Ivy



El sábado, Joe me convence para que nos acerquemos a la plaza del pueblo porque, por lo visto, en el Festival de la Cerveza venden unos *pretzels* estupendos, y se empeña en comprarme uno con lo que gana cortando el césped. Por más que me niego, pierdo la batalla en cuanto hace pucheros. Solo por esta vez.

Cuando va a pagarle a la señora del puesto, se yergue cuadrando los hombros. Fascinada ante su cara de orgullo al darme el *pretzel*, comprendo que la comida no era más que una excusa.

—Gracias, Jojo. —Le agarro del brazo mientras paseamos bajo las guirnaldas de luz que penden de los árboles. Ya iluminan los tenderetes y eso que aún no ha anochecido. Sé bien que voy a cortarle el rollo si saco el tema, pero debo preguntárselo—: ¿Te has pensado lo de Boston?

—Sí —responde, con la boca llena. Traga antes de añadir—: No quiero irme a vivir con la tía Sherry. Quiero quedarme aquí contigo. Con mis amigos. Pero la escuela...

—Me faltan algo más de treinta mil dólares para la matrícula —digo. Creo que es la primera vez que le cuento cuánto dinero he conseguido ahorrar.

Él me mira boquiabierto.

—Eso es un montón.

—Sí, pero aún faltan dos años.

Puede que me esté pasando de optimista, pero ¿qué me quedará si pierdo la esperanza en lo que me importa?

—Es un montón de pasta —repite—. ¿No podemos pedir un préstamo?

—Preferiría no hacerlo —respondo, sin ganas de pasarme la tarde del sábado explicándole los entresijos financieros a un adolescente —. Pero no te preocupes, que lo haré si no queda otra. Tú entrarás en esa escuela sí o sí.

—Todavía no he hablado con ella —dice, refiriéndose a la tía Sherry.

Ya tiene edad para tomar sus propias decisiones; por eso le di el número de teléfono en cuanto se marchó, hace semanas. Se trata de su futuro. Lo quiero con locura y, a menos que fuera una cuestión de vida o muerte, nunca me interpondría entre él y sus sueños. Y la tía Sherry solo es una víbora conmigo, no con Joe. Con él jamás. De lo contrario, le habría dado para el pelo hace tiempo.

—Habla con ella si quieres —le propongo, observándolo con atención—. O incluso podrías pasar unos días en Boston antes de decidirte. No quiero condicionarte, ¿vale? Debes hacerte tu propia idea de la gente y de cada situación, y puedes tener una opinión distinta a la mía.

Joe da otro bocado a su *pretzel*.

—Ya lo sé.

Doy el primer bocado al mío.

—Solo para que quede claro.

—Me ha quedado claro —responde, con la boca llena—. Oye, ¿ese no es Ford?

Miro de golpe hacia la multitud, tan nerviosa que siento que se me va a salir el corazón por la boca.

Ayer estuvo echándome una mano con la cocina, y fue un suplicio cada vez que nuestras manos se rozaban o me ayudaba a bajar de la escalera.

—Era broma —confiesa el muy cabroncete, sonriendo de oreja a oreja—. Quería ver cómo reaccionabas.

Lo fulmino con la mirada.

—No hay reacción que valga. Y no te metas donde no te llaman. No quiero que se repita lo de Jill's.

—No volveré a estropearte una cita, lo prometo —dice, aunque sigo percibiendo la risa en su voz—. Pero ¿por qué no sales con Ford?

No me apetece mucho tener esta conversación con mi hermano de dieciséis años, pero no hay secretos entre Joe y yo. Es fácil sincerarse con él. Con todo, me guardo ciertos detalles para no traumatizarlo.

—Lo hemos hablado, pero... no es tan sencillo —empiezo a explicarme.

—Eso mismo dijo él —suelta, con tal naturalidad que casi lo paso por alto.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando le pregunté qué hacías con un tío que no era él, me dijo que era complicado.

El ritmo al que me late el corazón no puede ser sano.

—¿Desde cuándo habláis de mí?

Joe finge cerrarse la boca con una cremallera.

—Venga ya —insisto.

—Te gusta y está clarísimo que tú también le gustas a él, así que no entiendo por qué sois tan cabezotas —dice.

—Yo no soy cabezota. Lo que pasa es que no es un buen momento. Ford y yo estamos ocupados. Por no hablar de que se divorció hace poco y no busca nada, así que...

—¿Y tú?

Adoro a Joe, pero soy consciente de que debería estar discutiendo esto con amigos. Nunca me he sentido tan sola en ese sentido. La única amiga que he hecho en los últimos años no ha respondido al mensaje que le envié, cosa que no le reprocho. Me lo merezco por hacerle el vacío.

—Tengo que pensar en ti —digo, con una sensación extraña en el pecho. Será ansiedad o algo por el estilo. Ya se me pasará.

—A mí no me eches la culpa. Puedes tener novio y salir con él si quieres, que yo ya soy mayorcito. No hace falta que me vigiles continuamente.

—No te echo la culpa. —Lo último que quiero es que piense que es una carga, porque no es así—. Pero estoy hasta arriba. Y lo sabes. Sería injusto salir con alguien a quien no tengo tiempo de ver.

—Ford también está muy ocupado. Podría funcionar.

Lo escudriño con la mirada.

—¿A qué viene tanto empeño en que salga con Ford? No es la primera vez que insistes con el temita.

—Solo quiero que seas feliz —admite—. Y Ford te hace feliz. Es un tío guay y te trata bien. Siempre es majo conmigo, incluso antes de que os conocierais.

—Sí que es majo —asiento. Mentiría si dijera que no le gusto, cuando confesó que siente algo por mí. Pero también me dejó muy claro que no quiere ir más allá—. Somos buenos amigos y ya está. Deja de preocuparte por mi vida amorosa.

—No me preocupo, solo cotilleo.

—Al menos lo admites.

En ese momento, algo capta mi atención y me detengo. Me sudan las manos al ver el calendario en el puesto que montan los bomberos de Harmony Hills, justo allí, a plena luz del día. Y eso no es lo peor.

Sino que hay como diez o quince personas haciendo cola, además de otras cuatro o cinco alrededor con un calendario en la mano.

—Qué... raro —musito para mí.

—¿El qué?

Señalo hacia el puesto con la barbilla.

—Que la gente esté comprando el calendario.

—Es que mola —dice mi hermano—. A mí no me van los tíos medio en pelotas, pero las ilustraciones son la leche.

—Gracias, Jojo.

A riesgo de que mi autoestima acabe por los suelos, me llevo un dedo a los labios para indicarle que guarde silencio y nos acercamos al puesto disimuladamente.

A cotillear.

—Mi hermana estaba como loca con el calendario, así que he tenido que comprar uno.

—¿Desde cuándo está tan bueno un dibujo? ¿Soy la única que quiere lamer estos abdominales?

—¿Quién los habrá ilustrado? Seguro que ha podido verlos a todos medio en pelotas. Qué suerte.

Arrastro a Joe lejos de la multitud, alucinada con lo que acabo de escuchar.

—Les gusta —susurra entusiasmado, dándome un apretón en el brazo—. ¿Por qué sales corriendo?

—No lo sé. Me he agobiado. —Dejo escapar un profundo suspiro en cuanto nos alejamos del chismorreo, pero no consigo calmarme —. Ford dijo que gustarían y no le creí.

—Eso es porque eres una derrotista de manual.

Sí que lo soy.

—También dijo que debería publicar mis dibujos en internet —recuerdo en voz alta.

—Estoy de acuerdo —me anima Joe—. Si quieres, te ayudo a crear una cuenta en redes. No es complicado, hasta la abuela de Ethan tiene una para sus cosas de ganchillo. ¡Ah! También podrías subir vídeos del proceso de dibujo. He visto algunos que lo petan.

El miedo me remueve el estómago. ¿Yo? ¿Mostrarle mi arte al mundo? ¿Algo que nace de la más pura vulnerabilidad y que la gente criticaría a su antojo?

—No nos vengamos arriba.

—No tienes nada que perder. —Joe tira de mí calle abajo—. ¿Lo harás si te invito a un trozo de tarta?

Me echo a reír y le aseguro que la extorsión no funciona conmigo, pero lo cierto es que me lo estoy replanteando.

Tanto Joe como Ford tienen razón: no tengo nada que perder.

¿Qué es lo peor que podría pasar? ¿Que nadie viera mi trabajo? Nadie ve mis dibujos ahora, así que no cambiaría nada. ¿Que lo critiquen? Pensándolo bien, no serían más que desconocidos en internet. Solo me afecta si yo se lo permito.

Tal vez...

Tal vez debería intentarlo.



Cuando termino mi turno en el Harmony Grove, horas después, sigo dándole vueltas a la acogida que ha tenido el calendario. Es entonces cuando veo el revuelo en la recepción.

Por lo general, el vestíbulo está desierto a estas horas. El restaurante, el bar y la piscina están cerrados y los huéspedes se encuentran en sus cabañas, de modo que a veces no hay ni recepcionista. Pero es más de medianoche y aquí hay al menos diez personas mirando la tele embobadas.

—Hola. ¿Qué ha pasado? —le pregunto a Mitchell, el recepcionista.

Antes de recibir respuesta, lo veo con mis propios ojos.

«Los vecinos afirman haber oído explosiones alrededor de las nueve de la noche. Los cuerpos de bomberos de las ciudades adyacentes, como Burlington, Richmond, Harmony Hills y Shelburn, han acudido para ayudar a extinguir el incendio de la nave», informa la reportera y se me hace un nudo en el estómago. «La policía está evacuando a los vecinos de la zona por considerarlo un incendio de máxima gravedad».

—No saben qué lo ha provocado —dice Mitchell. Su expresión, al igual que la del resto, es sombría—. Pero es un almacén automatizado, así que es superinflamable.

—Ojalá lo extingan pronto —exclama una mujer que se muerde el labio inferior y a la que nunca he visto antes. Lleva uniforme de cocinera, lo cual explicaría por qué no nos hemos cruzado hasta ahora.

—Dios mío —musita alguien cuando otra explosión destroza una de las ventanas de la nave.

Aparto la mirada, con el corazón en un puño.

Ford está ahí. No sé cómo, pero presiento que está en verdadero peligro.

Esto forma parte de su trabajo y tiene más de diez años de experiencia. Sé que sabe cuidar de sí mismo y confío en que su equipo lo protegerá, pero a veces hay accidentes. ¿Y si no vuelvo a verlo nunca más?

En ese preciso instante, Nash sale a toda prisa de su despacho, con el móvil pegado a la oreja. Está serio, y Nash jamás se pone tan serio.

Voy hacia él sin pensarlo dos veces. Debe de haber visto la desesperación y el miedo en mi cara porque, cuando llego a su altura, me hace un gesto con la cabeza para que lo siga.

—Voy para allá. Sí —dice al teléfono—. Tengo una llave de repuesto. No la llames. Llego en diez minutos. Vale. Adiós.

Me pasa un brazo por los hombros al salir del Harmony Grove, de camino al aparcamiento.

—Te has enterado, ¿no?

No añade más.

—¿Está allí? —pregunto, sin molestarme en especificar de quién hablo ni disimular que estoy a punto de vomitar a sus pies. Me está costando la vida controlar el pánico para no desmayarme.

—Sí. He llamado a la estación de bomberos. —Habla como si le doliera pronunciar las palabras—. Acabo de hablar con Rhys. Lo necesitan en comisaría, así que tengo que pasarme a cuidar de Lexi. Me mantendrá informado. Te aviso si pasa cualquier cosa.

—Por favor —le pido. Nos detenemos junto a su coche, aparcado a escasos metros del mío—. ¿Estará bien?

Nash esboza una leve sonrisa que no disimula su preocupación.

—Es Ford. No le cuentes que te lo he dicho, pero es el más duro de los tres.

Le creo, pero...

«Ford. Un edificio en llamas. En peligro».

No dejo de pensar en eso, lo cual aumenta mis ganas de vomitar, de desmayarme y de llorar.

—Te importa —comenta Nash. No es una pulla ni una crítica, tan solo una afirmación.

—Muchísimo. —Trago saliva—. No quiero que le pase nada malo.

Me escuecen los ojos, incapaz de contener las lágrimas un segundo más, y Nash me da un apretón en el hombro para consolarme.

—Te llamo si me entero de algo —promete—. Espéralo en casa, ¿vale? Duerme un poco. Estará deseando verte cuando vuelva.

Asiento, incapaz de abrir la boca sin echarme a llorar.

Debí imaginar que Nash no me dejaría marchar sin darme un abrazo.

—No le pasará nada. No es su primera vez. Sé que da miedo, pero se ha preparado para esto. Lo lleva en la sangre. No querría que te preocuparas por él. Ya sabes cómo se pone.

—Sí —musito enjugándome las lágrimas con el dorso de la mano. Me aparto para mirar a mi jefe a los ojos—. Soy una exagerada. Lo siento. Es tu hermano y yo aquí llorando a moco tendido sin motivo.

—Yo creo que sí que hay un motivo —me rebate—. Como cotilla oficial de la familia, sé que hay algo entre vosotros dos y estoy deseando ver qué sale de ahí.

Se me encienden las mejillas a pesar de las circunstancias.

—No creo que salga nada.

—Ya lo veremos. Me encantaría seguir chinchándote con el tema, pero tengo que irme con Lexi para que Rhys pueda ir a trabajar.

Me pongo seria.

—Sí, claro. Ve, por favor. Y gracias por el abrazo. Lo necesitaba.

—Me alegro. —Me da otro apretón en el hombro—. Te veo el lunes. Duerme un poco, ¿quieres?

Pero no puedo.

No consigo pegar ojo.

Mientras Joe duerme en su habitación, ajeno por completo a la realidad, yo me paso las siguientes siete horas pegada al canal de televisión local, rezando a la nada por que Ford esté sano y salvo.

Lo busco entre la gente cada vez que el almacén aparece en pantalla, pero no lo veo.

Nash no da señales de vida, cosa que no sé cómo tomarme.

Contengo el aliento cada vez que en las noticias dan nueva información y no vuelvo a respirar hasta que confirman que no hay víctimas. Varios bomberos han acabado en el hospital, cinco al menos, pero no dicen a qué departamento pertenecen.

Contienen las llamas poco antes de las seis de la mañana.

Son casi las ocho cuando oigo un coche aparcar frente a la casa de Ford.

24

Ford



En el colegio, solía leer poemas sobre la capacidad purificadora de las llamas. Sobre cómo resurgir de las cenizas convertido en una versión mejorada. Pero, por muy buena que sea la metáfora, jamás he visto qué tiene de beneficioso el fuego.

Las llamas calcinan. Destruyen. Matan.

Como en este instante, en que las llamas lamen cada rincón del almacén y arrasan con todo a su paso.

Cuando los compañeros de Richmond han pedido refuerzos, he sido el primero en subir al camión. Después se han unido a mí seis de mis hombres, pero la mayoría ha tenido que quedarse en Harmony Hills, con Ian al mando, por si había alguna emergencia.

Jamás he tenido reparos en entrar en un edificio en llamas, puesto que ese es mi trabajo, mi vocación, la sangre que corre por mis venas. Pero esto parece un infierno.

Todo está oscuro como boca de lobo. Unas volutas de humo negro se arremolinan a mi alrededor y ni siquiera alcanzo a verme los pies, y mucho menos al resto de compañeros que han entrado detrás de mí, aunque sé que andan cerca.

Como no conozco el lugar, me cuesta avanzar sin tropezar una y otra vez con el mobiliario o lo que sea que hay por el medio. El calor es tan asfixiante que apenas consigo soportar el peso del equipo. Es que me sudan hasta las pelotas, joder.

—Jefe, aquí no se ve una mierda —dice uno de mis hombres por radio—. Me arden las putas orejas. ¿Dónde coño está el fuego?

—No debería haberme comido esa segunda ración de patatas fritas —se lamenta otro.

—A callar —les ordeno para que dejen de cotorrear.

A diferencia de lo que sale en las películas, las llamas no siempre rugen. Sé por experiencia que pueden llegar a ser silenciosas, tanto que hay que detenerse a escuchar estallidos, crujidos o cualquier ruido que nos indique por dónde avanzar. El caos en medio de la calma.

Al cabo de un rato que se me hace eterno, vislumbro un resplandor anaranjado al final de lo que parece un pasillo. Nos ponemos en marcha enseguida. Mis compañeros apuntan con la manguera hacia las llamas y, en cuanto el agua entra en contacto con ellas, el vapor hace que aún sea más difícil ver nada. Por suerte, no había trabajadores atrapados en la nave.

—¡Hay otro foco! —grita por radio alguien a quien no reconozco—. ¡Al norte!

Aún estoy procesando sus palabras cuando oigo un crujido junto a mí, un ruido que me pone en alerta al instante.

—¡Todo el mundo fuera! —grito—. ¡El muro está cediendo!

Otro crujido, más fuerte esta vez. El edificio se sacude sobre sus cimientos antes de que una parte del muro que hay a mi derecha empiece a ceder. Toco el brazo de alguien en la oscuridad e, impulsado por la adrenalina, tiro de él al tiempo que un bloque de hormigón se inclina hacia nosotros.

—¡Vamos! —grito.

El resto del muro se viene abajo, despedazándose contra el suelo. El polvo lo cubre todo y no veo nada. Algo parecido al miedo me atenaza el corazón por primera vez y solo puedo pensar en Ivy. «Tengo que volver con ella».

—¿Todos bien? —pregunto por radio.

Uno por uno, hago recuento de los seis compañeros que han entrado conmigo en esta sección de la nave y suspiro aliviado.

—Todos bien, jefe —dice uno de mis hombres, con una mano sobre mi hombro—. Suerte que tienes un oído de la hostia. Acabemos con esto.

A medianoche, la nave sigue ardiendo. Rhys, con su uniforme policial, se acerca a ver cómo estoy, pero no le doy coba. No puedo permitirme ninguna distracción en el trabajo.

Hacia las dos de la madrugada, se llevan a tres bomberos en ambulancia. Intoxicación por humo. Quemaduras. Otro muro derrumbado. Según el personal sanitario, vivirán.

A las cuatro, ya se han llevado a ocho bomberos al hospital. El agotamiento empieza a pesarme, pero hago todo lo posible por permanecer alerta.

Son esos ojos azules, y la posibilidad de no volver a verlos jamás, los que me dan fuerzas para aguantar hasta las seis de la mañana, cuando logramos mantener las llamas a raya. Llega otro equipo para sustituirnos y nosotros regresamos a la estación.

Me noto embotado tanto en la ducha como en el trayecto de vuelta a casa. Paro el motor del coche y me quedo un rato ahí sentado, sin más.

Es la primera vez que me pasa esto. He estado en incendios graves, peligrosos. Nunca se me ha caído un muro o un techo encima, pero sí que he tenido algún que otro susto. Lo de esta noche no era nada nuevo para mí.

Además, no solo no soy miedoso, sino que estoy preparado para mantener la calma en situaciones de emergencia. Sé que lo estoy y, si algo me pasara, sé que puedo contar con mi equipo. Por eso no entiendo a qué ha venido el maldito pánico que me ha entrado antes.

Un rápido golpeteo en la ventanilla de mi coche me devuelve a la realidad. Unos ojos azul cielo me devuelven la mirada.

—¿Estás bien? —pregunta Ivy, con unas ojeras y una preocupación en la cara que me destrozan. ¿No ha dormido en toda la noche?

Abro la puerta del coche.

—Ivy, ¿qué...?

Se abalanza sobre mí y se aferra a mi cuello con tanta fuerza que apenas puedo respirar.

—No vuelvas a hacerme esto jamás —susurra con voz temblorosa, su aliento cálido sobre mi piel—. Lo he visto por la tele, Ford. Era horrible. Pensaba que no..., que no...

Se le quiebra la voz y algo se me remueve por dentro.

—Shhh. —Aprieto los labios contra su sien para que deje de temblarme la voz a mí también—. Ya ha pasado, cariño. Estoy aquí.

No voy a ir a ninguna parte. Venga, entremos en casa.

Pero todavía percibo el olor a humo en mi pelo, el calor residual de las llamas en mi piel, y sé que ella también. Se aparta de mi abrazo y se me cae el alma a los pies al ver que tiene los ojos hinchados de llorar. Quiero estrecharla entre mis brazos y no soltarla jamás, y me merezco un sopapo por haberla disgustado.

—Vale —dice al fin, frotándose las mejillas como si pretendiera borrar las lágrimas—. Voy a enviarle un mensaje a Joe para que no se preocupe. Todavía está durmiendo.

Al bajar del coche, se me hace un nudo en la garganta que empeora en cuanto Ivy pone un pie en mi casa. Cuando enfila hacia la cocina y empieza a trastear por los armarios como si hubiera estado aquí un millón de veces, apenas puedo respirar. Me limito a observarla.

—¿Qué haces? —pregunto en un hilo de voz.

Se pone de puntillas para coger una taza.

—Prepararte un vaso de leche con miel. Es lo que tomo yo cuando no consigo pegar ojo. Tienes, ¿verdad?

El nudo en mi garganta se tensa y me asfixia.

—Sí. La leche está en la nevera y la miel, en el armario que hay encima de la cafetera.

—Vale. Ahora ve al salón y relájate.

La ducha en el trabajo me ha dejado chafado y estoy demasiado hecho polvo para discutir. De modo que me voy al salón y trato de no pensar en lo mucho que me gusta verla ir y venir por mi casa como si también fuera suya.

No puede ser. No debería sentirme así y menos cuando acabo de divorciarme. ¿Qué pasa con el duelo o como cojones se llame? He superado lo de mi ex, pero ¿no hay que pasar una serie de etapas? Dudo que una de ellas sea volver a enamorarse tan pronto.

«Mierda».

Estoy enamorado de Ivy, ¿verdad?

Aparece en el salón con una taza humeante. Ya no le tiemblan las manos y, cuando me ve despatarrado en el sofá, una sonrisa radiante borra el cansancio de su rostro.

Eso, vamos a ponérselo un poco más difícil a Ford con un gesto tan inocente.

Sus dedos rozan los míos al darme la taza y siento una maldita descarga eléctrica. Hice que se corriera sobre mí hace unos días, he probado sus labios. ¿No ha sido eso suficiente para calmar mi sed?

Ivy se sienta a mi lado y se pasa una manta sobre las piernas, momento en que comprendo que jamás tuve la más mínima oportunidad contra ella. Más que nada porque me fascina todo lo que hace.

—¿Cómo estás? —pregunta.

Doy un sorbo a la leche con miel.

—Esto está buenísimo.

Ivy se limita a sonreír. Suspiro con fuerza y dejo la taza sobre la mesita antes de recostarme en el sofá.

—Ha sido una noche dura.

—No tenemos por qué hablar de ello —me asegura—. Podemos quedarnos aquí sentados en silencio.

Sopeso su propuesta. El cuerpo de bomberos nos proporciona acceso a terapia, servicio que yo mismo he usado en varias ocasiones. Pero no recuerdo la última vez que le conté las penas del trabajo a nadie fuera de la consulta. Por lo general, me guardo estas cosas para mí y las gestiono como puedo, pero hoy...

No quiero. Hoy la tengo a ella.

La cojo de la mano y entrelazamos los dedos sobre mi regazo.

—No sé qué habrás visto en las noticias.

—Me he pasado la noche despierta, así que bastante —confiesa.

—Deberías haber dormido.

—Estoy bien. Continúa.

Acaricio la fina piel de su mano con el pulgar.

—Llamaron a los municipios vecinos pidiendo unidades de refuerzo porque el incendio se les había ido de las manos. No podíamos acudir todos; alguien tenía que quedarse en la estación. Pero yo me ofrecí a ir y dejé a Ian al mando. Cuando llegué, supe que era el peor incendio que he visto en toda mi carrera profesional.

—¿Llegaste a...? —Ivy titubea, como si no quisiera conocer la respuesta—. ¿Llegaste a entrar?

—Sí. El foco estaba en el interior y había que apagarlo.

—¿Están todos bien?

—No ha habido víctimas. —Un jodido milagro—. Pero han tenido que llevarse a algunos compañeros al hospital.

—No ha sido culpa tuya, Ford —dice, como si me leyera la mente —. Estoy convencida de que habría sido mucho peor si no hubieras estado allí. ¿Eso es lo que te reconcome?

Dejo de acariciarle la mano.

—Sí y no.

Ivy se acerca a mí hasta que pega su rodilla a mi muslo, electrizante como un cable de alta tensión. La seguridad que me transmite es cuanto necesito para abrirme a ella.

—Casi se nos derrumba un muro de hormigón encima.

Contiene el aliento.

—¿Qué dices? ¿Cómo? ¿Ha habido heridos?

Niego con la cabeza, sin apartar la mirada de nuestras manos entrelazadas, que me niego a soltar para no romper este momento. Aquí. Con ella. A salvo los dos.

—No nos pasó nada a ninguno. —Me trago el nudo que se me ha formado en la garganta—. Ivy, me...

El corazón se ha enzarzado en un tira y afloja con la razón y no puedo pensar con claridad. Lo que ansío decirle suena demasiado egoísta como para pronunciarlo en voz alta. No sé si podré darle lo que quiere. Ni si tengo lo que hay que tener para admitir lo que quiero yo.

Ivy se aprieta contra mí y me da la mano libre, envolviéndome en un manto de calidez. Estar con ella me da paz y, a su vez, es una tortura.

—Me he pasado la noche entera preocupada por ti —confiesa en voz queda—. Como Nash no daba señales de vida, no paraba de repetirme que estabas bien. Que no haya noticias es una buena noticia, ¿no? Pero no podía... —Se le rompe la voz—. Tenía tanta ansiedad que no podía respirar. No se me ha pasado todavía y eso que te tengo aquí delante. Me aterroriza perderte, Ford. No podría soportarlo.

—No vas a perderme. No voy a ir a ninguna parte.

—Eso no lo sabes.

Le acaricio la mejilla con la palma de la mano, fría en comparación con la calidez de su piel, y su aliento me roza la muñeca.

—Cuando el muro empezó a caer sobre nosotros, solamente podía pensar en las ganas que tenía de estar contigo. De abrazarte. De saber que estabas bien, aunque fuera yo quien estaba en peligro.

Se le corta la respiración.

—Ford...

—No sé qué me pasa. Dijimos que no volvería a haber nada más entre los dos, pero...

Ivy pega sus labios a los míos. Deja escapar un ligero suspiro de alivio cuando le devuelvo el beso y se funde entre mis brazos en cuanto la siento sobre mi regazo, con la desesperación que me consumía desde hacía tanto.

La sujeto por las caderas con fuerza, porque necesito asegurarme de que es real, de que es mía. Sabe a pasta de dientes y a algo más, ese deje tan suyo al que estoy enganchado. La deseo desde la primera vez que la vi, y no me había dado cuenta.

Interrumpe el beso y a punto estoy de gemir. Y la cosa no hace sino empeorar cuando se baja de mi regazo.

—¿Adónde vas? —Ahora mismo me da igual quedar como un empalagoso. La necesito, en todos los sentidos, como no he necesitado a nadie jamás.

Sin terciar palabra, Ivy se arrodilla delante de mí y pierdo el poco control que me quedaba.

—Ha sido una noche difícil —dice con voz pausada, acariciándome los muslos arriba y abajo por encima del pantalón de chándal. Sé que estoy perdido en el instante en que percibo un destello de deseo e impaciencia en su mirada—. Vamos a aliviar esa tensión.

—No tienes por qué hacer esto —farfullo entre dientes, con los puños apretados a los lados—. No tienes que hacer nada que no quieras hacer.

—Pero es que quiero hacerlo. —Recorre mis muslos con las uñas, sin apartar la vista de mis ojos—. Yo también me quedé con ganas de más.

Eso me la pone dura, si bien no puedo ignorar la pesadumbre que se ha instalado en mi pecho. Lo único que Ivy quiere es sexo y, no sé muy bien por qué, eso me jode.

Podría pararle los pies. Confesarle que lo que siento por ella es mucho más profundo, que no busco un polvo de una noche. Que quiero más.

La razón me dice que estoy demasiado escarmentado y que Ivy no tiene por qué aguantar las mierdas de nadie. Si lo que busca es un simple revolcón sin ataduras, no me opondré, aunque no sea eso lo que yo quiero. Después de todo, esto fue idea mía. Yo se lo propuse.

«Hay que ser gilipollas».

Sus labios sobre mi muslo me devuelven al presente y cierro los ojos con un gruñido de impaciencia.

—¿Te gusta que te bese aquí? —pregunta con una sensualidad tan inesperada que mis caderas responden por sí solas.

—Tú sigue provocándome —digo entre dientes—. Me encanta.

Su sonrisa se ensancha.

—Pues recuéstate y deja que te enseñe lo que sabe hacer esta boca.

«Jodeeeeeer».

La agarro del pelo y digo:

—Haz lo que quieras conmigo. Soy tuyo.

Se humedece los labios con una parsimonia martirizante y desliza la mano por mi entrepierna hasta plantarme la palma sobre la polla. Echo la cabeza hacia atrás cuando me aprieta por encima del pantalón. Y por si esto no fuera tortura suficiente, pega los labios a mi paquete. La agarro del pelo con más fuerza.

—Siempre eres tan bueno conmigo —dice acariciándome arriba y abajo, muy muy despacio—. Siempre cuidando de mí y de los demás. Pero ¿quién se ocupa de ti, eh?

Me he quedado mudo. Soy físicamente incapaz de articular palabra.

Me baja los pantalones y los calzoncillos de un tirón, hasta que mi miembro aparece en todo su esplendor. Cuando se humedece los labios sin apartar la vista de mi polla, a punto está de volverme loco.

Cosa que consigue al agarrármela con una mano.

—Preciosa... —gruño, con un golpe de cadera desesperado.

—Tengo tantas ganas de ti, Ford —susurra, y se la mete en la boca.

Casi me deshago al sentir la calidez de su garganta, envolviéndome. Me quedo inmóvil y la sujeto por el pelo con cuidado para que no se mueva.

—Quieta —mascullo—. Dame un segundo.

Su risa estalla alrededor de mi polla y hace que me estremezca de placer. ¿Por qué cojones no consigo aguantar?

Respiro hondo varias veces y gruño de frustración mientras vuelvo a relajarme en el sofá. Emite un chasquido al sacársela de la boca.

—¿Estás bien? —pregunta socarrona, con una sonrisa traviesa en los labios.

—En el puto nirvana —digo en un hilo de voz—. Pero he estado a punto de correrme y eso no hubiera tenido gracia.

Vuelve a sonreír.

—Y que lo digas. Con las ganas que tenía de hacerte una mamada, no me habría bastado con diez segundos.

—Ah, ¿sí? —La arrastro por el pelo hasta mi entrepierna—. Pues ya sabes, cariño. Si tantas ganas tienes, métetela hasta el fondo.

Verla de rodillas a mis pies, para mi goce y satisfacción, supera todas mis fantasías. No hay nada como la realidad: su boca sobre mí, los gemidos que profiere.

Dejo la mente en blanco hasta que Ivy es todo en lo que pienso. Atrás quedan el incendio, el estrés, la incertidumbre de esta aventura entre los dos. No me canso de ella.

Cuando me lame la base del pene, mis caderas vuelven a responder por sí solas, y se atraganta. A pesar de haberle ordenado que se la metiera hasta el fondo, necesito saber que está bien.

Ivy se limita a responder con una sonrisa pícara antes de volver al tema.

Si tanto me gusta sentirla en su boca, no quiero ni imaginar cómo será metérsela por otro sitio más estrecho. Con este pensamiento se van las pocas fuerzas que me quedaban.

—Para o me corro en tu boca —le advierto.

Debí imaginar que no pararía.

Me la chupa con más ansia, más rápido, hasta el fondo, y tengo que apretar el puño con que la agarro del pelo para mantener los pies en la tierra. Porque siento como si me elevara hasta las malditas nubes.

Con un último embiste de cadera, me derramo en su garganta. Me siento exultante al caer en la cuenta de que acabo de marcarla de un modo tan primitivo.

«Mía. Es mía».

Pasan diez segundos, o tal vez diez minutos, hasta que empieza a bajar mi erección, y se oye un chasquido cuando Ivy se saca mi polla de la boca. Por si no hubiera hecho ya suficiente, la muy traviesa se relame después de tragar.

—¿Relajado? —pregunta tan campante, como si no acabara de hacerme la mejor mamada de mi vida.

—Me has destrozado —digo jadeando.

—¿Eso es bueno?

—Ya lo creo. —Le tiendo una mano—. Ven aquí.

Es tan agradable estrecharla entre mis brazos.

—¿He sido muy bruto? —le pregunto, apartándole un mechón de pelo de la cara.

—Qué va. Lo prefiero así. —Suspira plácidamente—. Pero no creo que baste con una segunda vez. Dicen que a la tercera va la vencida.

—No me importaría seguir en el dormitorio.

Ivy se ríe, pero se zafa de mis brazos.

—Tentador, pero le prometí a Joe que iríamos a mirar los aviones por la mañana.

—¿A grabarlos en vídeo?

Asiente.

—¿Puedo apuntarme?

Ivy me examina con la mirada.

—¿No quieres descansar?

—Ya dormiré más tarde. —¿Por qué coño estoy tan cortado de repente?—. Me gustaría pasar más tiempo contigo. Si no interfiero en tu relación con tu hermano, claro.

Sonríe con dulzura.

—A mí también me gustaría pasar más tiempo contigo.
—¿Significa eso que hoy me toca a mí ser el ayudante de cámara?
Ivy suelta una carcajada que se me queda grabada en el corazón.

25

Ivy



—Hola, Ivy. ¿Tienes un minuto?

Estoy a punto de entrar a trabajar en el Harmony Grove, cuando Diana se me acerca.

Es bastante maja, pero no hablo mucho con ella si no es para preguntarle por algún producto de limpieza (fue ella quien me explicó que mezclar lejía con vinagre es un tremendo error). Apenas nos hemos relacionado en semanas, desde que nos dejó claro a Nash y a mí lo que opinaba del calendario ilustrado.

Quiero pensar que no fue algo personal, para no hacerme mala sangre. Es mi supervisora y me fastidiaría que me cogiera manía por un calendario que ni nos va ni nos viene en el trabajo.

Me vuelvo hacia ella con una amable sonrisa.

—Claro.

—Quería disculparme —dice, lo que me pilla desprevenida—. Siento lo que dije sobre los calendarios.

—Ah, no pasa nada —digo intentando tranquilizarla, pero ella niega con la cabeza.

—Sí que pasa, Ivy. Juzgué tu trabajo sin verlo siquiera, y no es justo. Además, estaba muy equivocada.

Contengo el aliento.

—¡El calendario es espectacular! —exclama con una ilusión que no deja lugar a dudas acerca de la sinceridad de sus palabras—. Y picantón, claro, para qué engañarnos. Hay que ver cuánto realismo, vivacidad y encanto puede haber en unos sencillos dibujos. No conozco a nadie que opine lo contrario.

—Eres muy amable, Diana.

—Es la verdad. Siento haber dudado y haberte hecho pasar un mal rato. Y siento haber dicho que los jóvenes os lo estáis cargando todo, porque es obvio que no es así.

—No pasa nada, de verdad. —Fue un poco dura, pero no le guardo rencor—. Aun así, gracias por decírmelo y aclarar las cosas. Significa mucho para mí. Tampoco es que estuviera enfadada.

—Qué menos que disculparse cuando una se equivoca. —Asiente para sí misma y se endereza—. De hecho, quería proponerte algo.

Se me acelera el corazón.

—¿Proponerme algo?

—Mi sobrina escribe novelas de fantasía y tienen bastante fama —dice—. Ya verás.

Se saca el móvil del bolsillo trasero y entra en las redes sociales. El nombre de la cuenta no me dice nada en un primer momento, y eso que tiene un montón de seguidores. Pero entonces Diana pasa varias publicaciones y me quedo helada al ver la portada de uno de los libros.

Tengo la garganta tan seca que me duele hablar.

—¿Esta es tu sobrina?

—Sí —asiente con orgullo, y no me extraña.

Su sobrina es autora superventas del *New York Times* y llevo un par de años viendo sus libros en cada librería en la que entro. Aunque últimamente no leo demasiado (la lectura ha sido una de mis pasiones desde que era pequeña, pero no tengo mucho tiempo libre), su novela del vampiro y la bruja está teniendo mucho éxito. Seguro que Alma la ha leído y se la ha recomendado a todo el mundo en la oficina.

—El caso es que —continúa Diana, ajena a la cara de pasmo que se me ha quedado o ignorándola— le enseñé el calendario porque comparte mi gusto por los hombretones medio desnudos, qué le vamos a hacer, y me preguntó si estás en las redes sociales o si tienes una dirección de correo electrónico a la que escribirte. Le encantó tu estilo y, si te apetece, quiere encargarte el diseño de algunos personajes para su próximo libro.

¿Me he dado un golpe en la cabeza en el aparcamiento? ¿Estoy alucinando?

—Estás de broma. —No es una pregunta.

—Yo no bromeo con estas cosas. Te pagaría por ello, por supuesto. Puedo darte su correo electrónico. Dile que la tita Di ha transmitido el mensaje, como prometió.

La cabeza me da vueltas y, por un momento, temo que vaya a desmayarme con tanta emoción. Cuando Nash se acerca a nosotras, todavía no me lo creo.

—¿Qué hay, chicas? —Se queda callado—. Ivy, ¿te encuentras bien? Estás pálida.

Me quedo mirando al hermano pequeño de Ford, a mi jefe, boquiabierta seguramente. Como siempre, lleva la gorra hacia atrás y sonríe. Diana, con su uniforme, también sonríe. Todo parece normal, pero en mi interior...

Algo ha cambiado.

—Me encantaría trabajar con ella —le aseguro a Diana, categórica —. Gracias.

—Así se habla. Voy a por un pósit y te apunto su correo electrónico.

—Yo te traigo el pósit —interviene Nash—. Acaba de llamarme el electricista para posponer otra vez la inspección y estoy que me subo por las paredes. ¿De qué hablabais? Dadme buenas noticias, vamos.

Diana le cuenta lo que acaba de pasar y a Nash se le ilumina la cara de un modo que me recuerda a Lexi.

—Sabes lo que eso significa, ¿no? —me pregunta, tras volver de su despacho con el pósit.

—Miedo me das. —Recelosa, lo miro a él y luego a Diana, que garabatea algo.

—Que tienes que abrirte una cuenta y publicar las ilustraciones de los bomberos y las que diseñes para la sobrina de Diana, y petarlo. Pero no te olvides de la plebe cuando triunfes.

Me echo a reír.

—Mucho esperas tú.

Pero ya van tres personas que me sugieren que publique mis ilustraciones en internet, algo que cada vez me resulta menos intimidante.

Cuatro si sumamos a Diana, que dice:

—Este es su correo. Y sí, ábrete una cuenta. Mi sobrina querrá etiquetarte o como se diga, y te saldrán seguidores como champiñones. Si quieres ganarte la vida con esto, no dejes escapar la oportunidad. Hoy en día, todo pasa por las redes sociales. O eso es lo que dice mi sobrina, qué sabré yo.

Definitivamente, tengo pendiente abrirme una cuenta. Es lo lógico. No hay nada de malo en ello (Joe tiene una para sus aviones) ni pierdo nada por intentarlo.

Con todo, prefiero no venirme muy arriba. Que termine colaborando con la sobrina de Diana no garantiza que vayan a salirme más clientes. ¿Y si no cree que mis ilustraciones hagan justicia a sus personajes? Podría pasar cualquier cosa.

Las cosas buenas no suelen durarme mucho. Cada vez que hay un resquicio de luz en mi vida, pasa algo que lo eclipsa.

Al poco de nacer Joe, murió mi madre.

Estando en el instituto, me puse a trabajar para ayudar en casa con mis gastos y los de Joe y perdí a todos mis amigos.

Pude mudarme a Nueva York casi sin remordimientos porque mi padre iba a encargarse de todo, y luego nos destrozó la vida conduciendo borracho.

No soy una aguafiestas por ir con pies de plomo, sino realista. Publicaré mis obras en internet y escribiré a la sobrina de Diana, pero solo porque me sale de dentro. De poco me sirve hacerme ilusiones con lo que venga después, sé que estaré bien pase lo que pase.

De modo que me planto los auriculares con mi pódcast favorito sobre sucesos paranormales y dejo aparcada, casi del todo, la conversación con Diana y Nash mientras trabajo.

Cuatro horas más tarde, como cada noche, escribo a Joe para decirle que voy para casa. La mitad de las veces no responde porque ya está dormido (o se lo hace), pero no importa. Si puedo evitarlo, prefiero que no esté preocupándose por su hermana, por muy seguro que sea Harmony Hills.

Al llegar a casa, estoy tan hecha polvo y absorta en la propuesta de Diana que no percibo las señales.

Las zapatillas preferidas de Joe no están, falta un plumífero en el perchero y por debajo de la puerta de su cuarto no se cuela ninguna luz. Y eso que siempre se queda frito mirando vídeos en el ordenador.

No me doy cuenta de nada hasta que entro en su dormitorio, como cada día, para dejarle una nota en la mesita de noche avisándole de que he llegado a casa sana y salva.

Pero la cama está vacía.

Se me hace un nudo en la garganta. Salgo del dormitorio a trompicones y registro cada rincón de la casa, pero no hay ni rastro de mi hermano.

Marco su número con manos temblorosas y me salta el contestador directamente. ¿Qué hace con el móvil apagado?

La cabeza me da vueltas y tengo que apoyarme en la encimera de la cocina. «No me jodas, no puedes desmayarte ahora. Piensa».

La cocina sigue dando vueltas tras mis párpados cuando cierro los ojos, devanándome los sesos por recordar si Joe ha dicho que estaría en casa de Ethan. Es una posibilidad, puesto que estudia con él casi a diario.

Pero no me cuadra. Tanto él como la madre de Ethan me habrían avisado de que llegaría más tarde.

Me sabe fatal porque sé bien que es más de medianoche, pero no me queda otra. Temblando, busco su número en el móvil y espero.

La madre de Ethan responde al instante.

—¿Ivy?

Por su voz pastosa, sé que acabo de despertarla, lo que solo empeora mi estado.

—Hola, Sue. Siento muchísimo llamar a estas horas. Solo quería preguntarte si Joe está en tu casa con Ethan.

—¿Joe? —Un susurro de sábanas me dice que o bien se ha incorporado o bien se está levantando de la cama—. Hoy no se ha pasado por aquí. ¿Quieres que mire en el dormitorio de Ethan por si acaso?

—Por favor —respondo enseguida, desesperada—. Siento las molestias.

—No te preocupes, tesoro. —Parece más despierta—. ¿No está en casa? ¿Es eso?

—No está en casa —asiento con voz trémula. Esto no puede estar pasando—. Acabo de llegar de trabajar y no está. No lo encuentro. No me ha escrito ni nada. He pensado que estaría en tu casa, como ha estado estudiando con Ethan estos días... Que se les habría hecho tarde jugando a algún videojuego.

Sue se queda callada.

—Ivy —dice con cautela, dubitativa—. Joe no se ha pasado por aquí. No últimamente, al menos.

—¿Qué? —digo jadeando—. ¿Estás segura? —pregunto, como si no fueran su casa y su hijo. Pero es que no..., no puede ser.

«¿Joe ha vuelto a mentirme?».

—Ethan tenía entrenamiento de béisbol y yo no me he separado de él. Ha estudiado solo en casa. —Sus palabras son como un jarro de agua fría—. Espera, que llego a su cuarto. Un segundo.

Oigo su conversación al otro lado de la línea.

—Ethan, cielo —lo llama Sue—. En primer lugar, no deberías seguir jugando a estas horas, que mañana tienes clase.

—Mamá...

—A callar. Ya hablaremos mañana. ¿Está Joe por aquí?

Ethan hace una pausa.

—¿Joe?

—Joe Farnsworth. ¿Está aquí o no? Tengo a su hermana preocupadísima al teléfono porque no lo encuentra. Y me ha dicho que ha estado estudiando contigo estos días, pero ambos sabemos que eso no es cierto. ¿Cómo explicas eso, Ethan?

—Aquí no está, mamá.

Me pitan los oídos.

—Y ¿dónde está? —pregunta Sue a su hijo.

Si Ethan responde, no lo oigo.

—¿Qué? —pregunta su madre.

—Que es un secreto.

—Ethan Benjamin Coleman, más te vale contarme dónde está Joe ahora mismo.

—Pero ¡le prometí que no se lo diría a nadie!

—¿Sabe dónde está? —le pregunto a Sue, tan alterada que creo que voy a desmayarme en plena llamada.

—¿Sabes dónde está? —le repite la pregunta a Ethan.

—Sí, pero...

La luz de unos faros se derrama por las cortinas e ilumina la casa. Ford aparca delante de su puerta (no me había percatado de que no estaba) y veo a alguien en el asiento del copiloto.

—Sue —digo al teléfono con aire distraído. Se me hiela la sangre en las venas—. Siento muchísimo haberte despertado. Te agradezco la ayuda de todo corazón, pero... Joe acaba de llegar.

26

Ford



Voy de camino a casa después de quedarme con Lexi mientras su padre estaba en el trabajo (adoro a mi sobrina, pero Rhys tendría que plantearse seriamente contratar a una canguro, porque Nash y yo no siempre estamos libres), cuando suena mi móvil.

Miro extrañado la pantalla táctil del coche, vinculada a mi teléfono, al ver quién llama.

—¿Todo en orden, colega? —pregunto a modo de saludo.

—Hola. Eh..., necesito un favor —dice Joe. Está raro; la cautela e incluso el miedo en su tono de voz me ponen en alerta.

—¿Estás bien? —insisto—. ¿Te has metido en un lío? ¿Le pasa algo a Ivy?

—Estoy bien. No me he metido en ningún lío. Ivy está trabajando —responde, pero sigo inquieto.

—Vale. ¿Qué necesitas?

Joe vacila.

—¿Puedes pasar a recogerme?

Farfulla la dirección de un supermercado que hay en las afueras, a unos veinte minutos del pueblo.

—Voy para allá —le digo, cambiando de carril.

—No avises a mi hermana, por favor —añade de repente.

—No lo haré si lo haces tú —respondo con el tono de reproche que usaba mi padre cuando mis hermanos y yo hacíamos alguna trastada (como escabullirnos por la noche para quedar con los amigos). Él jamás nos gritaba, pero su forma de reprendernos con esa autoridad calmada era mucho peor.

—Ya lo haré cuando llegue a casa —promete el chaval.

—Deberías llamarla para que no se preocupe.

—Está trabajando. Llegaremos a casa antes que ella.

Lo dudo bastante.

—No tengo batería en el móvil. Estoy al uno por ciento. Te espero junto a la cabina de teléfono que hay en la entrada.

—No te muevas. Llego en diez minutos.

Aunque para eso tenga que saltarme alguna que otra norma de tráfico. Pero me niego a que un adolescente, indefenso y sin batería en el móvil, me espere a solas en un aparcamiento de otro pueblo más de lo estrictamente necesario.

Durante el trayecto hasta allí, se me pasan mil cosas por la cabeza. ¿Qué cojones hace Joe por ahí a estas horas y, además, sin que lo sepa su hermana? ¿Se habrá metido en algún lío? ¿Qué dirá Ivy si llega a casa antes que nosotros y no encuentra a Joe?

Todas las posibilidades me ponen en riesgo de llevarme un par de multas por exceso de velocidad, pero por suerte llego al aparcamiento del supermercado sin ningún encontronazo con el sheriff. Me relajo en cuanto veo una figura alta junto a una cabina de teléfono, que llevará unos veinte años obsoleta.

Aparco al lado de Joe, que echa un vistazo para asegurarse de que soy yo. Abre la puerta del copiloto y se queda inmóvil.

—¿Joe? —lo llamo al ver que pasan los segundos y sigue sin subir —. ¿Va todo bien?

Le tiemblan ligeramente las manos. Es apenas perceptible, pero se lo noto. Sin pensármelo dos veces, apago el motor y bajo del coche.

Cuando llego junto a él y le pongo una mano en el hombro, tiene la mirada perdida en el asiento del acompañante.

—Colega.

Joe sacude la cabeza y sorbe por la nariz. ¿Está llorando?

—Estoy bien. Vámonos.

—No, Joe. A ti te pasa algo. —No está llorando, pero tiene los ojos vidriosos—. ¿Qué pasa? No he venido a echarte la bronca, ¿vale? Puedes contarme lo que sea. Solo quiero saber qué haces aquí a estas horas y a qué viene ese tembleque.

Se mira la mano como si acabara de darse cuenta de ello y la cierra en un puño. Me recuerda a mí cuando tenía su edad, siempre

dándomelas de fuerte cuando en el fondo estaba destrozado.

Menos de un minuto más tarde, que se me hace eterno, Joe se frota los ojos con el dorso de la mano y suspira con cansancio.

Entonces se desabrocha el chaquetón, dejando a la vista el polo con los colores y el logo del supermercado que hay a nuestra espalda.

No tengo palabras.

—Ivy no lo sabe —adivino, porque sobran las preguntas.

Cuando Joe niega con la cabeza, aparto la mirada y me cago en todo. Esto es exactamente lo que Ivy no quería que pasara.

—Vale —digo con cautela, a sabiendas de que lo último que necesita es que lo critiquen. Por mucho que desapruebe que esté trabajando a espaldas de Ivy, no quiero inmiscuirme. Y menos ahora —. Vámonos a casa. Ya hablaremos de esto.

Él titubea de nuevo, como si le costara hablar. Entiendo que se avergüence de esto, pero...

—No puedo subirme al coche.

Lo miro extrañado.

—¿Cómo que no?

—S-solo si es Ivy quien conduce.

Se me cae el alma a los pies al caer en la cuenta de que siempre que me he ofrecido a llevarlo a algún sitio él se ha negado. Sabía que pasaba algo, joder. Lo sabía.

—Yo iba en... —Joe respira hondo por la nariz y suelta el aire con fuerza por la boca—. El día en que mi padre atropelló al poli estando borracho y se estampó después al darse a la fuga, yo iba en el coche con él.

Me hierve la sangre con una rabia inaudita en mí.

Nunca he sido agresivo, pero ahora mismo le daría de hostias al padre de Joe y Ivy. Por si coger el coche yendo puesto hasta las cejas no fuera una gilipollez lo bastante peligrosa, resulta que su hijo iba con él.

Respiro hondo para calmarme. Joe es lo único importante ahora.

—Joder, Joe. Siento muchísimo que te pasara algo así.

—No me hice nada. Nada grave, al menos. Me duele un poco el cuello, pero no tuvieron que ingresarme en el hospital ni nada de

eso —explica, como restándole importancia a lo que le tocó vivir siendo tan joven—. Lo que pasa es que... ahora no me van mucho los coches. Estoy acostumbrado a ir con Ivy, pero con otra gente... no sé.

—¿Cómo sueles venir hasta aquí? —pregunto.

—En autobús. Esta noche se ha alargado la cosa y he perdido el último —aclara—. El encargado se ha ofrecido a llevarme en coche, pero...

Pero ha preferido llamarme a mí.

—Confío en ti —sentencia, lo que me hace sentir orgulloso a pesar de las circunstancias.

Me preocupo por Joe al igual que me preocupo por su hermana, solo que de un modo distinto.

—Iré despacio —le prometo—. Si te agobias, paramos. Lo que necesites. Tú mandas.

Ya no se le ve tan disgustado, pero sigue sin ser el Joe de estos meses atrás. Me parte el corazón que su propio padre, la persona que debía mantenerlo a salvo por encima de todo, le hiciera una putada tan tremenda.

Sin añadir palabra, Joe sube al coche. Cuando me siento al volante, está moviendo la pierna derecha con gesto nervioso.

—¿Listo? —pregunto.

—¿Puedes poner música? Me ayuda a distraerme.

—Lo que necesites.

La música rock de fondo nos acompaña durante el silencioso trayecto hasta Harmony Hills, esta vez muy por debajo del límite de velocidad. Joe no abre la boca hasta que llegamos al pueblo y dejamos atrás la estación de bomberos.

—¿Crees que Ivy se va a cabrear?

—Sí. —De nada sirve negar lo evidente—. Le va a doler que hayas estado trabajando a sus espaldas.

No responde. Apenas unos segundos después de aparcar frente a mi casa, Ivy sale disparada por la puerta y corre hasta nosotros, con una expresión de terror en el rostro que no quiero volver a ver en mi vida.

—¡Joe! —exclama—. ¿Qué has hecho? ¿Qué está pasando?

Su hermano abre la puerta del coche.

—Puedo explicarlo.

Cuando Ivy me mira y veo las lágrimas que corren por sus mejillas, se me rompe el corazón.

Se vuelve hacia su hermano, muy alterada.

—He llegado a casa y no estabas. Llamo a la madre de Ethan y me entero de que no has estado yendo a estudiar con él. Me has mentido, Joe. Otra vez. Me has mentido y pensaba que te había pasado algo horrible.

No soporto verla llorar, tan dolida, porque no se lo merece. A sabiendas de que puedo llevarme un corte, salgo del coche y me acerco a ella.

—¿Dónde estabas? —pregunta a su hermano, que la mira como si no la reconociera.

No lo culpo. Ivy es la viva imagen de la calma y la comprensión, la hermana que siempre lo tiene todo bajo control y unos nervios de acero. Pero tampoco la culpo a ella por reaccionar como lo ha hecho. Si algo podía sacarla de sus casillas, sin duda era esto.

Joe traga saliva.

—Iba a contártelo.

—¡Que dónde estabas! —grita.

—Trabajando —suelta Joe, como un bombazo.

Ivy se queda petrificada.

—Trabajando —repite, en voz baja esta vez. Un susurro.

Al igual que antes, Joe se desabrocha la chaqueta para mostrarle el polo que lleva puesto. Como su hermana no dice nada, añade:

—Es a media jornada. Estoy en la caja. Es fácil y me pagan bien para las horas que hago. El encargado es majo. Es el tío de Kyle; vamos juntos al instituto.

Cuando Ivy empieza a temblar, le pongo una mano en la parte baja de la espalda porque sé bien que no se debe al frío. Ella ni se inmuta, lo cual no sé si es bueno o malo.

—Te estás columpiando en el instituto y vas y te pones a trabajar —suelta, llena de frustración.

—Ya no —replica Joe—. No he vuelto a suspender un solo examen desde aquel de Física.

—Puede que no, pero lo harás si sigues yendo a clase hecho polvo porque sales a las tantas de trabajar. Te lo digo por experiencia, Joe. —Le cae una lágrima por la mejilla. No hace además de enjugársela —. Estás malgastando un montón de horas que podrías dedicar a hacer deberes y a estudiar, cosa que me parece fatal.

Joe gime exasperado. Mala idea, dado lo tensa que está Ivy.

—Solo quería un curro. ¿Tanto te cuesta entenderlo? —Levanta la voz—. Quería hacer algo útil porque me siento como un parásito.

—No sé cuántas veces voy a tener que repetirte que no eres ningún parásito. Eres mi hermano y te quiero, y haría lo que fuera por ti.

—¡Ese es el problema!

Ivy recula como si le hubiese dado una bofetada.

—¿Es que no lo ves? —Joe está cada vez más alterado—. Te preocupas tanto por mí que te has olvidado de ti misma. ¿Por qué no tienes amigos, a ver? O ¿por qué no quedas con nadie? No haces más que trabajar. Es como... Es como si te molara ir de mártir. Te he pedido permiso mil veces para currar. Aquí no me haré de oro, pero algo es algo. Y tú venga a decirme que no, luego caes enferma de tanto estrés y, aun así, sigues sin dejarme. No es justo.

»Quiero ser responsable, pero no me dejas. No dejas que gane dinero aunque sabes de sobra que eso te quitaría un peso de encima. Voy a ir a la escuela de pilotos. Eso no cambiará porque trabaje, y lo sé porque llevo haciéndolo un mes entero y no he sacado malas notas. Lo he entregado todo a tiempo y he hecho lo mismo de siempre. ¡Solo son cuatro horas, joder! No se acaba el mundo. Eres..., eres como una sargenta, venga a decirme lo que puedo y no puedo hacer, y eso que siempre me he portado bien. Creo que merezco un poco de confianza. Que eres mi hermana, ¡no mi madre!

En ese momento es cuando percibo la rabia y la decepción que emanan del cuerpo de Ivy.

Se aparta de mí. Más que molesta, con la indiferencia de un fantasma que atraviesa una estancia tras otra.

—Me has mentido no una, sino dos veces —dice con voz sosegada. Resignada—. Esa confianza de la que hablas te la has

cargado.

Quiero acercarme de nuevo a ella, para que sepa que estoy aquí, pero no creo que sea lo que necesita en este momento. Ni siquiera tengo muy claro que alguien me haya dado vela en este entierro.

—Te has empeñado en no dejar que te demostrara de lo que soy capaz —dice Joe en tono serio, con la espalda recta—. Ya no soy un crío.

—Tienes razón. Ya no eres un crío. —Le tiemblan las manos a los costados—. Me dijiste un millón de veces que querías trabajar y debí hacerte caso. Yo soy la adulta aquí y no iba a permitir que mi hermano asumiera una carga así cuando tiene cosas más importantes en las que centrarse. Pero qué más dará eso, ¿no? Como dices, yo no soy mamá. Solo tengo veintiséis años. ¿Qué sabré yo de criar a un adolescente?

—Yo no he dicho eso —tercia Joe.

—Lo he intentado, de veras que sí. Pero está claro que no puedo ocuparme de ti. —Otra lágrima, y tengo que contenerme para no estrecharla entre mis brazos—. Esto se me da de pena si crees que debes mentirme y hacer las cosas a mis espaldas.

—Estás...

—Puede que te vaya mejor en Boston con la tía Sherry.

Se hace un silencio sepulcral a nuestro alrededor.

Joe aprieta los puños una y otra vez, nervioso. Nunca lo había visto tan furioso.

—Sí, puede que sí.

—Pues ya sabes.

La traición enturbia su mirada, pero Joe no da su brazo a torcer.

—Muy bien.

Ivy, con la entereza que muestra siempre ante el mundo, dice con voz pausada:

—Te quiero y siempre estaré de tu lado, pero te he fallado como tutora legal. Por más que lo intente, a diferencia de la tía Sherry, yo no puedo darte el futuro que mereces. Ve con ella si es lo que quieres.

Vuelvo a ponerle la mano en la espalda.

—Ivy —le advierto.

Ella sacude la cabeza y se aparta de mí.

—Será mejor que le llames por la mañana.

Dicho esto, entra en casa. No vuelve la vista atrás ni una sola vez y, cuando miro a Joe a los ojos, sé que ha llegado a la misma conclusión que yo.

Ya no hay vuelta atrás.

27

Ivy



Tres días después, llega la tía Sherry con el coche. Tres días sin que Joe cambie de parecer y durante los cuales apenas nos dirigimos la palabra. Tres días en los que me voy consumiendo por dentro lentamente, hasta que suena el timbre y se lleva lo poco que queda de mi corazón.

Joe iba a trabajar cada noche al supermercado y, antes de medianoche, cogía el último autobús de vuelta. Por eso nunca lo pillé, porque llegaba a casa poco antes que yo. Faltará a clase la semana anterior a las vacaciones de Navidad, pero como ya ha terminado los exámenes, los profesores le han dado vía libre para irse a Boston.

Estoy sentada a la mesa de la cocina, con una taza de té entre las manos, cuando la tía Sherry llama al timbre. No me levanto.

Siento náuseas solo de oír a Joe arrastrando la maleta por el parqué. Pero cuando sale de su cuarto con ella, abre la puerta y le dedica una sonrisa a la persona que hay al otro lado, tengo que hacer de tripas corazón para no romper a llorar. De nada sirven las lágrimas; esto ha sido culpa mía.

—Hola, tía Sherry.

—¡Joseph, mírate! ¿Estás más alto?

Tres días y el aguijonazo de la traición sigue más vivo que nunca, al igual que la jaqueca que me provoca esa vocecilla falsa que la tía Sherry pone siempre.

Ya ni siquiera sigo cabreada por haberme ocultado que trabajaba. Le di la razón porque creo que de verdad la tiene: me pasé de dura con él. Quise protegerlo, con toda la buena intención, del mal trago

de tener que ganarse el pan siendo tan joven, pero eso ya no importa.

Porque Joe, mi hermano pequeño, la persona a quien más quiero en el mundo entero, me mintió. Pensó que esa era la única forma de salirse con la suya porque yo no quería escucharle.

La confianza que había entre los dos se ha hecho añicos. No ha estado bien que me haya engañado. Aunque tampoco soy quién para hablar, puesto que yo también la he cagado.

Cosa que no debería sorprenderme porque siempre me pasa igual. Soy un desastre, por más que trate de engañar a los demás aparentando tenerlo todo bajo control. Jamás fui la persona que Joe necesitaba. Y, ahora que miro a la tía Sherry, me pregunto si lo será ella. Si no cometí un error al alejarlo de ella hace meses.

—¿Listo? —le pregunta la tía Sherry, que no se ha dignado a dirigirme la palabra ni una sola vez.

—Sí, creo que sí. —Joe se palpa los tejanos—. Espera, que me he dejado el móvil en la habitación.

Desaparece a la carrera por el pasillo y la casa entera queda sepultada bajo un manto de silencio infecto.

—Veo que has tomado la decisión correcta —dice al fin la tía Sherry, para mi desgracia, mirándome con su cara de estirada habitual. Le va como anillo al dedo, al igual que ese conjunto de chaqueta y falda de lana que lleva puesto—. Tu hermano será feliz en Boston y recibirá la educación que necesita para ser un piloto como Dios manda.

Dirijo la mirada a mi taza.

—Vale.

Eso es lo único que me mantiene a flote. Pensar que, si se va con ella, Joe tendrá el futuro asegurado. El dinero no volverá a ser un problema. Merece esa estabilidad en su vida. Una estabilidad que yo no puedo darle.

Joe aparece antes de que la tía Sherry tenga oportunidad de soltarme otra de sus pullitas.

—Lo encontré.

—Muy bien. Despídete de tu hermana. El vuelo sale en dos horas. —Me lanza una mirada y asiente con la cabeza—. Te espero en el

coche. ¿Ivy?

Hago un patético gesto de despedida con la mano.

—Adiós.

La puerta se cierra tras de ella, reverberando por toda la casa. Doy un sorbo al té, que me sabe a rayos. Dejo la taza sobre la mesa con un tintineo.

Joe me está mirando cuando me giro hacia él. Aunque apenas nos separan unos metros de distancia, jamás le había sentido tan lejos.

Me levanto despacio, postergando el momento. Que esto sea lo mejor para él no quita que esté destrozada.

—No estoy enfadada contigo. —Es lo primero que sale de mis labios. La idea de que piense que ya no estoy de su lado me resulta insoportable—. Te quiero y siempre te querré.

—Vale —dice en un hilo de voz.

—No desaparezcas. —Me trago el nudo que tengo en la garganta y me acerco a él, sin atreverme del todo a estrecharlo entre mis brazos como tanto me gustaría. Es la primera conversación decente que tenemos desde aquella fatídica noche—. Llámame y escríbeme a diario, por favor. Quiero saber cómo te va y si estás a gusto con la tía Sherry. Si dice o hace algo que te moleste...

—Estaré bien —me interrumpe.

Me muerdo el labio para que deje de temblarme.

—Tengo que irme —dice, desviando la mirada hacia la maleta.

Siento que lo estoy perdiendo. Que lo estoy perdiendo para siempre y no puedo hacer nada para evitarlo. Todo ha sido culpa mía. Yo lo obligué a marcharse y él se ha resignado. Y ¿por qué no iba a hacerlo? Ambos sabemos que aquí solo encontrará incertidumbre.

—Por supuesto. —Me aclaro la garganta—. Que tengas un buen vuelo, y avísame cuando aterricéis.

«Esto es lo mejor para él».

«Siempre antepondré a Joe a mis sentimientos».

«Estará mejor con un adulto capaz de darle lo que necesita de verdad».

—Vale. —Joe se despide con una mano, con expresión aturdida, y sale de casa sin darme la oportunidad de añadir palabra.

No me muevo.

No puedo.

El motor del coche al arrancar es lo único que se oye en toda la casa, y sigo sin moverme.

Se ha ido. Se ha ido de verdad.

Esto es lo que yo quería, ¿no? Hacer lo correcto.

Desvío la mirada hacia los armarios de la cocina recién pintados. Y es eso, el maldito verde aceituna que tanto le desagradó al principio, lo que hace que me desmorone por completo.

Las lágrimas me nublan la vista cuando rompo a llorar. Me retuerzo con un sollozo desgarrador. Siento todo el peso del universo entero sobre mí.

Quiero salir de aquí, dar marcha atrás. Me arrepiento de tantas cosas que apenas puedo respirar.

De rodillas en el suelo de la cocina, lloro por la hermana que debí ser y que no fui jamás.

Lloro porque, por más que lo intenté, no fui capaz. Le he fallado.

No oigo la puerta de casa abrirse ni veo al hombre que entra hasta que estoy entre los brazos de Ford.

—Cariño. —Me estrecha contra su pecho mientras lloro—. Deja que salga todo. Estoy aquí contigo.

—¿Qué haces aquí? —sollozo aferrada a su camiseta como si me fuera la vida en ello.

—He visto a Joe subirse al coche y quería despedirme de él antes de que se marchara —explica—. Suponía que estarías de bajón, así que me he pasado a verte. ¿Te parece bien?

¿Qué he hecho yo para merecer un hombre así en mi vida? Uno que me apoya y me sostiene en mi peor momento, mientras que yo no he hecho más que hacerle el vacío estos días.

—Lo siento —jadeo—. Lo siento muchísimo. No estoy enfadada contigo.

Él me balancea con dulzura contra su pecho, sin articular palabra. Y caigo en la cuenta de que, como yo, también está sentado en el suelo.

—Estaba cabreada y no quería pagarlo contigo. Me daba miedo alejarte de mí —confieso—. Soy un desastre, Ford.

—Entiendo que necesites espacio, pero no puedes alejarme de ti —dice para tranquilizarme.

Me aparta algunos mechones de la cara y me los pasa por detrás de la oreja con tanta ternura que me entran más ganas de llorar.

—¿Qué he hecho? —Me arden los pulmones y la presión en el pecho apenas me deja respirar hondo—. Le he dado la espalda.

—No, tesoro. Eso no es cierto. Has hecho todo cuanto podías —me asegura, y me aferro con ansia a la convicción que transmiten sus palabras.

Respiro hondo y recupero la fachada de templanza que he mostrado desde que mi madre murió. La misma que me dio la fuerza para seguir adelante, por Joe y por mi padre.

Pero cuando cruzo la mirada con Ford, esa fachada se viene abajo por su propio peso.

—Deja de fingir delante de mí —dice enjugándome con el pulgar las lágrimas que surcan mis mejillas—. Sé que eres fuerte, Ivy, la persona más valiente que conozco. No tienes que demostrármelo ni a mí ni a nadie. No pasa nada por derrumbarse o por no tener la vida resuelta.

—Sí que pasa —sollozo—. No puedo ser un desastre, Ford. Joe era mi responsabilidad y le he fallado. Hice que se marchara. ¿Y si...? Dios. ¿Y si siente que lo he abandonado? ¿Y si cree que quería librarme de él?

La sola idea de que mi hermano me vea como otro adulto más que se desentiende de él me rompe el corazón. Es la persona más importante en el mundo entero para mí, por quien daría mi vida sin pensarlo dos veces.

—No le has fallado. Has hecho lo mejor para él y en ocasiones eso implica delegar.

—No he delegado nada. Se lo he endosado a una ricachona a la que apenas conoce. No sé de qué me quejo, si fui yo quien le dijo que se fuera. Y ¿por qué no puedo parar de llorar, joder?

—No seas tan dura contigo, anda. Será un cambio para los dos —dice Ford, siempre empeñado en mostrarme el lado bueno de las cosas—. Eso no significa que vayas a cortar toda relación con él. No fue así cuando vivías en Nueva York.

Sorbo por la nariz.

—Eso fue distinto.

—¿Por qué?

—Porque él seguía aquí, con sus amigos y su vida de siempre. Una vida que le encantaba.

—Si Joe no está a gusto con tu tía y quiere volver, debes confiar en que te lo dirá. Sois hermanos. Ese vínculo es irrompible. —Me da un beso en la coronilla—. Estará bien, y tú también.

—P-pensaba que... conseguiría el dinero enseguida si me iba a trabajar a la ciudad. Pero entonces mi padre va y... —Sacudo la cabeza, furiosa conmigo misma—. Todo el mundo dice que la carrera de aviación es solo para la gente rica, y yo pensando como una tonta que seríamos la excepción.

—Tener ilusiones es algo muy humano, Ivy.

—Tener ilusiones es una pérdida de tiempo. Una estupidez frágil y sin sentido que siempre acaba destrozándote. No aprendo.

He dejado de llorar, pero el vacío que siento por dentro no hace sino ensancharse cada vez que recuerdo que Joe no está aquí, entre estas cuatro paredes, y que ya nada volverá a ser como antes.

De hoy en adelante, no habrá nadie en su habitación. No tendré que dejarle una nota en la mesita de noche al volver del Harmony Grove. No podré avergonzarlo delante de sus compañeros de clase poniendo la música a toda pastilla. No iremos a grabar los aviones los domingos, ni me tumbaré en su cama a mirar el móvil mientras él edita sus vídeos, ni le lanzaré calcetines sucios cuando me aburra.

Y todo por mi culpa.

Dejo escapar un suspiro entrecortado.

—Ford.

—Dime, Ivy.

—Perdona. No pretendía darte tanto la lata.

Me estrecha con más fuerza.

—No pasa nada por estar disgustada.

—¿Puedes..., puedes quedarte hoy a dormir? —En cuanto me doy cuenta de cómo ha sonado eso, me apresuro a añadir—: No por nada. No iba con segundas. Lo que pasa es que no quiero estar sola.

—Pues claro que puedo quedarme. —Arrima su mejilla a mi coronilla—. Lo que necesites.

—¿Me enseñarás también tu foto del calendario?

—Ya veremos —responde entre risas.

Me aparto de él y lo miro a los ojos.

—Puede que sea una cursilería como una casa, pero gracias por estar a mi lado en los peores momentos.

Madre mía, hay que estar como una cabra para pensar que podría quitarme a Ford de la cabeza. La broma me ha salido cara, porque lo que siento por él es cada vez más profundo y dudo de que sea un simple capricho.

—No te vas a librar de mí, cariño. Te has ganado a este bombero macizo de por vida.

28

Ford



Los siguientes días son duros. Por más que trato de distraerla quedando con ella para comer o haciéndole compañía cada segundo del día en que no estoy trabajando, Ivy no recupera el brillo en su mirada. Ha perdido la chispa.

Me va contando cómo le va a Joe o al menos lo poco que sabe de él. Ya se ha instalado en casa de su tía (eso mismo me dijo a mí por mensaje hace unos días) y está aprovechando las vacaciones para conocer Boston antes de retomar las clases.

Unas vacaciones que pasará con su tía.

Parece ser que ni se ha molestado en invitar a Ivy.

—No vas a pasar las Navidades sola —le aseguré hace unos días a la hora de la comida, mientras se aguantaba las ganas de llorar—. Iba a invitarte de todas formas, pero te vienes sí o sí con nosotros. Mis padres vendrán de Florida y no les importará. Les encanta estar con gente.

Me costó días convencerla y algo de ayuda por parte de Nash, pero al final accedió.

Cuando llega el día en cuestión, Ivy se toquetea el vestido con un gesto nervioso en el coche, de camino a casa de mis padres. Faltan dos días para Navidad, pero tanto Rhys como yo estaremos de guardia, así que la celebramos antes.

—¿Nerviosa? —pregunto con una mano sobre su muslo.

—Pues sí —admite, tan sincera como siempre, y se pone a juguetear con mis dedos—. No pinto nada en la cena de Navidad con tu familia. ¿Seguro que tus hermanos no llevan a nadie?

Al tomar un desvío, las colinas cubiertas de nieve aparecen ante mis ojos. Por mucho que pasen los años, el paisaje hasta el hogar de mi infancia sigue pareciéndome asombroso.

—Rhys viene con Lexi, pero supongo que no te referías a eso.

Ivy me levanta el dedo índice y lo deja caer a plomo sobre su pierna. No tengo ni la menor idea de lo que está haciendo, pero me hace gracia.

—Me refería a alguna novia o amigos, listillo.

—Nash está soltero —digo, aunque estoy convencido de que eso ya lo sabía—. Rhys se lleva de maravilla con la madre de Lexi, pero ella no viene. Y también está soltero, así que...

—¿Y tú? ¿Tú estás soltero?

Veo la verja que da a la casa de mis padres al final de la carretera. Abarco el muslo de Ivy con la mano y trazo círculos sobre su piel con el pulgar.

—Tengo una amiga con derecho a roce. Esa fue la conclusión a la que llegamos la última vez que sacamos el tema —respondo, como si no fuera gran cosa.

Por desgracia, en cuanto las palabras salen de mis labios, sé que han sonado tan ridículas como parecía.

Ivy se apoya en el reposacabezas.

—¿No te cansas?

—¿De qué?

—De fingir que esto tiene alguna lógica.

Aparco en la entrada, junto al coche de Rhys, y apago el motor. No nos movemos ninguno de los dos.

—Me gustas —dice en voz queda—. Muchísimo.

Como siga así, se me va a salir el puto corazón del pecho.

—Tú me gustas muchísimo más que muchísimo —confieso.

—Vaya par de adolescentes.

Le devuelvo la sonrisa socarrona, que se me borra de la cara en cuanto Ivy se pone seria.

—Lo que estamos haciendo no tiene ni pies ni cabeza. Está claro que sentimos algo el uno por el otro, pero... —Traga saliva—. Pero no sé si estoy preparada para dar el paso ahora mismo. Tengo la cabeza hecha un lío. Mi vida es un lío.

No dejo de acariciarle la pierna con el pulgar. «Mantén la calma».

—Lo entiendo.

—Y tú aún no has superado el divorcio, así que se ha juntado el hambre con las ganas de comer. —Esboza una sonrisa que no se refleja en su mirada—. ¿Me equivoco?

Puede que fuera así antes. Cuando nos conocimos, sin duda. Vaya, como que fui un borde con ella porque pensaba que me estaba tirando los trastos.

Pero ¿ahora? No soy capaz de imaginarme la vida sin ella. Sin verla, besarla, hacerla reír, protegerla. Sin saber que es feliz y que confía en sí misma, sin dejar de recordarle que puede con todo.

Ivy ha hecho que me lo replantee todo en la vida, que ya no vale nada si tengo que pasarla a solas.

Y menos estando enamorado de ella.

—Ivy —digo titubeando—. ¿Puedo serte totalmente sincero?

Asiente con la cabeza.

—Como siempre.

—¿Es eso lo que quieres de verdad? Seguir soltera, alejarme de tu lado...

Ella me busca con la mirada, que no consigo descifrar por más empeño que le pongo.

—Es lo que necesito.

—¿Sí?

La tensión en el ambiente es palpable. No creo que esté molesta conmigo, pero algo me dice que he dado justo en el clavo y no le hace ni pizca de gracia.

Traga saliva.

—Ford...

—Seremos solo amigos si eso es lo que te pide el corazón —le aseguro con toda la franqueza de la que soy capaz—. Pero no es lo que yo quiero, Ivy, y estoy cansado de fingir. Me niego a mentirte.

Agacha la mirada hacia las manos en su regazo.

—No puedo... No es un buen momento para empezar una relación.

—Lo comprendo, y no quiero presionarte. No era esa mi intención.

—Ya lo sé. Tampoco podrías obligarme a nada por mucho que quisieras, porque te daría para el pelo.

Ese comentario me arranca una sonrisilla.

—No esperaría menos de ti.

Ella me devuelve la sonrisa un segundo antes de serenarse una vez más.

—No quiero que te hagas ilusiones, eso es todo.

—¿Ilusiones de qué?

—Si seguimos en este plan, siendo amigos con derecho a roce o como quieras llamarlo, no puedo.... No sé cuándo estaré lista para dar el siguiente paso. Ahora mismo no tengo la cabeza para nada. Estoy hecha un lío.

La cojo de la mano y acaricio su suave piel con el pulgar. ¿Cómo puede acelerarme el corazón un gesto tan simple como este?

—En esta relación no hay condiciones que valgan. No tenemos por qué definirla hasta que estés lista. Estás pasando por un mal momento y lo último que quiero es agobiarte más. Siempre estaré de tu lado, ¿me oyes? Siempre, pase lo que pase.

Nos quedamos en silencio unos segundos. Después suelta:

—¿Cómo no voy a besarte si me dices esas cosas?

—No lo he dicho para que me beses. Así es como me siento, Ivy. Es...

No me deja terminar la frase.

Con la mano libre, me atrae por el cuello de la chaqueta hasta sus labios. Me besa, brevemente pero con firmeza, como si acabáramos de sellar algún tipo de acuerdo irrompible.

—No quiero perderte —dice al apartarse—. Pero tampoco quiero hacerte daño.

—No me harás daño —le prometo, saliendo de mi ensimismamiento. «Joder, qué labios»—. Esto es decisión mía. Yo elijo estar contigo.

—Yo también elijo estar contigo —responde en voz queda, con un anhelo que nunca había percibido en ella—. Gracias por tener tanta paciencia conmigo.

Antes de que pueda decir que es lo mínimo que se merece, alguien golpea en la ventanilla del coche y veo a Nash con una

sonrisa burlona.

—¿Entráis o qué, tortolitos? —bromea.

Le hago una peineta y tanto él como Ivy se echan a reír.



Tal como había supuesto, mis padres se quedan prendados de Ivy al instante. Son buena gente, acogedores, y hacen que se sienta como una más de la familia interesándose tanto por su vida como por su trabajo. Ya les avisé de lo ocurrido con Joe, así que sacan el tema con delicadeza.

También ha ayudado que Ivy haya traído regalos, y eso que le dije que no hacía falta. Flores para mi madre (con jarrón incluido, cosa que a ella le ha parecido todo un detalle) y una tabla de embutidos con forma de pino que ha dejado extasiada a Lexi.

Y, tal como supuse, tanto mi padre como mi madre me han preguntado si hay algo entre Ivy y yo. Desde que me divorcié, me han insistido tanto en que conozca a alguien que me sabe mal que se lleven un chasco.

—Es un encanto —opina mi madre cuando le digo que, estrictamente hablando, Ivy y yo no somos pareja—. No dejes que se te escape. Y pórtate bien con ella.

—Ford es un trozo de pan con Ivy —deja caer Nash como si nada —. ¿Sabíais que trabaja para mí?

—Yo me entero de todo —responde mi madre, directa como una flecha—. Deja a esa pobre muchacha en paz. No es nada profesional alternar con los empleados.

Nash levanta ambas manos.

—No me interesa en ese sentido.

Miro en dirección a Ivy, que se encuentra al otro lado del salón. Está en el sofá, jugando con Lexi a algo en su tableta, mientras charla con mi padre y Rhys.

—Además, yo no mezclo el placer con los negocios —apunta Nash, a lo que mi madre responde poniendo los ojos en blanco.

No es que no le crea. Que yo sepa, mi hermano nunca se ha liado con ninguna compañera de trabajo. A pesar de su historial, tiene las cosas muy claras en el plano amoroso. Y quizá se está tomando un respiro, ya que lleva un tiempo solo.

Mi madre murmura.

—Más te vale. Aunque estoy deseando tener más nietos.

Señalo a mi hermano con la barbilla.

—Eso decídselo a él. Ya sabéis lo que opino sobre el tema.

Mi madre sonríe y me da unos golpecitos en el brazo.

—Ya lo sé, mi vida. No creas que te estoy presionando para que hagas algo que no quieres. Traer una criatura al mundo es algo importante. Nadie debería tener hijos si no está cien por cien seguro de que es lo que desea.

—No te preocupes, mamá. Yo tendré hijos por los dos —dice Nash.

—Eso si sientas la cabeza algún día —apunta mi madre—. Porque a este paso...

—Vaya. —Nash se frota el pecho con expresión dolida—. Dale un voto de confianza al más guapo de tus hijos.

—¿Hablando de mí? —interviene Rhys, tan seco como siempre, mientras saca de la nevera el zumo de manzana que tanto le gusta a Lexi.

—Con esa barba que te estás dejando, no —lo chincho.

Mi madre resopla.

—No voy a entrar al trapo otra vez. Los tres sois feísimos.

En ese momento, Lexi, desde el sofá, pregunta a voces:

—¿Quién es feísimo, yaya?

—Tu padre y tus tíos, corazón —responde mi madre sin cortarse un pelo.

Mi sobrina suelta una risilla por lo bajo, al igual que Ivy. Vaya par.

—Tú no eres feo, papi —le dice la niña a su padre cuando este le lleva el zumo de manzana.

—Es esa barba lo que espanta a la gente —apunta Nash.

Rhys pone los ojos en blanco, pero ni caso al comentario.

—No es la barba en sí, sino que es demasiado larga. No te pega —opina mi padre.

—Le queda mejor cortita —coincide mi madre.

—Vale, vale. No he tenido tiempo de recortármela. Tranquilos, que no voy a dejármela larga —responde Rhys para apaciguar a la familia, atusándose la barba. No le ha crecido tanto, tan solo nos gusta meternos con él para que se suelte un poco—. Vosotros venga a darme la lata a mí cuando Nash no se quita esa gorra roñosa ni para cagar.

—No te pases, tío. Deja mi gorra en paz.

Miro a Ivy e intercambiamos una sonrisa cómplice. No tiene ni idea de dónde se ha metido.

—Ya no tienes veinte años —añade Rhys—. Ni siquiera hace sol.

Nash se reajusta la gorra.

—No es para el sol. Es mi seña de identidad.

—Mamá, no tenéis más nietos por culpa de esa gorra para atrás —digo.

Ella se encoge de hombros.

—Ya lo sé, pero ¿qué le vamos a hacer?

—¿Cómo es que no has tenido tiempo de recortártela? —le pregunta mi padre a Rhys, extrañado.

No es un hombre serio ni mucho menos (no sabemos a quién ha salido Rhys en ese sentido), pero mi padre se preocupa mucho más que mi madre.

Mi hermano mayor se pasa una mano por el pelo, más oscuro que el de Nash y el mío. Para otra persona podría ser un gesto inconsciente, pero resulta que yo lo conozco como si lo hubiera parido y sé que en realidad está fingiendo tenerlo todo bajo control.

—Estoy hasta arriba de trabajo —explica.

—Nosotros podemos quedarnos con Lexi mientras estemos por aquí —ofrece mi madre—. Sabes que la adoramos y no nos importa. Así podrías descansar un poquito. Se te ve cansado, mi vida. ¿No te parece, Hank?

—Sí.

—Estoy bien —dice Rhys.

—Tengo hambre —protesta Lexi.

Nash la coge en brazos, lo que le arranca unas risas.

—Esta pequeñaja me ha leído la mente. Venga, a cenar.

Mientras todos se dirigen al comedor, yo me acerco al sofá donde Ivy está sentada.

Me dedica una sonrisa socarrona.

—Tu madre es implacable.

—Sí. La pobre lleva casi cuarenta años aguantándonos.

—Tu padre también es muy majo. Me ha estado hablando de Florida.

—Ah, ¿sí? —Ivy me coge del brazo de camino al comedor—. ¿Te ha contado lo de los cocodrilos en el jardín?

—Sí. Estoy convencida de que la pobre Lexi tendrá pesadillas durante días —dice—. Ah, y tu hermano parece agobiado. Lo sé porque se me da genial disimularlo, créeme.

—¿Rhys?

Asiente.

—¿Siempre es tan serio?

—Siempre ha sido muy seco.

—Yo no diría que es seco. Tu padre ha sido el que más ha hablado, pero Rhys también ha sido amable conmigo.

—Es un buen tío. Frío e indiferente, pero buen tío —asiento—. No es borde porque sí, y menos con una mujer. Mi madre lo machacaría.

—Te creo. Por cierto, ¿dónde está la madre de Lexi? —pregunta en un susurro, para que no nos escuchen los demás—. Me has dicho que no vendría, pero no por qué, y tengo curiosidad.

Sentir su boca tan cerca de mi piel me pone a mil.

—Es complicado, pero llevan bien la custodia compartida —le explico, también en voz baja—. Son más amigos que otra cosa.

—Puede que no esté cualificada, pero si necesita una canguro...

—Tú ya tienes dos empleos —apunto, ante lo que Ivy pone los ojos en blanco—. Te agradezco la ayuda, pero lo superará. Rhys siempre sale adelante.

O eso espero, sea lo que sea lo que le pase. Siempre nos tendrá a Nash y a mí, y lo sabe. Si no nos ha dicho nada será porque no es tan grave como nos lo estamos imaginando.

—Sé lo duro que es tener un crío a tu cargo —dice apesadumbrada—. Me contaste que es el ayudante del sheriff,

¿verdad? Cómo no va a estar hecho polvo.

—Estará bien. Rhys es un roble. —Le doy un apretón en la mano antes de llegar al comedor, donde ya está todo el mundo poniendo la mesa—. Espero que te guste el pollo asado.

La cena es un suplicio. No porque no me lo pase bien (con Nash y Lexi compinchados en contra de Rhys, eso es imposible), sino porque me vuelve loco estar sentado junto a Ivy, con su pierna pegada a la mía y el dulzor de su perfume impregnándome los pulmones.

Tampoco ayuda que haya congeniado con toda la familia. Charla apaciblemente con mis padres (y se ríen a mi costa, cosa que no me molesta) y mis dos hermanos han dejado muy claro que les cae bien.

La cosa no hace más que empeorar cuando mis hermanos y yo nos ponemos a recoger la mesa antes de traer el postre y Lexi se le sienta en el regazo para enseñarle el libro que mis padres le han comprado en el aeropuerto.

No quiero tener hijos. Eso es algo que no ha cambiado, pero hay que joderse. Me duele verla con mi sobrina. Encajaría en mi familia perfectamente: ya es una más.

El teléfono me saca de mis pensamientos.

—Un momentito, Lexi —se disculpa Ivy, que coge su bolso del respaldo de la silla.

—Te tengo. —Lexi suelta un gritito cuando la aúpo para sentarla sobre mi regazo. Le doy un beso en la coronilla antes de dirigirme a Ivy, que mira el móvil con expresión grave—. ¿Todo bien? ¿Es Joe?

—No, pero tengo que responder —dice con aire distraído, sin apartar la vista de la pantalla—. Perdonad. Comed el postre sin mí.

Con Lexi todavía en brazos, voy a la cocina con mis hermanos. La isla está hasta arriba de platos con tarta de chocolate, pero tengo el estómago cerrado.

—¿Has dejado a tu chica sola? —bromea Nash.

Me limito a responder poniendo los ojos en blanco. En parte porque Lexi me está apretujando la cara y no puedo hablar.

Rhys nos observa desde el otro extremo de la isla, donde anda ocupado guardando las sobras para meterlas en la nevera.

—Deja la cara de tu tío en paz, bichito. Vas a hacer que sea más feo aún.

Tanto la pequeña como Nash estallan en carcajadas, y creo ver un atisbo de sonrisa traviesa en los labios de mi hermano mayor.

—Ja, ja —ironizo con la voz amortiguada. Le hago pedorretas en las manos a Lexi, que se troncha. En cuanto la dejo en el suelo, corre a las piernas de su padre.

—Papi, ¿puedo comer pastel?

Rhys le pone una mano en la cabeza.

—Un poco nada más. Nos llevaremos alguna porción para mañana.

Al pasar, Nash le tira de una de las coletas con gesto cariñoso.

—Alguien se vuelve un monstruito cuando va hasta arriba de azúcar.

—Y que lo digas —masculla Rhys.

He visto con mis propios ojos lo hiperactiva que se pone Lexi si toma azúcar por la noche, así que no puedo más que darles la razón.

—Pero no cambiemos de tema —dice Nash mientras guarda varios táperes de sobras en la nevera—. ¿Qué hay entre Ivy y tú?

—Nada —respondo, tal vez demasiado deprisa.

Hasta Rhys me lanza una miradita.

—Todavía no le hemos puesto nombre a lo nuestro.

—No te ofendas, pero menuda tontería —dice Nash, antes de cerrar la nevera y situarse junto a Rhys en la isla de la cocina, delante de mí—. ¿Por qué no le habéis puesto nombre?

—La vida —sentencio, sin ganas de explicarme.

Nash añade algo más, pero he desconectado. Con el rabillo del ojo, veo a Ivy entrando en el comedor con expresión preocupada.

Mis padres continúan charlando de sus cosas cuando dejo un par de platos sobre la mesa.

—¿Estás bien? —le pregunto en voz baja, para que nadie más se percate.

Ivy se muerde el labio inferior, indecisa.

«Mierda». Sin importarme que nos vean, le alzo la barbilla con una mano.

—Estoy de tu lado, Ivy.

Su mirada tiene una fuerza que me atrapa. Es hipnótica, como todo en ella, pero me pierde aún más en momentos como este, cuando no parece acabar de creerse que nos hayamos encontrado en esta vida.

—Era mi padre —dice en un hilo de voz—. Llamaba desde la cárcel. Quiere verme. Al parecer es urgente.

—Vale. —Busco su mirada—. ¿Y tú no quieres ir?

Se encoge de hombros. Tan cerca como estamos, noto su calor corporal penetrándome la piel.

—No lo veo desde el accidente. No he querido verlo.

—Joe me contó que él también iba en el coche —digo para que lo sepa, aunque con cuidado al mencionar a su hermano—. ¿Por eso no quieres verlo?

Ivy asiente, mi mano todavía en su barbilla.

—Se portó como un cabrón con Joe.

Conozco bien el instinto protector que se refleja en su voz.

—Pero ha dicho que era serio y tengo... —Vacila—. Tengo un mal presentimiento.

—No tienes que perdonarlo si no quieres —le aseguro. No porque necesite mi permiso, sino para darle ánimos—. Puedes ir a ver qué te quiere decir. No tiene por qué cambiar nada.

—¿Me acompañarás?

—¿A visitar a tu padre a la cárcel?

—Ya sé que es pasarse un poco...

—Oye —la interrumpo con dulzura—, puedes pedirme lo que sea y nunca te estarás pasando.

Ivy suspira casi imperceptiblemente.

—Vale.

—Te acompañaré —le prometo—. No estás sola.

Ya sea como amigos o algo más, siempre estaré a su lado. No quiero que dude de eso jamás.

29

Ivy



Cuando era pequeña, algo más mayor que Lexi, el padre de una compañera de clase murió.

Por aquel entonces, yo todavía no había perdido a mi madre ni a mi abuela, por lo que la muerte era para mí un concepto gratamente desconocido. Ignoraba su carácter permanente.

Pero cuando Katie volvió a la escuela tras enterrar a su padre, no hacía más que llorar y llorar. Desconcertados como cualquier niño ante algo que no entiende, le preguntamos qué le ocurría. Cuando nos contó que nunca volvería a ver a su padre, comprendí que podía perder a mi familia entera de un día para otro.

Después de aquello, apenas pegué ojo en un mes. Permanecía tumbada en la cama, abrazada a mi peluche, atenta al silencio que reinaba en casa. ¿Y si le ocurría algo a mis padres mientras yo dormía? ¿Y si llegaba demasiado tarde?

A los dieciséis años, sin embargo, cuando perdí a mi madre, en vez de deshacerme en lágrimas como le ocurrió a Katie con su padre, yo no me derrumbé. Debía cuidar de mi hermano y ser fuerte por mi padre. No había tiempo para llorar.

Cuando detuvieron a mi padre, mi primera reacción fue culparme. De no haberme volcado tanto en Joe, tal vez me hubiera percatado de que algo no iba bien. De que mi padre apenas salía del dormitorio en todo el día y desaparecía por la noche. La mejoría que vi en él antes de marcharme a Nueva York no fue más que una ilusión. Lo que yo quería ver.

Hoy, mientras me autorizan a entrar en la cárcel, solo siento rencor. Tenía dieciséis años, joder. Era una cría y no pude llorar a mi

madre como necesitaba.

Las consecuencias de los actos de mi padre no eran mi responsabilidad entonces ni lo son ahora, lo cual he estado tratando de asimilar desde que Ford me hizo entrar en razón.

De camino a la sala de visitas, me arrepiento de haberle pedido que esperara en el coche. Me vendría bien tenerlo a mi lado, sentir el peso de su mano en mi espalda, dándome fuerzas. Pero esto es algo que he de hacer yo sola.

El guardia que me guía se detiene frente a una puerta de aspecto robusto. Esta se abre tras una serie de pitidos para dar paso a una sala luminosa repleta de mesas y sillas. Y justo allí, en un rincón, veo a mi padre.

Con un mono naranja, sin grilletes y más demacrado de lo que lo recordaba, se pone en pie de un salto al verme. Otro guardia a su espalda vigila todos sus movimientos.

—Ivy —suspira, pasando la mirada de mi cara a mi ropa y viceversa, como si le costara creer que he venido. Para ser sincera, yo estoy igual.

—Hola, papá —digo despacio, sentándome delante de él. No tengo el ánimo para abrazos.

Debe de haberlo captado porque parece dudar un segundo antes de sentarse de nuevo. El guardia a su espalda no se ha movido ni ha abierto la boca, pero sigue atento. Aparte de nosotros, hay otro preso hablando con una pareja de ancianos en el extremo opuesto de la sala.

—Gracias por venir —dice mi padre, observándome de nuevo con expresión nerviosa—. ¿Cómo estás?

—Bien. —No es verdad, pero tampoco me apetece explayarme.

—Sherry me ha contado que Joe se ha ido a vivir con ella.

Se me revuelve el estómago al escuchar el nombre de mi hermano. Nos hemos escrito alguna que otra vez, pero no hemos hablado por teléfono desde que se marchó. No hago más que repetirle que no estoy enfadada y que no quiero que se sienta rechazado, pero no sé qué le pasa por la cabeza. No suelta prenda y eso me reconcome por dentro.

—Todavía no he hablado con él —añade, cosa que no me sorprende.

Decido cambiar de tema.

—Has dicho que tenías algo urgente que contarme.

—Sí. A eso iba.

Tiene las palmas de ambas manos sobre la mesa y algo me dice que se trata del protocolo a seguir. Si me paro a pensarlo, si miro con atención a mi alrededor, todo parece mentira, el escenario de una película. Mi padre enchironado por intento de homicidio cuando conducía bajo los efectos de las drogas. ¿Cómo puede ser real?

—Cuando hablé con mi hermana —continúa—, me dijo que Joe se ha ido con ella porque no puedes permitirte la escuela de pilotos.

Siento una puñalada en el pecho al recordarlo.

En teoría, habría podido permitírmela si hubiera ahorrado lo suficiente durante los próximos dos años. Tal vez. Habría dilapidado todos mis ahorros, pero ¿qué más da? Siempre me quedaría echar horas extras.

Tener una tía rica que le pague los estudios a mi hermano me ha quitado un gran peso de encima, para qué nos vamos a engañar. Pero ese no es el verdadero motivo por el que Joe se fue a vivir a Boston. Lo que pasó fue que la cagué. Fui tan controladora, tan mala hermana que no le quedó otra que mentirme y actuar a mis espaldas.

—Vale —respondo despacio, sin saber adónde quiere ir a parar.

—Le pregunté cuánto cuesta la escuela de pilotos. —Hace una pausa—. Es una burrada.

Resoplo.

—No me digas.

En el rostro de mi padre se dibuja una expresión extraña. Hay una mezcla de arrepentimiento y lástima en sus ojos que me pone los pelos de punta. Jamás me había mirado así.

—Las intenciones de Sherry son buenas.

Le lanzo una mirada escéptica ante tal afirmación.

—Es verdad, Ivy. Puede que no sea cariñosa, pero se preocupa por Joe y le pagará los estudios de mil amores.

—Mientras que yo le importo una mierda —me escucho decir y enseguida me arrepiento de estar tomándomelo tan a pecho.

—Ya lo sé y lo siento. Sherry no... Bueno, siempre ha sido muy dura, sobre todo con las mujeres. Ella es así... O tal vez la vida la haya hecho así. Yo qué sé, no soy un loquero —razona—. No quería que me casara con tu madre y jamás disimuló su ojeriza hacia ella. Cuando naciste, la ponía verde por su forma de criarte. A pesar de todo, siempre nos ofreció apoyo económico en tiempos de vacas flacas. Nunca llegamos a aceptar un centavo; no queríamos limosnas.

No sabe lo mucho que me identifico con eso.

—No te tomes a pecho nada de lo que te diga —me aconseja. A buenas horas—. Para ella, nuestra familia es una causa perdida. Menos Joe. Por eso quiere ayudar. Porque aún es joven y ve el potencial en él. Eso me dijo.

—¿Esto es lo que tenías tanta prisa por contarme? —pregunto de mala manera. Podría habérmelo dicho por teléfono. Siento que me ha manipulado para que viniera y me joroba.

—No exactamente. —Hace una pausa y toma aire—. Sherry tendrá toda la buena intención del mundo, pero no me hace ninguna gracia que meta las narices en nuestra vida. Joe y tú sois hijos míos. Mi responsabilidad.

—Ah, ¿sí? —suelto sin pensar. Que le den. Ya he perdido a Joe. ¿Qué más puedo perder?—. ¿No era yo tu responsabilidad con dieciséis años, cuando tuve que ponerme a trabajar para poder pagar las facturas mientras tú te emborrachabas? ¿No era Joe tu responsabilidad cuando cogiste el coche puesto hasta las cejas? ¿Cuando te diste a la fuga y te estampaste con tu hijo en el asiento del copiloto?

El guardia a su espalda nos mira fijamente, pero me da igual. Tengo la respiración agitada, me tiemblan las manos y me dan ganas de llorar. ¿De qué va dándoselas de padre coraje?

Se le ve abatido, y lo peor de todo es que no creo que sea teatro.

—Lo siento muchísimo, Ivy. Por todo. Siempre me arrepentiré de no haber sido un padre como Dios manda. Estoy intentando enmendarme.

—Quizá sea demasiado tarde. —Siento el aguijonazo de las lágrimas—. Puede que ya no queramos tu ayuda.

—Déjame terminar, por favor —suplica—. Si no lo quieres, lo entenderé. Pero necesito contártelo. Me corroe por dentro.

—¿De qué estás hablando? —pregunto con cautela, un poco harta de tanto misterio.

Se inclina sobre la mesa, sin despegar las manos de ella, y baja la voz.

—Cuando mamá murió... dejó un dinero. En efectivo. Lo escondió en casa.

Me quedo helada, como si me acabara de echar un jarro de agua fría por encima. ¿Acaba de decir lo que creo que acaba de decir?

—Cuando falleció, cogí un poco para pagar las facturas —explica en susurros—. Por eso no conseguí un trabajo hasta más tarde.

Estoy que ardo por dentro, y no en el buen sentido.

—¿Y dejaste que fuera tu hija adolescente la que se pusiera a trabajar? Estuve a punto de dejar el instituto, joder.

—Chis. Ya lo sé, ya lo sé. Pero querías hacerlo y pensé que te iría bien —dice con todo el descaro—. ¿De verdad pensaste que tú pagabas todas las facturas con el sueldo de camarera? Venga ya. Hacía falta más dinero.

Doy un respingo en la silla con el sentimiento de traición más vivo que a mi llegada.

—Ivy, espera —me pide.

—Estoy harta. —Por mucha rabia que me dé que me vea así, las lágrimas me nublan la vista—. Había dinero en casa y tú te pasabas los días bebiendo en vez de estar con tus hijos. Perfecto. Entiendo que estuvieras enfadado, triste y asustado tras la muerte de mamá, pero si tanto te importábamos Joe y yo, fuiste incapaz de demostrarlo. Yo fui la adulta. Yo fui la responsable. Viste lo agobiada que estaba y, en vez de echarle un par y contarnos lo del dinero, miraste para otro lado. ¿A ti te parece normal?

—Lo sé, y lo siento. Soy un mierda, como padre y como persona, y tu madre se avergonzaría si me viera. Pero quiero enmendar las cosas, compensaros. Por eso te pedí que vinieras. Siéntate, por favor.

—Esto es una pérdida de tiempo. Me largo.

—Queda algo de dinero —suelta de repente, al verme recular—. No recuerdo cuánto. Tal vez diez o veinte de los grandes. No lo sé, pero son tuyos. Hasta el último centavo. Para que pagues la escuela de Joe.

A pesar de todo, a pesar de no querer saber nada de él, me detengo al escuchar sus palabras.

—¿Cómo dices?

—El dinero. —Vuelve a bajar la voz—. Está escondido debajo de mi cama, bajo uno de los tablones del parqué. Cógelo todo. No cambiará lo que hice, pero quiero que te lo quedes.

Empiezo a atar cabos en mi mente.

—¿Has estado gastándote ese dinero desde que murió mamá?

De eso hace diez años. ¿Qué cantidad habría en un principio, si a estas alturas no se lo ha fundido todavía?

Mi padre niega con la cabeza.

—Solo los dos primeros años o así. Me puse a trabajar, ¿recuerdas?

Sí que lo recuerdo. Encontró un puesto en un taller de coches en el pueblo de al lado, o eso nos dijo.

—No quería gastármelo todo. No soy tan imprudente —dice. Si cree que le voy a dar la razón, ya puede esperar sentado—. Había cincuenta de los grandes. No sé cuánto quedará, pero es todo para vosotros. Yo lo usé solamente cuando no me quedó otra.

—Con eso te refieres a que te lo gastabas en alcohol y drogas, ¿no?

Él agacha la cabeza.

—Lo siento, Ivy.

Contemplo al hombre que, en lugar de protegernos a mi hermano y a mí como debía, nos puso en peligro una y otra vez. Puede que se viera superado por las circunstancias, pero eso no quita que abandonara a sus hijos. Y no es algo que pueda perdonarle así como así.

Doy media vuelta sin añadir palabra y me largo de allí. Algo me dice que por primera y última vez.



—Todo esto parece de película —dice Ford horas después, mientras me ayuda a apartar la cama de mi padre. Para ser sincera, la está moviendo él solito.

—Seguro que es una trola —mascullo.

No entraba en el dormitorio de mi padre desde que lo encerraron. La cama está por hacer y la puerta del armario, entreabierta. Sus botas de trabajo están tiradas por el suelo y hay una camiseta sucia sobre la silla. Es como si esta habitación no formara parte del resto de la casa.

—¿Cómo estás? —me pregunta Ford, una vez desplazada la cama hasta la pared.

Después de contárselo todo en el trayecto de regreso a Harmony Hills, se ha empeñado en echar un vistazo. No tenemos nada que perder aparte de algo de nuestro tiempo.

—Estoy... —¿Bien? No, no es verdad—. Cabreada, triste, aturdida. Todo ese dinero y nunca hizo nada por facilitarnos la vida. Si no hubiera tocado ni un centavo, ahora yo podría pagarle la escuela a Joe a tocateja. No sé qué hacemos aquí. Llegamos demasiado tarde.

—Entiendo cómo te sientes —dice con tiento—. Pero si es cierto que aquí hay un dinero escondido, sería un desperdicio no aprovecharlo. Puede que no llegue para todo, pero algo es algo.

—El dinero ajeno hace que me sienta sucia —confieso—. Tengo dos manos para trabajar. No necesito limosnas.

¿No es eso lo mismo que ha dicho mi padre? Nos parecemos más de lo que quiero admitir.

—Veamos qué encontramos, ¿te parece? Ya pensaremos qué hacer después.

Lo miro a los ojos. «Nosotros».

Yo siempre he ido a la mía. Me pone nerviosa depender de los demás porque la gente es muy interesada. Se ofrece a ayudarte y luego te da gato por liebre.

Excepto Ford, que siempre me echa un cable sin pedir nada a cambio. Ni una sola vez. Me ha demostrado de sobra que puedo fiarme de él. Que puedo contar con él.

Es la persona en quien más confío.

El único hombre del que me he enamo...

—Sí, vale. —Dejo estar el tema. No es el momento ni lo será jamás. Iba en serio cuando le dije que no puedo plantearme una relación con este tremendo lío mental.

Palmeo el parqué de rodillas en el suelo, pero no doy con ninguna abertura o superficie dispar. Ford se agacha junto a mí y presiona los tablones, marcando bíceps con cada gesto. Con unos gruñidos guturales que deberían estar prohibidos.

Mis pensamientos obscenos se esfuman en cuanto uno de los tablones salta al empujarlo.

—Bingo —musita, levantándolo para dejar a la vista un agujero.

Al principio, temo haber descubierto un nido de cucarachas (son mi peor pesadilla), pero solo atisbo una caja metálica.

Ford la saca y la deja entre los dos. Tras examinarla a cierta distancia, no veo ningún candado.

—¿Quieres abrirla? —pregunta.

Dejo escapar un suspiro entrecortado.

—Debería.

Lo que encontramos dentro me deja de piedra.

Bolsas herméticas, al menos diez, llenas a rebosar de billetes. La cabeza me da vueltas. Pero lo que más llama mi atención es el sobre en el fondo de la caja.

Lo cojo con manos temblorosas y las palabras que veo escritas en él son como un mazazo.

Reconozco la letra. Es la de mi madre.

Hay una carta doblada por la mitad dentro del sobre, escrita también con la inconfundible letra de mi madre.

John:

Sé lo duro que es aceptar esta situación, pero no me queda mucho tiempo. Mirar hacia otro lado no hará que el cáncer desaparezca. Hay que pensar en el mañana. Y por eso te escribo esta carta.

Este invierno, mi padre me dejó 52.000 dólares en efectivo en su lecho de muerte. Los ahorros de toda una vida. No los ingresó en el banco (ya sabes cómo era), pero tengo su testamento y los documentos que acreditan que me los dejó en herencia. Así que no te preocupes por eso. Siento no habértelo contado hasta ahora.

Este dinero es para nuestros hijos. Puede que Ivy no vaya a la universidad y Joe aún es demasiado pequeño para saber lo que hará, pero quiero que este dinero sea para los dos. Cada centavo. Para que se lo gasten en su futuro, en lo que les haga ilusión, porque se lo merecen.

Recuérdales cada día que son lo que más quiero en el mundo, por favor.

Te quiere,

ANNA

Una lágrima cae junto al nombre de mi madre. Un sollozo me desgarra la garganta y Ford me estrecha entre sus brazos sin pronunciar palabra. O eso creo, porque me zumban los oídos y no oigo nada.

Leer las palabras de mi madre, de su puño y letra, hace que se desmorone la barrera que mantenía a raya el dolor en mi corazón. No lloré su pérdida hace diez años, no como debía, porque no me quedó más remedio que ser fuerte.

Ya no es necesario que lo sea. Ni quiero.

Ford me abraza con más fuerza y mis lágrimas le empapan la camiseta. Sin saber cómo, acabo en su regazo, la carta de mi madre hecha un gurruño entre los dos.

Ahora que mi coraza se ha venido abajo, los recuerdos aparecen en tropel: mi madre dibujando conmigo en la cama, dándome un beso de buenas noches, diciéndome que llegaría a ser una artista famosa. Fue la primera persona que apostó por mí.

—¿Puedo leer la carta? —pregunta Ford con delicadeza.

Asiento, y me la quita despacio de las manos. Unos segundos después, me estrecha entre sus brazos.

—La echo de menos —sollozo—. La echo tantísimo de menos.

—Ya lo sé —dice—. Estaría muy orgullosa de ti, Ivy. Muchísimo.

—No quiero llorar más —musito—. Últimamente no hago más que llorar.

Su risa me sacude el cuerpo entero.

—Ivy, eres de lo que no hay. Llora cuanto necesites, cariño. Has estado reprimiéndote desde que tu madre falleció. Y ahora te viene todo de golpe porque has dado rienda suelta a tus emociones, y eso es fantástico.

—No soporto que tengas siempre tanta razón.

Vuelve a reírse por lo bajo y esta vez se lleva un pellizco cariñoso. Cuando voy a darle otro, me agarra por la muñeca para detenerme. De pronto se hace un silencio cargado de tensión.

Tal vez sea la adrenalina que corre por mis venas, el muro que construí alrededor de mi corazón desmoronándose al fin, o que no he hecho más que negarme a aceptar lo que siento por él. Pero cuando Ford clava sus ojos en los míos, la intensidad de su mirada me deja sin aliento. Se palpa en ella un hambre cruda e innegable.

Sé que ya debería haber perdido toda esperanza, pero no quiero perderla en nosotros.

Me acerco y poso mis labios sobre los suyos. En el momento en que su lengua se abre paso hasta mi boca y me agarra deliciosamente del cuello entregándose a nuestro beso, doy de bruces con la realidad.

Estoy enamorada de él. Maldita sea.

—Ford... —Mi voz suena ronca cuando nos apartamos, como si no la hubiera usado en mucho tiempo. Le arranco un gemido al morderle el labio inferior—. No puedo más.

Él roza su nariz con la mía, la promesa de un beso susurrada al viento.

—¿Qué pasa?

—Te necesito —digo, decidida a expresar alto y claro lo que siento desde hace tanto—. Hazme tuya.

Maldice entre dientes.

—¿En qué sentido?

—En todos. Pero ahora mismo pensaba en algo más subido de tono.

Su risa despierta mis más bajos instintos.

—Ah, ¿sí?

Asiento sin vacilar, su nariz pegada a la mía. Torturándome.

—¿Estás segura? —pregunta, más serio que hace unos segundos —. Con todo lo que estás pasando, no quiero hacer nada de lo que luego te arrepientas.

—Sé bien lo que quiero —sentencio—. Y te quiero a ti.

Le muerdo el labio inferior y doy un tironcito, como sospecho que le gusta.

—Joder. Vale. Ya lo pillo —gruñe.

Pega su cuerpo al mío una vez más y me besa en los labios. Y, en este instante, todo cobra un nuevo sentido.

30

Ivy



Con las piernas rodeando sus caderas como si me fuera la vida en ello, Ford me lleva hasta mi dormitorio. Estoy convencida de que me volveré loca si no está dentro de mí en los próximos sesenta segundos.

Se me escapa la risa cuando choca con la puerta de la habitación al entrar.

—¿Te ha hecho gracia? —pregunta burlón, con un tono de voz más profundo que hace un instante.

—Un poquitín.

Con un gruñido, hunde la cara en el hueco de mi cuello y me muerde. Contraigo las piernas y algo similar a un gemido me sube por la garganta.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta con voz ruda.

—Nada —miento, sin aliento.

Vuelve a clavarme los dientes en el cuello y esta vez no cabe la menor duda del sonido que emito. Rezongando, me deja sobre la misma cama que compartimos no hace mucho, su cuerpo cerniéndose sobre mí como un escudo protector.

—No juegues conmigo —murmura con aspereza contra mi cuello —. Si quieres que pare, dímelo y pararé. De lo contrario, no pienso tener piedad. ¿Estamos?

El calor se arremolina entre mis piernas y echo de menos sentirlo dentro de mí, cosa que no tiene mucho sentido cuando no nos hemos acostado todavía. Pero es como si mi cuerpo supiera que solo él puede darme lo que necesito.

—Estamos —susurro, extremadamente excitada.

Eso es todo cuanto necesita.

Me arranca las mallas y las bragas de un tirón y las lanza a la otra punta de la habitación antes de arrodillarse a mis pies.

—¿Qué haces?

Esboza una sonrisa pícara y me besa la parte interior del muslo.

—Follarme a mi chica.

Me deshago con el primer lametón, y casi pierdo el sentido con el segundo. Ford succiona con avidez, suspirando, gimiendo.

Me inmoviliza con ambas manos, esas manos enormes y fuertes con las que he fantaseado tantas y tantas veces. Cuando me besa y succiona el clítoris, dudo haber estado tan cachonda en toda mi vida. Cosa que me sorprende, después del rato que pasamos en su coche y en el salón de su casa.

Me da un último beso y luego resigue la piel de mi pierna con la boca, dejando un tenue rastro húmedo a su paso. Cuando se pone en pie, se le marca un paquete tan tremendo que empiezo a salivar. Sedienta, me arrodillo a los pies de mi cama, le desabrocho los pantalones y le meto una mano en los calzoncillos.

Ford cierra los ojos y masculla una serie de burradas cuando lo agarro por la base del pene y empiezo a masturbarle. Sus caderas se sacuden y pone una mano sobre la mía.

—Quiero correrme dentro de ti. ¿Puedo?

Me siento eufórica solo de pensarlo.

—Por favor —suplico.

En un visto y no visto, Ford se planta delante de mí por primera vez completamente desnudo.

Los abdominales que le dibujé para el calendario no le hacen justicia ni de lejos.

Tiene un cuerpo impresionante. No hay otra forma de describirlo. Es más que puro músculo; es un cuerpo que salva vidas, y me tiene fascinada.

Jadeando, me deshago de la camiseta, después del sujetador, y dejo que me mire mientras se toca.

—Tomo la píldora —digo—. Y tengo una caja de condones sin estrenar en el cajón.

Sé que, igual que yo, él no quiere tener hijos. Lo deseo como no he deseado a nadie jamás, pero este también es un tema importante.

—¿Has comprado condones? —pregunta sorprendido pero predispuesto.

—Me vine arriba después de chupártela en el salón de tu casa.

Estalla en carcajadas.

—Yo me hice las pruebas tras el divorcio y está todo en orden.

—Lo mismo digo. Condones, pues.

Abre la caja sin perder un instante y observo, sin el menor reparo, cómo va deslizando el preservativo hasta cubrir cada centímetro de su miembro.

Una vez que ha terminado, se toca más deprisa.

—Ven aquí.

Me yergo sobre el colchón antes de pasar las piernas alrededor de sus caderas una vez más. Él me sujeta en volandas como si nada y se ríe entre dientes cuando le empujo el trasero con los tobillos, instándolo a penetrarme. En serio, como no me la meta ya, voy a estallar.

La risa se le corta de golpe en cuanto roza mi entrada con la punta. Miro hacia abajo y la imagen de su cuerpo unido al mío es lo más fascinante que he visto en mi vida.

Me aúpa con un solo brazo mientras usa la mano libre para acariciarme con la punta del pene, con una parsimonia desesperante. Cuando me la mete, casi me echo a llorar de placer.

Ford va penetrándome poco a poco, robándome el aliento. Me da un beso en el cuello por cada centímetro de él que desaparece entre mis piernas y ahogo un grito cuando entra hasta el fondo por fin.

—Eso es —me alienta—. Esa es mi chica.

La cadencia de su voz hace que las paredes de mi vagina se contraigan. Ford maldice entre dientes ante el inesperado apretón y empieza a moverse, despacio al principio y más rápido cuando me acostumbro a su tamaño.

En esta postura, aferrada a su cuerpo de brazos y piernas mientras permanece de pie, estoy a su merced. De modo que me

entrego a él, que, como bien ha dicho, me folla sin piedad alguna en medio del dormitorio, metiéndomela una y otra vez.

Echo la cabeza hacia atrás y me muerdo el labio inferior para no gritar con cada embestida. Jamás me había sentido así.

Me empotra contra la pared y un escalofrío me recorre de la cabeza a los pies. Pero vuelvo a entrar en calor en cuanto bajo la vista y contemplo cómo me folla implacable, su polla empapada por mi humedad.

—Estoy a punto, preciosa —masculla.

—Córrete —jadeo, a punto yo también—. Hazlo, Ford. Córrete dentro de mí. Eso es.

Ver cómo se deshace con cada una de mis palabras me provoca una oleada de placer arrolladora. Con una última embestida, firme y profunda, se corre entre gemidos.

Yo me aferro a él, exhausta hasta la saciedad, mientras recuperamos el aliento. Estamos sudados y agotados, su polla todavía dentro de mí, pero nada de eso importa.

Con cuidado, vuelve a dejarme sobre la cama y me la saca despacio. Tras comprobar que no se ha roto el condón, me da un beso suave.

—¿Estás bien?

—Estoy flotando ahora mismo.

Se ríe por lo bajo.

—¿Eso es un sí?

—Es un «esto hay que repetirlo».

—Me apunto, pero necesito un minuto. No me había corrido tanto en mi vida.

Ahora soy yo quien se ríe. Ford se tumba junto a mí y le paso los dedos suavemente por el pelo.

—Es bonito —susurro más para mí que para sus oídos.

—¿El qué? —dice en voz queda.

—Tu color de pelo. No es castaño, pero tampoco pajizo. ¿Rubio ceniza?

—Te equivocas de hombre. Por si no lo recuerdas, no distingo el verde del verde aceituna.

Le beso la punta de la nariz.

—No te lo tendré en cuenta.
La dulzura de su sonrisa es tan inaudita que me deja descolocada.
—Soy un cabrón con suerte.

31

Ivy



Con todo lo que ha pasado últimamente, me había olvidado por completo de la sobrina de Diana. Hasta que responde al correo que le envié.

Me sorprende comprobar que ha aceptado mis tarifas y que quiere que colaboremos en su próxima novela. Echo un vistazo a las descripciones que me ha mandado de sus personajes y me comprometo a enviarle un boceto en los próximos días.

Esto es para flipar. Yo ganándome la vida como artista. Y todo porque retraté a cuatro bomberos medio en pelotas. ¿Dónde está la cámara oculta?

Ese pensamiento me lleva a recordar la noche que pasé con Ford. No me arrepiento de nada, pero ya me he hartado de andar dando bandazos de aquí para allá como dos palurdos sin poner nombre a lo nuestro. Y creo que ya va siendo hora de retomar esa conversación.

Dejando los pensamientos a un lado, compruebo que el correo se ha enviado y entro en el Harmony Grove.

Saludo con la mano a Diana, pero no me paro a charlar. Aparte de Ford, hay otro tema que no me deja pegar ojo.

¿Qué narices hago con el dinero de mi madre?

Mi padre lo despilfarró casi todo, dado que apenas quedan veinte mil dólares. Sigue siendo un montón de pasta, pero no me llega para la escuela de Joe.

Aunque eso ya da igual. Yo le habría pagado los estudios encantada, pero se ha ido a vivir con la tía Sherry. Para qué marear la perdiz si Joe así lo ha querido y esa es su mejor opción. Ayer

intercambiamos unos mensajes y no se quejó ni una sola vez de su situación.

Con todo, creo que lo mejor será que guarde el dinero para mi hermano o para cualquier emergencia que pueda surgir. Lo habría rechazado si fuera de mi padre, pero mi madre quería que nos lo quedáramos. Joe y yo, para ser exactos. No voy a hacerle un feo a su última voluntad.

Además, contar con veinte mil dólares de repente ha sido una potra increíble. Las cosas como son.

Estoy seleccionando el pódcast antes de empezar a trabajar, cuando recibo una llamada de un número desconocido. Respondo sin pensar, no vaya a ser que a Joe se le haya estropeado el móvil.

—¿Diga?

Silencio al otro lado de la línea. No, hay algo más, una respiración agitada.

Se me acelera el pulso.

—¿Quién es?

Más silencio. Hasta que alguien dice:

—¿Ivy?

Dejo escapar un suspiro entrecortado al reconocer la voz de Alma. Es tan dulce y tenue como la recordaba, pero hay algo más. Parece... ¿asustada? ¿Preocupada?

—Alma. ¿Estás bien?

Tarda tanto en responder que tengo que comprobar varias veces que no se ha cortado la llamada.

—Estoy en Washington, D. C. —dice al fin.

No era la respuesta que esperaba, pero mejor eso que nada.

Y ¿qué hace en Washington, D. C.? Que yo sepa, no tenía intención de largarse de Nueva York. O no me lo contó, al menos.

Pero no es momento para interrogarla, porque parece estar huyendo de algún sitio o...

Se me hiela la sangre. Lowell, nuestro jefe, era un imbécil. Nos ponía verdes, echaba a la gente cuando le venía en gana y nos hacía la vida imposible en el trabajo. A su lado, la tía Sherry es una santa.

Alma ha sido su secretaria durante los últimos tres años, pero nunca vi que la humillara. En todo caso, ella era la única a quien

parecía tratar como a una persona normal.

Pero ¿y si la cosa ha cambiado? Que yo sepa, Lowell nunca ha llegado a las manos con ninguno de sus empleados, pero tampoco lo descartaría.

No lo descartaría para nada.

—¿Qué te ha hecho? —pregunto furiosa para tirarle, aunque sé bien que no soltará prenda.

Cuando trabajábamos juntas, le dejé muy claro lo que opinaba de que anduviera tonteando con el jefe. Alma me contó que llevaban todo un año liados en secreto. Siendo mayor y rico, siempre me dio la impresión de que, más que pareja, Lowell buscaba quien le bailara el agua.

Pero Alma es dueña de sí misma y muy capaz de tomar sus propias decisiones. Era mi deber como amiga advertirla y ella estaba en todo su derecho de pasar de mí. Y ahora es cuando me toca recoger los platos rotos, como me temía.

No le guardo rencor por no responder al mensaje que le envié hace meses. No podría. Y menos cuando me huelo cuál ha sido el motivo de que haya desaparecido. O quién, más bien.

—Alma —insisto al ver que no contesta—. ¿Lowell te ha hecho algo?

—Estoy sola —balbucea.

No me rindo.

—¿Sabe dónde estás?

—No.

—¿Estás bien?

—Estoy embarazada.

Se hace el silencio. ¿Cómo...? ¿Acaba de decir que...?

«La hostia».

—Vale —digo despacio. Tengo un millón de preguntas. ¿Es de Lowell? Supongo. ¿Lo sabe? ¿De cuánto estás? Al final, me decanto por la más urgente—: ¿Qué necesitas?

—Lo siento, Ivy. Lo siento muchísimo. No debería... No debería haber llamado. Ya buscaré a otra...

—No, Alma —la interrumpo tajante—. Quiero ayudarte. Dime qué necesitas.

—Ivy...

—Somos amigas. Me has llamado porque necesitas que te eche una mano y no pienso darte la espalda en un momento como este. ¿En serio me ves capaz de algo así?

—No lo sé —admite en un hilo de voz—. No me he portado muy bien contigo.

—Eso no es cierto. Alma, haz el favor de decirme qué necesitas.

—No puedo.

—Inténtalo.

Suspira temblorosa.

—Necesito..., necesito un sitio donde pasar unos meses. Y un trabajo con..., con seguro médico.

¿Es que no tiene nada de eso? ¿Acaso Lowell la ha puesto de patitas en la calle?

—Hecho y hecho —respondo sin vacilar—. Estoy en Harmony Hills, el pueblo de Vermont donde crecí. Vente aquí conmigo, que yo te encontraré trabajo.

La primera persona que me viene a la mente es Nash. Si él no tiene un puesto para Alma en el Harmony Grove, estoy segurísima de que sabrá de alguien que busque personal. Conoce a todo el mundo.

—No... —titubea—. No le cuentes a nadie lo del embarazo.

No la contratarán si lo hago. Es pasarse la ley por la tangente, pero la entiendo. El propio Lowell se negaba a contratar a ninguna mujer embarazada o con niños pequeños porque «se distraen» y «no dedican el tiempo suficiente al trabajo». Vaya un gilipollas de mierda.

—¿Embarazo dices? ¿Qué embarazo? No sé qué es eso.

—G-gracias —dice, y se le rompe la voz—. Muchísimas gracias, Ivy. No te merezco.

Niego con la cabeza aunque no pueda verme.

—Claro que sí. ¿Tienes cómo llegar hasta aquí?

—Eso creo.

—Vale, pues te envío mi dirección. ¿Puedo?

—A este número sí. Es nuevo. Ya no utilizo el otro.

—Descuida. —Dedico un momento a asimilar lo que acaba de pasar. Otro episodio de mi vida que parece mentira—. Ten cuidado, Alma. Y llámame en cuanto llegues o si necesitas cualquier cosa de camino.

—Gracias —repite algo más calmada que cuando ha llamado—. Lo haré.

Tras colgar, se me hace un nudo en la garganta. La ingenuidad de Alma siempre ha despertado mi vena protectora, más si cabe tras esta llamada.

«Está embarazada. Embarazada». Y algo me dice que ha plantado a Lowell, el supuesto padre de la criatura.

«Todo irá bien. Le echaré un cable cuando llegue. Ahora mismo no puedo hacer nada más».

Respiro hondo, me recuerdo que debo preguntarle a Nash por algún puesto de trabajo y aparco mis pensamientos por un rato. Voy con la hora pegada al culo y, para colmo, el spa está hecho un cristo.

Hay toallas sucias tiradas por el suelo, velas que siguen encendidas y un difusor caído derramando aceite esencial. Me parece de muy mal gusto que nadie se haya molestado en recogerlo.

Apago las velas de un soplido (mira que si llega a quemarse algo...) y me pongo el pódcast.

A diferencia de otras noches, no consigo desconectar. Tengo demasiadas cosas en la cabeza: Joe, la carta de mi madre, la visita a la cárcel, el lío con Ford y ahora Alma. Y, por si fuera poco, duermo fatal desde hace semanas.

Estoy en el baño del spa, enjuagando el trapo, cuando percibo un olor extraño. Huele a quemado, lo cual no tiene ni pies ni cabeza. ¿No acabo de apagar las velas?

Doy por hecho que se trata del humo de las mechas y saco unas sábanas limpias de la secadora para colocarlas más tarde sobre la camilla de masajes.

Pero entonces escucho fuegos artificiales.

No puede ser. Esta sala está insonorizada. Y, por otro lado, ¿a santo de qué pondrían efectos de sonido en un pódcast donde no hay fiestas ni celebraciones? Entonces...

Se me encoge el estómago.

No huele a vela.

Huele a humo.

Salgo corriendo del baño y enseguida encuentro los supuestos fuegos artificiales: un enchufe chisporrotea con violentos chasquidos. Hay una lámpara de pie conectada a él.

Está junto a la puerta, por lo que, a menos que quiera morir achicharrada, cosa que no me apetece lo más mínimo, estoy atrapada.

Me gustaría hacerme un ovillo y llorar, pero opto por coger el móvil y llamar a emergencias. Cuando las chispas alcanzan el toallero eléctrico y prenden fuego a una de las toallas, ahogo un grito.

—Emergencias, ¿en qué puedo ayudarle? —pregunta una mujer al otro lado de la línea.

—Fuego. Hay un incendio —farfullo mientras corro a encerrarme en el baño y empapo tantas toallas como puedo—. No puedo salir. Bloquea la salida.

—¿Dónde se encuentra? —pregunta, manteniendo la calma.

—En el Harmony Grove. El complejo de cabañas de Harmony Hills. Estoy en el spa. T-trabajo aquí. Estoy en el baño que hay al fondo.

Cojo las toallas que he mojado y las uso para tapar el resquicio entre la puerta y el suelo. ¿Habrá sido un error encerrarme aquí?

—De acuerdo. Los bomberos están de camino. ¿Hay alguna ventana por la que pueda salir?

—No hay ventanas y la salida está bloqueada —explico, y pienso en Ford.

Si algo me pasara y me encontrara él, jamás lo superaría.

Y Joe... No. Y una mierda. No va a pasarme nada. Joe me necesita. No me convertiré en otro adulto que lo traumatiza de por vida.

Conecto el extractor del baño y compruebo que la puerta está bien cerrada. Abro el grifo de una pequeña ducha que nadie usa, me tapo la boca con una toalla mojada y me tumbo en el suelo.

—De acuerdo. No se preocupe, los servicios de emergencia están en camino.

Acto seguido, enumera una retahíla de medidas de seguridad que ya he puesto en práctica, pero no la escucho.

A pesar del calor, un sudor frío me corre por la espalda y se me nubla la vista.

Y sé lo que viene. «Mierda». En treinta segundos, estaré..., estaré...

—Voy a desmayarme —alcanzo a decir a la operadora.

—Señorita...

La ignoro. Temblando, me las apaño para escribirle un mensaje a Joe, que consigo enviar por los pelos antes de perder el conocimiento.

Te quiero

32

Ford



«Un incendio. En el spa del Harmony Grove. Mujer joven atrapada en el cuarto de baño».

Entiendo las palabras, pero no su significado. Me niego a aceptar que esto esté pasando.

Salimos hacia el Harmony Grove a toda velocidad. Suerte que no conduzco yo, porque el rostro de Ivy es mi único pensamiento. Tengo que calmarme. Afrontar esta situación como si se tratara de cualquier otra persona.

Pero no lo es, joder. Se trata de Ivy, de mi Ivy, y se me viene el mundo encima al pensar que puede haberle pasado algo.

Cuando llegamos al vestíbulo del Harmony Grove, que Nash ha tenido el acierto de evacuar, enfilamos hacia el spa, equipados y manguera en mano. Sin embargo, se me para el corazón en cuanto abro la puerta y no veo más que humo, fuego y chispazos hasta donde me alcanza la vista.

«Tiene que estar bien, joder».

Enseguida sé que el motivo del incendio ha sido un cortocircuito. Dejo a Ian y al resto del equipo apagándolo y me adentro en el spa con un respirador de escape. Si no es posible sacar a Ivy por la puerta, habrá que tirar la pared. Tiraré el puto edificio abajo con mis propias manos si hace falta.

Hay varias toallas ardiendo, así como la camilla de masajes, que apartamos a nuestro paso. Es un espacio más bien pequeño y, aun así, da la impresión de que el cuarto de baño queda lejísimos. Siento que la pierdo con cada segundo que pasa y me obligo a mantener la cabeza fría.

No es momento para olvidar todo lo que he aprendido en mi trabajo, joder. En especial cuando Ivy está en peligro.

La humareda no es tan densa en el baño, pero tampoco se queda corta. Vislumbro a Ivy más allá, tirada en el suelo con el móvil caído junto a la mano y una toalla tapándole las vías respiratorias.

Quince años de formación se van por el retrete en cuanto la veo yacer inmóvil.

Le pongo el respirador de inmediato, conectado a una bombona de oxígeno portátil, y la zarandeo levemente. Como no responde, pruebo a llamarla. Está inconsciente.

Le dejo el cuello a la vista para tomarle el pulso.

Su respiración es débil, pero está viva.

—Ya estoy aquí, cariño —digo, levantándola en brazos, aunque no pueda oírme. Siempre estaré a su lado, lo sepa o no—. Voy a sacarte de aquí.

Cuando salgo de allí con Ivy (por la puerta, afortunadamente), ya tienen las llamas bajo control.

Inerte en mis brazos, el pelo le cae sobre la cara, manchada de hollín. Los latidos de mi corazón ahogan el estruendo que hay a mi alrededor y me escuecen los ojos, más por verla así que por el humo.

«Casi la pierdo, joder. Todavía puedo perderla».

Un equipo sanitario aguarda en el vestíbulo. Ivy no presenta quemaduras, pero ha inhalado mucho humo y requiere intervención inmediata.

Me cuesta horrores separarme de ella. Soy consciente de que la dejo en buenas manos, pero a veces el amor no atiende a razones.

—Nosotros nos ocupamos de ella —dice una de las técnicas en emergencias, reemplazándole el respirador.

Se me revuelve el estómago al ver cómo suben su cuerpo a la ambulancia y me dan ganas de salir corriendo tras ella. No obstante, todavía me queda trabajo por delante, aunque, por primera vez en mi vida, me pese.

Apagamos el incendio veinte minutos más tarde. Nash está al teléfono en recepción cuando le hago un gesto para que se acerque.

—El spa ha quedado prácticamente calcinado —le informo, sin andarme por las ramas. Cuanto antes terminemos con esto, antes podré estar con Ivy. No soporto imaginarla sola en una habitación de hospital sin saber cómo se encuentra.

Nash sacude la cabeza, como si se la trajera al pairo el spa.

—¿Cómo está Ivy?

—Inconsciente, pero viva. —Es a mí a quien le va a dar algo—. Se la han llevado al hospital.

Asiente escuetamente, con una expresión más grave que nunca. Como si pudiera leerle la mente, porque para eso es mi hermano pequeño, le pongo una mano en el hombro.

—No ha sido culpa tuya —le aseguro—. Ni de nadie. Ha sido un fallo eléctrico.

—Estábamos esperando a que vinieran a hacer la revisión eléctrica —dice apesadumbrado—. La empresa no paraba de posponerla y no insistí porque tenía mil asuntos en la cabeza. Hasta ahora nunca había pasado nada, así que no pensé que... Joder.

—No ha sido culpa tuya —repito—. Ha sido un accidente, Nash.

—Me da igual. Ivy ha acabado en el hospital.

—Se recuperará —digo, más para mentalizarme a mí mismo que para tranquilizarlo a él—. Tú asegúrate de que lo demás está bien. Preocúpate de eso, que nosotros haremos nuestro trabajo.

Le doy un abrazo a pesar de tener el uniforme tiznado de hollín y de estar chorreando de sudor. No deja de ser mi hermano, y debemos cuidar el uno del otro.

—Ivy se recuperará y el Harmony Grove volverá a la normalidad —lo tranquilizo—. Todo irá bien.

Cuando nos apartamos, me busca con la mirada.

—¿Cómo estás tú?

—Deseando largarme de aquí —respondo con sinceridad y con el corazón en un puño. Por más que trate de disimular, a mi hermano no puedo engañarlo—. Casi me vuelvo loco al verla así.

Nash permanece en silencio un segundo y luego dice:

—Estás enamorado.

No es una pregunta. Supongo que mi actitud hacia Ivy es bastante obvia.

—Hasta las trancas —asiento.

Puede que vaya siendo hora de decírselo a ella también. Si llego a perderla esta noche, no lo habría sabido jamás.

—Pues andando —dice Nash—. Ve a buscarla.

No hace falta que me lo repita.



Pese a la gran cantidad de situaciones duras que he vivido en el trabajo, no estaba preparado para ver a Ivy tendida en una cama de hospital, inconsciente, con respiración asistida y suero inyectado en vena.

Me vengo abajo.

Me trae sin cuidado que los médicos hayan descartado la intoxicación por monóxido de carbono o el envenenamiento por cianuro, que me hayan reiterado que es normal que siga inconsciente unas horas. Esto me supera.

Solo se oyen los pitidos de los monitores en la habitación. Mantengo la vista clavada en su pecho, arriba y abajo, arriba y abajo, temiendo que deje de respirar si la aparto. Le cojo la mano, tan fría e inerte que siento ganas de reventar la pared a puñetazos.

Respiro hondo y me recuesto en la silla, que cruje bajo mi peso. Apoyo la frente en su mano y suplico por que despierte. Necesito verla sonreír una vez más, reír, abrazarme.

Necesito confesarle que he metido la pata. Hasta el fondo.

Pensando que así me ahorraría el mal trago, no he hecho otra cosa que engañarme a mí mismo en los últimos meses. He estado diciéndome que el amor no valía la pena, que estaba mejor soltero. Que, después del primer chasco, no volvería a pasar por otro matrimonio.

Hay que ser imbécil.

He estado a punto de perder a Ivy. Podría haberla perdido en un instante y me habría pasado la vida entera atormentándome por lo que pudo haber sido.

La quiero tantísimo que me resulta impensable llegar a viejo si no es con ella.

Había descartado el matrimonio, pero que le den: si quiere casarse, tendrá la boda de sus sueños.

Haría lo que fuera por ella. Cualquier cosa. Y me repatea no ser capaz de despertarla ni de borrar las últimas horas de nuestra vida por mucho que quiera.

Sigo con su mano entre las mías, observándola respirar con su cabeza apoyada en la cama, cuando mueve los dedos.

Al principio creo que me lo estoy imaginando a causa de la desesperación. Pero entonces vuelve a moverlos y percibo un cambio en su respiración. Inhala profundamente y yo doy un respingo en la silla y aprieto el botón que hay junto a la cama para avisar a enfermería.

—Hey. —Le aparto el pelo de la cara con delicadeza. Percibo el vaivén de sus ojos bajo los párpados—. Despierta, preciosa. Te echo de menos.

Murmura algo indescifrable justo cuando se desata el caos en la habitación. Uno de los enfermeros me echa, prometiéndome que todo irá bien, y no me permiten volver hasta una hora más tarde.

A punto estoy de caer de rodillas cuando la miro por fin a los ojos, tan azules, llenos de vida y preciosos.

—Estás despierta —susurro.

Ivy esboza una sonrisa lánguida.

—Ya respiro yo solita. ¿No me vas a dar ningún premio?

Me río por lo bajo, nervioso, con las emociones a flor de piel. Acaba de despertar y ya está de broma. «Caray, qué mujer».

—Es una buena señal, ¿no? —pregunto, acercándome despacio a la cama. Es verdad que le han retirado el oxígeno—. Que te hayan quitado el respirador.

Ella asiente y me hace un gesto con los dedos para que me acerque. Corro a darle la mano, desesperado.

—¿Me has sacado tú? —pregunta en voz queda, escudriñando mi rostro.

Con un suspiro, me dejo caer en la silla otra vez.

—Sí. Y volvería a hacerlo mil veces, pero he tenido suficiente con una. No vuelvas a hacerme algo así, por favor.

Se le dibuja una sonrisilla en los labios.

—Lo intentaré.

—Bien.

—¿Joe?

—Ya está avisado. Está de camino —respondo, rememorando la conversación que hemos tenido por teléfono hace unas horas. No me ha hecho falta verle la cara para saber que estaba conteniendo las lágrimas. Al igual que yo.

—¿Ford?

—Dime, cariño.

—Casi me voy al otro barrio.

Me pongo tenso.

—No hace falta que me lo recuerdes.

—Casi me voy al otro barrio sin haber visto tu foto del calendario del año pasado.

Casi me atraganto con mi propia saliva.

—Eres de lo que no hay.

Y como esta mujer hace conmigo lo que le viene en gana, saco el móvil del bolsillo trasero de los pantalones. Pero cuando la risa le provoca un ataque de tos, lo dejo todo y corro a acercarle un vaso de agua.

—Estoy bien —dice después de bebérselo de un trago, y carraspea —. La doctora me ha dicho que mañana me darán el alta.

Tras dejar el vaso sobre la mesita que hay junto a la cama, le tomo el rostro con ambas manos y me la quedo mirando.

—Cuando te den el alta, te vienes a casa conmigo.

Se le encienden las mejillas.

—¿No tienes nada mejor que hacer o qué?

—Sí, cuidar de ti.

—Ford...

—Puede que este sea el momento más inoportuno para decir esto, pero estoy enamorado de ti hasta las trancas y quiero estar contigo. No como amigos con derecho a roce ni nada de eso. Soy tuyo. Todo tuyo. En todos los sentidos.

Me mira fijamente.

—¿Ya no huyes del amor como de la peste?

—Contigo no.

Se muerde el labio inferior y toda mi atención va a parar a su boca.

—Qué cosas, porque yo contigo tampoco.

—Sé que estás pasando una época dura —digo—. Y no pretendo cortarte las alas en ningún sentido. Quiero apoyarte en todo.

—Ya lo haces —responde en un susurro—. ¿Seguro que quieres tener una relación?

—Solo si es contigo —sentencio con el corazón en la mano—. No lo digo por haber estado a punto de perderte esta noche, aunque no te negaré que eso me ha dado el empujón que necesitaba. Hace tiempo que me siento así, Ivy. Meses.

—¿Qué sientes?

—Estoy tan enamorado de ti que no sé ni lo que hago.

Se pone más roja aún.

—Pero el divorcio...

Niego con la cabeza, cabreado por haberme obcecado tanto con el divorcio.

—Eso es agua pasada. Lo que pasó no quita que pueda darle una segunda oportunidad al amor. Una de verdad. Contigo.

Me acaricia el áspero dorso de la mano con el pulgar.

—Hablabas tan mal del amor que me daba miedo perderte si te proponía algo más. Después mi vida se vino abajo y dejé de lado todo aquello que me importa. Sé que siempre podré contar contigo, pase lo que pase, pero... estoy harta de fingir que estamos bien así. Me he cansado de sentirme mal por tener ilusiones. Quiero estar contigo.

Le paso un mechón de pelo por detrás de la oreja con dulzura.

—Ah, ¿sí?

Ivy asiente y acepta mis caricias de buena gana.

—Yo también estoy enamorada de ti, que lo sepas. A niveles estratosféricos.

Mi corazón da un salto mortal, cosa que no sabía que podía hacer.

—Qué..., qué bien.

—¿Te estás poniendo rojo?

—¡Qué va!

—Ya lo creo que sí, machote. —Me hace cosquillas en un costado —. Ven aquí.

Nos besamos como tantas otras veces, solo que ahora hay una ternura, un sosiego y un sentimiento que no había antes. Los latidos de mi corazón redoblan el ritmo y mis sentidos se agudizan con la exquisita suavidad de sus labios, la sutil ternura de su lengua, la quietud de sus gemidos y la certeza de que Ivy me pertenece al fin, como yo a ella.

Nos separamos poco a poco, a regañadientes, para recuperar el aliento. Le doy un beso en la nariz, en una mejilla y luego en la otra, y de nuevo en los labios.

—¿Significa esto que ahora eres mi novio? —pregunta en apenas un susurro, apocada.

Una sonrisa traviesa se dibuja en mis labios.

—Sí, preciosa. Dilo hasta que se entere el pueblo entero.

La puerta que hay a nuestra espalda se abre de golpe y ella se queda con la palabra en la boca.

—¡Ivy!

Joe corre junto a su hermana con el rostro surcado de lágrimas. La estrecha con un solo brazo, con cautela.

—Lo siento. Lo s-siento muchísimo —balbucea, incapaz de sosegarse—. ¿Cómo estás?

—Mejor. ¿Por qué te disculpas, Jojo? —pregunta ella, devolviéndole el abrazo a duras penas a causa de la vía que tiene en el brazo.

Joe sacude la cabeza y se aparta lo justo para mirarla a la cara.

—Por no llamarte. Por hacerte el vacío. Por cabrearme aunque tú no tuvieras la culpa de nada.

—La pubertad altera las hormonas. Es normal. —Por la sonrisa que esboza, sé que habla en serio—. Yo soy quien debería pedirte perdón.

—¿Qué dices? ¿Por qué?

Se le apaga la sonrisa al darle la mano.

—Te aparté de mí.

—Ives...

—Déjame terminar.

En ese momento, empieza a toser y Joe se pone como un flan. Le alcanza el vaso de agua de la mesita.

Una vez recuperada, Ivy continúa:

—Es como si te hubiese empujado a... irte a Boston con la tía Sherry en lugar de dejar que tomaras tus propias decisiones, y lo siento. Me dije a mí misma que no era capaz de ocuparme de ti y que estarías mejor con ella. No quiero que pienses que intentaba librarme de ti.

—¿Cómo voy a pensar eso? —exclama—. Al principio me dolió, eso sí. Pero estabas cabreada y saturada, y todo por mi culpa. Además, me fui porque quise.

—Yo soy la adulta aquí, Jojo. Nada de esto ha sido culpa tuya. No debí tomar una decisión así por ti.

—Tocaste fondo y lo entiendo. Llevabas demasiado tiempo fingiendo que todo iba de lujo y al final petaste. Es normal. Además, podría haberme negado a irme cuando me lo dijiste, pero yo también me porté como un idiota.

Ivy aprieta los labios. Se le llenan los ojos de lágrimas antes de decir con voz rota:

—¿Cómo puedes ser tan perspicaz?

—Suerte la tuya de tener un hermano tan listo —bromea Joe.

Eso le arranca una risa trémula, pero enseguida se serena.

—Tú y yo... nos hemos comido muchos marrones, y siento no haber sabido protegerte de todos ellos.

Joe niega con la cabeza antes de que Ivy termine la frase.

—Así es la vida, Ives. Pero todo irá bien porque nos tenemos el uno al otro.

Ivy se muerde el labio inferior para que deje de temblarle. No debo interrumpir por muchas ganas que tenga de abrazarla.

—Tienes que dejar de machacarte por lo que pasó —prosigue Joe —. Puedes seguir pensando que la cagaste al mandarme a vivir fuera si quieres, pero a mí me da igual. No estoy enfadado. Yo he metido la pata un montón de veces, como cuando no te conté lo del suspenso o lo del curro, y tú nunca me lo has tenido en cuenta. Si

necesitas que te perdone, pues te perdono. Pero ¿en serio me ves capaz de pensar que intentabas librarte de mí?

—Sí —responde Ivy categórica.

Joe pone los ojos en blanco.

—Cómo te pasas. Digo yo que si mi hermana me odiara me habría dado cuenta. Anda que no has tenido oportunidades para darme la patada. Como aquella vez que me amenazaste con abandonarme en el centro comercial.

Otra risa anegada en lágrimas.

—Una vez. Solo te he amenazado con abandonarte una vez, cuando tenías seis años y no parabas de berrear para que te comprara ositos de gominola.

—Y no lo hiciste, así que ahora te toca apechugar conmigo hasta el fin de tus días. Además, no me habría ido a Boston de no ser por..., no sé. Me alegro de haberlo hecho, vaya. Porque tengo clarísimo que no me gusta.

—¿No? —pregunta Ivy en un hilo de voz.

—Qué va. Quiero volver a casa.

—Si es por lo del incendio...

—No es por eso —apunta él rápidamente—. No me gusta Boston. Es un tostón, Ives. La tía Sherry no me deja ni respirar. Quiere que sea un chico de club de campo.

Se me escapa una risa ronca.

—¿Un chico de club de campo?

Joe me mira por primera vez desde que ha entrado y asiente con vehemencia.

—Un niño pijo de esos. Me compró un polo y quería que lo llevara remetido en los pantalones. Es como si intentara transformarme en otra persona.

Ivy resopla.

—No me sorprende.

—Y eso no es lo peor —continúa, volviéndose hacia su hermana—. Te echo de menos. Quiero vivir contigo. Lo creas o no, eres la mejor tutora legal y hermana del mundo. No quiero vivir con nadie más. Me encanta nuestra vida juntos.

«Mierda». ¿Quién coño se ha puesto a cortar cebollas aquí?

Ivy está a punto de echarse a llorar.

—A mí también me encanta nuestra vida juntos, Jojo. Pero tienes que estar seguro.

—Estoy segurísimo. Ya ni me importa la escuela. —Al ver que Ivy se pone rígida, añade—: Sigo queriendo estudiar aviación, pero me da igual esperar un tiempo hasta que consigas ahorrar lo suficiente. Bueno, si... si sigue en pie lo de pagarme la carrera..

Entonces Ivy se lo cuenta todo: que fue a ver a su padre a la cárcel, que encontramos el dinero bajo la cama y la carta de su madre. Joe la escucha sin decir ni pío, tan emocionado como ella.

—Sigo sin querer verlo —dice, refiriéndose a su padre.

—No tienes por qué si no estás preparado —le asegura Ivy con calma—. Pero, solo para que lo sepas, vas a ir a terapia.

Eso sí que no se lo esperaba.

—¿A terapia?

—Eras un crío cuando mamá falleció. Sé que la echas de menos tanto como yo, pero para ti no es... un tema delicado. ¿A que no?

—Sé que me quería y la recuerdo con cariño —responde pensativo —. La quiero, pero supongo que no estoy... de bajón. ¿Qué tiene eso de malo?

Ivy le da un apretón en la mano.

—Nada en absoluto, Jojo. Ella tampoco querría que estuvieras triste.

—Vale.

—En cuanto a papá... —Titubea—. Te ha hecho mucho daño y dudo que hayas sabido gestionarlo. No es culpa tuya. A veces, las emociones nos sobrepasan y no por ello somos débiles. No creo que seas débil, pero sí que te iría bien hacer terapia. Me gustaría que sanaras tus traumas de cara al futuro.

Joe permanece callado unos segundos antes de decidirse.

—Si crees que me irá bien, entonces vale.

Ivy lo mira sorprendida, como si hubiese esperado que se resistiera.

—¿De veras?

—Claro. Te lo debo. Y a mí, digo yo.

—Yo he hecho terapia —intervengo, incapaz de contenerme—. Va fenomenal. Ya lo verás.

Él asiente con convicción y, con una mano en la de Ivy mientras pongo la otra sobre el hombro de Joe, les doy a entender que siempre estaré a su lado, aunque ya lo sepan.

—Aún me queda un buen pico para la escuela de pilotos, pero creo que puedo conseguirlo llegado el momento —termina de explicar Ivy.

—Y si no, yo pongo lo que falte.

Ambos hermanos se me quedan mirando como si me hubieran salido dos cabezas.

—Estarás de coña —dice Ivy.

—Para nada.

Joe suelta la mano de su hermana al escuchar mis palabras. Se ha quedado tan serio que no sé qué pensar. Tal vez le haya molestado que me ofrezca a pagar...

Se abalanza sobre mí y, para mi alivio, me da un fuerte abrazo. Se lo devuelvo con unas palmadas en el hombro, para que sepa que siempre estaremos a su lado: su hermana y ahora también yo. Los tres, una familia.

—Gracias por cuidar de ella —me susurra al oído.

Lo estrecho con más fuerza.

—Siempre.

33

Ford



Ivy pasa la noche en observación en el hospital. A Joe y a mí no nos hace ninguna gracia, pero no somos quiénes para discutir con su doctora.

Después de que Ivy nos eche por no dejarla en paz ni a sol ni a sombra, escribo rápidamente a mis hermanos en el grupo de chat. Recibo la respuesta que esperaba en menos de cinco minutos.

—Oye, Joe —digo subiendo al coche.

—¿Sí?

—¿Tienes planes esta noche?

Me mira extrañado desde el asiento del copiloto.

—No, ¿por?

—He quedado con mis hermanos para ver el partido de hockey de hoy. En diferido. ¿Te vienes?

—¿Nash y Rhys también van? —pregunta con su voz cargada de entusiasmo.

—Claro. A mí no me va mucho el hockey, pero, como a ellos sí, quedamos de vez en cuando para ver algún partido.

Joe titubea.

—No quiero acoplarme.

—Es una tradición familiar, por así decirlo —respondo—. Por eso te estoy invitando.

Me aguanta la mirada durante un buen rato antes de bajarla a su regazo, donde juguetea nervioso con los dedos.

—¿Ford?

—Dime, colega.

—No tienes por qué hacer esto —dice por lo bajo—. Me caes bien, ¿eh? Por mí, puedes salir con mi hermana o casarte con ella o lo que sea.

Me reacomodo en el asiento para verlo mejor.

—¿Crees que pretendo ganarme tu aprobación?

—No, pero...

—Joe.

Me mira fijamente. Sus ojos son muy similares a los de Ivy: tienen el mismo tono azul, pero también reflejan el peso de haber madurado demasiado pronto, de haber vivido situaciones que no tocaban.

—Creo que ya te habrás dado cuenta de que estoy enamorado de tu hermana.

—Ni que estuviera ciego.

—Pues quiero que sepas que estamos saliendo juntos.

—Ya era hora.

—Así que —continúo, aguantándome la risa— no te lo pregunto para ganarme tu aprobación. Te he pedido que vengas conmigo y con mis hermanos porque así es como te veo, como a un hermano. ¿Vale?

Joe parpadea una vez, y luego otra, antes de desviar la mirada hacia la oscuridad que reina en el aparcamiento.

—¿Joe? —pregunto al ver que permanece callado. ¿Habré metido la pata?

Me parece oírlo sorber por la nariz.

—Estoy bien. Tú conduce.

—Vale.

—Me apetece lo del hockey.

—Genial.

De camino a mi casa, acompañados tan solo por algo de música rock de fondo, voy mirando de reojo al adolescente sentado junto a mí. No dice ni mu.



Al cabo de un rato, Joe está sentado en el sofá entre Nash y Rhys, con un refresco en la mano y sin apartar la vista de la tele.

—Me rindo —anuncia—. No tengo ni idea de qué va el hockey.

Nash se termina la cerveza y se frota las manos.

—Este es mi momento.

Joe me lanza una mirada de desconcierto, pero solo puedo sacudir la cabeza con gesto divertido antes de que Rhys intervenga:

—Yo lo introduje en el hockey y, como a Ford no le interesa el tema, está deseando comentarlo con alguien.

—¿Qué es lo que no entiendes? —le pregunta Nash a Joe, ignorando a nuestro hermano mayor.

Joe señala hacia la tele con la mano libre.

—No entiendo por qué siempre están peleándose. No es muy deportivo que digamos.

—El hockey es así. Los rifirrafes son una parte no oficial del juego.

Joe pone cara de no estar muy convencido.

—¿Se les permite liarse a puñetazos?

—No —apunta Rhys—, pero se tolera. El árbitro tan solo los expulsa durante unos minutos.

—Qué cosa más rara —musita Joe antes de dar un trago a su refresco—. Vale, y ¿por qué pitan si nadie ha marcado?

—Fuera de juego —responde Nash rápidamente. Sí que se muere por demostrar lo que sabe de hockey—. No puedes plantarte junto a la portería y esperar a que te pasen el disco. El disco tiene que cruzar la línea azul antes que los jugadores.

—¿Es como... hacer trampa al pillapilla quedándose en la casa todo el tiempo? —deduce Joe.

—Eso es, tío. Solo que si aquí haces trampa, te mandan al banquillo de los expulsados.

—Ya veo —comenta Joe.

—Los jugadores que no se comportan se pasan dos minutos ahí sentados.

—Como la cárcel del hockey.

—Exacto.

Joe sonríe.

—Sin ánimo de ofender, esto parece un circo más que un deporte.

Rhys suelta una risita que me pilla desprevenido. No recuerdo la última vez que le oí reír. Y, por la expresión de Nash, él tampoco.

—Por eso nos mola tanto —dice Rhys—. Es una locura.

—Ya ves —asiente Joe con aire distraído, concentrado en procesar todo lo que Nash acaba de explicarle.

Sonrío para mis adentros al observarlos. Están tan absortos en el partido como Lexi cuando mira sus dibujos favoritos.

Me resulta de lo más natural ver a Joe aquí con nosotros. Es uno más de la familia y espero que se sienta así.

Me termino la cerveza y pregunto:

—¿Alguien quiere pizza? Tengo en el congelador.

—Yo —responde Nash, sin apartar la vista de la pantalla.

—Y yo —repite Rhys.

—Yo también, gracias —dice Joe.

Como el hockey me trae sin cuidado, llevo el bol de palomitas y patatas fritas vacío a la cocina y me pongo a preparar la cena. Miro el móvil: he escrito a Ivy para avisarla de que Joe se quedaría en mi casa, pero estaba hecha polvo cuando nos hemos despedido de ella. No me extrañaría que no haya respondido porque ya está dormida. Lo que daría por estar con ella ahora mismo, dándole la mano sin más.

Estoy encendiendo el horno cuando oigo a alguien llamarme por detrás:

—Oye, Ford.

Miro por encima de mi hombro y veo a Joe en la puerta.

—¿Nash ha conseguido aburrirte con tanto hockey?

Esboza una sonrisa burlona.

—Qué va. En realidad mola. Tal vez les proponga a mis colegas pasarnos por la pista de hielo algún día.

—Buen plan. ¿Te gusta la pizza con salami? ¿Y la barbacoa?

—La que sea, mientras no lleve piña.

—Vaya. Veo que eres un hombre con gusto.

Joe se ríe por lo bajo y señala hacia el frigorífico con el mentón.

—¿Puedo pillar otro refresco?

—Claro. Como si estuvieras en tu casa.

Compruebo la temperatura del horno y saco las pizzas del congelador. Tengo las justas para cuatro.

—¿Ford?

—Dime.

—Solo quería decirte que me mola que seamos hermanos.

Se me encoge el corazón y dejo lo que estaba haciendo de inmediato para mirarlo a la cara. Antes de que pueda responder, Joe vuelve a dejarme pasmado.

—Quiero a Ivy. Es una hermana increíble, pero nunca... Lo que quiero decir es que los hombres que han pasado por mi vida dejaban mucho que desear, menos tú. Y tus hermanos. Así que gracias.

¿Cuánto puede llorar un hombre en un día? Creo que estoy a punto de averiguarlo.

—Es un honor ser tu hermano, colega —logro decir, sin ponerme a llorar a moco tendido.

—Lo mismo digo —añade alguien.

Joe y yo nos giramos y encontramos a Nash y a Rhys en la puerta, con una sonrisa socarrona en los labios y una lata de cerveza vacía en cada mano.

—Bienvenido a la familia, Joe —dice Nash.

34

Ivy



Joe regresa a casa en cuanto me dan el alta del hospital. Tengo que volver dentro de una semana a hacerme la revisión, pero la doctora no ha visto nada raro en mis pulmones ni en mi cerebro.

Como era de esperar, la tía Sherry no se ha tomado muy bien la noticia. Sospecho que porque ahora le tocará dar explicaciones a sus amigos ricos por la repentina desaparición de Joe, no porque le importe demasiado mi hermano. De ser así, no le habría cortado el grifo en cuanto se enteró del cambio de planes.

Anda y que le den.

Como Joe solamente se llevó una maleta (que la tía Sherry se ha negado a enviarle), él y Ford se han acercado a Boston a por sus cosas. De modo que le ha tocado a Nash hacerme de enfermero, no vaya a darme un ataque con tanta tos. Que conste que eso les preocupa a ellos, no a mí.

Qué pesados son.

Nash y yo nos pasamos el día viendo películas y entretenidos con juegos de mesa. Y, a diferencia de mis dos guardaespaldas, él no hace ademán de llamar a la ambulancia cada vez que toso un poquito.

Aprovecho que voy a tenerlo el día entero conmigo para preguntarle:

—Una amiga de otro estado está buscando trabajo. ¿Tú necesitas a alguien por casualidad? Sin compromiso.

Se reclina en el sofá sin dejar de barajar las cartas del juego al que me está dando una paliza.

—¿Qué tipo de trabajo?

Alma no especificó, pero se que se graduó en Turismo.

—Tiene años de experiencia como secretaria, pero siempre ha querido ser organizadora de eventos. Puede con lo que le echen, eso sí. Seguro que acepta ser camarera o lo que haga falta. Tiene mi edad más o menos, por si eso importa.

Tal como le prometí, no menciono que está embarazada. Me siento mal por ocultárselo a Nash, pero no pienso jugársela a una amiga. No hay que ser muy lista para ver que ya tiene un buen marrón encima.

Nash se rasca el cuello.

—Estoy bastante liado renovando el spa, pero ya se me ocurrirá algo. Siempre hay trabajo en el resort. Dile que se pase por allí cuando llegue. Le haré una entrevista.

Sonrío de oreja a oreja. Según me ha comentado, llegará mañana. Por lo visto, no hay muchos autobuses que pasen por Harmony Hills y ella no tiene coche.

—Gracias, Nash. Eres el mejor.

—¿Puedo grabarte diciendo eso para enseñárselo a Ford cuando vuelva?

Estallo en carcajadas, lo cual no me provoca un ataque de tos. Toma ya.

Joe y Ford ya están en casa a la hora de cenar. Entonces Nash se marcha al trabajo y nosotros pedimos comida a domicilio mientras Ford me cuenta el mal trago con mi tía.

—Me vio las pintas y ya no tuve nada que hacer —comenta, atiborrándose de arroz frito.

Meneo las cejas.

—Pues a mí me encantan tus pintas.

—Puaj. —Joe pone cara de asco antes de decirle a Ford—: Mi tía es así con todo el mundo. No te lo tomes como algo personal.

—¿Te ha dado mucho la lata? —pregunto a mi hermano.

—Estaba de malas, pero me la suda.

—Esa boca.

—Perdón. Me da igual —se corrige—. El caso es que me alegro de haber vuelto. Ah, ¿Ives?

—Dime, mocoso.

—Espero que no me traumaticéis de por vida ahora que he vuelto y estás saliendo con Ford.

Me atraganto con el arroz.

Ford me acerca un vaso de agua y le dice a mi hermano:

—Tú mandas en esta casa. Cuando quieras que me quite de en medio para pasar un rato a solas con tu hermana, me lo dices sin cortarte.

—Además, Jojo —añado en cuanto recupero la compostura—, por fin tenemos a alguien que sabe cocinar. Hola, comida casera.

—Así que lo teníais todo pensado desde el principio, ¿eh? ¿La idea era hacer que me enamorara para tener vuestro cocinero particular? —bromea Ford.

—Claro. ¿Ha funcionado?

Joe suelta una risotada y, por la mirada juguetona que Ford me lanza, sé que esta me la tiene guardada.



Dos días después, los meses y meses de tocar las narices dan fruto por fin.

—No sé cómo me has convencido de esto —refunfuña Ford mientras lo persigo por toda la casa como un cachorrillo emocionado.

—¿Porque me quieres?

Con una mirada de reojo, baja una caja de lo alto de su armario.

—Porque te quiero y te consiento demasiado.

No puedo quitarle la razón.

—Venga, venga. Llevo meses esperando este momento.

Suspira con expresión cómica y deja la caja en el suelo.

—Ya me estoy arrepintiendo.

Doy saltitos de puntillas mientras Ford rebusca entre los cachivaches de la caja. Ha estado usando la excusa de mi estado para darme largas, pero esta mañana la doctora ha dicho que ya puedo volver al trabajo y hacer vida normal.

—Vale. Cierra los ojos —me pide.

En mi vida he cerrado los ojos tan rápido.

—Lista.

Ford se ríe entre dientes.

—Ábrelos.

Se me escapa un gritito agudo y ridículo en cuanto mis ojos van a parar a la foto de la discordia: en ella se ve a Ford en calzoncillos y chorreando agua, como salido de un sueño, con una manguera en las manos delante del camión de bomberos.

—¡La hostia! —exclamo, pegándome el calendario a la cara para no perderme ni un centímetro de piel reluciente—. Hicieron bien en ponerte en agosto, porque la cosa está que arde por esas fechas.

—Lo cierto es que en Vermont hace más calor en julio.

—A callar. Estás como un tren. Estoy salivando —digo, contemplando la foto como una pervertida—. Verte con esa manguera tan gorda y larga me está poniendo cachonda.

Ford pega la lengua al carrillo para contener una sonrisa.

—Bueno, se acabó.

Me quita el calendario de las manos, lo tira sobre la cama y me aúpa sin despeinarse, hasta que le rodeo la cintura con ambas piernas. El tenue sonido de mi risa reverbera por la habitación.

—Tengo algo que contarte —digo.

—¿Algo guay?

—Algo muy guay. —Respiro hondo—. He abierto una cuenta en las redes sociales para publicar mi trabajo.

Me mira sorprendido.

—¿En serio? ¿Por fin?

Asiento con timidez.

—Y va viento en popa.

—¿A qué te refieres?

—Pues... —me hago de rogar, pero se me escapa la sonrisilla— a que me han escrito preguntando por precios. Quieren comprar mis ilustraciones.

—Claro que sí, cariño. —Me pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja—. Estoy orgullosísimo de ti. Y no creas que me he olvidado de la que te pedí. Sigo queriendo comprártela.

Esbozo una leve sonrisa.

—Vale.

Besa la delicada piel de mi cuello.

—¿Quieres que te cuente un secreto?

—¿Un secreto? —Me pone la piel de gallina.

—Me guardé el pósit que me trajiste con las galletas.

Me quedo boquiabierta.

—¿Por qué? Si por entonces te caía fatal.

—Tuve una corazonada.

—¿Sobre...?

—Que la pelma de mi vecina conseguiría que besara el suelo por donde pisa.

—Estás hecho todo un adivino.

—¿Quieres que te lea el futuro?

Asiento.

—Algún día me casaré contigo.

Se me derrite el corazón.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Ya lo verás.

Hace unos meses, me habría roto a mí misma el corazón pensando que algo así no era posible. Las ilusiones son frágiles, después de todo.

Ahora, en cambio, confío en cada una de sus palabras. Ya no le temo al futuro. He dejado de esperar un nuevo revés, la desdicha tras tanta alegría.

Merezco una vida llena de felicidad y pienso forjarla junto al hombre que amo.

Epílogo

Ivy



OCHO AÑOS DESPUÉS

En mi vida he estado tan nerviosa. Ni siquiera cuando dejé Sunny Stitches y el Harmony Grove para dedicarme al arte a tiempo completo, ni cuando Ford me pidió matrimonio en una escapada a Maine, ni el día de nuestra boda, hace ya cinco años.

A ver, me encanta vivir del arte y amo a mi marido como no he amado a nadie jamás, pero lo de hoy es de otro nivel.

Porque hoy...

Es el gran día.

Ford guarda las maletas en el compartimento superior mientras yo hago rebotar una pierna en el minúsculo asiento. ¿Los aviones son cada vez más pequeños o me lo parece a mí?

Cuando se sienta a mi lado, me planta una mano sobre la pierna.

—Respira, cariño.

—Como si fuera tan fácil.

Me da un apretón.

—Saldrá bien.

Ya lo sé, aunque los nervios que me retuercen el estómago discrepen. A estas alturas, ya paso de ellos.

El avión se va llenando conforme pasan los minutos y el creciente bullicio empieza a sacarme de quicio.

—¿Cómo pueden los aviones volar siquiera? —pregunto a nadie en particular—. A ver, es que es imposible. Este cacharro pesa toneladas. No tiene ni pies ni cabeza.

—Le has preguntado eso mismo a Joe cien veces y él te lo ha explicado otras tantas.

—Sigue sin entrarme en la cabeza.

Ford se apoya en el reposacabezas y esboza una sonrisa pícara.

—¿Quieres que vayamos al lavabo a bajarte esos nervios?

Le doy un ligero cachete en el brazo.

—Deja que me ponga histérica en paz.

Me pasa un brazo por los hombros y me planta un beso en los labios, lo que me calma al momento. Así, como si nada. Hay cosas que no cambian por más que pase el tiempo.

—Disfruta del vuelo —me susurra al oído—. No volveremos a vivir este momento.

Por alguna razón, esas palabras me hacen mella. Ya sé que no existe una máquina del tiempo, pero entre los nervios y las ganas de llorar, no me había parado a pensar en lo que este día significa realmente. En más de un sentido.

Un azafato anuncia que ha finalizado el embarque y el avión empieza a situarse para el despegue.

En ese momento, oigo una voz familiar a través de la megafonía:

—Señoras y señores, les habla el copiloto. Mi nombre es Joe Farnsworth y les doy la bienvenida a bordo del vuelo 176 con destino a Chicago.

Agarro a Ford del brazo y le doy tal apretón que se lo dejo colorado. Él se limita a reírse por lo bajo y me da un beso en la frente cuando rompo a llorar. Por mucho que se esfuerce en disimular, él también se ha emocionado.

—Hoy es un día muy especial para mí porque es mi primer vuelo como copiloto —anuncia Joe—. Es un honor estar aquí, sobre todo porque las dos personas más importantes de mi vida se encuentran entre los pasajeros. Mi hermana y mi cuñado me han apoyado en cada etapa del camino. Mi hermana ha sido mi tutora legal desde que tengo dieciséis años y se ha dejado la piel por mí, para que pueda pilotar este avión. Así que gracias, Ives, y gracias, Ford, por hacer mi sueño realidad.

Todos los pasajeros estallan en una ovación mientras yo me deshago en lágrimas. Ford, también con las mejillas empapadas, me

abraza con fuerza.

Lo ha logrado. Mi mocoso lo ha logrado.

Gracias a mis ilustraciones, conseguí ahorrar más que de sobra para la escuela de pilotos, y sin tirarme de los pelos por el estrés. Ford, como buena madre coraje, se empeñó en regalarle su primer uniforme. El día en que lo admitieron fue uno de los más felices de nuestra vida.

Fue una época dura, pero valió la pena.

Joe se aclara la garganta, a todas luces emocionado. Sin embargo, consigue disimularlo, ya que ahora es superprofesional. Cuánto le quiero.

—Estamos ultimando unas comprobaciones y enseguida nos pondremos en marcha. Gracias por volar con nosotros y esperamos que disfruten del vuelo.

Ford y yo intercambiamos una mirada cuando todos estallan en aplausos, y me echo a reír al ver que ambos tenemos la cara cubierta de lágrimas.

—Lo has criado de maravilla —dice.

—Pues tú no te has quedado corto —respondo.

Con el tiempo, se hizo evidente lo contento que estaba Joe de contar con un referente masculino de primera. Mi padre acabó saliendo de la cárcel, pero no mantuvimos mucho contacto con él. Se mudó a otra ciudad y solo hablamos una o dos veces al año. Es mejor así.

Ford, por su parte, se convirtió en un pilar para nuestra familia. Además de mi marido, es el mejor amigo de mi hermano, su mentor e inspiración.

Joe y yo ya no estamos solos: los padres y los hermanos de Ford son nuestra familia ahora. Nuestro hogar.

Mi vida dio un vuelco el día en que Joe nació, otro cuando conocí a Ford y otro más en este preciso instante, en que el avión que mi hermano pilota se prepara para el despegue.

Cuando nos elevamos por el cielo, le doy la mano a Ford, que se la lleva a los labios y me planta un beso junto a la alianza, que refleja los rayos del sol que atraviesan la ventanilla.

—Lo ha logrado —susurra, sin voz por la emoción—. Joder, y yo no quería llorar. Pero es que estoy muy orgulloso. Está pilotando este cacharro.

Esbozo una sonrisa con el corazón henchido.

—Me alegro tanto de haberme colado en tu cobertizo.

—Y yo, preciosa. Y yo.

Agradecimientos



Cada vez que llego a esta parte, me doy cuenta de lo afortunada que soy de tener tanta gente a la que dar las gracias.

Y aunque estoy infinitamente agradecida a mi equipo por ayudarme a darle vida a esta historia, en esta ocasión hablaré de una sola persona.

En esencia, *Ilusiones frágiles* es un homenaje a la relación que tengo con mi primo, que es como mi hermano pequeño. En él me inspiré para crear a Joe, y si bien yo no soy Ivy, nos retraté a ambos en los hermanos Farnsworth.

Alejandri, ha sido y sigue siendo un honor ver cómo te has convertido en la persona que eres hoy: un trozo de pan Divertidísimo (con mayúscula, porque lo tuyo es de otro mundo) y cariñoso al que no le cabe el corazón en el pecho, aunque me digas que hago el «yapping» cuando, para qué mentir, estoy haciendo el «yapping». Te querré siempre, y estoy deseando que cumplas tu sueño de ser piloto para que los vuelos en primera clase me salgan gratis.

Por que vivamos muchas más aventuras juntos.

CONSULTE OTROS TÍTULOS DEL CATÁLOGO EN:
www.rbalibros.com